

Abril está obsesionada con sus sueños. Desde que se cruzó con ese desconocido en la biblioteca, él se le aparece cada vez que se queda dormida. En su mundo onírico, el chico es Víctor, un burgués de la Barcelona de 1914, y ella... Ella ni siquiera es ella misma, sino Marina, una obrera que vive en el mismo edificio que Víctor.

Mientras la historia de los dos jóvenes del pasado avanza noche tras noche, Abril lucha por mantenerse al margen de las emociones de Marina e intenta descubrir qué significan esos sueños.

Laia Soler

Los días que nos separan

Título original: *Los días que nos separan*

Laia Soler, 2013.

Diseño/retoque portada: Lola Rodríguez

A Cris y a Mike, por ayudarme
a encontrar las palabras cuando las pierdo.

A mis padres, por todo.

El sonido del viento y la lluvia se percibía lejano tras aquellos gruesos y viejos muros. Abril se miró una vez más la palma de la mano, donde se había apuntado con rotulador la referencia topográfica del libro que quería, y siguió andando entre las estanterías hasta llegar a la que estaba buscando. Empezó a seguir la hilera de libros con nerviosismo. El servicio de préstamo estaba a punto de cerrar, y lo último que quería era haber ido hasta allí para nada. Por suerte, encontró rápidamente la novela que buscaba. Justo en el estante más alto, el único que no alcanzaba.

Se puso de puntillas y estiró todo su cuerpo para intentar cogerlo.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció una voz inesperada.

Abril se volvió de golpe, pero se mantuvo de puntillas y con el brazo estirado. Detrás de ella, un chico de pelo levemente rizado y oscuro la miraba con el ceño fruncido.

—Puedo sola —aseguró, y para probarlo saltó para coger la novela. Al no conseguir sacarla de entre los otros libros, suspiró profundamente y admitió—: De acuerdo, no puedo.

—¿Cuál quieres?

—*Peter Pan en los jardines de Kensington* y *Peter Pan y Wendy*. Están los dos en un tomo. Es el verde —respondió ella, dubitativa. Se sintió repentinamente avergonzada. ¿No debería estar en la sección de clásicos, buscando a Austen o a Dickens, en lugar de en la sección infantil a la caza de un cuento para niños?

El desconocido torció los labios en una extraña sonrisa. Cogió el libro de la estantería sin ningún esfuerzo y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Cuál buscas tú? —preguntó ella para romper el silencio.

—Este —respondió él señalando con la barbilla el libro que tenía entre las manos.

—Oh —musitó. Alzó la vista para comprobar que no había ningún otro ejemplar en la estantería y añadió—: Llévatelo. Lo has cogido tú.

—No te preocupes, no tengo prisa. Lo reservaré. Ya lo cogeré cuando lo devuelvas —dijo mientras le daba el libro.

Abril abrió la boca para insistir, pero en aquel momento sus manos se rozaron y una

descarga eléctrica la paralizó. Durante unos eternos segundos, no pudo despegar la vista del desconocido, que la miraba sin expresión, completamente ajeno al torbellino de energía que estaba sacudiendo el cuerpo de Abril.

Sentía las piernas débiles y sus labios no respondían a sus estímulos. Sin ser consciente de lo que hacía, apretó el libro contra su pecho, dio unos pasos hacia atrás y se alejó de allí arrastrando los pies, sin darle las gracias ni despedirse. Ni siquiera cuando llegó a la puerta se sintió capaz de hacerlo. Se limitó a volverse hacia la sección infantil y observar bien al chico. No demasiado alto, de complexión flacucha y pose altiva. Unas cejas simétricas y pobladas resguardaban unos ojos de color café, y una barba casi imperceptible rodeaba unos labios cortados por el frío. El color sonrosado de sus mejillas y su nariz, probablemente consecuencia del viento helado, escondía una tez rosada y de rasgos suaves.

Aunque estaba absorto mirando los libros que lo rodeaban, debió de notar que lo observaba, porque se dio la vuelta repentinamente hacia donde estaba Abril, que bajó la mirada, ruborizada. Se miró la mano y empezó a bajar las escaleras de dos en dos mientras recordaba la extraña sensación que se había adueñado de ella al rozar la piel de aquel desconocido. Aún se sentía aturdida.

Fuera seguía lloviendo. Abril guardó cuidadosamente el libro en la mochila y echó a correr bajo la lluvia al tiempo que un trueno ensordecedor acallaba el ruido de la ciudad. Al llegar a la boca de metro, bajó por las escaleras con cuidado de no resbalar. Buscó el billete en sus bolsillos con las manos congeladas y tras dos intentos fallidos consiguió introducirlo en la máquina de entrada. Llegó al andén jadeando, en el momento en el que las luces del metro aparecían en la oscuridad del túnel.

Suspiró aliviada. Los lugares cerrados nunca le habían gustado, y mucho menos si estaban bajo tierra, de modo que cuanto menos rato pasase en el metro, mejor. Aunque había asientos libres, se apoyó en una de las frías barras de metal. Se oyeron unos pitidos agudos, las puertas se cerraron y el tren dio una sacudida antes de ponerse en marcha.

Miró su reloj y suspiró sonoramente. Estaba agotada. Después de las clases, que habían terminado a las cuatro de la tarde, se había quedado en la biblioteca de la universidad casi tres horas para hacer un trabajo en grupo. Cuando estaba ya en el ferrocarril de vuelta a casa, su madre la había llamado y le había pedido que fuera a comprar algunas cosas y que preparara la cena, porque ella volvería a llegar tarde del trabajo. Los encargos la habían tenido entretenida más de una hora. Por suerte, aún había encontrado unos minutos para acercarse a su biblioteca municipal favorita y conseguir el libro que hacía tanto que buscaba.

La amabilidad de aquel eléctrico desconocido había sido con toda seguridad lo único bueno del día, aunque aún le durase la conmoción.

Media hora más tarde estaba abriendo la puerta de casa. Después de un día agotador como aquel, lo único que le apetecía era tirarse en el sofá y ver una película. En lugar de

eso, tenía que preparar la cena, comprobar que su hermano hubiese hecho los deberes, cosa que dudaba mucho, y controlar que se fuera a la cama pronto. Su padre estaba otra vez fuera en un vuelo internacional, y su madre volvía a llegar tarde por enésima vez, después de prometer, también por enésima vez, que aquella sería la última.

—Miguel, ¡estoy en casa!

Tiró las llaves en el cuenco que había encima del mueble del recibidor y se miró en el espejo un segundo. Tenía la cara enrojecida, y el pelo, completamente empapado, pegado a las mejillas.

—¡Hola! —la saludó gritando desde el comedor, iluminado por la luz del televisor, donde se veía un bosque atestado de soldados.

Su madre no podía ir a buscarlo al colegio después de clase, de modo que, cuando Abril tampoco podía, Miguel volvía a casa con un compañero de clase y su madre. Si su hermana no estaba en casa, ni siquiera se le pasaba por la cabeza hacer los deberes. Merendaba y se plantaba delante del televisor hasta que su madre o su hermana llegaran a casa. Ese era uno de esos días.

—¿Otra vez en la consola? ¿Cuántas veces te he dicho que no puedes jugar hasta que termines los deberes?

—Los he acabado —masculló él, alzando la vista al ver que Abril entraba en el comedor con cara de malas pulgas. Volvió rápidamente la cabeza hacia la pantalla y empezó a presionar los botones del mando con violencia. Un soldado cayó muerto y el niño lo celebró con un grito de euforia.

—Anda, ve a ducharte. Yo haré la cena.

—Ya me he duchado.

Abril parpadeó, incrédula, y soltó un bufido exasperado al tiempo que examinaba a su hermano de arriba abajo.

—Miguel, llevas la misma ropa que esta mañana.

Él puso en pausa el juego y resopló.

—Mira que eres pesada. Ya voy.

Guardó la partida, se levantó y salió del comedor sin decir nada más.

—Podrías apagar la tele al menos —farfulló Abril, aunque sabía que su hermano ya no la oía. Suspiró, vencida, apagó el televisor y desapareció hacia la cocina para hacer la cena.

Eran casi las once cuando su madre llegó a casa por fin con una sonrisa de disculpa en los labios. Le dirigió una mirada agradecida a Abril y le dio un beso en la mejilla mientras hacía las preguntas de cada noche. ¿Habían cenado ya? ¿Qué había preparado? ¿Miguel había hecho los deberes? Abril respondió a todo con voz cansada, segura de que, cuando su madre fuera a darle un beso de buenas noches a su benjamín, no se molestaría en comprobar que sus deberes estuvieran hechos.

Uno

El cielo está negro. Olfateo el aire y hago una mueca. Parece que esta noche tampoco podremos dormir bien. Va a llover; ya lo creo.

Me miro los pies, cubiertos por unos zapatos gastados, y muevo los dedos mientras sigo avanzando. Los tengo helados, pero no voy a quejarme. Si lo dijera en alto, madre se empeñaría en comprar un nuevo calzado, yo me negaría y empezaría una tormenta muy distinta de la que anuncian las nubes del cielo. Ya tengo un par de zapatos, uno para cada pie. ¿Para qué quiero más? ¿Acaso tengo dos pares de piernas? Sea como sea, madre se pone muy quisquillosa con estos temas. Supongo que es normal, después de lo que sucedió. No quiere que enfermemos, y obviamente yo tampoco, pero lo primero es lo primero, y en el caso de mi familia lo principal es llenar los platos cada noche. Hay que ver lo difícil que resulta eso a veces, y lo fácil que es siempre vaciarlos.

Miro la cesta que llevo colgada del brazo y rápidamente busco a Carme con la mirada. Corre unos pasos por delante de mí, yendo y viniendo, sin dejar de reír. A pesar del cansancio, logro esbozar una pequeña sonrisa. Carme es la única capaz de alegrarme con sólo una mirada. Esos ojos azules, esos tirabuzones negros como el carbón y esas mejillas sonrosadas, que se acentúan con cada carcajada... Lo daría todo por esa pequeña. La llamo cuando veo que se aleja demasiado. Ya casi hemos llegado a casa, y no quiero que suba sola por las escaleras. Carme se detiene a unos metros de la puerta e inclina la cabeza, mirándome. Cuando me acerco a ella, se da la vuelta y vuelve a correr hacia nuestro edificio.

En ese momento un chico sale del portal y a Carme, tan pequeña y desgarbada, no le da tiempo a reaccionar. Mi hermana se cae al suelo y se echa a llorar. El joven contra el que ha chocado la mira entre perplejo y molesto, y en ningún momento hace ademán de ayudarla a levantarse. Echo a correr hacia ella, tratando de no perder nada del cesto, e intento consolarla mientras la cojo en brazos. No le ha pasado nada, sólo ha sido el susto. Cuando deja de llorar, me vuelvo hacia el chico, que sigue de pie a nuestro lado, quieto como una estatua. Lo miro de hito en hito, y él hace lo mismo conmigo. Creo que no le gusta lo que ve. Ya tenemos algo en común: a mí tampoco. Va bien vestido, demasiado para ser el hijo de un menestral. Y no digamos para ser un simple trabajador. Aunque no hace ninguna mueca, puedo leer en sus ojos el desagrado que siente al examinarme. Sí, me temo que yo sí soy una simple trabajadora, señorito.

—Debería vigilar por dónde va, podría haberme hecho daño —dice.

—Si una niña de tres años puede hacerte daño, tienes un problema de debilidad, amigo —bufo, molesta por el tono de prepotencia de su voz. Dejo a Carme en el suelo, la cojo de la mano y me alejo de él. Ese tipo de gente no merece que gaste mi aliento con

ellos.

—Impertinente.

—Encantada. Yo me llamo Marina. —Me río mientras empiezo a subir las ostentosas escaleras.

Por un momento temo que me siga, pero oigo sus pasos alejarse, de modo que respiro tranquila. Creo que padre tiene razón; a veces hablo demasiado. Algún día me meteré en problemas, lo sé, pero hasta entonces...

Carme se ríe y, mientras salta escalón tras escalón, dice, señalando hacia detrás:

—Tonto.

Yo asiento e, intentando demostrar seriedad, repito:

—Tonto.

Cuando entramos en casa, los demás ya están cenando. Madre suelta su típica retahíla de preguntas sobre nuestra tarde y padre, como de costumbre, no se digna ni a mirarme. María observa sin pestañear cómo habla madre. Junto a ella está Cisco, que lee los titulares de la portada del diario. Acierto a ver la fecha en la parte superior: 1 de julio de 1914.

—¿Algo interesante? —le pregunto con despreocupación a mi hermano.

Cisco se vuelve hacia mí bruscamente y se queda mirándome en silencio antes de decir con voz pastosa:

—¿Es que no lees los periódicos, Marina? —Espera unos segundos a que responda y, al ver que no lo hago, suspira y me explica—: Asesinaron al Archiduque de Austria hace dos días.

Me encojo de hombros. Es la primera noticia que tengo sobre el tema y, sinceramente, no sé por qué debería preocuparme que maten a un dirigente austríaco. Se lo digo a mi hermano mientras cojo dos boles y nos sirvo la cena a Carme y a mí. Él se ríe no sin cierta condescendencia.

—No creo que a Austria le haga mucha gracia que un estudiante nacionalista mate a su heredero.

—¿Y qué?

No entiendo la obsesión de Cisco por intentar saberlo todo, incluso lo que pasa dentro de las fronteras de un país que ni siquiera soy capaz de situar en un mapa. A mí me

importa lo que pasa entre estas cuatro paredes, que es donde vive mi familia; mientras no pasemos frío ni hambre, qué más dará lo que le pase a un archiduque desconocido. Cisco niega con la cabeza y suspira de nuevo.

—No importa.

—Así que tenemos nuevos inquilinos en el principal —dice padre sin ningún entusiasmo antes de que el silencio caiga entre nosotros. Podría llamarlos vecinos, porque de hecho lo son, pero siempre evita esa palabra para referirse a las familias que a lo largo de los años han ocupado el piso principal.

Puntada a puntada, madre va zurciendo una gastada camiseta que hace años fue mía. A partir de ahora, será de María, que pronto cumplirá los siete años.

—Se llaman Altarriba. Tienen cinco hijos, pero, por lo que sé, sólo han venido cuatro con ellos, por lo que supongo que el mayor debe de estar ya casado. Lo que sí sé de buena tinta es que el padre es el dueño de una fábrica textil de la ciudad y que la familia de ella tiene tierras para dar y regalar.

—La señora Emilia no pierde el tiempo —se ríe Cisco, tan alegre como siempre—. Lo que no se sepa en esa portería, no lo sabe nadie.

La habitación está oscura, aunque fuera la luna llena brilla con fuerza e ilumina toda la estancia. Es curioso; por más luz que haya, siempre me parece que esta sala está oscura. Aunque no tanto como el dormitorio, que comparto con mis tres hermanos. Del baño, mejor ni hablamos. El piso no es demasiado grande, por lo que no tener apenas muebles es algo positivo: así disponemos de más espacio.

A veces resulta agobiante estar en casa con tanta gente. Por suerte, no solemos coincidir todos juntos más que las noches y los fines de semana. María aún va al colegio, y mi hermano y mi padre trabajan en la fábrica seis días a la semana. Yo también trabajaba ahí hasta hace unos meses. Un día cualquiera me despidieron sin darme ni las gracias. Desde entonces, hago la colada de algunos vecinos del barrio y el resto del día lo dedico a cuidar de mis hermanas. Cuando no estamos trabajando preferimos ir a la plaza, a los salones de baile o simplemente a pasear. Cualquier lugar es mejor que esta ratonera, aunque a mí lo que de verdad me gustaría sería pasar tardes enteras en el cine.

Madre me ha prometido que en mi próximo cumpleaños va a llevarme a ver una película por primera vez, pero no tengo ninguna esperanza puesta en esa promesa.

—Emilia me ha dicho que la madre está teniendo problemas para darle el pecho al bebé y buscan una nodriza.

—Podrías bajar a ofrecerte —comenta mi padre, que por fin ha terminado de comer—. A Carme no le importará compartírte.

—De hecho, ya he ido a hablar con ellos. El único problema es que quieren a alguien que se quede con los niños siempre que haga falta, y con mi cojera... No puedo. No puedo llevarlos a pasear ni seguir su ritmo.

—Que vaya Marina —escupe padre con un tono de voz que me hace temblar.

—Eso había pensado. Se lo he propuesto y les parece bien. Yo sólo sería la nodriza del pequeño y Marina cuidaría de los niños —responde madre, que me mira y me sonrío—. Trabajarías cerca de casa y podrías cuidar mejor de tus hermanas. Además, seguro que pagan bien.

—Sí, madre —respondo, aunque no me hace ninguna gracia.

—Agradécele a tu madre que se preocupe por ti, ya que tú no lo haces.

Me vuelvo hacia padre, pero no soy capaz de aguantarle la mirada. Desde que me despidieron de la fábrica, no soy más que una molestia en esta casa, o al menos así es como él me trata. Sólo he conseguido trabajar de lavandera, y no se gana demasiado. Mi padre querría que trabajara de sol a sol, como hace él, y se olvida de que alguien tiene que cuidar de María y Carme. Cisco trabaja todo el día, y madre se pasa la mayoría de las jornadas yendo de casa en casa haciendo de costurera, así que sólo puedo cuidarlas yo. Por supuesto, padre siempre omite voluntariamente ese detalle.

Me levanto de la mesa sin abrir la boca y salgo de casa con la cara ardiendo de rabia. Bajo las escaleras de cuatro en cuatro hasta llegar al último tramo. Me dejo caer sobre los peldaños de mármol blanco. Desde ahí puedo ver la pecera de cristal desde la cual Emilia tiene controlado el portal y, frente a ella, el lujoso ascensor, cuya verja está decorada con líneas sinuosas y unas flores demasiado ostentosas para mi gusto. Justo delante de mí hay una puerta de madera lisa sin ningún tipo de cartel ni identificación.

Cuando éramos pequeños, Cisco me contaba mil historias distintas sobre lo que escondía aquella puerta, cada cual más escalofriante que la anterior. Por supuesto, todo el misterio que oculta es la cocina y los dormitorios del servicio de la familia que ocupa el piso principal. O, al menos, eso es lo que dice Emilia.

Aunque mi casa está sólo tres pisos más arriba, tengo la sensación de estar en un mundo completamente distinto. En el fondo, supongo que lo es; este es el tranquilo mundo de los ricos, que se va desvaneciendo a medida que uno sube las escaleras. El mármol deja paso a toscas baldosas grises y toda decoración desaparece. Por desgracia, ni siquiera puedo robar un poco de la tranquilidad del rellano de ese mundo. Cisco aparece de la nada y se sienta junto a mí.

—No le hagas caso. Sabes que nadie te culpa.

—Es que no tuve la culpa. Me echaron a mí como podría haberle tocado a él.

—Supongo que aceptarás el trabajo —susurra. Emilia aún está en la portería, y seguro que tiene la oreja puesta en nosotros.

Me encojo de hombros y suspiro. No sería la primera vez que trabajaría de niñera, y aunque la familia para la que trabajé quedó muy contenta con mis servicios, no puede decirse lo mismo de mí. Me gusta cuidar niños. El problema viene cuando estos niños son ricos. O, mejor dicho, cuando saben que lo son, porque se creen con el derecho a hacer lo que les venga en gana. De todos modos, sé que lo que yo quiera no importa. Así pues, asiento en silencio.

—Vamos arriba —me insta con una sonrisa nerviosa. A padre no le gusta que salgamos por las buenas, y mucho menos si estamos hablando de algo importante. Y el dinero, claro está, es lo que más le importa y preocupa.

Me levanto para seguir a mi hermano. Antes de subir el primer escalón, me vuelvo instintivamente hacia el portal. En ese momento entra el chico con el que Carme ha chocado antes. Levanta la vista y al sorprenderme mirándolo se detiene un segundo. Resguardado bajo la sombra que le ofrece su sombrero, hace una mueca irónica y alza el mentón.

Tonto.

La voz de la niña aún resonaba en la cabeza de Abril cuando se despertó. O tal vez había sido su eco lo que la había desvelado. Abrió los ojos de repente, y los músculos de su cuerpo se tensaron unas milésimas de segundo. Miró a su alrededor. Estaba en su habitación, en su cama.

Habría jurado que unos instantes antes estaba subiendo unas escaleras junto a ese chico llamado Cisco. Comprendió que todo había sido un sueño, y su cuerpo se relajó. La calma se rompió en cuestión de segundos, porque entonces su cerebro empezó a trabajar y a recordar todos los detalles y matices de aquella fantasía. Los desvencijados zapatos, la cesta con la comida y el olor que esta desprendía... Podía aún oír la risa de Carne, notar su manita aferrándose a la suya y sentir la penetrante mirada examinadora del desconocido con el que la pequeña había chocado.

El desconocido.

Se sorprendió al recordar cada uno de sus rasgos, y aún más al reconocerlo. Esos expresivos ojos castaños y aquella pose de altivez... No podría olvidar aquella cara, aunque en su sueño apareciese con el pelo mucho más corto y repeinado. Era el chico que tan amablemente le había cedido el libro en la biblioteca. Abril se rió y se levantó.

Sacó a Miguel casi a empujones de la cama y lo metió en la ducha sin hacer caso de sus quejas y sus bostezos. Preparó un bocadillo para cada uno al tiempo que iba mordisqueando una magdalena y tragando a sorbos una pequeña taza de café con leche. Cuando el niño apareció en la cocina, aprovechó para irse a la ducha, y apenas quince minutos más tarde los dos estaban en la calle. Abril lo acompañó hasta la puerta del colegio, donde Miguel pareció despertar de pronto al ver a sus amigos. Tras darle el beso de rigor a su hermana, desapareció con media docena de niños que corrían y gritaban por el patio. Mientras Abril deshacía el camino andado, agradecía que el colegio de Miguel estuviese tan cerca de casa.

Su madre no existía por las mañanas. A veces se quedaba durmiendo, porque había llegado demasiado tarde, pero la mayoría de los días se iba antes de que ellos se levantaran siquiera. Si Abril hubiese tenido que llevar a su hermano, según su madre demasiado pequeño para coger el metro solo, a la otra punta de la ciudad cada mañana, podría haberse dado por muerta.

Estaba agotada. La universidad, la casa, Miguel... A veces se veía como una cuarentona universitaria; todo el peso de la casa recaía en ella y encima tenía que estudiar.

Su padre viajaba demasiado, y su madre... Ella tenía trabajo. Abril no podía entender por qué sacrificaba todo su tiempo, su vida, por un simple empleo. Pero su madre ya era adulta y sabía lo que hacía. La joven no estaba segura de poder decir lo mismo de ella misma, así que no era quién para juzgarla.

—¿Otra noche en vela?

Abril bostezó y miró a Héctor con ojos cansados. Se había quedado dormida en clase otra vez. Por suerte, eran cerca de cien alumnos, y si uno sabía esconderse nadie se daba cuenta, a menos que roncaras o hablaras en sueños. Era de agradecer que Abril no fuera de esas, porque muchos días no podía evitar que los ojos se le cerraran en clase, sobre todo a primera hora.

—Me quedé leyendo hasta tarde.

—¿Qué leías?

Guardó silencio durante unos segundos y al final admitió:

—*Peter Pan* y *Wendy*.

Héctor fingió sorprenderse, pero la risa lo traicionó.

—Tú y tus lecturas raras...

—Oye, que es un clásico.

—Infantil.

—Sí, bueno. Con algo tendré que alimentar a mi niña interior, ¿no? No voy a dejar que se muera de inanición como hiciste tú con el tuyo —le dijo medio en serio medio en broma. Su amigo le dirigió una mirada inquisitiva y Abril dijo—: Admítelo. Lo mataste. Al Héctor-niño, digo. Y ahora eres demasiado maduro.

—¿Cómo se puede ser demasiado maduro?

La chica hizo un mohín. Héctor era su mejor amigo, y lo quería como quería a pocas personas, pero tenía que admitirlo. Era demasiado sensato, o al menos pretendía serlo, que era aún peor. Todo lo analizaba, todo lo sometía a la razón. Nada podía escapar a su control, nada dejaba al azar... En algunos aspectos le recordaba a su padre, tan metódico siempre. Por querer controlarlo todo, se olvidaba de vivir.

Antes de que Abril dijera nada, la gente empezó a levantarse y todos los susurros que habían llenado el aula hasta entonces se transformaron en voces de alivio. El profesor salió de la sala y Abril aprovechó para desentumecer sus músculos estirándose y bostezando sonoramente.

—¿Y qué, está bien?

—No está mal.

—¿No está mal? Esperaba que fuera una obra maestra si te tuvo hasta las tantas leyendo.

—Es bueno, pero no me gusta juzgar los libros antes de terminarlos. En realidad, si leí tanto fue por culpabilidad. Cuando fui a cogerlo a la biblioteca, otro chico lo quería. Él lo cogió primero, pero dejó que me lo llevara. Dijo que lo reservaría, y no quiero que espere dos semanas para tenerlo.

Omitió el detalle de la corriente eléctrica y de los temblores que la sacudieron cuando sus manos se rozaron. Héctor habría hecho de ello una montaña de arena.

—Ajá. Un chico.

Abril miró a su amigo de hito en hito y asintió, muy seria.

—Sí, ya sabes. El macho del humano joven. Un chico —dijo, sin lograr mantener la pose de seriedad—. Vamos, no me mires así. Me haces reír.

Héctor sonrió y señaló hacia la puerta.

—Anda, camina, pequeña Wendy. Podrás seguir durmiendo en la siguiente clase.

Aunque se había sentido tentada, no le había dicho a Héctor que había soñado con el chico de la biblioteca. No quería darle más madera para su hoguera de estúpidas elucubraciones. Sólo había sido un sueño. Sin embargo, su recuerdo era tan real que aún creía percibir el olor de las verduras que llevaba en el canasto, o el sentimiento de profunda animadversión hacia el desconocido que había encontrado en el rellano de aquella antigua casa. No podía quitarse de la cabeza aquel extraño a quien su imaginación le había puesto el rostro del chico de la biblioteca, que tanto la había atraído con sólo un vistazo. Apoyó la cabeza sobre sus brazos, doblados encima de la mesa, y cerró los ojos.

Dos

Estoy sentada en una confortable silla del salón de los Altarriba, esperando a solas, sumida en mis pensamientos. Madre ya lleva tres días trabajando aquí y sólo tiene buenas palabras para los señores Altarriba. Yo acabo de conocerlos, y aunque estaba demasiado nerviosa para recordar nuestra corta conversación, ambos han sido amables. No me han mirado con suficiencia ni me han hablado como si fuera tonta o analfabeta, lo que siempre es de agradecer. No tendré un horario fijo, pero trabajaré la mayoría de los días, incluidos los domingos. Además, si alguna noche me necesitan también tendré que ir. Me lo han dicho como si fuera algo malo, como pidiendo perdón. No entienden que cuanto más trabaje, más cobraré, y desde luego nunca me quejaré de eso.

Si por mí fuera, ya estaría lejos de esta casa, que no hace sino recordarme todo lo que nunca tendré. Por desgracia, los señores Altarriba han insistido en presentarme a todos sus hijos. Aunque he intentado evitarlo, al final he aceptado. Al fin y al cabo, este será mi lugar de trabajo. Tendré que acostumbrarme.

De repente, oigo cómo alguien carraspea. Me vuelvo bruscamente y veo cómo un chico atraviesa el umbral de la puerta y hace una mueca sorprendida al verme. Se detiene en seco. Yo me levanto e, intentando disimular mi hastío, lo saludo cortésmente. He estado ensayando esta pose desde que lo vi por segunda vez en el portal. Las probabilidades y mi mala suerte apuntaban a esta situación. Además, el mal presentimiento se ha intensificado desde que la señora Altarriba me ha hablado de su hijo mayor, el mismo que ahora me mira con cara de pocos amigos.

—Tú —masculla.

—Marina, si no te importa —respondo. Intento parecer segura. Como con los animales, nunca debes dejar que un rico huela tu miedo, y menos si es un señorito como el que ahora tengo delante.

—¿Te han contratado a ti? —dice con un tono nada agradable. Yo me limito a asentir. Soy consciente de que mi metedura de pata del otro día en el portal puede costarme el puesto, así que decido que cuanto menos diga menos posibilidades tendré de causarme más problemas. Él pone los ojos en blanco y resopla—. Mientras sean mis padres quienes te pagan, espero que me trates con respeto, dentro y fuera de esta casa.

Lo miro de hito en hito con los dientes apretados. Los ojos me empiezan a arder y siento que, si no me contengo, una mala palabra va a escapar de mi boca. Respiro profundamente, tratando de calmarme; sé que eso es precisamente lo que intenta, y no tengo la intención de darle el gusto de cavar mi propia tumba. Si quiere enterrarme, tendrá que hacer él el agujero.

—Ahora sí te muerdes la lengua. A lo mejor no eres tan tonta como pareces.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti —se me escapa. Sin embargo, he hablado en un tono tan bajo que no creo que me haya oído.

—¿Qué has dicho?

Niego con la cabeza, nerviosa.

—Nada. —Me paso la mano por la cara y suspiro mirando el techo—. Mira, sé lo que estás pensando y yo...

—¿Qué estoy pensando?

—Qué mentira puedes contar sobre mí para que no me contraten.

El chico hace una mueca grotesca que parece ser una sonrisa y dice:

—Te equivocas.

—¿Acaso quieres que trabaje aquí?

Se encoge de hombros y me mira con una pose altiva y desafiante que hace que la sangre hierva en mis venas. Le aguanto la mirada, dispuesta a no dejarme amedrentar. Por suerte, la puerta se abre de golpe y tengo la excusa perfecta para apartar la vista sin darle el gusto de la victoria.

—Hijo, estábamos buscándote.

La señora Altarriba entra sonriente, ataviada con un ligero vestido blanco que realza su figura. Unos finos pendientes adornan sus orejas, escondidas tras unos tirabuzones azabache, los únicos que escapan del perfecto recogido que luce. Detrás de ella aparecen su marido y mi madre, que lleva en brazos al bebé. Un niño y una niña asoman la cabeza al otro lado de la puerta. Deben de tener la edad de María. La mujer me mira y sonrío.

—Veo que ya os habéis conocido.

El chico se pasa la mano por el pelo de forma despreocupada y asiente con desgana.

—Marina, él es Xavier —dice la señora Altarriba, señalando al bebé que lleva mi madre—. Y estos son Clara y Gabriel.

Les hace un gesto a los niños para que se acerquen a mí y me saluden debidamente. La niña tiene la cara pecosa y la piel pálida y suave como la porcelana; el cabello, de color rojizo, le llega hasta los hombros y roza un vestido de color rosa que debe de valer tanto como toda la ropa de María. El niño, un poco más alto que ella, la coge de la mano y me

enseña una sonrisa amplia y desdentada. Tiene los mismos ojos y el mismo cabello que su hermano mayor. Afortunadamente, parece mucho menos grosero.

—Ella cuidará de vosotros cuando vuestro padre y yo estemos fuera, ¿de acuerdo? Así que tenéis que hacerle caso.

Los niños asienten obedientemente y se cuelan entre las piernas de su padre, que se ríe y me dice:

—Son un poco traviesos, pero no te causarán ningún problema, te lo aseguro. Y él es Víctor, aunque supongo que ya os habréis presentado.

No me atrevo a llevarle la contraria, de modo que asiento en silencio.

Víctor, el único nombre que nunca me ha gustado escuchar; así se llama el señorito. Ahora sí puedo decir que no soporto nada de él, ni siquiera su nombre.

Desde que trabajo para los Altarriba, padre está de mucho mejor humor y el ambiente en casa es mucho más soportable. Cuando no tengo que cuidar de los niños, sigo yendo a lavar ropa, de modo que últimamente entra más dinero en casa que en los últimos tiempos. Además, gracias a su sueldo como nodriza, madre no debe cargar con tantos trabajos de costura, y eso se nota tanto en su humor como en su cojera, porque no tiene que andar tanto por el barrio para repartir los encargos. Empezó a trabajar como costurera hará cosa de dos años, después del accidente que sufrió en la fábrica textil en la que trabajaba. Además de costarle el empleo, estuvo a punto de cobrarse también su pierna derecha. Por suerte, el médico consiguió salvarla, aunque aún arrastra una cojera que no parece tener intención de desaparecer.

Sin embargo, todo lo bueno que tiene trabajar para los inquilinos del piso principal desaparece de mi mente cuando estoy de pie delante de su puerta, como en este preciso instante. Delante de la del portal, por supuesto, la destinada al escaso servicio del que disponen. La lujosa entrada del piso principal está reservada a las personas importantes, y me temo que la cuidadora de sus hijos no goza de ese estatus.

Intento respirar hondo. Aunque Clara y Gabriel son entrañables, no puedo olvidar la expresión desafiante de Víctor. Cuando me avisan para ir a trabajar, rezo para que el hermano mayor no se encuentre en casa. Hasta ahora, mis plegarias han sido escuchadas. Trato de tranquilizarme diciéndome que, aunque esté aquí, ya se habrá olvidado de mí y me dejará en paz. Suspiro, sonrío a modo de práctica y golpeo la puerta con los nudillos.

5 de agosto de 1914. Veo la fecha en *La Vanguardia*, el diario que el señor Altarriba se ha dejado olvidado sobre la mesa del salón. Siento un escalofrío al ver las esquelas de la portada y me pregunto a quién diablos le gusta saber quién ha muerto mientras desayuna. Es demasiado morboso, incluso para un burgués.

Echo cuentas y reparo en que ya hace casi cinco semanas que empecé a trabajar

aquí. Para ser sincera, debo decir que me gusta. Los niños se portan de maravilla conmigo y, a diferencia de otros hijos de buena familia, no tienen como único objetivo complicarme la vida. Se divierten conmigo, o al menos eso parece. Sólo tenemos problemas a la hora de comer. Son quisquillosos y no todo es de su agrado, pero al final, de un modo u otro, siempre consigo que coman. Me gustaría poder decirles que mientras ellos rechazan un plato de verduras cocidas porque no les gusta, mis hermanas pequeñas matarían por tener asegurado ese manjar de por vida, y más teniendo en cuenta que los Altarriba disponen de una cocinera, Elvira, que se encarga de toda y cada una de las comidas. Pero son niños, ¿qué voy a decirles? No son culpables de nada, sólo afortunados.

Víctor nunca está en casa y Eduardo, el mayordomo, es poco hablador pero bastante simpático. Al menos me saluda y me da conversación cuando nos encontramos, algo que no puedo decir del hijo mayor de la familia. Elvira, por su parte, no deja de ser una versión algo más sofisticada de la señora Emilia. En cuanto me descuido, me ha acorralado para contarme historias y cotilleos sobre los que yo nunca le he preguntado. Yo escucho y asiento, haciendo como que me interesan los problemas de la señora Altarriba con su modista. Más vale tenerla contenta y contar con una aliada en la cocina.

Dejo el diario en su sitio y me dirijo hacia la habitación de los niños, situada al final del pasillo lleno de retratos y fotografías de gente engalanada y sonriente. Hoy es la primera vez que trabajo de noche. Los señores Altarriba han salido esta tarde con sus mejores galas para ir al Liceo a ver alguna ópera de nombre tan rimbombante como el vestido de la señora Altarriba. Elvira y Eduardo ya se han marchado a su casa y Víctor... Uno nunca sabe dónde está ese chico. Normalmente no está en casa, y cuando está, creo que evita estar en la misma sala que yo. Tiene suerte. Si estuviéramos en mi casa, no tendría tantos cuartos donde elegir.

Sea como sea, la casa está silenciosa. Los niños están arropados en sus camas y esperan que les cuente un cuento. Me siento junto a ellos mientras noto sus miradas apremiantes y comienzo a contarles mi cuento favorito: *Peter Pan*.

—¡Abril!

Una sacudida la sacó de su sueño abruptamente. Se levantó de golpe y trató de ubicarse. Vio a su lado a Héctor, que con el índice delante de los labios le indicaba que guardara silencio. La chica miró a su alrededor, como si aún no supiera dónde se encontraba. Cuando se dio cuenta de que estaba en clase, miró el reloj y se preguntó cuánto rato había dormido. Aunque según las manecillas sólo habían pasado veinte minutos, ella habría jurado que habían sido horas enteras, si no días. Poco a poco, las imágenes de su sueño fueron llenando su cabeza.

Se sintió aturdida al percatarse de que había soñado con las mismas personas y las mismas historias que la noche anterior, y que de nuevo el realismo de su sueño era abrumador. Podía recordar cada detalle con precisión; nada quedaba tras la bruma de la inconsciencia, como solía suceder con sus fantasías nocturnas. El olor a cerrado de la casa de Marina, a través de cuyos ojos veía el mundo, la rabia al hablar con Víctor de nuevo, la sensación de impotencia al tener que aceptar un trabajo que no le gustaba... La única diferencia era que esta vez habían sido tres sueños, separados como si fueran los actos de una obra de teatro.

Miró a Héctor, que la observaba sin sospechar todo lo que bullía en su cabeza.

—Leer hasta tarde no es buena idea si no sabes controlarte luego —la riñó, medio en broma, medio en serio.

—Ya —respondió ella secamente, sin mirarlo siquiera.

No estaba de humor para una charlita de las suyas. Los recuerdos del sueño seguían impregnándola y eso la preocupaba. Parecía que su mente le contara un cuento aprovechando su estado de inconsciencia. Pero ¿por qué había elegido precisamente el rostro del desconocido de la biblioteca? Si lo pensaba, no podía evitar sentirse como una obsesa o una psicópata.

No debería haberse quedado leyendo hasta tan tarde. Se le estaba fundiendo el cerebro.

—¿Te pasa algo? —preguntó Héctor, preocupado—. No tienes buena cara.

Abril negó con la cabeza antes de sacar el libro de *Peter Pan* de la mochila y ponerse a leer a escondidas. Tenía que terminarlo y devolverlo cuanto antes. Necesitaba conocer a aquel chico al que su subconsciente había bautizado como Víctor.

Después de clase, se quedó en la biblioteca de la universidad engullendo una página tras otra. Héctor quiso quedarse con ella, y aunque la chica le insistió para que se fuera, no lo consiguió. De modo que ahí estaban los dos, ella leyendo como si le fuera la vida en ello y él intentando concentrarse y estudiar. Sin embargo, su amiga estaba demasiado rara para poder centrar su atención en el libro de psicopedagogía. Al principio había pensado que su extraña actitud se debía al chico del que le había hablado, pero se había dado cuenta de que era algo más que eso.

Estaba obsesionada con ese libro.

Le había hablado varias veces desde que estaban en la biblioteca y sólo había recibido una respuesta esquiva. Prefería no insistir, al menos mientras no hubiera terminado el libro y la viera algo más relajada. En la hora y media que llevaban ahí no había despegado los ojos de él más que para consultar la hora.

Cuando el reloj marcaba las siete y media, Abril cerró el libro y le dijo a Héctor que se iba. Él recogió sus apuntes rápidamente y ambos salieron de la biblioteca en silencio. Sólo se atrevió a hablar cuando estaban entrando en la estación de ferrocarril.

—¿Lo has terminado?

Abril asintió con la cabeza.

—¿Puedo preguntar...? —empezó a decir, pero se detuvo—. Da igual.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa, Abril? Hoy estás muy rara. Como si no estuvieras aquí. ¿Ha pasado algo en casa o te preocupa algo o...?

Abril suspiró sonoramente y negó con la cabeza. Necesitaba hablarlo con alguien para dejar de pensar que se le estaba yendo la olla, la sartén y la batería al completo.

—¿Recuerdas el chico de la biblioteca?

Héctor esbozó una sonrisa triunfante que Abril pronto se encargó de borrar con una mirada.

—Vamos, sabes que no soy tan simple —se quejó. Miró a su amigo y susurró, como si se avergonzara de lo que iba a decir—: He soñado con él. Dos veces.

—¿Y qué?

Abril se ruborizó. Al decirlo en voz alta sonaba más estúpido incluso que en su cabeza. Introdujo el billete en una de las máquinas, y mientras esperaba a que esta lo escupiera y le abriera las puertas, musitó:

—No lo sé. —Se volvió hacia Héctor, que la observaba expectante, y resopló—. Era... era demasiado real. Me encontraba a principios del siglo pasado y lo veía todo como si fuera otra persona. Como si fuera ella, ¿entiendes? Otra persona. Se llama Marina. En el primer sueño caminaba con su hermana por la calle y, al entrar en el portal de su casa, choqué... chocó con un chico.

—Y el chico era él —adivinó.

—Sí.

—Pues no lo veo tan extraño, sinceramente.

El ruido del tren al aparecer por el túnel acalló el resoplido de Abril. Sabía que no lo entendería. De todos modos, ya había empezado a contarle la historia, así que iba a terminar. Quizás se quedaría más tranquila. El tren se detuvo y los dos amigos se apresuraron a entrar y buscar un lugar donde sentarse.

—Hoy, cuando me he dormido en clase, he vuelto a soñar con él.

—¿Qué erais esta vez? ¿Vaqueros? ¿Cortezanos del siglo XV, quizás? —bromeó, pero, al ver la expresión enfadada de Abril, dijo—: Está bien, perdona. Sigue.

—Volvíamos a ser las mismas personas. He tenido tres sueños, divididos en distintas escenas —dijo. Calló unos segundos y finalmente le describió con pelos y señales lo que había visto, sentido y oído—. Cuando me despertaste, estaba a punto de contarles a los niños un cuento para que se durmieran. *Peter Pan*.

—Vaya. Te acuerdas de todos y cada uno de los detalles. Hasta de la fecha exacta. ¿1914, has dicho?

Ella asintió.

—¿Y no aparecía nadie más en el sueño? ¿Ningún otro conocido o amigo o algo por el estilo?

—No, sólo él —dijo—. Sé que tal vez sea una estupidez, pero... No lo sé, Héctor. Es que podía sentir la rabia, la impotencia, todo lo que pasaba por mi... por el cuerpo y la mente de Marina. Si supiera dibujar, podría hacerte un retrato perfecto de todas y cada una de las personas que vi. Y lo de *Peter Pan*...

—Abril, cuando dormimos nuestra mente descarga todo lo que llevamos dentro. No te apartas de ese libro. Es normal que hasta sueñes con él.

—Supongo que sí.

—En cuanto a lo demás... Bueno, todos hemos tenido flechazos.

Abril esbozó una pequeña sonrisa y suspiró. Seguramente se estaba preocupando por una tontería. Miró por la ventanilla y se preguntó hasta qué punto lo que quería hacer era una soberana estupidez. Hablar con Héctor había sido una buena idea. Su tranquilidad le había demostrado que estaba sacando las cosas de quicio.

Iría a la biblioteca, dejaría el libro y se iría, nada más. Nada de ideas estúpidas.

Miró a la bibliotecaria y después al libro. Cerró los ojos, como preguntando a su interior qué debería hacer. De pronto, la voz de Carme volvió a su cabeza, tan real como alegre. «Tonto».

Todas sus convicciones sobre no hacer ninguna tontería desaparecieron con esa voz. Abril se volvió de espaldas a la bibliotecaria y sacó una libreta de su mochila casi con violencia. Cogió un bolígrafo, arrancó una hoja y empezó a escribir.

¿Has escrito alguna vez una nota a un desconocido? Si lo has hecho, dime cómo se empieza, porque llevo todo el día devanándome los sesos para encontrar un buen inicio. De hecho, preguntándome si debería dejarte esta nota. Como ves, ha ganado el sí, aunque sigo sin saber cómo escribirla.

No soy una psicópata ni una acosadora. De hecho, es la primera vez que hago esto. Sólo te escribo para darte las gracias por haberme cedido el libro. Eres la primera persona que conozco que quiere leer *Peter Pan*. Al menos el original, claro. Aunque quizás era para algún hermano o primo pequeño y ahora mismo te estás riendo de la loca que se pasea por la sección infantil y deja cartas en los libros.

A todo esto, acabo de darme cuenta de que no te he dicho quién soy, pero si tú eres el chico al que estoy escribiendo, lo sabrás. En caso contrario, no deberías estar leyendo esto, de modo que déjalo donde lo has encontrado.

A.

Dobló el papel y lo metió entre las páginas, asegurándose de ponerlo lo más pegado al lomo posible para que no cayera.

Se acercó a la bibliotecaria, que no había reparado en su presencia, y carraspeó para hacerse notar.

—Perdone, ¿este libro tiene alguna reserva después de mí?

La señora, de unos cincuenta años, con el cabello oscuro por el tinte y los ojos cansados por las horas de trabajo, cogió el libro que le alargaba la chica, tecleó unas

palabras en el ordenador y dijo:

—No tienes que devolverlo hasta dentro de trece días.

—Lo sé, lo sé —bufó Abril. Qué manía la de responder a cosas que no se han preguntado—. Pero, después de mí, ¿hay alguna reserva?

—Sí, una.

—¿Podría decirme de quién?

La bibliotecaria negó con la cabeza con una expresión que no daba pie a ninguna réplica. Abril prefirió no insistir. Salió de la biblioteca mientras se preguntaba qué habría hecho Miguel durante su ausencia. Los deberes no, desde luego. Ni la cena. Le echó un vistazo al reloj y, tras ver que eran cerca de las ocho, empezó a correr hacia el metro.

Tres

—Eso no es así.

El corazón me da un brinco por el sobresalto. Con la mano en el pecho, me vuelvo y veo a Víctor apoyado en el marco de la puerta, sonriendo de forma extraña. Le reprocho la interrupción con la mirada y sigo contándoles el cuento a los niños, aunque creo que ya están dormidos. De todos modos, una historia nunca debe dejarse inconclusa. Cuando termino, arropo a los tres niños, apago el quinqué y salgo del cuarto sin hacer ruido. Víctor se aparta y yo cierro la puerta cuidadosamente.

—¿Disculpa? —susurro. No quiero que los niños se despierten.

—Eso no es así —repite, sin moverse—. Wendy no se queda en el País de Nunca Jamás.

—¿Ah, no? —Lo miro enfadada. ¿Quién es él para decir lo que pasa en mis cuentos?

—No. Wendy vuelve a casa con sus hermanos y Peter se queda en Nunca Jamás.

—¿Y eso quién lo dice?

—Barrie.

—¿Quién?

—El autor, James Matthew Barrie —repite, mirándome como si hubiera preguntado de qué color es el cielo.

—Pues Marina Segarra dice que todos se quedan en Nunca Jamás. Es más bonito —replico mientras doy dos pasos hacia atrás y me apoyo contra la pared.

—Pero no es cierto.

—Y sí lo es que tres niños vuelvan volando a casa, ¿verdad? —lo reto, riéndome—. Además, ¿qué más da? ¿Vas a decirles a tus padres que no cuento bien los cuentos para que me echen?

Se pasa una mano por el pelo y dibuja una mueca burlona, adoptando de nuevo esa pose de altivez que tanto me enerva. Inspiro profundamente, intentando reprimir mis ganas

de darle un puñetazo en la cara, y me dirijo con paso firme hacia el salón. Por un momento estoy segura de que Víctor no me seguirá, pero esa efímera felicidad se desvanece cuando me impide cerrar la puerta. Inspiro hondamente mientras me siento en uno de los sillones de mimbre que hay junto al gran ventanal.

Delante de mí hay un piano con la tapa abierta y, sobre él, un cuadro de la Santa Cena que me parece poco menos que siniestro. Los personajes de la pintura me miran como si fuera una intrusa, y aunque es una estupidez, no puedo evitar desviar la mirada hacia el gran espejo que hay entre el piano y una estantería llena de libros. En su superficie reluciente veo el reflejo de Víctor, que ha cerrado la puerta y ahora se sienta en la otra butaca.

—No sería un mal argumento, desde luego. Pero no te preocupes. No voy a malgastar mi tiempo tratando de que te despidan.

—¿Es que no te importa que trabaje aquí? Creía que era una... ¿cómo me llamaste?
—Finjo pensar e intento que mi voz suene firme—: Ah, sí. Impertinente.

Me doy la vuelta para no mirarlo y finjo observar la habitación con interés. Junto a la puerta hay una mesa, decorada con un tapete blanco y un jarrón con flores secas, y una vitrina. Dentro de ella relucen varios juegos de copas tan cristalinas que parece que nadie las haya utilizado nunca.

—Y lo eres, además de maleducada. Aun así, mis padres no opinan lo mismo y consideran que el hecho de que vivas en el mismo edificio es una ventaja. Estás aquí para cualquier urgencia.

A algún nivel, sus palabras me ofenden. Me hacen sentir como un objeto al que él o sus padres pueden acudir cuando quieran, sabiendo que yo estaré dispuesta a lo que haga falta para ganarme mi paga.

—Tengo mejores cosas que hacer que intentar que despidan a una vulgar sirvienta. Tarde o temprano cometerás algún error y te despedirán.

—Yo no cometo errores —mascullo, aunque bien sé que esa es probablemente la peor mentira que pueda salir de mis labios. Aunque en casa creen que mi despido de la fábrica fue casual, la verdad es que fueron mis innumerables errores, sumados a mi impuntualidad, los que me dieron el billete de salida.

—Pues el final del cuento no era muy acertado.

—¿Es que tienes que tener siempre la última palabra? —Suspiro, lanzándole una mirada hostil. Si él no cede, tendré que hacerlo yo. No tengo ganas de pasarme la noche escuchando sus pullas—. ¿Cómo conoces la historia de *Peter Pan*?

—Cuando yo tenía diez u once años acompañé a mi tío Ramiro a Londres. Una

noche me llevó al teatro y vimos la obra.

Arqueo las cejas, incrédula. A pesar de que nunca había oído que existiera una obra de teatro de *Peter Pan*, decido creer a Víctor. Al fin y al cabo, no tendría por qué mentirme, y si lo hiciera, tampoco tendría forma de probarlo.

—¿Entendiste algo?

—Ni una palabra —admite, y una tímida risa asoma a su boca, pero desaparece tan repentinamente como ha aparecido—. Pero mi tío, que sí sabía inglés, me contó el cuento más tarde y me gustó. Por eso me compró la novela cuando se publicó, hace tres años. Se la trajo un conocido que fue a Londres. Por entonces ya había aprendido el suficiente inglés para poder leerla por mí mismo.

Madre dice que nunca debo mostrar mi sorpresa ante quien me paga, que tengo que deshacerme de todas mis emociones para evitar que me influyan en el trabajo. Aun así, no puedo evitar un respingo de alegría.

—¿La tienes aquí?

Víctor asiente y se dirige hasta la estantería, repleta de libros. Durante las últimas semanas he estado observándola con interés, curioseando sus títulos sin atreverme a coger ningún libro. Aunque los señores Altarriba no están en casa cuando trabajo, siempre temo que alguien me sorprenda tocando algo que no debería ni siquiera mirar. Víctor se pone de puntillas e intenta coger un libro verde, pero sólo cuando alarga el brazo al máximo y da un esperpéntico salto, consigue desencajar el libro de la estantería superior. Verlo así, desprovisto de toda elegancia y altivez, me recuerda que al fin y al cabo nada lo diferencia de mí. Excepto el dinero y esta vida cómoda y sencilla, claro. Se me escapa una débil risa que disimulo tapándome la boca con la mano.

Cuando se vuelve, Víctor me escudriña el rostro, pero por suerte hace caso omiso de mi risa mal escondida. Se acerca a mí y me entrega un libro de tapas verdes. La cubierta está decorada con pájaros y motivos naturales. En la parte superior, bien centrado, hay un niño tocando un caramillo. Bajo él, unas elegantes letras doradas: *Peter and Wendy*. Aunque no sé inglés, deduzco que significa «Peter y Wendy». Lo cojo y recorro la cubierta de tela con dedos temblorosos, consciente de que tengo un tesoro entre mis manos, aunque su dueño probablemente no lo sepa. Mientras paso las páginas recuerdo la primera vez que madre me contó este cuento, cuando yo tenía apenas once años. A padre nunca le gustó que ella me arrojara cada noche y me contara un cuento. Para mí, ese era el mejor momento del día. De hecho, cuando madre dejó de hacerlo, sospecho que siguiendo órdenes de padre, fui yo la que empezó a contarles cuentos a mis hermanas pequeñas. El más recurrente ha sido, y aún es, *Peter Pan*. Mi favorito. Por eso, tener entre mis manos el libro que cuenta la historia original, acabe como acabe, me pone la piel de gallina.

—Me encantaría poder leerlo —suspiro quedamente, hablando más para mí misma que para Víctor. Él se encoge de hombros y me lanza una mirada condescendiente. Me

coge el libro de las manos y vuelve a dejarlo en su sitio, no sin dificultad.

—¿No fuiste al colegio? —pregunta cuando se sienta de nuevo.

Lo miro de hito en hito y me levanto de golpe. Ha tocado el tema prohibido, el único que es tabú para cualquiera, y mucho más para los señoritos como él. Sólo fui a la escuela hasta los siete años, la edad mínima que se requiere para empezar a trabajar, y hasta los dieciséis trabajé en la misma fábrica textil. Mi vida no ha sido divertida. Durante todos esos años tuve que trabajar de lunes a sábado por un sueldo miserable, muy inferior al que cobran mi padre y Cisco. Y a pesar de eso, era afortunada por tener un trabajo. Los domingos me levantaba pronto para hacer las tareas de casa y luego íbamos a misa; por las tardes, mis padres se iban a la plaza o a algún salón de baile, mientras que yo prefería quedarme con los amigos del barrio.

Ahora, ni siquiera descanso los domingos. Me paso la semana en casa cuidando de mis hermanas, yendo al lavadero y esperando que los señores Altarriba me manden llamar para que baje. Los domingos tal como los conocía han desaparecido. Lo único que no ha cambiado es que siempre que las fuerzas me lo permiten cojo un libro de los pocos que hay en casa y leo. Puede que no haya tenido la mejor educación del mundo, pero no soy estúpida. Siempre me ha gustado leer, y aunque sé que voy poco a poco y que a veces me cuesta comprender algunas palabras, creo que tengo un nivel de lectura aceptable.

—Soy pobre, no analfabeta —mascullo al tiempo que clavo mis ojos en los suyos—. No tengo un tío Ramiro que me lleve a Inglaterra, pero mis padres siempre se han preocupado por mi educación. Sé leer y, por si te lo preguntas, también escribir. —La cara me arde de vergüenza y rabia. Nunca me ha gustado que me recuerden mi condición social y mucho menos que nadie se atreva a juzgarme inferior por eso. Me pongo de pie y, mientras camino hacia la puerta, mascullo—: Incluso contar. Ahora hay dos personas en esta sala. En cinco segundos habrá sólo una.

Salgo del salón dando un portazo, indignada con Víctor, su dinero y su ego. Me escabullo silenciosamente hacia la habitación de los niños y compruebo que no se han despertado por culpa de mi portazo. Me siento en una pequeña silla que hay en la habitación, rodeada por la oscuridad de la noche, y dejo que mis pensamientos vayan consumiéndome poco a poco mientras oigo las acompasadas respiraciones de Gabriel, Clara y Xavier. Sólo me atrevo a moverme cuando oigo a los señores Altarriba entrar en casa.

Al meterme en la cama, mis tres hermanos ya están profundamente dormidos. Me acurruco entre las sábanas y me dejo caer en una espiral de sueños confusos y sombríos. Al despertarme por la mañana, me siento más cansada incluso que la noche anterior.

Aunque es domingo, tengo que reunir fuerzas para ponerme en pie cuando el sol apenas ha terminado de salir.

Como cada último día de la semana, limpio la casa de arriba abajo prácticamente

sola. Madre no puede ponerse de rodillas para fregar el suelo por su cojera, y padre dice que limpiar es trabajo de mujeres. Madre les prepara el desayuno a las niñas y empiezo mi ronda por las habitaciones de la casa para sacudir el polvo de los colchones.

Cuando la casa está limpia y la ropa secándose en la azotea, me encierro en el cuarto de baño y me tomo mi tiempo para asearme. Lleno de agua fría la pequeña bañera que tenemos y hundo los pies en ella. Un escalofrío me recorre la espinilla y trepa por mi espalda hasta llegar a los hombros, que se relajan al instante. Me siento en cuclillas, lleno una jarra de metal y dejo caer el agua helada sobre mí sin vacilar. Repito el gesto hasta que mi cuerpo deja de estremecerse por el cambio de temperatura. Miro mi piel y las gotas de agua que arrastran la suciedad y el sudor que me impregnan y sonrío. No puedo hacer esto muy a menudo, una o dos veces a la semana, pero esas ocasiones son, con diferencia, los mejores momentos del día. Empiezo a enjabonarme lentamente mientras oigo los gritos de Carme a lo lejos. De repente, la voz de Cisco suena al otro lado de la puerta. El jabón se escurre de mis manos por el sobresalto.

—¿Qué pasa? —pregunto de mala gana.

—La señora Emilia ha subido para decirte que los señores Altarriba quieren que bajes inmediatamente.

La última palabra retumba en mi cabeza y hace pedazos mi tranquilidad y buen humor. Los deseos de los señores Altarriba tienen que ser órdenes para mí, de modo que me aclaro y me seco rápidamente. En menos de cinco minutos me dispongo a salir de casa.

—Marina, espera —me llama madre, que está dándole el pecho a Carme. Las bolsas de sus ojos resaltan su expresión triste. Carme corre hacia mí y se abraza a mi pierna—. ¿No vas a venir a la parroquia? Es domingo.

—El trabajo es lo primero —escupe padre, que tiene la boca llena de pan.

Acaricio la cabeza de Carme antes de separarla de mí. Abro la puerta y me despido de mi familia con la mano. Sólo padre sonrío, no sé si por la satisfacción de perderme de vista un día más o por la paga que voy a ganarme hoy. Sea como sea, no parece importarle mucho que deje de lado mis obligaciones religiosas, en las que madre tanto cree, para ir a trabajar.

Supongo que madre habrá bajado a primera hora de la mañana para darle el pecho a Xavier, porque las únicas instrucciones de los señores Altarriba son que les dé de comer a Clara y Gabriel y que los lleve a pasear por la tarde. Ellos se van a una fiesta en la que, por lo visto, no se admiten niños. De todos modos, a la señora Altarriba se la ve más interesada en su maquillaje, que al parecer no pega con su vestido, que en sus hijos. A su marido, que no deja de mirar su reloj de bolsillo, sólo le preocupa llegar tarde. En cuanto a Víctor, vuelve a ser el mismo niño rico y antipático que conocí el primer día. Supongo que no puedo esperar nada más que indiferencia después de cómo terminó nuestra conversación hace ya tres semanas.

Por suerte o por desgracia, tengo cosas más importantes en las que pensar que en la actitud de ese señorito arrogante. Cuando los señores Altarriba vuelven son casi las seis, y a pesar de que me tienta la idea de quedarme en casa, descansando, cojo la ropa sucia, la meto en un canasto y me dirijo al lavadero. Como dice madre, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, sobre todo si mañana ya tienes cosas que hacer. Y yo tengo demasiadas.

Al salir del lavadero, casi no puedo ni agarrar el canasto de mimbre. Nunca he sido una chica fuerte ni resistente, y lavar la ropa siempre me deja agotada. No sólo tengo que frotarla y restregarla contra el fregadero; también tengo que golpearla con una pala de madera y hundirla en una mezcla de agua y cenizas para que quede bien blanca. Mientras me dirijo a casa, no puedo dejar de pensar que mañana tendré que ir a sacarla del agua, aclararla y pagar al dueño del lavadero. El desánimo me puede y tengo que apoyarme un momento contra la fría fachada de un edificio. Dejo caer la cesta de mimbre y respiro profundamente.

Un rayo desgarrar el cielo y un ruidoso trueno lo acompaña. Va a llover de nuevo, así que más vale que me dé prisa. Recojo el canasto y echo a correr. Sólo me queda una manzana para llegar a casa cuando las nubes deciden descargar toda su furia contra la ciudad. Corro hacia un portal y me resguardo de la lluvia, dispuesta a esperar cuanto haga falta. No puedo arriesgarme a resfriarme otra vez.

Me entretengo observando a la gente que corre bajo la lluvia, algunos resguardados bajo amplios paraguas, otros tapándose con sus chaquetas. Sin embargo, sólo uno llama mi atención. Aún está lejos, pero lo reconozco al instante. Se sujeta el sombrero con una elegancia que consigue repelerme. Aun así, no puedo apartar mis ojos de él, ni siquiera cuando se vuelve de repente y me sorprende observándolo. Se queda quieto un segundo, con la mirada fija en mí. Ni siquiera se me ocurre esperar que me ofrezca un espacio bajo el gran paraguas que lleva, pero al menos podría haber disimulado su indiferencia al apartar sus ojos de mí con hastío.

Los minutos van pasando y la tormenta no amaina. No puedo quedarme en este portal rememorando la fría mirada que me ha lanzado Víctor y esperando a que mis huesos se vayan helando cada vez más. Trago saliva, me coloco el canasto del revés sobre la cabeza y empiezo a correr bajo la lluvia.

Miguel siempre había sido un niño complicado. Tardó más de lo normal en empezar a hablar, un problema que le afectó al aprender a leer y escribir. Iba rezagado respecto a sus compañeros de clase, de modo que sus profesores decidieron que repitiera el último curso de preescolar. Abril había esperado que esa decisión drástica despertara a sus padres y se dieran cuenta de que las cosas no podían seguir como hasta entonces. Ellos se limitaron a prestarle un poco más de atención a su hijo, pero seguía sin ser la suficiente.

Su madre siempre estaba trabajando y su padre solía pasarse semanas enteras fuera del país. Tailandia, Estados Unidos, Suiza, Japón y Sudáfrica. Estaba siempre en cualquier parte menos en casa. Esa era la vida del piloto de aviones. Él no tenía la culpa. Cuando era más pequeña, sentía lástima por su madre. Con su marido tan lejos debía de sentirse muy sola. Sin embargo, cuando creció comprendió que a su madre no sólo no le importaba estar sola, sino que le gustaba. Ella y su marido parecían tener una especie de acuerdo según el cual aun estando casados poseían una libertad absoluta en su vida privada.

Fuera como fuese, ninguno de los dos pasaba mucho tiempo en casa, por lo que Miguel nunca había tenido los cuidados que requería un niño de su edad. Por supuesto, cuando surgía algún problema sus padres intentaban solucionarlo y, cuando no lo conseguían, lo mandaban a especialistas. El logopeda para su problema de dicción, profesores particulares para que aprendiera a leer y escribir y, más recientemente, psicólogos para corregir su comportamiento.

De modo que ahí estaba Abril, sola en la sala de espera del psicólogo infantil al que su hermano llevaba acudiendo más de dos meses. Mantenía la vista fija en las baldosas, tan blancas como el resto de la sala, sólo decorada con una planta que parecía de plástico y dos cuadros perturbadores. Cerró los ojos para no ver ni oír a las parejas de padres e hijos que esperaban juntos, leyendo cuentos o contándose sus días. Su madre sólo había acompañado a Miguel el primer día, y porque el psicólogo así lo había especificado. Desde entonces, siempre lo había acompañado Abril, que al llegar a casa tenía que explicarle a su madre cómo había ido la sesión.

Abril suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás, deseando para sus adentros que su hermano no tardara mucho en salir. Eran ya las siete de la tarde, y aún le quedaba por hacer más de la mitad de un trabajo que tenía que entregar a la mañana siguiente.

Una música demasiado estridente la alteró. Miró a su alrededor y, al ver que todos estaban mirándola, se percató de que la melodía salía de la mochila que tenía entre los pies. Cogió el móvil del bolsillo exterior rápidamente y salió de la sala disculpándose con una sonrisa tímida.

—¿Qué quieres, Héctor? No es un buen momento. —Se alejó un poco de la puerta y se sentó en las escaleras que conducían a la planta principal.

—¿Estás en casa?

—Es miércoles. Sabes de sobra que Miguel tiene sesión con el psicólogo.

—Perdona, es que estaba haciendo el trabajo de mañana y tenía dudas y... —empezó a decir, pero se interrumpió—. Da igual. Te noto cansada.

Abril resopló y se llevó una mano a la cara. Como para no estarlo. Aquella noche había vuelto a soñar con el chico de la biblioteca, y no había podido dejar de pensar en ello durante todo el día. Su mente no le había dado tregua.

—¿No has dormido bien? —insistió Héctor, sabiendo que entendería el doble significado de su pregunta.

—No —suspiró ella—. ¿Estás solo?

—No, estoy con Mario. —A Abril se le escapó la risa.

—¿No has dicho que estabas haciendo el trabajo?

—Sí, mamá, pero puedo trabajar con compañía. Él está estudiando. No te preocupes, sabemos comportarnos.

—No lo dudo —dijo ella, sonriendo—. Cuando llegue a casa tengo que ocuparme de Miguel, pero puedes pasarte un rato si quieres.

—Lo haré.

Abril encendió el fluorescente del lavabo y se miró en el espejo. Un nada saludable color violáceo teñía los contornos de sus ojos, hinchados por el cansancio. Al salir de la consulta del psicólogo, Miguel había estado especialmente nervioso, y siguió estándolo hasta bien entrada la noche. Aunque su madre había llegado a casa relativamente pronto, se fue directa a la cama, alegando que estaba demasiado cansada para ocuparse de esas pataletas infantiles. Abril podría haber dado la misma excusa, pero como de costumbre tuvo que encargarse del niño hasta que consiguió que se durmiera, cerca de las once. Por suerte, Héctor se había dejado caer un rato y la había ayudado con el trabajo de clase mientras ella hacía la cena, por lo que había podido irse a dormir más pronto de lo que había temido. Aun así, aquella noche había dormido apenas cuatro horas. Quizás por eso no había soñado absolutamente nada.

Al levantarse, no pudo evitar sentirse descolocada. Una pequeña parte de ella deseaba que aquellos sueños volvieran, por más perturbadores que fueran. Eran tan reales que le daban la sensación de tener otra vida. Una completamente diferente de la suya, de la

que ya estaba harta.

Era su particular vía de escape.

El día fue pasando de forma casi agónica entre vistazo y vistazo al reloj. Los minutos parecían no avanzar y las horas tropezaban. El tiempo transcurría lento para Abril, que sentía el cuerpo pesado y entumecido por el sueño. Ni siquiera el fuerte traqueteo del tren, sumado a los empujones de los viajeros, logró sacarla de su trance.

—Deberías dormir más —le aconsejó Mario, que estaba de pie junto a Héctor. Los ojos de Abril se deslizaron hasta el pequeño resquicio que separaba los dos cuerpos y sonrió al ver dos manos entrelazadas.

—Y vosotros no deberíais esconderos —replicó ella, clavando sus ojos en los de Mario, que se movieron nerviosamente por el vagón, escrutando las caras de los otros viajeros—. Relájate, nadie os está mirando.

Las orejas de Mario empezaron a enrojecer, como siempre hacían cuando se ponía nervioso o sentía vergüenza, y Héctor negó con la cabeza. Abril no pudo evitar reírse ante aquella escena, que tenía que presenciar prácticamente todos los días. Héctor y Mario habían empezado a salir diez meses atrás y lo habían llevado en secreto hasta hacía poco más de dos meses. Aunque Mario se había atrevido a confesarle su homosexualidad a su familia gracias a Héctor, aún se turbaba cuando alguien los miraba por la calle o hacía una mueca al ver cómo se cogían de la mano o se besaban.

—Es un paranoico —se quejó Héctor al tiempo que le cogía la cara con las manos y lo besaba sin darle tiempo a reaccionar.

Mario se separó súbitamente y se pasó una mano por el pelo, corto y rojizo.

—¿Y tú qué? —le preguntó a Abril con voz entrecortada—. ¿Has vuelto a soñar con tu príncipe azul?

La chica se cruzó de brazos y le lanzó una mirada recriminatoria a Héctor, que se encogió de hombros.

—Tu novio debería aprender a callarse —le gruñó a Mario.

—Vamos, no te enfades. Era sólo una broma.

Una voz anunció la próxima parada y la gente comenzó a amontonarse junto a las puertas de salida, empujándolos contra una mole de estudiantes con mochilas, carpetas y poco buen humor. Las puertas se abrieron y Abril aprovechó para inspirar una bocanada de aire fresco.

—No, no he vuelto a soñar con él. —Suspiró.

—¿Ves? —se rió Héctor, haciendo saltar sus ojos entre ella y Mario—. Estoy rodeado de paranoicos.

Quizás sí lo fuera, se dijo Abril. Después de una noche tranquila, las tribulaciones que habían ocupado su cabeza el día anterior le parecían estupideces de preescolar. Incluso sentía vergüenza por la carta que le había dejado a ese desconocido en el libro de la biblioteca. ¿Qué pretendía? Ni ella misma lo sabía. Había seguido un impulso, sin cuestionarlo ni preguntarse qué perseguía. Ahora no servía de nada lamentarse por lo que ya había hecho; nunca volvería a ver a ese chico de pelo rizado, ni en la vida real ni en la que inventaba su imaginación cuando dejaba libre su subconsciente. No servía de nada preocuparse por algo que no podía cambiar.

Sentía que la cabeza le iba a explotar, quizás por la marabunta de pensamientos que repiqueteaban en su interior, o tal vez por la falta de sueño. Bostezó y alzó la vista para comprobar cuántas paradas quedaban en el panel informativo. Una lucecita roja parpadeante indicaba que la suya era la próxima estación, de modo que se desperezó y avisó a Héctor de que tenían que bajar en la siguiente.

—Me voy a casa de Mario —se disculpó él. Abril sonrió y se despidió con un movimiento de mano—. Nos vemos mañana. A aquellas horas de la tarde, la biblioteca municipal estaba prácticamente desierta. La época de exámenes aún quedaba muy lejos y el mal tiempo que azotaba la ciudad hacía desistir a los más estudiosos de salir de casa para ir a la biblioteca. Abril paseó por los solitarios pasillos en busca de una lectura apetecible que la alejara de la universidad, de su familia y de aquellos extraños sueños. Se decidió por una novela cuyo título nunca había oído, pero que parecía lo suficientemente interesante y larga como para tenerla entretenida durante una semana. Bajó hasta la planta de la videoteca, de donde salió con tres películas, y en menos de diez minutos estaba entregándole el carné a la bibliotecaria. Por suerte, no se trataba de la misma que le había bufado el día anterior al devolver el libro de *Peter Pan*.

Esta miraba con curiosidad el carné a través de unas modernas gafas de pasta que desentonaban con las arrugas que surcaban su frente y las comisuras de sus labios.

—¿Eres Abril Aymerich?

La aludida alzó las cejas y dirigió una expresiva mirada al carné que la mujer tenía entre las manos. Era obvio que era ella.

—Cogiste prestado *Peter Pan*, ¿verdad?

Sus ojos se agrandaron, pero no dio más respuesta que un leve asentimiento de cabeza. La bibliotecaria sonrió y empezó a rebuscar entre las cosas del escritorio mientras decía:

—Han dejado algo para ti.

Cuatro

Los ojos me arden, al igual que toda la cara, y la garganta me duele, sobre todo cuando hablo. Por una vez, decido, no habrá cuento de buenas noches. Arrojo a Clara y Gabriel y me dispongo a salir del cuarto para dejarlos dormir.

—¿No nos cuentas un cuento? —me pregunta la niña en la oscuridad de la habitación.

Me llevo una mano a la cabeza, desesperada. Cada minuto que pasa me encuentro peor. Intento respirar hondo. No puedo dejar que esto influya en mi trabajo. Asiento con la cabeza, derrotada, y trato de sonreír. No puedo perder este empleo. Abro la lámpara que Clara tiene junto a la mesilla de noche, retirando la cubierta de metal y girando cuidadosamente la válvula que regula el queroseno. La mecha se prende y la habitación se inunda de un fantasmagórico juego de luces y sombras. Nunca me ha gustado la oscuridad, pero Gabriel consigue disipar mis miedos al preguntar, con un hilo de voz:

—¿Qué cuento nos contarás hoy?

—*Juan sin miedo* —respondo mientras me siento a los pies de la cama del niño. Le echo un vistazo al quinqué tintineante y muevo la cabeza hacia el haz de luz que se cuele por la rendija de la puerta. Creo ver una sombra al otro lado, pero, al parpadear, esta ha desaparecido. Suspiro, maldiciendo mi miedo a la oscuridad y mi malestar.

La garganta me arde cuando salgo de la habitación. La cabeza me duele más que nunca y tengo los ojos llorosos. Necesito dormir, pero no puedo irme a casa hasta que lleguen los señores Altarriba. Me deslizo silenciosamente hasta el salón, intentando retener el estornudo que está trepando por mi garganta. Me dejo caer sobre un sillón y cierro los ojos. Al instante, una voz me sobresalta y vuelvo a abrirlos de inmediato.

Víctor está sentado en el otro sillón, con un grueso libro abierto sobre su regazo. Toso y él entrecierra los ojos.

—¿Te encuentras bien? Tienes peor cara que de costumbre.

Mi mente se debate entre contestar con amabilidad a su aparentemente honesta preocupación y devolverle el insulto. Mi cabeza no está dispuesta a trabajar, de modo que asiento y murmuro:

—Estoy bien, sólo un poco cansada.

Víctor cierra el libro, lo deja sobre la mesa que tiene a su lado y se apoya en el

respaldo del sillón lentamente. Arquea las cejas y me observa con gesto incrédulo.

—Pues estás sudando, tienes tos y las mejillas rojas. Yo diría que tienes fiebre.

—Y yo diría que deberías meterte en tus asuntos. Mi estado de salud es cosa mía.

Se queda callado unos instantes, sin dejar de mirarme, y finalmente dice:

—Y mío y de mis hermanos mientras estés en esta casa. Si estás enferma, podrías contagiarnos.

—No te preocupes, no pienso acercarme a ti, y en cuanto a los niños, te prometo que no voy a toserles encima. Tengo dos hermanas pequeñas y ninguna medicina en casa. Te aseguro que sé cómo evitar que alguien se contagie por mi culpa. Y de todos modos, no estoy enferma. Como te he dicho, sólo necesito dormir. Mañana estaré como nueva.

Cierro los ojos, dispuesta a descansar hasta que lleguen los Altarriba, e ignoro a Víctor, que dice algo que no consigo entender. Como no lo repite, doy por sentado que no será nada importante, así que respiro hondo y me relajo. Sólo oigo las manecillas del reloj y el viento que sopla en la calle y que parece querer arrancar las farolas de cuajo. Pienso en los serenos, que deben de estar haciendo la última ronda, y doy gracias por tener un trabajo como este. Al menos dispongo de un butacón donde descansar.

Separo los párpados sólo un instante y mis pupilas se clavan en el espejo de pared que hay junto al piano. En su superficie veo a Víctor, que me observa sin pestañear. Me fijo en que tiene el libro abierto por el principio, a pesar de que cuando he llegado estaba leyendo las últimas páginas. No deja de inquietarme que Víctor me mire cuando no tiene por qué hacerlo y vuelva la cara cuando nos cruzamos por la calle.

La negrura me invade y me quedo dormida con ese último pensamiento en la cabeza.

Sólo me despierto cuando una mano me coge del hombro y me sacude violentamente. Me incorporo de un salto y me llevo la mano al pecho, donde mi corazón golpea con tal fuerza que parece que mis costillas vayan a romperse.

—Mis padres están entrando por la puerta —me dice Víctor al tiempo que me quita de encima la manta que me cubre y me tira un pequeño pañuelo de tela—. Sécate el sudor y no se darán cuenta de que estás enferma.

Parpadeo dos veces, atónita, y lo obedezco inmediatamente. No puedo apartar los ojos de la manta que tiene entre las manos.

—Estabas tiritando —dice, encogiéndose de hombros. Le alargo el pañuelo, empapado con mi sudor, pero niega con la cabeza y hace un gesto envanecido con la mano—. Puedes quedártelo.

La puerta del salón se abre y aparece la señora Altarriba con los bajos del vestido empapados y el cabello despeinado por el viento. El maquillaje se ha corrido levemente por su cara, que ahora parece un lienzo estropeado. Por su expresión, es evidente que esta no ha sido la mejor de las veladas. La saludo cortésmente y me excuso alegando lo tarde que se ha hecho; el señor Altarriba me da mi paga y me apresuro a subir a mi casa sin despedirme de Víctor ni agradecerle la manta ni el aviso. Si me hubieran encontrado durmiendo, seguramente tendría un pie fuera de esa casa, sin importar la fiebre que tenga o lo mal que me encuentre. Cuando me meto en la cama, sólo soy capaz de rezar para que mañana no tenga que cuidar de los niños. Por segunda vez en unas horas, la inconsciencia me domina. Esta vez, sin embargo, es asfixiante y dolorosa, y por muchas horas que duermo mi cuerpo no siente ningún alivio.

La casa está vacía cuando abro los ojos por la mañana. Mi padre y Cisco están trabajando, y madre debe de haber ido al mercado con las niñas. Intento levantarme de la cama, pero el mundo empieza a dar vueltas a mi alrededor y me tumba de un plumazo sobre el colchón. Tengo la frente sudada, me moquea la nariz y la garganta me quema como si me hubiera tragado tres toneladas de carbón ardiendo. Cierro los ojos y cuento hasta cien una y otra vez. Si me duermo, quizás el dolor desaparezca.

Unos golpes en la puerta me hacen perder la cuenta cuando voy a pronunciar «noventa y ocho» por tercera vez.

—Voy. —Intento que mi voz suene fuerte y firme. En lugar de eso, emito un sonido gutural casi de ultratumba.

Me levanto poco a poco y avanzo descalza por el suelo helado, maldiciendo a madre por haberse dejado las llaves. Cuando me acerco a la puerta, tengo el mal presentimiento de que es Emilia quien está al otro lado, lista para anunciarme que hoy me toca trabajar de nuevo. Sin embargo, al abrir la puerta me encuentro con algo infinitamente peor: Víctor, con el pelo peinado hacia atrás y una nube tóxica de perfume envolviéndolo, me mira con los labios apretados. El mal presentimiento se intensifica. Algo me dice que ni hoy ni nunca tendré que volver a casa de los Altarriba. Quizás Clara o Gabriel se encuentren mal por mi culpa, o tal vez Víctor decidiera contarles a sus padres que ayer fui a trabajar estando enferma, exponiendo a sus hermanos a mis virus.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, inquieta. Él abre la boca, pero duda y se queda en silencio—. ¿Y bien? ¿Has venido a decirme que estoy despedida?

Víctor hace una mueca y se alisa la camisa con delicadeza.

—Debería verte un médico.

—Primero debería poder pagarlo. Estoy bien, no necesito ningún médico. Como te dije ayer, sólo necesito descansar.

Una inoportuna tos seca sigue a mis palabras y siento cómo, con cada espasmo que

me sacude, mi credibilidad se rompe un poco más.

—No te preocupes, yo me he hecho cargo. El doctor vendrá en una hora —anuncia. Debo de quedarme atónita, porque dibuja una media sonrisa, a través de la cual puedo ver sus perfectos dientes, y dice—: ¿Por qué me miras así?

—¿Por qué debería venir un doctor? —pregunto, recelosa. Me froto los ojos, que cada vez me pican más, y me apoyo contra el marco de la puerta.

—Porque estás enferma, obviamente.

—Quiero decir que por qué tendría que visitarme un médico enviado por ti. —Sin pretenderlo, la voz se escapa de mis labios como un susurro y me coge un ataque de tos que hace que todo mi cuerpo se convulsione—. ¿O te envían tus padres?

Víctor mueve la cabeza de un lado a otro, me coge por los hombros y me empuja hasta una de las sillas de la cocina. Me quedo sentada, abrazándome a mi propio pecho para evitar movimientos bruscos, y observo cómo Víctor busca una jarra de agua y vierte un poco en un vaso. Me lo alarga sin decir nada y me lo bebo todo lentamente, intentando no atragantarme.

—Porque, si estás enferma, no podrás cuidar de mis hermanos y, a no ser que encontremos a alguien que cumpla con las expectativas de mis padres, tendré que hacerlo yo. Y te aseguro que son muy exigentes con el servicio —dice. Me coge el vaso vacío de las manos y lo deja en el fregadero—. ¿Dónde está tu habitación? Necesitas tumbarte y taparte con una buena manta.

Señalo con la mano el único pasillo que sale de la cocina. Víctor se dispone a ayudarme, pero me levanto antes de que me toque y arrastro los pies hasta la primera puerta. Antes de entrar me vuelvo hacia el chico, que no se ha movido ni un milímetro, y le pido que se marche. Lejos de hacerlo, se dirige hacia mí con paso decidido y me empuja dentro de la habitación con demasiada brusquedad.

—No me iré de aquí hasta que llegue el doctor.

—No hace falta —le aseguro mientras me tumbo en la cama y me tapo con la manta deshilachada. Él hace caso omiso de mis palabras y entra en el cuarto para sentarse, eso sí, en la silla más alejada de mí. Ni siquiera disimula la mirada crítica con la que escruta cada rincón de la pequeña habitación—. Puedes irte, de verdad —le repito. No me gusta tener en mi casa a alguien que no está a gusto en ella—. Estoy bien.

—Lo estarás cuando te vea el médico. Y no repliques. Mi familia te paga, así que yo mando.

Resoplo y me escondo bajo la manta, dispuesta a no abrir la boca hasta que el doctor llegue. Podría intentar negarme a que me visitara, pero, aunque puedo ser orgullosa, no soy

estúpida. En mi casa ya ha habido suficiente pena por culpa de catarros mal curados como para arriesgarme a repetir lo que vivió mi familia hace tanto tiempo. Entonces yo sólo tenía cuatro años, así que apenas recuerdo nada de esos días de angustia; únicamente las lágrimas de madre y los gritos de frustración. Y, por supuesto, este sentimiento de culpa que siempre me acompaña.

—Ten. —Víctor está a mi lado, alargándome un trapo mojado. Unas gotas de agua caen sobre mi frente y resbalan por mi nariz hasta hacerme estornudar—. Póntelo sobre la frente. Hará que te baje la fiebre.

Me estiro boca arriba y hago un movimiento afirmativo apenas perceptible. Me aparto los mechones de pelo sudado de la cara y coloco el trapo húmedo de modo que cubra mis párpados. El frescor del agua me despeja un poco. Tengo la boca pastosa, pero consigo separar los labios, resecos y cortados, y preguntar:

—¿De dónde has sacado el trapo?

Víctor no dice nada, pero por el sonido indefinido que emite intuyo que se ha encogido de hombros. Puedo incluso imaginar esa expresión de superioridad con la que mira al mundo. Le doy la vuelta al trapo, que se ha calentado al contacto con mi piel enfebrecida, y suspiro. Aún no entiendo por qué está aquí.

—He rebuscado entre los cajones.

—Ah —es todo cuanto se me ocurre decir. No está bien que se invite a mi casa, y mucho menos que revuelva mis cosas y las de mi familia sin permiso, pero decido que no tengo fuerzas para discutir. Además, al fin y al cabo lo ha hecho por una buena causa. O eso creo, porque si una cosa tienen los ricos, y en especial los niños ricos, es que nunca sabes qué pretenden en realidad. Se rigen por otro tipo de pensamiento, de leyes y de moral. Ahí arriba, supongo, todo es diferente.

Víctor no dice nada más y yo tampoco lo hago. Madre siempre me ha dicho que si uno no tiene nada importante que decir, es mejor no decir nada. Así pues, me tapo hasta el cuello con la manta, escondo los brazos debajo de ella y espero que los minutos pasen entre sueños abstractos e inquietantes.

El chirrido de la puerta de la habitación me desvela. Toso y separo dificultosamente los párpados, llenos de legañas, y veo a un hombre enjuto, con el pelo y el bigote blancos como la nieve. Va vestido con un traje marrón algo desgastado y lleva un maletín en la mano derecha.

—Así que tú eres la enferma —dice el desconocido, que, aunque no se presenta, deduzco que se trata del doctor.

—Marina, si no le importa.

Víctor aparece detrás del hombre y se coloca junto al cabezal de mi cama. A pesar de que tengo la nariz congestionada, puedo oler el perfume que lo envuelve cuando sus manos se acercan a mi cara. Me aparto instintivamente. Víctor se mueve de forma rápida y me quita el trapo húmedo de la frente a la vez que me lanza una mirada de reproche.

—Este es el doctor Gracián —dice con voz tranquila.

El médico deja la chaqueta sobre la cama de Carme y el maletín en la mesita de noche que hay junto a mí. Me destapo y obedezco todas sus órdenes diligentemente; cuanto más rápido me examine, más pronto se irá y podré seguir descansando.

—¿Has tenido alguna enfermedad grave?

Miro a Víctor y luego al doctor, pensando que no me hace ninguna gracia que el mayor de los Altarriba conozca mi historial médico. De hecho, no me gusta la idea de que sepa nada de mí; cuanto más sepa, más armas tendrá para utilizar en mi contra. Soy consciente de que no debería seguir desconfiando de él, y menos cuando el salario del médico que está examinándome sale de sus bolsillos, pero no puedo evitarlo. Víctor no me gusta y tengo la sensación de que está tramando algo. Al notar las pupilas de los dos presentes clavadas en mí, termino por asentir.

—A los cuatro años cogí una pulmonía y casi... —No puedo terminar la frase. Los ojos se me entelan. Por suerte, la humedad de la fiebre lo disimula y ni el doctor Gracián ni Víctor se dan cuenta.

—Entiendo —dice, sonriendo con frialdad, mientras va guardando todos sus artilugios médicos en el maletín—. Bien, no creo que llegues a ese extremo. De todos modos, tienes que cuidarte. Si no, la cosa puede ir a peor. Nada de salir de casa y nada de esfuerzos físicos.

Intuyo que va a despedirse, y en ese momento comprendo que no puedo dejar que se vaya sin haber hablado antes con él. Necesito hacerlo, pero no delante de un Altarriba.

—Doctor... ¿puedo hablar con usted un momento? —le pregunto con timidez. Le lanzo una mirada fugaz a Víctor y matizo—: A solas. Por favor, sólo será un minuto.

El aludido mira a Víctor, que tras unos segundos de duda asiente y sale de la habitación. El doctor espera a que la puerta esté cerrada y se vuelve hacia mí.

—Tú dirás.

—¿Es usted como un cura?

El hombre se ríe. Su bigote blanco parece bailar encima de sus labios.

—¿Como un cura?

—Si yo le cuento algo, ¿puedo confiar en que quede entre usted y yo?

—Por supuesto.

—¿Me lo promete?

Hace un gesto afirmativo con la cabeza y se sienta a los pies de mi cama, a la espera de que le haga mi revelación.

—Tengo miedo —susurro.

—Estás bien, niña —me asegura con un tinte dulce en la voz—. Sólo tienes que cuidarte.

—No es por eso... Es decir, sí, pero... No lo sé. —La cabeza me duele de nuevo una barbaridad, tanto que incluso elegir las palabras se me hace una tarea casi imposible—. Ha prometido guardar mi secreto, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Cuando cogí la pulmonía, se la contagié a mi hermano pequeño. O tal vez él me la contagió a mí... La verdad es que no me acuerdo. Sólo sé que en unos días yo ya estaba mejor, pero que por muchas medicinas que tomara mi hermano, o por muchos cuidados que recibiera, no mejoraba de ninguna manera. La cosa empeoró y sus pulmones no pudieron soportarlo. Murió el día en que cumplía cinco meses.

El día del funeral del pequeño Víctor es probablemente el primer recuerdo que tengo de toda mi vida. El día era soleado y a la capilla asistieron poco más de quince personas, lo que no hacía más que recordarnos que Víctor no había llegado a vivir lo suficiente como para tener una vida y unos conocidos propios. A pesar de que en casa todos evitamos hablar del tema, sé que madre suele ir a visitar su tumba varias veces al año. Yo podría contar con los dedos de una mano las ocasiones en que he ido a ver a mi hermano fallecido. Sé que hay que honrar a los muertos, y así me lo ha repetido madre siempre, pero nunca encuentro fuerzas para cumplir con ese deber. En lo más profundo de mi alma, me siento culpable por haberme curado, mientras que él moría por la misma enfermedad. Ahora tengo la sensación de que Dios me ha enviado ese mal otra vez para correr la misma suerte que mi hermano.

Observo al doctor, que no dice nada, y al fin me atrevo a añadir:

—Lo cuidaron, le dieron todas las medicinas que mis padres pudieron permitirse, y aun así murió. No quiero correr la misma suerte. Dígame todo lo que tengo que hacer para curarme, doctor. No quiero morirme.

Niega con la cabeza y me asegura que no empeoraré, siempre y cuando siga sus consejos y tome las medicinas que Víctor me traerá esa tarde.

—¿Era este tu secreto?

Supongo que le parecerá una tontería, pero no lo es. La gente no contrata a nodrizas a quienes se les ha muerto un hijo a edades tan tempranas. Está claro que los señores Altarriba no saben nada de mi hermano Víctor, y si algún día lo descubrieran probablemente madre se quedaría sin trabajo y, de rebote, también yo. Ya conseguí que esta familia perdiera un salario; no quiero que perdamos dos sueldos de un plumazo.

A esas horas de la tarde, el centro de la ciudad era un hervidero. No podían dar diez pasos seguidos sin tener que sortear a alguien. Héctor y Mario ni lo notaban. Abril, sin embargo, se movía entre soplido y soplido, preguntándose por qué la gente tiene la obsesión de agolparse en los mismos sitios.

Y los turistas. Les diría cuatro cosas, empezando por explicarles que pasear por las calles más comerciales no es la mejor forma de conocer un país.

Un chico con pantalones caídos, sudadera y gorra se puso delante de ella y le alargó un papel. Aunque quiso negarse, el chico insistió y Abril terminó por aceptarlo de mala gana. Le echó un vistazo. La misma tienda de deportivas de siempre.

—Voy a hacer colección de estos. No hay día en que no me den uno.

—Podríamos hacer confeti con ellos y venderlo —bromeó Mario.

—Saldrían toneladas, te lo aseguro —respondió Abril mientras se guardaba el papel en el pantalón—. Y bien, ¿adónde vamos?

Mario enseñó las tres bolsas que llevaba en la mano de forma triunfante. Traje, camisa y zapatos. El kit del asistente a una boda al completo. Casi al completo.

—Sólo me falta una corbata.

—Parece que seas tú el novio —resopló Abril.

Estaba cansada de andar y de buscar ropa para Mario. Además, la carta parecía arder en el bolsillo de su chaqueta, impidiendo que olvidase sus palabras, grabadas a fuego en su mente.

«Este sábado a las ocho en el centro de plaza de Catalunya», había escrito.

Se impuso a la tentación de mirar su reloj. No iría. Era una locura.

—Es la boda de mi hermana. Tengo que estar guapo.

—Tú siempre estás guapo —lo agasajó Héctor.

—Qué pastosos sois. Suerte que no soy diabética; me daría un telele con tanto

azúcar.

—No seas tan gruñona.

—No soy gruñona. Sólo estoy cansada.

Mario soltó un largo soplido y miró a Héctor sonriendo.

—Cansada.

—Sólo dice eso cuando...

—... algo la preocupa —concluyó Mario.

—A veces dais miedo, chicos.

—Pero tenemos razón. Vamos, dinos qué pasa por esa cabecita tuya —dijo Héctor.

—¿Otra vez el Chico Sartén?

El Chico Sartén: así había bautizado Mario al Víctor de los sueños de Abril y al desconocido de la biblioteca. Según él, la razón era más que obvia. A ambos les gustaba *Peter Pan*, y *pan* significa «sartén» en inglés. De modo que los dos eran el Chico Sartén.

Abril asintió pesadamente y se detuvo. Héctor y Mario se colocaron delante de ella, expectantes.

—He vuelto a soñar con él.

—¿Otra vez?

—Y eso no es lo peor. —Suspiró, sacó la carta de la chaqueta y se la alargó a los dos chicos.

Fue Héctor quien la cogió y la leyó para sus adentros antes de pasársela a Mario.

—¿Es de...?

—Me la dio la bibliotecaria. Dijo que era del chico que acababa de coger *Peter Pan*, así que supongo...

—¡Te cita hoy! —la interrumpió Mario sin ninguna contemplación. Miró el reloj y gritó, exaltado—: ¡En menos de quince minutos!

—Lo sé.

—¡Y es aquí al lado!

—Lo sé.

—Llegamos de sobra.

—No.

—¿Cómo que no? —intervino Héctor—. ¿Es que no piensas ir?

—Claro. Para decirle: «Oye, no estoy loca ni nada por el estilo, pero tengo la terrible manía de soñar contigo noche tras noche. Si pudieras dejar de aparecer en mis sueños, sería un puntazo. Ya sabes, empieza a darme miedo. Gracias por tu atención».

—No seas tan dramática. Tu subconsciente está un poco alterado, nada más. Quizás si lo conoces dejas de soñar con él. Y quién sabe, a lo mejor os...

—No quiero ir —lo cortó ella.

—Pobre Chico Sartén. ¿Vas a mandarlo a freír espárragos antes de conocerlo? —Mario rió—. Vamos, Abril, no seas cobarde. Tienes que ir.

—Por una vez estoy de acuerdo con el payaso —dijo Héctor, que había pasado por alto el chiste de Mario, que seguía riendo—. Ve. Yo creo que es lo que necesitas para librarte de los sueños.

—Pero...

—Sin objeciones. Andando.

Abril se dejó arrastrar hasta allí sin abrir la boca. En el fondo, sabía que sus dos amigos tenían razón. Si no acudía a la cita, se arrepentiría. No es que no quisiera: simplemente, no se atrevía. ¿Qué haría cuando lo tuviera delante? ¿Saludarlo al más puro estilo de principios de siglo XX?

—¿Está por ahí?

Habían llegado sin que se diera cuenta. Abril volvió en sí en el instante justo para detener a Héctor y Mario, que se encaminaban de forma decidida hacia el centro de la plaza.

—Esperad, aún quedan cinco minutos —dijo, mirando a su alrededor. El centro de la plaza estaba rodeado por dos hileras de árboles, separadas por un paseo cubierto de hojas doradas. Abril señaló uno de los bancos que había y dijo—: Vamos a sentarnos.

Héctor fue el último en dejarse caer sobre la gastada madera. Se volvió hacia la

chica, que tenía la mirada perdida, y sonrió.

—Así que has vuelto a soñar con él.

—No es un buen tema de conversación —susurró ella sin mirarlo.

—A veces eres muy insensible —lo amonestó Mario en voz baja.

No habían pasado ni tres minutos cuando Abril dio un respingo. Ahí estaba, en el bello centro de la plaza, justo encima de la gran estrella del suelo.

—Está ahí. El del sombrero ocre.

—¿Ese? ¿El de la camiseta naranja? Oye, no está nada mal. No me extraña que no te lo quites de la cabeza. Yo también soñaría con él.

—¡Mario!

Abril escondió sus manos en la chaqueta y encerró en su puño derecho la nota que la citaba encima del mosaico de la estrella en apenas un minuto.

—Nos vemos luego, ¿vale?

—¡Ni hablar! Queremos verlo.

—Y no me fío de ti —añadió Héctor—. Quiero ver cómo vas hacia ahí.

—Vosotros mismos. No quiero tener público, así que o desaparecéis o no me muevo de aquí. —Abril se cruzó de brazos y, al ver que la pareja se miraba con complicidad, añadió—: Y nada de quedarse por aquí. Id a comprar la corbata. Luego os llamo.

Ninguno de los dos se atrevió a replicar. Se despidieron y se alejaron mirando hacia atrás cada pocos segundos.

Abril se quedó sola, observando desde el banco al desconocido. Víctor, Chico Sartén o L., como había firmado la nota. Respiró hondo e intentó ponerse de pie. Fue en vano. No se sentía capaz de acercarse a él.

Víctor.

Ahí estaba, mirando a su alrededor esperando verla aparecer, sin saber que estaba escondiéndose de él, aterrada como una niña pequeña delante de su peor pesadilla. Miraba el reloj, el móvil y de nuevo a su alrededor. Los minutos iban pasando, uno tras otro, imparables, mientras ella se hundía cada vez más en el fango de sus sueños. Víctor andando apresurado bajo la lluvia, llegando a casa de Marina con el doctor, los niños en sus camas escuchando los cuentos de su niñera.

Y ahí delante estaba él, quien fuera que fuese. El chico que la acosaba en sueños. Miró su móvil. Pasaban casi veinte minutos de las ocho. Levantó la cabeza hacia el chico, que seguía de pie en el centro de la plaza, y sus miradas se cruzaron. Fue sólo un instante, pero el mundo empezó a temblar bajo los pies de Abril, que de forma instintiva se tumbó en el banco para evitar que la viera. Acudir a la cita había sido un error. Un error garrafal. Cruzó los dedos y rezó para que no la hubiera reconocido. Dejó pasar unos minutos antes de reincorporarse lentamente.

Seguía ahí, esta vez con una pierna doblada y el cuerpo encorvado hacia delante. Parecía un flamenco. La chica estiró un poco el cuello y vio que estaba escribiendo algo. A los pocos minutos se sentó y siguió escribiendo cerca de un cuarto de hora ante la atenta mirada de Abril, que había quedado hechizada bajo el onírico recuerdo de Víctor.

De pronto se puso de pie y se volvió tan rápidamente hacia ella que no fue capaz de reaccionar. Esta vez no tuvo dudas: la había visto. Sin embargo, en lugar de acercarse a ella, todo cuanto hizo fue alzar su mano derecha, con la que sostenía un papel doblado. Esperó unos segundos y lo dejó caer al suelo.

Sin hacer nada más, dio media vuelta y echó a andar en dirección contraria.

Abril parpadeó y comenzó a reír. Surrealista, aquella situación era completamente surrealista. Una bandada de palomas echó a volar y la hizo reaccionar. El papel. Tenía que cogerlo antes de que otra persona lo hiciera o saliera volando por el viento.

Echó a correr hacia el centro del mosaico. Ahí estaba: una mancha blanca en la estrella color crema del suelo. Se abalanzó sobre él segundos antes de que una paloma lo convirtiera en su pista de aterrizaje particular.

Cinco

Víctor se ha marchado con el doctor Gracián, no sin antes asegurarme que volvería por la tarde. Sus palabras me han sonado a amenaza, aunque sé que esa no era su intención. Madre ha llegado poco después de que se fueran, y al encontrarme en la cama, empapada en sudor frío, ha empezado a temblar. No hace falta ser adivino para saber que ella recuerda al pequeño Víctor tanto como yo, y que la idea de que la historia pueda repetirse la atormenta. Quiere llamar al doctor inmediatamente, y aunque yo no tenía intención de explicarle lo ocurrido esta mañana, me veo obligada a hacerlo. Pagar a otro médico sería tirar el dinero a la basura. Además, el jarabe que me ha dado el doctor Gracián está empezando a hacer efecto. La cabeza ya no me duele tanto y la fiebre ha bajado.

Madre está sentada en la mecedora que ha colocado junto a mi cama, zurciendo ropa de algún cliente. De vez en cuando, me mira y exhala un suspiro. Le he asegurado que me encuentro bien y que en unos días estaré como nueva, pero, como era de esperar, eso no la tranquiliza en absoluto. Es lo mismo que dijo el médico que atendió a mi hermano Víctor.

Las campanas de la iglesia del barrio resuenan anunciando que ya son las seis de la tarde al mismo tiempo que alguien llama a la puerta. Madre me sonrío y sale de la habitación cojeando.

—Marina, tienes visita —me anuncia con voz sorprendida cuando regresa. Está claro que no esperaba ver al chico que ahora está entrando en mi habitación—. ¿Quiere tomar algo, señorito Víctor?

Este niega con la cabeza secamente y le pide a madre que nos deje solos. Veo en la cara de ella su expresión de titubeo. No es apropiado que un chico soltero se quede a solas con una joven soltera, pero de todos modos se afana en desaparecer sin decir nada.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor —respondo con un hilo de voz. A pesar de que me había advertido de su visita, estoy casi tan sorprendida como mi madre. Víctor se está tomando demasiadas molestias.

Él asiente, serio, y me deja una bolsa de papel sobre la mesilla de noche.

—He hablado con mis padres y no van a necesitarte esta semana, así que no pierdas el tiempo y recupérate pronto.

—Pero... —murmuro, aterrada. Durante los tres meses que he trabajado para los Altarriba, me han llamado como mínimo tres veces por semana. El presentimiento de que

Víctor sólo está siendo amable para asestarme la puñalada final, es decir, comunicarme mi despido, se intensifica por momentos—. ¿Estoy despedida?

—No, pero estás enferma y no puedes trabajar. Lo entienden, así que esta semana reducirán sus salidas o las haremos en familia. Supongo que nos irá bien. Clara y Gabriel apenas pasan tiempo con mi padre. Y ya no digamos Xavier.

Me muerdo los labios, deseando poder confiar en sus palabras, pero no me fío de él. No me gustan sus ojos, tan fríos y altaneros, ni esa pose de seriedad que nunca abandona.

—El doctor Gracián me ha dicho que tienes que tomarte tres cucharadas al día del jarabe de la botella grande. El de la botella pequeña es sólo por si te dan ataques de tos. En unos días ya te encontrarás bien.

—¿Por qué haces esto? —Las palabras se escapan de mi boca con un tono demasiado exigente. Víctor me mira de arriba abajo sin despegar los labios, escrutándome—. No te gusto, ¿recuerdas? Soy impertinente y maleducada.

—Y en lugar de darme las gracias por preocuparme por la salud de mis empleados, me exiges que te dé explicaciones —me reprocha. Clava sus fríos ojos en los míos y masculla—: Puede que no me gustes, pero a Clara y a Gabriel sí. De hecho, te adoran. Si empeoras, mis padres te echarán y eso no les gustará a mis hermanos.

Así que todo esto es por ellos. No deja de sorprenderme el hecho de que Víctor anteponga las opiniones y los deseos de los niños a los suyos. Disimulo mi sorpresa y hago un movimiento comprensivo con la cabeza.

—Por supuesto.

Me vuelvo en dirección opuesta a él y me acurruco bajo la manta, suponiendo que, ahora que me ha dado las medicinas y ha dejado claro el porqué de su actuación, Víctor ya puede irse. Sin embargo, oigo cómo se sienta sobre la cama de Carme y carraspea para que me vuelva hacia él.

—Te he oído.

—No he dicho nada —murmuro mientras voy dando la vuelta sobre mí misma para mirarlo. Está sentado con las piernas abiertas y los codos apoyados en estas. Ha unido las manos a la altura de su pecho, entrelazando los dedos, y apoya la cabeza sobre ellas.

—Antes, cuando hablabas con el doctor Gracián.

Me levanto de un salto, asustada e indignada a partes iguales. La cara me arde de puro enfado y tengo ganas de tirarle el quinqué apagado a la cabeza. En lugar de eso, aprieto los labios hasta que me hago daño. La cabeza me da vueltas por mi gesto brusco al levantarme, y aunque deseo dejarme caer de nuevo sobre la cama, mantengo la vista fija en

Víctor.

—Era una conversación privada —mascullo, aunque dudo mucho que el señorito entienda qué significa esa palabra.

—Te diría que no era mi intención, pero mentiría. —Traza un amago de sonrisa, que desaparece cuando se da cuenta de la fuerza de mi enfado.

—¿No te han enseñado modales? ¡No se escucha detrás de las puertas!

Estoy nerviosa y no puedo evitar que mi voz truene. Me duele la garganta al pronunciar cada sílaba, pero ahora eso no me importa. Que Víctor sepa de la muerte de mi hermano no puede traer nada bueno.

—No voy a decir nada —asegura, como si me leyera la mente.

—No te creo.

Se pone de pie y me alarga la mano en un gesto de buena voluntad.

—Te lo prometo.

Miro su mano, con las uñas cuidadosamente recortadas, y luego su cara, en la que encuentro una expresión amable.

—Una promesa es una promesa —le advierto.

Parece sincero, así que me doy por vencida y le tiendo la mano, que coge de forma vacilante para sellar el trato. Espero que la retire al momento, pero en lugar de eso se queda mirándome con los labios apretados. Trago saliva, incapaz de apartar mi mirada de la suya, fría pero cercana al mismo tiempo. Por primera vez desde que nos conocemos, siento que está mirándome como a un ser humano, no como a un mueble o un ornamento más. Mi mano arde al contacto con su piel fría y mi cuerpo destemplado se estremece por el contraste de temperatura.

—Entonces, si no vas a decirles nada, ¿por qué me lo has contado? ¿Por qué sigues aquí?

Al escucharme hablar, Víctor parece darse cuenta de que nuestras manos aún están en contacto. Retira el brazo bruscamente y se frota la mano con la pernera del pantalón. Quiero decirle que no va a contagiarse por tocarme; quiero gritarle que odio la forma en que me mira siempre, que odio sus desprecios y sus desaires, sus miradas de superioridad, y que no es más que un señorito rico que no aprecia lo que tiene. Son tantas las cosas que deseo decirle que no me sale ninguna, y en lugar de desfogarme me quedo callada viendo cómo se retira. Antes de cerrar la puerta a sus espaldas, oigo que murmura:

—Buena pregunta.

Víctor no vuelve a visitarme en los siguientes cinco días, y aunque yo me alegro por ello, madre se extraña. He intentado explicarle la razón por la que contrató a un doctor para que me examinara, pero o no me escucha o no quiere hacerlo, porque sigue repitiéndome que él siente cierta simpatía por mí y llamándolo mi «amigo», algo que está muy lejos de ser. No le digo que apenas nos soportamos y que cuando tenemos una conversación a solas el mundo tiembla; hacerlo sería como pedir a gritos un sermón sobre lo importantes que son las relaciones sociales, y más aún cuando estas incluyen a un burgués. Me guardo ese secreto para mí, del mismo modo que madre no le dice nada a padre sobre el doctor Gracián. Cuando pregunta, le dice que me ha visitado el doctor Sagrera, nuestro médico habitual, y que le hemos pagado con mi sueldo. Si padre supiera que otro ha pagado al médico, iría inmediatamente a devolver el dinero a los Altarriba, y eso es algo que no podemos permitir que ocurra. Por una parte, no estoy segura de que los señores Altarriba estén enterados de lo que ha hecho su hijo, y por otra, el dinero no nos sobra. Yo no le pedí ayuda, de modo que no le debo nada. Madre, mucho menos orgullosa que mi padre, no puede estar más de acuerdo:

—Es mejor tragarte tu orgullo y tener alimento en el plato con el que acompañarlo que intentar llenar la barriga sólo con él —sentencia mientras prepara la comida.

Estoy sentada en el escaño de la cocina, tapada con varias mantas tan ajadas que aún siento algo de frío colándose por sus filamentos.

—Padre se enfadará si lo descubre —murmuro.

Madre se vuelve, me mira con sus ojos negros y sonrientes y se encoge de hombros. Los años han arrugado su rostro, en otro tiempo delicado como el de la señora Altarriba. Pero a madre no le importa, como tampoco presta atención a los cabellos blanquecinos que empiezan a poblar su cabeza. Dice que tiene demasiadas cosas en la cabeza como para que quepan esas tonterías. Noto en su expresión lo cansada que está, y no puedo evitar sentirme culpable. Durante estos últimos cinco días ha tenido que encargarse de todas las tareas de la casa, e incluso ha tenido que ir al lavadero a lavar la ropa de la que tenía que encargarme yo esta semana. Podría haberles dicho a los vecinos que estos días no podría hacer sus coladas, pero padre dijo que de ningún modo podíamos prescindir de esas pagas.

—Debería bajar a decirles a los Altarriba que ya me encuentro bien —comento. Madre suspira y asiente. Aunque ella querría que guardara cama unos días más, padre es de la opinión de que todo esto es una excusa para holgazanear. Me levanto y me despido antes de salir—: Ahora vuelvo.

Bajo las escaleras poco a poco, eternizando el momento. Por primera vez en días, estoy sola de verdad, sin nadie mirándome como si fuera la última vez que lo hiciera. Aunque sólo he cogido un resfriado, ha sido suficiente para resucitar el fantasma de mi hermano, cuyo recuerdo no me deja tranquila ni un segundo.

—¡Marina!

La señora Emilia me llama con voz alegre y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—¿Cómo te encuentras, niña?

—Mejor, gracias —respondo secamente. No tengo ganas de hablar, al contrario que la portera, que empieza a parlotear sobre lo preocupada que estaba por mí.

—Deberías cuidarte más, hija. En esta época los resfriados son muy malos, pero bueno, ya lo sabes, ¿qué te voy a contar a ti? Tu pobre hermano, tan pequeño... —Suspira de forma melodramática.

Asiento con la cabeza enérgicamente, dándole a entender que no tengo ganas de escucharla. Como de costumbre, pasa por alto mis insinuaciones y sigue cotorreando. Aprovecho unos segundos en que toma aire para despedirme, alegando que llego tarde a trabajar. La portera me ofrece una sonrisa desdentada y me dice adiós, no sin antes recordarme que me tape. Golpeo la puerta de servicio varias veces y en cuestión de medio minuto aparece Eduardo, el mayordomo de la familia.

—¿Se encuentran los señores Altarriba en casa?

—Me temo que no, pero puedes hablar con el señorito Víctor si quieres.

No deja de sorprenderme escuchar al mayordomo tuteando a alguien. Aunque habla poco, siempre se dirige a todo el mundo tratándolo de usted, incluidos Clara y Gabriel. Supongo que me pone a su mismo nivel, si no en uno inferior, por lo que los formalismos no son necesarios. Accedo con un movimiento afirmativo de cabeza y él me hace un gesto con la mano para que entre. Lo sigo hasta el piso superior y me quedo esperando junto a la barandilla de la escalera mientras Eduardo va a buscar a Víctor. Regresa en menos de un minuto y me indica que pase al salón.

—¿Y bien? —me pregunta Víctor, que está sentado en uno de los sillones, cuando el sirviente cierra la puerta a mis espaldas.

—Ya me encuentro mejor.

—Bien —dice, y me mira expectante, como si esperara que dijese algo más.

—Puedo volver a trabajar cuando lo necesitéis.

—¿Qué tal ahora?

No soy capaz ni de pestañear.

—¿Ahora? —balbuceo.

—Mis padres se han ido a pasear con Xavier, y Clara y Gabriel están solos arriba. Podríamos ir a dar un paseo.

—¿Podríamos?

—¿Es que no sabes hacer nada más que repetir lo que yo digo?

Dudo, abro la boca para decir algo, cualquier cosa, pero la cierro al instante. Aunque debería volver a casa para ayudar a mi madre, enseguida pienso en padre y en el consejo que más le he oído decir durante mis años de vida: si puedes trabajar, hazlo. Así pues, asiento, aunque no logro disimular mi incomprensión.

—Quiero pasar algo de tiempo con mis hermanos —se justifica. Se levanta y sale de la habitación sin decir nada. Tengo la tentación de decirle que puede hacerlo sin mí, simplemente yendo arriba y jugando con ellos, pero me abstengo de cualquier comentario. Padre también me ha enseñado a no cuestionar jamás las opiniones de quien te paga.

—¡Marina! —grita Clara al entrar en el salón. Se me acerca corriendo y se tira encima de mí. Me da un sonoro beso y me acaricia las mejillas con sus diminutas manos—. ¿Ya no estás enfermita?

—¿Me ves mala cara?

Ella niega fervientemente con la cabeza y se ríe.

—Te he echado de menos. Víctor es un aburrido —se queja la niña señalando a su hermano mayor, que entra acompañado de Gabriel.

—Lo sé —le murmuro al oído para que Víctor no me oiga—. ¿Nos vamos de paseo?

—¿Adónde? —inquire Gabriel, alzando la cabeza para mirar a su hermano.

—A donde queráis.

La señora Emilia nos mira con curiosidad cuando salimos del portal.

—Emilia, dígale a la señora Rosa que su hija está trabajando.

Como si las palabras de Víctor fueran mágicas, Emilia se levanta de la silla y sale corriendo hacia mi casa.

—¡Abril!

No era posible.

—Has vuelto a quedarte dormida.

Era posible.

Héctor la escrutaba con el semblante contraído en un gesto de preocupación. Alargó el brazo y dejó caer su mano sobre la rodilla de Abril, que se removió en el asiento del metro, poco atestado para la hora que era.

—Hablabas en sueños —le explicó su amigo. Esperó una respuesta durante unos segundos, pero no llegó—. ¿Has vuelto a...?

Abril tragó saliva y clavó la mirada en el reflejo que le ofrecía la ventana del tren. Por un segundo, le pareció ver el rostro de la señora Emilia. Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo mientras asentía lentamente.

—Esto empieza a ser muy...

—No digas nada —lo interrumpió ella. Cualquier adjetivo se quedaría corto.

—Pero...

—Nada.

Héctor se llevó las manos a la cabeza, desesperado, y miró a su alrededor antes de preguntarle:

—Al menos vas a contarme cómo ha ido la cita, ¿no?

—Ya te he dicho que bien.

—Abril...

—¿Qué? —gruñó ella.

—Te has ido, ¿no?

—No —respondió ella parcamente. Y era cierto: no se había movido ni un centímetro. Había estado observándolo hasta que él le había enseñado su nota y había desaparecido. Se llevó involuntariamente la mano al bolsillo de la chaqueta, donde dormitaba el papel.

—Abril... —repitió Héctor con tono de riña.

—No me he movido del banco —se rindió ella—. Ya, ya lo sé... Quería hacerlo, pero... Es raro, ¿vale? Demasiado. Lo siento. Pero... —Suspiró y le tendió la segunda nota a Héctor, que la observaba sin atreverse a pestañear—. Antes de irse me ha mirado, ha levantado una mano, me ha enseñado esto y lo ha dejado en el suelo para que lo cogiera.

Héctor lo desdobló cuidadosamente, le echó un ojo al mapa de paradas y, al ver que aún les quedaban algunos minutos de viaje, empezó a leer en voz alta.

Sabía que cogerías el papel.

Hola, por cierto.

Sí, te he visto, y sé que tú me has visto a mí. Si no, no tendrías esto entre las manos, ¿no?

Me acercaría a saludarte, pero por la forma en que me miras de reajo creo que no te haría mucha gracia. Quizás estás valorando si tengo pinta de atracador. O a lo mejor piensas que estoy loco. Podría ser, pero entonces... ¿por qué has venido? ~~¿Estarás loca también?~~

Ni yo estaba seguro de que lo hicieras. De hecho, en tu lugar seguramente me habría partido de risa al ver la nota que te dejé en la biblioteca. A saber qué piensas de mí. Y sin embargo, ahí estás. Eres tú, no tengo dudas. Algo te ha hecho venir y te ha impedido acercarte en los más de veinte minutos que llevas ahí sentada. Pero el caso es que sigues ahí. De modo que voy a fingir que te tengo delante.

Voy a aprovechar lo poco que queda de folio para demostrarte que no soy un psicópata. Me llamo Leo. Leo a secas: ni Leonardo, ni Leopoldo ni Leónidas. L-e-o. Te diría que soy el vigilante del reino literario infantil y que por eso me encontraste en la sección infantil de la biblioteca, pero me temo que soy un simple estudiante de traducción. Y sí, el libro era para mí.

Aparte de eso, mis aficiones son las corrientes. Ya sabes, música, literatura, amigos, bla, bla, bla. Bueno, también me gusta comunicarme con desconocidas a través de notas. ¿A que soy sorprendente?

Alergias no tengo. Fobias tampoco, excepto al agua. Al mar especialmente. Odio el mar. ¿No odias el mar? Demasiadas cosas desconocidas ahí abajo y demasiada agua, ¿no te parece?

Oye, esto es muy aburrido si sólo hablo yo. Voy a mirarte y...

No, parece que no tienes intención de acercarte. Mal hecho, soy muy cabezota.

¿Nos vemos mañana? Quizás en un lugar menos concurrido. ¿La plaza de Sant Felip Neri? ¿A las siete?

Hecho pues.

Tengo la intuición de que vendrás. Espero no equivocarme.

Leo

—¿Qué vas a hacer?

Abril se encogió de hombros. Después de leer la carta por onceava vez, había decidido vencer la curiosidad y no acudir a la cita del día siguiente, pero el último sueño había trastocado sus planes. Se suponía que iban a desaparecer en cuanto volviera a ver al Chico Sartén. O al menos eso habían creído Héctor y Mario. Estaba claro que se equivocaban y que su mente seguía tan dispersa como los últimos días. Conocerlo no era la solución.

—Deberías despejarte un poco —le aconsejó Héctor al tiempo que el tren empezaba a detenerse—. Vamos, es nuestra parada. En serio, Abril, tienes que olvidarte de todo esto. Haz lo que sea: toma una valeriana antes de ir a dormir, o somníferos, o calmantes... Pero haz que esto pare. No vayas a verlo mañana. Si quieres, te busco una cita. Creo que la necesitas.

Tenía razón. Héctor siempre tenía razón. Y aun así, mientras salía del vagón, Abril sólo podía pensar en la cara de Leo esperando una vez más.

—Hablo en serio, Abril. No vayas.

—No te preocupes —dijo.

Su amigo resopló y le devolvió la carta. Terminaría haciendo lo que quisiera, como siempre, y Abril no se caracterizaba precisamente por sus buenas decisiones. A veces parecía que vivía sobre una nube de algodón de azúcar. Le hubiera gustado insistir, pero no era el momento, de modo que optó por dejar el tema.

—Al menos ven esta noche. He quedado con algunos amigos de clase. Iremos a cenar y a tomar algo. Te paso a buscar a las nueve, ¿de acuerdo?

—No me apetece. Estoy cansada.

—Necesitas despejarte, Abril.

—Lo que necesito —gruñó ella— es un poco de normalidad. No entiendo nada. Sigo soñando con él, y con Marina, y Cisco, María, Carme, los niños Altarriba y la señora Emilia y... Y yo... Creo que estoy volviéndome loca. Mi cabeza va a explotar de un momento a otro. Me da miedo cerrar los ojos. ¿Cuánto rato he dormido en el tren? ¿Dos minutos? ¿Tres? A mí me han parecido días enteros. Estoy volviéndome loca, Héctor. No lo estoy, ¿verdad? —Héctor la miró durante unos segundos, sin atreverse a responder a su pregunta.

—Oye, quizás te parezca una tontería, pero... ¿Miguel no va al psicólogo cada miércoles? Podrías intentar hablar con él. Seguro que te da una buena explicación a todo esto. El cerebro es un gran desconocido para...

—Ni hablar. Miguel ya tiene suficiente con sus problemas como para que le haga cargar con una hermana demente.

—Tú piénsalo mientras escoges qué ponerte esta noche, ¿de acuerdo?

—Te he dicho que no voy a ir.

—No es opcional —dijo Héctor encogiéndose de hombros—. Y ni se te ocurra ir a esa maldita plaza mañana. A las nueve en tu portal, ¿de acuerdo?

Abril lo miró de hito en hito y chasqueó la lengua. Era inútil discutir con Héctor. Además, en el fondo sabía que tenía razón. Debía olvidarse del Chico Sartén y la mejor manera era llenar su cabeza con música y una noche banal con sus amigos.

—De acuerdo.

Cuando se separaron, a apenas dos manzanas de su casa, Abril había tomado una decisión. Le había hecho dos promesas a Héctor y estaría mal romper las dos, de modo que iba a cumplir al menos una de ellas.

Seis

Estamos sentados en un banco del parque de la Ciutadella. Víctor mira a los pájaros que se acercan a nosotros, buscando unas migajas de pan que no tenemos, mientras yo no les quito los ojos de encima a los niños, que juegan con una pelota unos metros más allá. Al salir de casa de los Altarriba, creía que iríamos a alguna plaza cercana, pero en lugar de eso hemos cogido el tranvía para acercarnos hasta este parque, que al parecer es el lugar favorito de Clara y Gabriel. No deja de extrañarme que hayamos venido en tranvía en lugar de hacerlo con el coche de los Altarriba, pero no digo nada al respecto. Víctor ha pagado mi billete y me ha prometido que no lo restará de mi sueldo, de modo que por mí como si decide ir en barca.

—Creía que no te gustaba cuidar de tus hermanos —me atrevo a comentar. Por el rabillo del ojo, veo que Víctor se vuelve hacia mí un segundo.

—No me gusta hacerlo cuando me obligan —responde secamente.

—Por supuesto. Tú das las órdenes, no las obedeces.

Aunque tengo la vista fija en Clara y Gabriel, noto su mirada clavada en mí. Por un momento temo que me reprenda por mis palabras, poco apropiadas teniendo en cuenta que soy una trabajadora de su familia. Sin embargo, Víctor no parece molesto.

—Tampoco me gusta darlas, pero no creo que tenga elección —dice, y su comentario suena como si para él eso fuera una carga. Me vuelvo hacia él, y al cruzarme con su mirada, se pone de pie y murmura—: Nadie tiene elección. Todos tenemos que jugar en el bando en el que nos ha tocado nacer.

Lo miro, intrigada por sus palabras y por el extraño tono con el que las ha pronunciado. A pesar de que no le veo el rostro, noto por su posición inmóvil que sus pensamientos están muy lejos de aquí.

—Aunque no todos hemos tenido la misma suerte —no puedo evitar decir—. El juego no es igual en todas partes.

—En eso estoy de acuerdo. —Víctor se da la vuelta, pero no me mira—. ¿Qué le pasó a tu hermano?

Clara y Gabriel se entretienen ahora persiguiendo a los pájaros, que levantan el vuelo cuando oyen sus gritos. Cerca de ellos, unos niños de unos trece años juegan a las canicas. Suspiro, embriagada por el recuerdo de Víctor, que hoy tendría más o menos esa edad, y bajo la cabeza, escondiéndome detrás de unos espesos mechones de pelo.

—Murió.

—Lo sé. —Baja los ojos hasta que se cruzan con los míos—. Supongo que no te gusta hablar de eso.

Niego con la cabeza y él aprovecha para sentarse a mi lado.

—Y yo supongo que a ti no te importa que me guste o no.

—Mi madre estuvo muy enferma hace tres años. Al borde de la muerte. Por eso el médico le recomendó que no le diera el pecho a Xavier —confiesa. Tiene la cabeza entre las manos y no deja de observar la gran fuente que hay delante. En realidad, es una cascada que fluye de un templete de cuyos laterales salen dos escaleras que rodean la extensión de agua, dividida en dos niveles. Víctor no aparta la mirada de la cuadriga dorada que culmina el templete, mientras yo intento apartar la mirada de las esculturas. Nunca me han gustado. Parecen cadáveres de piedra.

—No lo sabía —es todo cuanto soy capaz de decir.

—Ni tú ni nadie. Mi familia es perfecta, o al menos eso tiene que creer la gente. Mi madre no quiere hablar de esa época, y mi padre actúa como si nunca hubiera existido.

—Supongo que la muerte no es un buen tema de conversación. Mis padres tampoco hablan de Víctor, ni siquiera cuando es el aniversario de su muerte.

—¿Qué pasó?

—Los dos enfermamos —le explico—. Yo pude resistirlo, pero Víctor era demasiado pequeño, demasiado débil. Estuvo enfermo una semana y después murió. El doctor dijo que el resfriado se había agudizado y había acabado con sus pulmones.

—¿Cuántos años tenía?

—Apenas cinco meses. Yo tenía cuatro años entonces.

—Xavier cumple seis meses en unos días —dice Víctor, entrecerrando los ojos—. Fue un duro golpe para tu madre, supongo.

—No lo ha superado. Aunque no hable del tema, yo sé que se acuerda cada día de él.

—Y más ahora —asiente. Me vuelvo hacia él, sin entender qué quiere decir—. La he visto algunas veces dando el pecho a Xavier y me pareció que tenía los ojos lagrimosos. Supongo que le recuerda a tu hermano.

Me encojo de hombros, sin saber qué decir. Últimamente, aunque madre está mejor de salud, noto que está más apagada que de costumbre. A veces oigo cómo se levanta por

las noches y se queda un rato en la cocina sola, sin hacer nada. Sin embargo, y aunque sé que tiene razón, digo:

—O quizás tu nombre le recuerda a él.

—Tal vez es una señal —bromea.

—¿De qué?

Víctor se encoge de hombros.

—Tú eliges. Las señales sólo existen y tienen sentido cuando queremos que lo tengan —opina. No digo nada, así que aventura—: Quizás de que tu madre no debería trabajar en casa.

—¿Ya que no puedes echarme a mí, quieres echarla a ella para fastidiarme? —mascullo. Por alguna razón, la mayoría de nuestras conversaciones acaban derivando al trabajo de mi familia para la suya y a un posible despido.

—Yo no he dicho eso.

—Ya.

—Sólo digo que si le duele recordar a su hijo cuando ve a Xavi o escucha mi nombre, no debería haber cogido este trabajo.

Me levanto de golpe, indignada. Como si madre tuviera elección, como si fuera tonta y masoquista y eligiera sufrir sin razón. Víctor es un pretencioso incapaz de ponerse en la piel de los demás. Aprieto los puños, rabiosa, y llamo a Clara y a Gabriel. Ya han jugado suficiente por hoy, y yo ya he aguantado a Víctor más de lo que debería.

—Creo que le dolería más ver cómo sus hijas pequeñas se mueren de hambre —escupo, sin mirarlo—. Y ya que has sacado el tema, yo sí creo en las señales. Tu cara de estirado es una clara señal de tu estupidez.

Madre siempre me ha dicho que debo ser educada y tengo que saber cuál es mi lugar. Para ella, al contrario que para mi padre, no es una vergüenza ser simples obreros que tienen que contar cada céntimo. Sus padres no vivieron mejor que ella, y yo tampoco voy a hacerlo, así que cree que tengo que aprender cuál es mi lugar. Puede que no fuera muchos años al colegio, pero ella se ha encargado de enseñarme buenos modales y, sobre todo, de que aprenda con qué personas es imprescindible que los ponga en práctica.

No creo que estuviera muy orgullosa de mí si descubriera cómo trato a Víctor. Desde que nos conocemos, no he hecho más que hacer exactamente lo contrario de lo que marcan sus normas de educación, desde tutearlo hasta llamarlo estúpido. Quedaría bien decir que lo siento, y aunque uno de los consejos de madre es que pida disculpas aunque no

lo sienta, prefiero no hacerlo. Víctor me aseguró que no haría nada para que me despidieran, y no tiene ningún interés en deshacerse de mi madre, de modo que ¿por qué no aprovecharse de ello? Es bueno para mis nervios, mis ansias de sinceridad y, por qué no, mi necesidad de diversión.

—¡Marina!

Al otro lado de la calle, una chica de pelo oscuro y rizado mueve una mano con fuerza por encima de su cabeza. Me coloco una mano sobre los ojos para evitar que me ciegue el sol. Pasados unos segundos, logro reconocer a Anna. A pesar de que vive en el edificio de al lado, hace más de tres meses que no la veo.

—Cuánto tiempo sin verte —dice mi amiga cuando llego a la acera en la que está—. ¿Dónde te has metido?

Me encojo de hombros.

—Trabajando.

—Vi a tu madre. Me dijo que estabas trabajando para vuestros nuevos vecinos. Los del principal, ¿verdad?

Asiento, no demasiado entusiasmada. Anna no deja de sonreír mientras parlotea sobre la suerte que tengo de contar con un trabajo como ese. Esta es una de las cosas por las que siempre hemos sido buenas amigas: Anna es una de esas pocas personas que realmente se alegran por la fortuna de otros, aunque ella no la comparta. Su alegría es genuina, única. Intento dejar de lado mi cansancio y pregunto por los demás amigos del barrio.

—¡Rosalía y Pere están prometidos! —me anuncia como si fuera una noticia completamente inesperada.

—Ya era hora. —Sonrío—. Me alegro por ellos.

—Pere está trabajando en la panadería de su padre y Rosalía trabaja en la fábrica conmigo, pero supongo que intentará buscar algo mejor cuando se case. A Eugenia hace tiempo que no la veo, y Teresa... ya sabes cómo es.

Sonrío. Teresa siempre ha sido diferente. Demasiado idealista. Su padre murió durante la Semana Trágica, cuando ella tenía doce años. Desde entonces ha intentado seguir los pasos de su padre, un sindicalista reconocido en el barrio. A nosotros nunca nos ha gustado su actitud; es mejor que asuma que no podemos cambiar las cosas, y menos ella, pobre y mujer como es. Mi hermano me sermonearía si oyera mis pensamientos, pero así son las cosas. No podemos aspirar a lo inalcanzable, y tanto Cisco como Teresa deberían ser conscientes de eso.

Mientras escucho todas las novedades que Anna tiene que contarme, me fijo en una

figura que camina tranquilamente por la acera de enfrente. Su porte es inconfundible. Se vuelve al sentirse observado y me sorprende mirándolo. Anna también lo hace, porque se vuelve hacia él y me pregunta:

—¿Quién es ese?

Víctor mira hacia el frente y sigue andando como si no me hubiera visto.

—Nadie.

—¿Lo conoces? —insiste Anna.

Niego con la cabeza y la animo a seguir hablando. Al saber de mis amigos, me he dado cuenta de lo mucho que los echo de menos. Antes de despedirnos, le hago prometer que nos veremos pronto y que quedaremos con el resto del grupo para ponernos al día. Mientras vuelvo a casa, intento recordar la última vez que nos vimos todos y me deprime darme cuenta de que no puedo acordarme.

Definitivamente, nos hemos hecho mayores.

Hace media hora que he llegado a casa de los Altarriba, y aunque estamos en la sala de juegos, muy alejados del salón, puedo oír los gritos que profiere Víctor desde ahí. Eduardo me ha dicho que llevan discutiendo todo el día, pero o no sabe nada o no quiere contarme más. Eduardo es el único íntegro de esta casa, el único que no escucharía detrás de una puerta y que no correría a explicarlo a nadie después. Yo intento que no me importe lo que pasa entre los Altarriba, pero soy demasiado curiosa. Suspiro, diciéndome a mí misma que no es asunto mío, y me concentro en explicarles a Clara y Gabriel el siguiente juego. Sin embargo, no puedo evitar que mi mente vuele hasta la última conversación que tuve con Víctor a principios de septiembre en la Ciudadella. En los más de treinta días que han pasado desde entonces, nos hemos cruzado varias veces, pero él no se ha dignado ni a mirarme. Aún no estoy segura de si se debe a mi insulto o a su personalidad voluble.

Recuerdo lo que me contó en el parque acerca de la enfermedad de su madre y durante un instante me siento culpable. Desde que tengo uso de razón, he supuesto que la vida de los ricos es fácil y sencilla, pero poco a poco estoy dándome cuenta de que no lo es. Me he percatado de que Víctor apenas habla con sus padres, aunque, si todas sus conversaciones tienen el tono de la de ahora, es mejor que no lo haga. Incluso Clara y Gabriel parecen buscar más mi compañía que la de sus propios padres, más preocupados por su vida social que por sus hijos. Sacudo la cabeza, como si así pudiera olvidar todos mis prejuicios, y le digo a Clara que me traiga los muñecos.

—Marina —me llama de pronto Eduardo, que ha entrado en la habitación sin hacer ruido—. Los señores te llaman.

Miro un segundo a los niños, les pido que cuiden de Xavier, que está dormido en la cuna, y asiento al mayordomo antes de salir del cuarto.

Recorro el pasillo casi de cuclillas, pero, por más que agudizo el oído, no oigo ningún grito ni ruido extraño. La puerta del salón está abierta, y al verme asomar la cabeza, el señor Altarriba me invita a pasar. Víctor se ha ido, porque sólo veo a la señora Altarriba, sentada en una de las butacas. Observa un punto fijo con el ceño fruncido y los labios apretados con tanta fuerza que temo que se haga daño.

—Ustedes dirán —me ofrezco al ver que ninguno de los dos dice nada.

—No sé qué vamos a hacer con Víctor —murmura la señora Altarriba, aunque no estoy segura de que se esté dirigiendo a mí—. Tiene casi veintiún años, pero se comporta como si tuviera doce.

—No te alteres, Elionor —le dice su marido con tono severo. Se vuelve hacia mí y me explica—: Como habrás podido comprobar, nuestro hijo no es precisamente silencioso.

Asiento con la cabeza, sin saber adónde quiere ir a parar.

—Es un desagradecido, eso es lo que es. Toda la vida... —masculla la señora desde su butaca.

—Calla, Elionor. Ya hemos avisado a Eduardo y a los otros miembros del servicio. Víctor no puede salir de casa, así que vigila que no lo haga. Y si no puedes evitarlo, síguelo sin que se dé cuenta.

—¿Quieren... quieren que espíe a su hijo? —pregunto, completamente perpleja. Tal artimaña, tan ruin y desleal, no es digna ni siquiera de mi padre.

—Prefiero el término vigilar —matiza el señor Altarriba—. Víctor está descentrado y olvida sus obligaciones. Sólo queremos saber adónde va y qué hace, eso es todo.

—¿Por qué? —La pregunta se me escapa, y me arrepiento en el mismo instante en que la formulo, porque el matrimonio me mira con los ojos abiertos y cierta indignación—. Perdonen, no es asunto mío. Haré lo que me piden.

—Eso espero.

Asiento con la cabeza, sonriendo, y me retiro rápidamente. Mientras subo las escaleras para volver con Clara y Gabriel, no puedo dejar de pensar qué estará haciendo Víctor para defraudar tanto a sus padres que estos exijan tenerlo vigilado las veinticuatro horas. Lo peor es que la principal perjudicada soy yo. Está demostrado que todos nuestros encuentros acaban con discusiones o malas caras; si Víctor está recluido en casa, no podremos evitar encontrarnos, y aunque me divierte ver cómo se enfada, no quiero estar con los niños pensando que su hermano mayor está afilando la artillería para cargar contra mí.

Los días siguientes bajo con algo de miedo a casa de los Altarriba. No me gusta

vigilar a Víctor, ni dentro ni fuera de la casa. No es un niño, sabe lo que hace, aunque lo que haga no sea del agrado de sus padres. He sopesado la posibilidad de no seguirlo en caso de que se vaya, escudándome en la excusa de cuidar de los niños. Si estoy con ellos, no puedo tener los ojos puestos en el hijo mayor a todas horas ni saber si se escabulle. Sin embargo, Eduardo se ha encargado de hacer volar mi plan por los aires, asegurándome que puedo estar tranquila, pues nadie entra ni sale de la casa sin que él lo sepa. Ni siquiera por la puerta de la planta baja. Así que tengo cuatro pares de ojos a mi servicio y ninguna excusa para escapar de mi nueva obligación.

Por suerte, a medida que pasan los días me voy tranquilizando. Víctor se encierra en el salón y en ningún momento intenta salir a la calle. Parece que es más obediente de lo que creen sus padres. Sea como sea, apenas nos cruzamos, y cuando lo hacemos ni siquiera me mira.

De nuevo, no existo para él.

Se oían sus lloros desde el rellano. Abril se armó de valor y entró en el piso con la mejor de las sonrisas, dispuesta a aplacar la ira de su hermano, que al oír la puerta salió corriendo del salón para abalanzarse sobre ella.

—¿Qué pasa?

El niño moqueó y se abrazó a su pierna. Abril dejó en el suelo las bolsas de la compra y se inclinó para ver la cara enrojecida de su hermano.

—Papá... papá... pa... —El niño intentaba hablar sin éxito.

—No hay manera de que coma y no ha querido hacer los deberes —bufó su madre desde el salón. Asomó medio cuerpo y miró a su hijo zarandeando la cabeza—. No sé qué vamos a hacer con este crío.

—¡No soy un crío! —gritó Miguel, soltándose de pronto de la pierna de Abril. Cruzó los brazos e hizo morros.

—¿Qué pasa? —insistió su hermana.

—Papá no nos quiere.

—No digas eso, Miguel —lo riñó su madre, desesperada. Resopló y se dirigió a Abril—: Problemas con la meteorología en Washington. No es culpa suya.

—¡No es verdad! No nos quiere. Hace un trillón de años que no viene a casa. Prefiere volar que estar con nosotros —se quejó el pequeño antes de salir corriendo hacia su cuarto.

—Yo me encargo —dijo Abril, aunque era lo que menos le apetecía en esos momentos.

Le tomó más de media hora conseguir que su hermano se calmara. Por suerte, para entonces su madre ya había terminado de preparar la comida, que Miguel engulló sin abandonar esa mirada enfurruñada tan característica en él. No volvió a hablar del tema, y tampoco su madre, por mucho que le insistió Abril. Su hermano tenía razón: hacía demasiado tiempo que no veían a su padre y sabía que eso tenía mucho que ver con los problemas de Miguel. Un niño de esa edad necesita a sus padres, no a una hermana estresada y a una madre que, aunque se esfuerza, no consigue estar por él tanto como requiere.

Recogió la cocina y dejó a su hermano y a su madre viendo una película en el sofá. Era el momento perfecto para descansar, de modo que se encerró en su habitación y se dejó caer sobre la cama, rendida. La noche anterior se había alargado más de lo que había prometido Héctor y había llegado a casa demasiado tarde. Se había metido en la cama segura de que el cansancio le impediría soñar, pero se había equivocado.

«Tal vez es una señal», había dicho Víctor.

¿Y si lo era?

Las imágenes de aquel último sueño se habían quedado clavadas en su mente y, por más que lo intentaba, no podía desembarazarse de su alargada sombra, como tampoco podía evitar que los sentimientos de Marina la acosaran. Aunque no había dormido más de cinco horas, en su mente habían transcurrido semanas enteras sin hablar con Víctor.

No le gustaba lo que esa ausencia fantasiosa le hacía sentir a través de Marina. Desconcierto, incomprensión y un dolor en el pecho inexplicable. Lo había acarreado durante toda la mañana y sólo empezó a mitigar cuando llegó a casa después de hacer la compra.

Puso música y cerró los ojos. Si iba a caer, sería ella misma la que se lanzara al vacío. No se dejaría vencer por su propia imaginación.

Siete

Las mismísimas tropas alemanas podrían estar masacrando a todos los habitantes de la casa en el salón y armarían menos escándalo del que se oye desde la habitación de los niños. Los gritos han hecho que Clara y Gabriel rompan a llorar y se escondan en el baño. Como se niegan a salir hasta que dejen de oír las voces exaltadas de sus padres y su hermano, me he sentado sobre la escalera de madera, escondida entre las sombras, a escuchar lo que pueda de la conversación. Asomo un poco la cabeza para ver si hay alguien en el pasillo de arriba y veo a Elvira, la cocinera, haciéndome señas para que me acerque. Sin dudar, subo las escaleras silenciosamente y llego a su lado.

—¿Y Eduardo? —susurro, preocupada de que el mayordomo nos vea.

—Ha salido. —Se ríe. Tiene los dientes amarillos y le apesta el aliento a alcohol—. Llevan discutiendo todo el día. Y no los he visto dirigirse la palabra desde hace más de una semana.

Nos acercamos un poco más a la puerta del salón, que está cerrada, y nos quedamos en silencio, atentas a la conversación.

—He cumplido mi parte del trato. Sea un hombre de palabra y cumpla usted la suya, padre. Me dijeron que hasta el primer lunes de noviembre y es hoy. Dos de noviembre. He cumplido.

—¡No me lo creo! —La voz de la señora Altarriba retumba como un trueno.

—Es su problema. Si quiere comprobarlo, hable con Eduardo. Él está aquí todo el día y le aseguro que no me ha quitado el ojo de encima.

Elvira me mira y tuerce sus gruesos labios en un gesto grotesco. En sus ojos, resguardados bajo unas gruesas cejas canosas, puedo ver que se está divirtiendo con esto. A mí, por el contrario, se me remueven las tripas al imaginarme qué pensaría madre si me viera así, con una oreja pegada a la puerta de un salón que ni siquiera es el mío para escuchar una conversación que no me atañe en absoluto. Estaría avergonzada, y lo cierto es que, a cada minuto que pasa, la vergüenza y la culpa se van extendiendo por mi cuerpo. Aun así, no soy capaz de dejar de escuchar.

—No me importa.

La voz de la señora Altarriba traspasa los cristales con tal ira que me hace compadecer a Víctor. Pero, a pesar del tono autoritario de su madre, él no se deja amedrentar.

—Ese fue nuestro trato. Ustedes pusieron todas las condiciones que quisieron y yo las he cumplido. No he salido de casa en este último mes, tal como querían, ni he visto a nadie más que al servicio y a mis hermanos. Lo he intentado.

—Pues lo intentarás hasta que lo consigas. Eres un desagradecido, hijo. —La señora Altarriba va calmando su tono, pero sé que la tormenta no ha despejado aún—. Un desagradecido. Me atacas los nervios.

—No me extraña que Joaquín no quiera saber nada de ustedes.

Víctor habla con tal desprecio que sus palabras me hieren incluso a mí. Me pregunto quién será ese tal Joaquín. No he oído mencionar ese nombre antes entre estas paredes.

Se oyen unos pasos y me aparto instintivamente de la puerta, aunque Elvira niega con la cabeza para tranquilizarme. Nadie se está acercando a nosotras.

—No lo haré.

No sé a qué se refiere Víctor, pero de repente siento que esas palabras son también las mías. No debería estar escuchando esta conversación, no puedo seguir haciéndolo. Yo no soy así. Me siento tan culpable que mi mano se escapa hacia el cristal de la puerta y lo golpea con los nudillos casi inconscientemente. Elvira me mira sin entender nada y se apresura a desaparecer cuando unos pasos se dirigen hacia nosotras.

Víctor me mira de hito en hito. Tiene el rostro sudado y contraído. Sus ojos están cubiertos por una casi imperceptible capa húmeda, a través de la cual me observa con una expresión vacía. Tiene los labios apretados y la mano cerrada con tal fuerza que las venas se marcan en su piel fina y pálida. Por un momento, deseo tranquilizarlo, decirle que todo irá bien, que a él siempre le irá bien. Sólo tiene que tener contentos a sus padres, un precio más que justo a pagar por una tranquilidad vitalicia. Pero, en lugar de eso, tengo que contenerme y balbucear las primeras palabras que acuden a mi boca.

—Clara y Gabriel están en el baño, llorando, y no quieren salir. He pensado...

—Yo me encargo.

Víctor me aparta de un manotazo y, sin mirar atrás, sale del salón. Me quedo quieta observando cómo se aleja; sus pasos resuenan con fuerza, casi con violencia, como si quisiera romper los escalones. Sus padres tienen los ojos clavados en mí, esperando que haga algo, que lo siga y vigile que no salga de casa. Aunque no hace falta que me mueva para comprobarlo, bajo la cabeza y desaparezco.

El tiempo pasa, pero las cosas no cambian en ninguna parte. Aunque trabajo todos los días limpiando la ropa sucia de los vecinos o cuidando de los niños de los Altarriba, mi padre sigue reprochándome que no haga nada. Madre no me defiende, y Cisco cada día está más extraño. Antes solía disculparme ante las fuertes y frecuentes regañinas de padre.

Ahora, sin embargo, apenas está en casa, y cuando está parece que tiene la cabeza en otra parte. Madre dice que tal vez está enamorado. Yo pienso que se trata de algo más importante.

Mis hermanas siguen creciendo a un ritmo casi sobrenatural; las ropas se les quedan pequeñas antes de que madre pueda coserles unas nuevas, y cada día comen más. Por suerte, este otoño contamos con un sueldo extra y, aunque no nos sobra el dinero, tenemos el suficiente para llenar todos los platos. Las cosas van bien por fin, al menos para mi familia.

Víctor ha optado por adoptar una expresión rabiosa que no abandona en ningún momento, ni siquiera cuando les habla a sus hermanos. Eduardo está encima de él en todo momento, dejando de lado todas sus obligaciones. Los señores Altarriba no vuelven a recurrir a mí, y lo lamento; no deseo más órdenes poco éticas, pero quiero saber qué está pasando. Víctor no habla con nadie más que con Clara y Gabriel. Cuando se cruza conmigo, no me saluda, no me mira siquiera. Esconde sus pupilas bajo los párpados y mira al frente, como si persiguiera algo que yo no alcanzo a ver.

Algo lo atormenta, y yo quiero saber qué es.

El tercer lunes de noviembre, voy a casa de los Altarriba más pronto de lo habitual. Antes de llegar siquiera a la puerta, oigo los gritos que se cuelan por debajo de ella. Doy un paso hacia atrás, como si el odio que destila esa casa fuese contagioso, y miro hacia la portería. Emilia me observa con los ojos abiertos y mueve la cabeza.

—Llevan así todo el día de hoy. Y ayer, y el otro, y el anterior... —La mujer levanta una mano por encima de su canosa cabellera y la mueve con brío.

Me acerco a la portera sigilosamente y dejo que mi curiosidad salga a la luz.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser, muchacha? Por dinero, seguro. Estos ricos, cuanto más tienen, más quieren. El señorito Altarriba querrá más dinero, si es que no está preparando la tumba para sus padres. Nunca es pronto para una buena herencia, ¿no crees? Nunca es pronto.

—¡Señora Emilia!

—Hija, así es su mundo. Hazme caso, que llevo mucho tiempo trabajando en esta portería y he visto y oído cosas indignas de los buenos cristianos que todos estos señores aseguran ser.

—Víctor no es así.

Siento la mirada de la mujer escrutando cada parte de mi cuerpo, analizando cada mísero movimiento. Separa los labios lentamente, dejando entrever sus estropeados dientes,

y susurra, sonriendo:

—Veo que has tomado confianza con el señorito de la casa. Ten cuidado, niña. Con amigos como esos, nadie necesita enemigos. El señorito Altarriba sería capaz de vender a sus padres para conseguir su patrimonio.

Las mejillas se me encienden, no sé si a causa de su descarada insinuación o de la rabia que siento. Víctor será un engreído y tendrá trastornos de personalidad, pero no es tan vil como lo pinta la portera.

—No es mi amigo.

—Y mejor que no lo sea. Mantente alejada de esa gente, hija. Sólo traen problemas, y nosotros ya tenemos los nuestros, ¿verdad?

Asiento, intentando parecer obediente, y me guardo para mí mis opiniones. Madre me ha enseñado a elegir la seguridad frente a la honestidad; dice que sólo hay que ser honesto ante uno mismo y ante Dios, y yo no puedo estar más de acuerdo, al menos con la primera parte. Prefiero fingir que comparto la opinión de los demás que crear un estúpido debate sin fin, de modo que me disculpo con la mejor de mis sonrisas y me deslizo hacia la casa de los Altarriba.

Cuando Eduardo abre la puerta, los mismos gritos de antes, aunque algo más sosegados, me dan la bienvenida. Se oyen tan cercanos que intuyo que se han encerrado en uno de los cuartos vacíos de la planta inferior para que no los oigan sus hijos. Tras un intercambio de sonrisas forzadas con el mayordomo, subo corriendo hacia la habitación de los niños, cierro la puerta y hago lo posible por hacerlos olvidarse de esa realidad que dista mucho de ser perfecta.

Consigo entretenerlos durante media hora, entre juegos y cuentos. Parecen ajenos a lo que está sucediendo en su casa, pero me doy cuenta de que es simple fachada cuando Clara me pregunta:

—¿Tus papás se pelean? —No me mira, ni deja de jugar con las muñecas que tiene a su alrededor.

—A veces.

—Mis papás nunca se peleaban ni se enfadaban con nosotros. Pero ahora siempre gritan —me explica la niña, que mira a su hermano buscando apoyo. Gabriel asiente y Clara hace una mueca—. Y Víctor ya no juega con nosotros.

—¿Está enfadado?

La niña se encoge de hombros.

—Echa de menos a Eulalia. Está en América —dice Gabriel. Me vuelvo hacia él y veo cómo juega despreocupadamente con unos pequeños cochecitos de hojalata. Quiero preguntarle quién es Eulalia, pero la vocecilla de Clara me detiene.

—Pero vuelve pronto, así que Víctor volverá a estar contento y querrá jugar con nosotros otra vez.

—No querrá jugar con nosotros, porque se pasará todo el día con ella —la contradice Gabriel, con cara de pocos amigos—. Y Eulalia nunca juega con nosotros.

—¡No es propio de una señorita como ella!

Los niños se pasan más de diez minutos discutiendo sobre esa tal Eulalia. Mientras que para Clara es una chica elegante, guapa y buena, para Gabriel es tonta y aburrida. Observo divertida cómo los dos niños riñen hasta que Clara agarra una muñeca y la lanza directamente a la cabeza de su hermano. Gabriel la evita con un rápido movimiento, se pone de pie y se lanza contra la niña, que se cubre la cabeza con sus pequeños brazos.

—¡Basta!

Grito con tal pasión que los dos niños se quedan quietos y me miran, pestañeando, incapaces de creer que ese chillido haya salido de mí.

—Podéis hablar, podéis discutir si queréis. Pero nada de insultos y nada de golpes. Nunca más, ¿queda claro?

Gabriel vuelve a su sitio bajo la atenta mirada de Clara, que aún tiembla por el susto. Suspiro, entre nerviosa y aliviada, y desecho cualquier esperanza de descubrir quién es Eulalia. No quiero que vuelvan a discutir. Y aunque sé que no me incumbe, que no debería importarme, me consuelo pensando que Elvira estará enterada y me lo contará en cuanto tenga ocasión.

Eduardo abre la puerta de golpe, y sin saludo o disculpa previa por la interrupción me comunica que se requiere mi presencia en el salón. Mientras bajo las escaleras, rezo para que no hayan oído mi grito. Sé bien que no sólo cuido de Clara y Gabriel; también tengo que enseñarles a comportarse educadamente para no destruir el trabajo que hacen sus tutores. Y los gritos, supongo, no son muy propios de una señorita de clase alta como Clara.

Sin embargo, cuando entro en el salón no es el matrimonio quien me espera, sino Víctor. Está sentado en su butacón, mirando fijamente la estantería de libros. No pestañea, y por un momento dudo de si está respirando, porque su pecho no se mueve y no hace ningún gesto cuando entro, ni siquiera cuando Eduardo cierra la puerta para dejarnos solos. Puede que no me haya oído, así que carraspeo una, dos y hasta tres veces.

Sin embargo, permanece inmóvil, ajeno a mi presencia, a su alrededor, al mundo. ¿Qué estará pasándole por la mente? Me acerco a él y ladeo la cabeza, tratando de atrapar

su mirada absorta. El chico da un pequeño respingo y parpadea, como si intentara volver a la realidad.

—¿Te pasa algo?

—No te he oído entrar.

—No hace falta que lo jures —musito. Espero unos segundos en silencio, pero Víctor se limita a mirarme sin moverse, sin hacer ademán de decirme por qué quería verme—. ¿Y bien? ¿Qué querías?

Víctor se revuelve en el butacón y traga saliva antes de hablar con una cadencia lenta y monótona.

—Yo... No lo sé. Lo siento.

Estoy tan asombrada que ni siquiera me quejo por su mente dispersa y por hacerme perder el tiempo. Sólo puedo fijarme en sus ojos apagados y la posición de su cuerpo, tirado de cualquier manera en la butaca. Tratándose de alguien para quien las apariencias lo son todo, es algo realmente preocupante. No puedo dejar de preguntarme qué lo tendrá en ese estado. Estoy segura que esa tal Eulalia tiene algo que ver con todo eso, pero no quiero aventurarme en mis suposiciones. Así pues, decido abordarlo directamente.

—¿Estás bien?

—No.

Los segundos se escurren entre nosotros, uno tras otro, arañándome la piel. Me angustia ver así a Víctor, pero no sé qué puedo hacer para ayudarlo. Recuerdo la advertencia de la señora Emilia y, aun así, sé que si estoy ahí es por alguna razón.

—¿Tiene algo que ver Eulalia?

Víctor levanta la cabeza de golpe y clava sus ojos brillantes en los míos. Sus pupilas se mueven de un lado a otro, envueltos por un iris que me parece algo más oscuro que de costumbre. Sin que diga nada, sé que he dado en el clavo.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Supongo que eso es un sí —deduzco—. Tu hermana me ha dicho que estabas triste y que pronto vuelve Eulalia, así que ya estarías contento. ¿Quién es?

Víctor se pone de pie y se acerca a mí. Su mirada sigue trabada en la mía, y no soy capaz de apartarme. Me observa durante un instante en silencio, como si responder a mi pregunta fuera una de las cosas más difíciles a las que ha tenido que enfrentarse.

Y a pesar de que ya sé cuál es la respuesta, quiero oírla de los labios de ese chico que de repente no es el mismo que aquel engreído que conocí en el portal.

—Mi prometida.

Subió el volumen de su reproductor de música, pero no logró enmascarar las palabras que seguían flotando en su mente.

«Mi prometida».

Nunca le había gustado ese lugar. Era una especie de burbuja silenciosa dentro de una ciudad caótica, y aunque lograba encandilar a muchos, a Abril le parecía aterradora. Sentada en la fuente central, no podía dejar de observar los agujeros de la pared de la iglesia de Sant Felip Neri, que daba nombre a la misma plaza, y recordar las historias que le habían contado. Durante la Guerra Civil, aquel había sido un lugar funesto, escenario de fusilamientos y de demasiadas muertes inocentes. Las cicatrices de la pared eran el único recuerdo de las balas y la metralla de las bombas que hacía tantos años habían caído sobre aquel lugar.

¿No podía haber elegido Leo un sitio más alegre? Abril se quitó los cascos y los guardó en el bolso junto con el reproductor de música. Tenía que estar atenta a todos sus sentidos si quería evitar que la sorprendiera.

Había decidido aparecer, pero a medida que iban pasando los minutos se arrepentía cada vez más. La carta que llevaba en la mano parecía llamarla con una inquietante voz aguda. La había escrito únicamente como bote salvavidas. Si su voluntad fallaba, sabía que podía aferrarse a ella e imitar la táctica que había utilizado el chico para comunicarse con ella el día anterior. La desdobló y la leyó por enésima vez. Era ridícula. Había malgastado más de medio folio divagando sobre ella misma, su nombre, su familia y sus aficiones. Parecía una redacción para la clase de inglés del instituto. El final tampoco lo arreglaba. Volvía a citarlo en la esquina del paseo de Gràcia con la calle València. Se preguntó otra vez por qué había escrito esa dirección y de nuevo no pudo responder. La había escrito de forma inconsciente y ni siquiera se había planteado cambiarla. El lugar era lo de menos. Lo único que sabía es que quería tener una nueva oportunidad si volvía a echarse atrás. Aunque quizás no la tuviera, pensó mientras le echaba una ojeada al reloj. Eran cerca de las siete y cuarto y Leo seguía sin aparecer.

Quizás hubiese encontrado algo mejor que hacer, se dijo Abril echando la cabeza hacia atrás. O a lo mejor sólo la había citado allí para hacerla esperar tanto como había hecho ella el día anterior. O...

No tuvo tiempo de pensar en ninguna otra teoría, porque de pronto lo vio, acercándose por la estrecha calle que desembocaba delante de la fuente donde estaba sentada. Tenía la mirada fija en el suelo, como si fuera contando cada paso que daba. Sólo levantó la cabeza cuando llegó a la plaza. Sus ojos tropezaron con los de Abril unos

instantes antes de que se detuviera en seco.

El parecido, aun desde la distancia, era asombroso. Los mismos ojos almendrados, el mismo porte elegante, la misma sonrisa escurridiza. Estaba ahí, observándola, esperando que se acercase. Haciendo acopio de todo su valor, Abril se puso de pie y dio un paso de forma vacilante. Esperaba que Leo sonriera, o que se acercara también, pero lo que hizo fue exactamente lo contrario. Sus facciones se helaron y dio un paso hacia atrás, como si Abril llevara consigo alguna enfermedad. Se quedaron quietos, separados como imanes de un mismo polo, a la espera de que el otro se acercara, deseando en silencio que no lo hiciera.

Los segundos se iban desgranando, lentos, agónicos, arrastrados por el viento del atardecer. Algunos niños jugaban a su alrededor, ajenos a aquellas dos personas que no apartaban la mirada. Abril movió la cabeza y sacó la nota del bolso. Si él no estaba dispuesto a acercarse, tampoco lo haría ella.

Dejó el papel en la base de la fuente y se volvió hacia Leo, que tenía los ojos clavados en la nota. Suspiró y echó a andar hacia la otra calle. Mientras se alejaba, intentó resistir el impulso de darse la vuelta para ver a Leo, o Víctor, o quien fuera que fuese, una vez más.

La tentación era demasiado fuerte.

Un instante. Tenía que verlo. Quizás esa fuera la última vez.

Se detuvo y se dio la vuelta lentamente, pero junto a la fuente ya no había nadie.

Ocho

No he sabido qué responder. Víctor me miraba esperando alguna reacción por mi parte, alguna pregunta quizás, y todo cuanto ha recibido ha sido una mirada de incompreensión. Un compromiso debería ser algo alegre, algo que te colme de felicidad, y sea lo que sea lo que llene el cuerpo de ese chico, está claro que no es alegría. Aun así, a pesar de que quiero entenderlo, mi garganta se ha secado de repente y he sido incapaz de hablar. Y antes de que haya encontrado las palabras adecuadas, Víctor ha bajado la cabeza y ha salido del salón.

—Niña, baja de las nubes —me regaña Elvira, que está preparando la merienda de los niños—. ¿Qué te tiene tan preocupada?

Me encojo de hombros, intentando mostrar indiferencia.

—No he dormido muy bien esta noche —miento, tratando de ignorar la pregunta que flota por mi cabeza desde que he entrado en la cocina y he visto a Elvira. Sin embargo, pronto sucumbo a mi curiosidad y decido abordar el tema con delicadeza—. Los señores Altarriba y el señorito Víctor están en pie de guerra.

—Es por Eulalia —me confía sin que se lo pregunte—, su prometida.

Levanta la mirada del pan que está cortando en finas rebanadas y esboza una sonrisa maliciosa. Un mechón de cabello de color ceniza le cae sobre sus pequeños ojos, tan negros como inquietantes, y ella lo aparta con un soplido.

—Pues no parece que a Víctor le haga mucha ilusión.

—No hay que ser un lince para darse cuenta de eso, niña. He trabajado toda la vida para los Altarriba y Víctor nunca se había comportado así. Siempre había sido un niño obediente, siempre ha sabido cuál es su lugar y su deber.

—¿Eulalia? —aventuro.

—Eulalia es un buen partido. Es preciosa, el sueño de cualquier hombre. Ya la querría yo para mi Manolo. —Se ríe con ganas, moviendo el pecho arriba y abajo—. Es elegante e inteligente, una dama de los pies a la cabeza. Los padres de ambos planearon su boda cuando eran apenas unos niños, y ninguno de los dos se había opuesto nunca. Se llevan bien, son compatibles, y eso es algo que no pueden decir todos los matrimonios. Son la pareja perfecta, y Eulalia sería una buena esposa. Pero, desde que nos mudamos aquí, las cosas no son iguales. Víctor ha decidido que no quiere casarse, al menos no de momento, y sus padres, en respuesta, intentan que los novios fijen la fecha de la boda cuanto antes.

Lógica familiar, niña.

—¿Y por qué no quiere casarse con ella?

—Dice que no es para él, o al menos eso me ha parecido oír. Lo conozco como si fuera hijo mío, niña, nunca ha estado enamorado de ella, aunque se haya convencido a sí mismo de que lo estaba. Cuando te dicen a quién querer, supongo que puedes llegar a sentir algo parecido al amor. Tarde o temprano tenía que darse cuenta de que lo que creía sentir no era real. Si quieres que sea sincera, lo que me ha sorprendido es que le importe. No me malinterpretes: el señorito es un joven educado e inteligente, pero no creo que sea muy romántico. Nunca se me habría pasado por la cabeza pensar que pudiese rechazar a la señorita Eulalia.

—Pero, si Víctor no quiere casarse con ella, sus padres tendrían que aceptarlo. Es su decisión.

—Precisamente esa es la cuestión, niña. En este tema, Víctor ni pincha ni corta. —Se queda callada durante unos segundos, mirándome como si esperara a que le preguntara algo, pero no lo hago—. Los señores Altarriba no aceptarán a cualquier chica. Eulalia es perfecta, y necesitan que el enlace se produzca cuanto antes. Ya me entiendes.

No tengo ningún reparo en admitir mi ignorancia en este tema.

—En realidad, no.

Elvira coge los dos platos con un poco de pan y aceite y me indica que los lleve al comedor. Cuando vuelvo a entrar en la cocina, casi le falta tiempo para ponerse a hablar.

—Dinero, tontina. El dinero lo mueve todo, ¿acaso no lo sabes? Quizás no debería decirte esto, pero eres una niña inteligente y sé que no dirás nada —murmura. Me da la sensación de que intenta convencerse a sí misma en lugar de a mí; tiene tantas ganas de hablar que no le importa saltarse algunos principios morales. No debería escucharla, lo sé, pero no hago nada para evitarlo. Me quedo callada y escucho—. Cuando empecé a trabajar para los Altarriba, vivían en una gran villa cerca de Tarragona. La vida allí era mucho más tranquila, desde luego. Tenían una decena de sirvientes, incluidas dos chicas de tu edad que me ayudaban en la cocina. Ahora estoy sola con Eduardo, que poca cosa hace, y las dos sirvientas que se encargan de la limpieza dos días a la semana. No doy abasto, pero en estos tiempos ¿quién puede quejarse? Tenemos que dar gracias por no haber entrado en guerra, niña. Mi padre, que en paz descansa, combatió en Marruecos. No me gustaría que mi Manolo tuviera que alistarse. Ya sabes lo que se dice: «Hijo quinto y sorteado, hijo muerto y no enterrado».

Elvira está empezando a divagar, así que carraspeo para que retome el hilo de la conversación y ella asiente.

—Como te decía, la vida en Tarragona era mucho más tranquila, pero, hará cosa de

dos años, murió el señor Ramiro, el hermano mayor del señor Alfonso.

—¿Y qué? —pregunto, sin comprender qué tiene que ver eso con el matrimonio de Eulalia y Víctor.

—Él era el propietario de la Fábrica Textil Altarriba. ¿La conoces? —pregunta, y yo niego vagamente—. El caso es que el hombre no tenía hijos, de modo que la heredó su hermano pequeño. Y así, Alfonso consiguió lo que siempre había querido. Dejó el campo y la familia se mudó a Barcelona, y mi familia y yo con ellos. La casa era más grande que la de Tarragona, y teníamos muchos más sirvientes. La fortuna les sonreía a los Altarriba, pero no duró mucho. Ramiro había dejado un negocio bien encarrilado, que reportaba grandes beneficios. Pero el señor Alfonso no es empresario, y con el tiempo las cosas empezaron a ir mal. El negocio textil ya no es tan bueno como hace unos años, niña. Así que nos mudamos aquí. La casa es mucho más pequeña, y como te he dicho, han decidido prescindir de todos los sirvientes. Si nos han mantenido a Eduardo y a mí es porque la señora Elionor no ha pisado una cocina en su vida y porque una casa respetable no es nada sin un mayordomo.

Soy consciente de que tengo los ojos abiertos de par en par. No puedo creer las palabras de Elvira. Las piezas empiezan a encajar.

—¿Están arruinados?

—No, niña, no. Ahora, con la gran guerra de Europa, las cosas están saliendo a flote otra vez. Los países que combaten no pueden producir, y eso es bueno para las industrias de nuestro país. O eso es lo que dice Eduardo, que entiende de estas cosas.

—¿Entonces?

—El señor Alfonso no quiere arriesgarse. Cuando la guerra acabe, las cosas volverán a ser como antes, o al menos eso he oído. Y la paz llega sin avisar, niña. La guerra es una tregua para los Altarriba, pero saben que es sólo eso, una tregua. En algún momento terminará.

—Y no quieren desaprovecharla. Tienen que asegurar el futuro de sus hijos.

La mujer asiente.

—Eulalia es la heredera de un gran terrateniente, y como puedes suponer, su dote es de las mismas dimensiones.

—Dinero —concluyo. El dinero es la razón de todo.

Suspiro, mareada por toda la información que estoy intentando asimilar, culpable por haber juzgado tan duramente a Víctor cuando lo conocí.

—¿Cómo sabes todo esto?

Elvira se encoge de hombros y sonríe, golpeándose con el dedo índice la oreja. Por supuesto.

—Lo que no entiendo... Si tú estás enterada, Víctor tiene que saberlo. No es estúpido.

—Y lo sabe, niña, por supuesto que lo sabe. Aun así, no quiere casarse con Eulalia.

—No lo entiendo —insisto—. Es su futuro.

—Supongo que habrá descubierto algo más importante que eso. Algo con una bonita melena, unos ojos dulces y una boca llena de promesas de amor —puntualiza Elvira con un tono algo malicioso.

—¿Una chica?

La cocinera se ríe.

—¿Por qué si no sus padres le habrían prohibido salir sin compañía? Alguna muchacha le habrá sorbido la cabeza al señorito Víctor, puedes estar segura. Sólo una mujer puede hacer que un hombre renuncie a tanto. Vamos, niña, no pongas esa cara y deja de ser tan inocente. Así es como siempre ha funcionado todo y como siempre funcionará. Dinero y mujeres.

Me encojo de hombros, sin saber qué responder a eso. Cojo los dos vasos de leche que ha preparado Elvira y desaparezo hacia el comedor, donde Clara y Gabriel esperan impacientes.

Nunca me ha gustado la hora del crepúsculo. Aunque muchos creen que es uno de los momentos más románticos del día, yo no puedo imaginar nada más deprimente. Es el anuncio de la muerte del día, de la noche. Es el momento en que murió Víctor, y eso es algo que nunca voy a olvidar. Y hoy, además, trae el final de un mes de noviembre más frío de lo habitual.

El crepúsculo no puede traer nada bueno. Por eso, cuando Emilia me llama desde la portería, se me hace un nudo en el estómago.

—Marina, hija, ven aquí.

—¿Qué sucede, señora Emilia? —pregunto, inquieta. Tiene una bufanda a medio hacer en una mano, y un ovillo de lana con dos grandes agujas clavadas en la otra. Que la señora Emilia haga punto sólo puede significar una cosa: algo malo ha pasado y tiene que entretener la mente para evitar padecer un ataque de nervios.

—Ay, hija. Ha llegado tu padre echando gritos y maldiciendo, y yo no entendía nada, porque no dejaba de farfullar, como hace siempre que se enfada, qué te voy a contar yo, ¿verdad, mi niña? Si debes de estar harta de oírlo, con esa voz y esos... Ya me entiendes. Ha entrado berreando como un cerdo el día de San Martín, y a los pocos minutos han bajado él y tu madre, que iba llorando. Y tu padre, claro, seguía gritando, y ella lloraba más, y yo, pobre de mí, mirándolo todo desde aquí sin saber qué hacer, sin entender nada...

—¿Señora Emilia! —chillo. No me importa que parlotee, siempre y cuando no lo haga en situaciones como esta—. ¿Quiere decirme qué ha pasado?

—Cisco, hija, ¿quién si no?

Siento un golpe seco en el pecho.

—Señora Emilia, ¿qué ha pasado? —pregunto, con la voz tan temblorosa como mis piernas. Mil y una opciones atraviesan mi pensamiento, a cada cual más funesta. Casi puedo oír los gritos de mi padre y el llanto desesperado de mi madre. Cuando siento que la tensión va a hacerme explotar en mil pedazos, Emilia se digna a mover los labios y a susurrar las palabras que llevo temiendo escuchar desde hace ya demasiado tiempo.

—Lo han detenido.

Tic. Tac. Tic. Tac.

Incluso las manecillas del reloj parecían ralentizar su ritmo dentro de aquella sala. Abril cruzó las piernas y se maldijo por haberle hecho caso a Héctor. Su amigo tenía el don de hacer que las ideas más cuestionables sonaran completamente coherentes y lógicas. Después de mucho insistir, Abril había aceptado preguntarle por los sueños al psicólogo de su hermano. Al fin y al cabo, era un profesional, probablemente el único que podría tranquilizarla. Él encontraría una explicación racional a todo aquello, o al menos eso le había asegurado Héctor.

Toda la confianza que había depositado en la predicción de su amigo se había esfumado en el mismo momento en que había comenzado a explicarle la situación al psicólogo. La observaba por encima de unas gruesas gafas de pasta, sin mover ni un músculo. Ni siquiera pestañeaba. Cuando Abril terminó de hablar, el hombre alargó el silencio unos segundos más y carraspeó al tiempo que dejaba caer las manos sobre la mesa.

—Los sueños recurrentes son algo muy frecuente —dijo lentamente, masticando las palabras—. Y los enamoramientos adolescentes, aún más.

Abril tragó saliva. Miró hacia la puerta de caoba tras la cual aguardaba su hermano. Por una vez, era él el que estaba en la sala de espera mientras ella intentaba desenredar la maraña de pensamientos que invadían su cabeza en esos momentos. A pesar de que llevaba dos días sin soñar con Víctor y Marina, los dos personajes no desaparecían en absoluto de su mente. Aparecían sin avisar, a cualquier hora del día, trayendo consigo una horda de pesados sentimientos que enseguida le hacían recordar a Leo. No le había contado a nadie lo ocurrido en Sant Felip Neri. A Héctor le había dicho que finalmente no se había presentado a la cita y al psicólogo de Miguel ni siquiera le había mencionado que había visto al chico más allá del primer encuentro en la biblioteca. Un motivo de locura por sesión era más que suficiente.

—Pero es una historia que... sigue. No es el mismo sueño, se suceden como una...

El psicólogo levantó una mano por encima de su cabeza, mostrándole la palma, y movió la cabeza de un lado a otro, cortando el discurso balbuceante de la chica.

—Los sueños, sueños son, como decía el poeta. No te preocupes.

—¿No cree que puede significar algo?

El hombre soltó una sonora carcajada. Se levantó y, mientras se alisaba la camisa,

dijo:

—Los sueños no son más que proyecciones de algo que nos preocupa o deseamos. Los libros, las películas, el día a día... todo puede influir en ellos. No significan nada. Simplemente te gustó ese chico y lo has mezclado con la época en que se ambienta la novela de *Peter Pan*.

Abril sonrió de forma forzada y se dio por vencida. Le dio las gracias al hombre y se despidió a toda prisa. Al verla aparecer, Miguel se colgó la mochila del hombro y salió corriendo del piso, seguido de cerca por su hermana.

—¿Lo estoy haciendo bien? —le preguntó el niño cuando salieron del edificio.

A pesar de su característica despreocupación por todo, le importaba que esas sesiones con el psicólogo fueran bien. Desde que empezó con las visitas, su actitud en casa había mejorado y parecía que en la escuela estaba más receptivo.

—Claro que sí —le respondió ella.

—Abril, ¿por qué no viene papá?

La pregunta la golpeó tan de improviso que no supo reaccionar. Balbuceó durante unos instantes hasta que acertó a decir:

—Ya te lo dijo mamá. Iba a venir, pero su avión no pudo despegar y tuvo que quedarse en Washington. En cuanto tenga un día libre vendrá, ya lo verás.

—¿Me lo prometes?

—Claro —dijo, revolviéndole el pelo. En realidad no podía hacerlo, pero no estaba mintiendo. No era la primera vez que su padre pasaba tanto tiempo fuera de casa, y sabía que tampoco sería la última—. Cuando llegemos a casa lo llamamos, ¿de acuerdo?

Al llegar a casa, le faltó tiempo para abalanzarse sobre el teléfono y se lo llevó corriendo a su hermana para que lo llamara. Ella marcó, diligente, el número de móvil de su padre y esperó uno, dos, tres y hasta seis pitidos hasta que una voz femenina le indicó que dejara su mensaje después de la señal. Suspiró y le prometió a Miguel que lo intentarían de nuevo en un rato, pero sólo si se duchaba y se ponía el pijama.

Cuando el niño hubo desaparecido, se tiró en el sofá y marcó el número de teléfono de Héctor.

—Voy a matarte —le dijo cuando lo oyó al otro lado del hilo—. Lenta y dolorosamente.

—¿No ha ido bien?

—Ha sido humillante. Me ha mirado como si estuviera loca, Héctor.

—¿Qué te ha dicho?

—Que los sueños, sueños son. Con lo que le paga mi madre, al menos podría ser un poco original.

Héctor suspiró.

—Pero lo has intentado. ¿Sigues soñando con el Chico Sartén?

—No. Tuve el último sueño el sábado por la noche.

—Entonces seguro que no vuelven. No te preocupes.

No le dio tiempo a responder, porque un chillido estridente le hizo dar un bote en el sofá y lanzar el teléfono contra los cojines antes de salir corriendo hacia el cuarto de baño. Miguel estaba arrodillado delante de la taza del váter, mirando hacia dentro con ojos llorosos.

—¡Se ha caído la consola dentro de la taza!

—Pero ¿se puede saber qué demonios hacías jugando con...? —tronó Abril mientras rescataba el cachivache del retrete. Al menos el agua estaba limpia. Lo envolvió en una toalla y se volvió hacia su hermano, que la miraba desde el suelo vistiendo únicamente unos calzoncillos de colores. Suspiró y señaló la ducha—: Ahora. Y cuando termines, a hacer los deberes.

—Pero...

—Ahora, Miguel. Voy a intentar salvar este cacharro. Cuando vuelva, quiero verte limpio, vestido y trabajando, ¿de acuerdo?

—Vale, *mamá* —gruñó el niño mientras terminaba de desvestirse.

Nueve

El viento de diciembre me azota la cara, que a cada instante siento más fría. Los dedos de las manos se me están congelando dentro de los bolsillos y tengo que apretar los labios si no quiero que mis dientes empiecen a castañetear. Algunos portales ya están cerrados, a pesar de que no son más de las siete de la tarde, lo que me hace temer que Emilia decida cerrar el nuestro también. Debería volver a casa. Sí, debería, pero no quiero, no puedo ir ahora. Necesito pensar en todo esto, estar sola hasta que consiga poner en orden todo lo que siento.

Me detengo delante del escaparate de una panadería. El cristal me devuelve la imagen cansada de alguien que parece mucho mayor de lo que realmente es. Mis ojos están rodeados por unas marcadas ojeras violáceas y mi cabello castaño cae lacio sobre mi espalda, como sin vida. Suspiro y me alejo de mi propia imagen.

El paseo de Gràcia suele estar lleno de gente, pero, a estas horas, los pocos que andan por la calle lo hacen aprisa y con la mano encima del sombrero para evitar que se lo lleve el fuerte viento. Me siento en uno de los bancos-farola y cierro los ojos, intentando dejar la mente en blanco sin éxito. La imagen de Cisco en el calabozo me pone la piel de gallina. No entiendo qué le está pasando. Él nunca había pegado a nadie, nunca había perdido los estribos de esa manera. ¡Y mucho menos con el hijo del jefe! Sólo me queda pensar que no sabía lo que hacía, pero aun así no soy capaz de reconocer a mi hermano. Ahora que las cosas por fin iban bien en casa, Cisco ha tenido que romper la paz. Todo por sus estúpidos ideales.

—¿Puedo sentarme?

Abro los párpados lentamente y veo a Víctor, despeinado por el aire, mirándome de forma inquisitiva. Lleva un elegante sombrero en la mano, con el que juguetea de forma nerviosa. Me siento correctamente, con la espalda recta y las piernas cruzadas, y me encojo de hombros. Su presencia no me molesta, aunque haya venido aquí para estar sola. Sin embargo, no estoy segura de que sea una buena idea.

—No deberían vernos juntos.

—¿Por qué?

Lo miro con los ojos bien abiertos y él entiende qué quiero decir. Su rostro adquiere de pronto la misma seriedad fría e impenetrable que tenía cuando lo conocí.

—¿Mis padres te han pedido a ti también que me vigiles?

Dudo unos segundos. Debería negar esa acusación y ser leal a quienes me pagan, pero no puedo evitar bajar la cabeza, avergonzada.

—Me pidieron que te siguiera y les dijese adónde ibas —admito. Me siento tan culpable que tengo que tranquilizarlo—. No les diré nada.

El chico suspira y todo su cuerpo se relaja.

—Lo sé. De todos modos, no creo que importe ya si salgo o no de casa.

El viento sopla fuerte y se lleva las palabras que ninguno de los dos se ha atrevido a decir. Víctor tiene la cara contraída en una mueca de tristeza, y eso sólo puede significar que no ha conseguido que sus padres cambien de opinión. En cuestión de días, Eulalia estará aquí y sus padres se encargarán de que pase el mayor tiempo posible con ella. Se me hace un nudo en el estómago; aunque mi cabeza me dice que casarse con ella es la opción correcta, siento lástima por Víctor.

—¿Qué hacías? —me pregunta.

—Nada, suelo venir aquí. Me gusta esta calle. Siempre hay gente yendo de un lado para otro, nadie repara en ti. Además, estos bancos me gustan. Son diferentes.

El paseo de Gràcia está lleno de estas peculiares farolas en forma de ele invertida. Unos brazos de hierro forjado surgen de unos bancos de piedra y dibujan formas sinuosas, adornadas con motivos florales. Paso los dedos por el *trencadís* de cerámica que recubre el banco donde estamos sentados y recuerdo cuando Cisco solía traerme aquí para ver cómo las construían, hace ya unos cuantos años.

—Pues serás la única que opina así. —Se ríe. Alzo las cejas y él me explica—: ¿No has oído lo que dicen? «Qué lástima que con el viento no se llevara también las farolas de Falqués». Después de un día de viento como hoy, alguien publicó eso en algún periódico.

—Algún estúpido. Son bonitas —opino—. ¿Y tú qué hacías por aquí?

—Necesitaba salir de casa. Últimamente el ambiente está insoportable. —Repasa el ala de su sombrero lentamente con expresión concentrada. Me limito a observarlo sin atreverme a decir nada—. No quiero que venga Eulalia. Creo que no quiero casarme con ella —dice en voz tan baja que parece que le avergüence admitirlo. Traga saliva y clava los ojos en el suelo—. Sé que no quiero casarme con ella.

—¿Por qué?

—¿Nunca has sentido que vives la vida que otros han elegido para ti?

No puedo reprimir una carcajada sarcástica. Ojalá hubiese podido sentirme así en algún momento de mi vida.

—Yo no tengo opciones. Debo casarme cuanto antes, formar una familia y trabajar para mantenerla. Ese es mi único camino.

—¿Y crees que estoy en una situación muy distinta? Tú al menos podrás elegir con quién quieres pasar el resto de tu vida. Yo no puedo escoger. —Gruñe con tanta rabia que me estremezco. Incluso algún peatón apresurado se gira para mirarnos. Debe de notarlo, porque se apresura a disculparse—. Lo siento, estoy nervioso. No sé qué hacer ni cómo evitar todo esto.

—Víctor... —Me vuelvo hacia él y suspiro—. Hay cosas que no se pueden evitar, que debemos aceptar como vienen. No podemos luchar contra nuestro destino.

El joven Altarriba se pone de pie de un salto y se coloca el sombrero con gesto dramático después de alisarse el pelo, alborotado por el aire.

—Pensaba que tú lo entenderías —dice con voz áspera. Aprieta los labios con fuerza y empieza a andar calle abajo.

—¡Espera!

—Déjalo, no puedes comprenderlo.

Corro hacia su lado y lo cojo del brazo para detenerlo. No puedo dejar que se vaya así. Necesita hablar con alguien, y el hecho de que haya recurrido a mí, una simple trabajadora de sus padres, evidencia que no tiene a nadie más dispuesto a escucharlo.

—Puedo intentarlo.

Víctor se queda quieto, con sus ojos clavados en los míos y su brazo atrapado por mis dedos de hierro. Por un momento, el mundo se detiene. O quizás somos nosotros. Sólo oigo el viento silbando en mis oídos y sólo veo los ojos de Víctor escrutándome. Ni siquiera me atrevo a respirar, por miedo a romper este silencio. Pero el viento sopla fuerte y el sombrero de Víctor sale volando. La magia se rompe. Salgo corriendo detrás de él y lo agarro al vuelo.

—Gracias —susurra él cuando se lo devuelvo—. Lo siento. Ni siquiera sé por qué estoy hablando de esto contigo.

Nos quedamos callados y empezamos a andar hacia casa.

—¿La quieres? —pregunto de pronto.

Víctor suelta una risa y niega con la cabeza.

—Eres la primera persona que me pregunta eso —responde sin mirarme—. Eulalia y yo nos conocemos desde que éramos pequeños. Vivíamos en la misma ciudad.

—Lo sé —se me escapa. Me mira interrogante y yo me encojo de hombros, quitándole hierro al asunto—. La gente habla, le gusta saber quiénes son sus vecinos.

Podría haber seguido preguntando, pero en lugar de eso asiente y lo deja pasar.

—Es muy inteligente. Es divertida y muy cariñosa con mis hermanos, se lleva bien con mi familia, es elegante, bien educada y preciosa.

—Y tiene una dote del tamaño de una catedral.

No he podido retener esa impertinencia. Cuando me doy cuenta de lo que he dicho, ya es tarde. Temo que Víctor haga preguntas, que quiera saber cómo me he enterado de la dote de Eulalia.

—¿Por qué si no mis padres querrían que me casara con ella? —masculla como única respuesta—. Claro que la quiero, pero eso no significa que quiera casarme con ella. Sé que cualquiera desearía hacerlo... Yo no. —Se queda callado unos instantes hasta que se atreve a hablar en susurros—: Mi padre heredó su fábrica de mi tío Ramiro, que murió hace unos años. El que me llevó a ver *Peter Pan*, ¿recuerdas? Mi padre decidió vender todas las tierras que poseía para invertir el dinero en la fábrica. Nos mudamos a una gran casa de Barcelona, pero las cosas no salieron...

Víctor calla de repente y me mira con suspicacia.

—Intuyo que ya sabes todo eso. —Espera que lo contradiga o le dé la razón, y al darse cuenta de que no tengo intención de decir nada, niega con la cabeza—. Da igual. El caso es que las cosas no van bien. Cuando Eulalia y yo éramos pequeños siempre bromeábamos con eso, con que de mayores nos casaríamos y tendríamos hijos. Lo que no sabíamos era que nuestros padres tenían los mismos planes. Y nunca me había importado, porque Eulalia sería una buena esposa. Además, a medida que las cosas se torcían, Eulalia iba convirtiéndose en una opción cada vez mejor. De hecho, ya nos habríamos casado de no ser porque, cuando estalló la gran guerra europea, el padre de Eulalia decidió viajar a Estados Unidos. Uno de sus hermanos ha hecho fortuna allí y pensó que sería bueno alejarse del país por si entrábamos en guerra. Llegué a tener la esperanza de que decidieran quedarse, pero parece que vuelven ya. Al menos eso me han dicho mis padres.

—Deberías casarte con ella —me atrevo a decir, con un hilo de voz. Víctor se vuelve hacia mí y me lanza una mirada tan dura que no puedo sino matizar—: Por tu familia.

—Yo no tengo por qué pagar los errores de mis padres —masculla como única respuesta.

Me quedo callada, reprimiendo las ganas de reprocharle esa actitud tan egoísta. Si yo estuviera en esa situación, no lo dudaría ni un segundo. No se puede anteponer la felicidad de uno mismo a la de las personas que siempre han cuidado de ti. Además, uno puede aprender a ser feliz con lo que tiene, y a Víctor no le faltaría de nada. El amor nace

del cariño, algo que ya existe entre Eulalia y él.

A pesar de todo, aunque sé que Víctor está siendo irracional, no me siento capaz de intentar sacarlo de su error. Hay mucho más de lo que me cuenta, lo sé, y yo no soy quién para hacerle preguntas, y mucho menos para darle consejos.

Ver a lo lejos el portal de nuestro edificio no hace más que recordarme quién soy yo y quién es él: una trabajadora que vive en un piso frío y oscuro y un señorito de buena familia incapaz de apreciar cuanto tiene.

—Será mejor que no nos vean juntos —balbuceo. Acelero un poco el paso, pero Víctor me detiene agarrándome del brazo.

—Espera —me pide. Se quita el sombrero, dejando al aire el cabello despeinado. Por una vez, sin embargo, no parece que le preocupe su aspecto—. ¿Qué te pasa?

Parpadeo, tan sorprendida por la pregunta como por el sincero interés del tono con que la formula. Aun así, no puedo ser sincera, de modo que me limito a negar con la cabeza.

—Vamos, no te has metido ni una vez conmigo. Ni una pequeña pulla. Tienes la cabeza en otra parte, e intuyo que no es un lugar agradable.

Deseo decirle que, efectivamente, la celda donde mi hermano estará ahora mismo no es un lugar agradable, que no sabemos qué va a ser de él, que hay problemas mucho más importantes que no estar enamorado de tu prometida. Quiero decirle tantas cosas que, al intentar salir, taponan mi garganta. Así que me quedo con la boca abierta, los labios temblando y una lágrima amenazando con escapar de mi ojo derecho.

—Puedes contármelo —susurra—. Marina...

Es la primera vez que pronuncia mi nombre. Su mano derecha, que hace unos instantes apretaba mi brazo, ahora se desliza por encima de mi abrigo hasta rozar la piel de mi mano. Me estremezco al contacto, pero no me muevo. Víctor me mira en silencio mientras deja caer los dedos, que acarician mi mano de una forma casi tan imperceptible que logra estremecerme.

—Tengo que irme —me disculpo antes de echar a correr hacia el portal.

Mientras espero, impaciente, a que Emilia abra la puerta, no puedo resistir la tentación de volverme hacia Víctor, que se acerca con paso lento. Lleva el sombrero en la mano izquierda, y por la forma en que mira el suelo sé que la derecha la siente impregnada de vergüenza.

No debería haberme contado todo eso, ni tenía derecho a esperar que lo comprenda y lo apoye. Yo no soy más que una insignificante obrera que no puede entender los

problemas de su mundo.

Emilia abre la puerta por fin y me escabullo antes de que pueda acribillarme a preguntas. Subo las escaleras contando mis pasos, intentando concienciarme de lo lejos que estoy del piso principal, de ese mundo maquillado lleno de imperfecciones.

Mi lugar está en la última planta, con mi familia. Y el de Víctor, abajo, con la suya.

Eso es algo que nunca debo olvidar.

—Lo que no entiendo es que tengamos que comprarnos un manual que después no vamos a usar y que, curiosamente, lo ha escrito el mismo profesor. Nos vamos a dejar el...

—Soy yo —soltó de repente Abril, mirando hacia el frente con la expresión perdida.

—¿Perdón?

—Soy yo —repitió ella, azorada. La frase llevaba en su boca desde que se había despertado, y ahora que por fin la había dejado salir, no había forma de retenerla. Su mente se inundó con la imagen del reflejo de Marina. Tragó saliva y balbuceó—. Era como yo. La misma cara, los mismos ojos, la misma boca. Te lo juro, es una fotocopia de mí misma. Sólo que ella lleva el pelo largo y yo por encima del hombro... Por lo demás, somos iguales.

—¿De qué hablas?

—¡Marina! La chica de mis sueños. Es como yo. Podría ser mi hermana gemela.

—¿Han vuelto?

—¡Claro que han vuelto! —gritó Abril, sin importarle que estuvieran en plena calle. Se llevó las manos a la cabeza y resopló—. Siempre vuelven. Estoy volviéndome loca, Héctor. Me da miedo dormirme y...

Se mordió el labio inferior. Le daba vergüenza terminar la frase y reconocer que ese miedo que la agarrotaba al principio estaba transformándose en un temor muy distinto: no volver a soñar con Víctor y Marina. Durante las tres noches en blanco, se había sorprendido a sí misma recordando al joven Altarriba antes de dormirse, como si ese recuerdo pudiese atraer nuevos sueños. Al despertarse al día siguiente y darse cuenta de que no había nada nuevo, el sentimiento de vacío se hacía con cada centímetro de su cuerpo.

No podía admitirlo delante de Héctor. Ni siquiera había sido capaz de confesarle que había ido a la plaza de Sant Felip Neri el fin de semana anterior.

Como si estuviese leyéndole la mente, el chico preguntó de pronto:

—¿Y Leo?

Abril se encogió de hombros e intentó cortar la conversación.

—Nos vemos mañana en clase —se apresuró a decir cuando se dio cuenta de que habían llegado a la calle donde vivía Héctor.

Él negó y la empujó hacia delante.

—Te acompaño a casa —dijo con voz grave—. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No —respondió Abril al tiempo que aceleraba el paso.

—No se te da bien mentir, ¿lo sabías? Fuiste a la cita, ¿no?

—No.

—No me lo creo. Eres demasiado tajante con la respuesta, y tú no eres así. Cuando hablas poco es porque tienes miedo a hablar más de la cuenta. ¿Me equivoco?

—Héctor —lo cortó ella, casi sin voz. Se había detenido y señalaba el portal de su casa, que quedaba aún a unos doscientos metros.

—Sabes que tengo razón.

—Calla y mira. Ese... ¿ese no es mi padre?

Héctor se puso una mano sobre los ojos a modo de visera y agudizó la vista. Un hombre alto, bien afeitado y con gafas de sol oscuras salía del edificio donde vivía Abril arrastrando una maleta plateada.

—Eso parece. No sabía que estaba en la ciudad.

—Yo tampoco.

No podía ser. Él no debería estar ahí. Se había quedado atrapado en Washington por la meteorología y luego tenía vuelos a la otra punta del planeta. No iba a pasar por casa en dos semanas. Al menos, eso les había dicho su madre. ¿Les había mentido? ¿Sabía ella que su marido estaba en la ciudad?

El hombre se acercó a un coche negro aparcado en doble fila sin saber que dos pares de ojos estaban observándolo desde lejos. Guardó la maleta en el maletero y se apresuró a sentarse en el asiento del conductor. Abril corrió hacia él instintivamente, pero el coche arrancó y desapareció a toda velocidad.

Había visto la matrícula y, aun así, seguía sin creérselo.

—Era nuestro coche —murmuró.

—Eso creo.

No se atrevía a sacar el tema. Su madre nunca había sido muy habladora, en especial si algo le afectaba directamente.

Miguel se había ido a la cama y ellas dos estaban viendo una película en el salón. Abril intentaba seguir el hilo de la trama, pero, por más que se esforzaba, no lo conseguía. No podía sacarse de la cabeza a su padre saliendo de casa. Era él, estaba segura.

Se armó de valor y le preguntó por él a su madre.

—Hace dos días que no hablo con él. Ya sabes cómo son las rutas internacionales.

Claro que lo sabía. Llevaba compartiendo a su padre con ellas desde hacía cerca de ocho años.

—Creo que... —carraspeó—. Cuando volvía de clase, me ha parecido ver a papá saliendo de casa este mediodía.

—No digas tonterías.

—Salía con su maleta plateada —insistió ella—, y se ha metido en un coche como el suyo.

—Te habrás confundido —le quitó hierro al asunto la mujer, que no despegaba los ojos de la pantalla del televisor.

—Era la misma matrícula, mamá.

Se volvió hacia ella, esperando alguna reacción. Una palabra, un movimiento, cualquier cosa, pero no llegó. Se limitó a fingir que no lo había oído y siguió atenta a lo que pasaba en la película, como si la ficción fuera más importante que lo que sucediera en su propia vida.

Abril se levantó bruscamente. Si su madre podía escapar de la realidad, ella también. Sólo entonces la mujer levantó la cabeza y preguntó:

—¿Adónde vas?

—A dormir.

Diez

Me duelen los pies y tengo las manos agrietadas por el frío. Odio el invierno, que cada día intuyo más cercano. Odio el frío, los días cortos, las calles vacías. Odio tener que recorrer medio barrio con un canasto lleno de ropa que nunca será mía mientras yo llevo un abrigo raído por los años. Odio pasar frío por las noches y estar tosiendo todo el día. Pero sobre todo odio ver cómo a los Altarriba les sobra de todo mientras en mi casa no hay de nada.

—Hoy terminas tarde —me saluda Emilia cuando entro en el portal.

—En esta época, la gente tiene más ropa para lavar.

—No te quejes, niña, que eso es algo bueno —responde la portera. Enseguida cambia la expresión y suspira—: ¿Se sabe algo de tu hermano?

Niego con la cabeza.

—Vaya por Dios. Pero no te preocupes, niña, todo se solucionará al final —me anima. De pronto, vuelve a cambiar la expresión. Me hace un gesto con la cabeza para que me acerque a la pequeña portería. Los cristales, limpios como una patena, reflejan mi imagen cansada—. Ha subido a buscarte. Cuatro veces, ni más ni menos. Cuatro.

Lo dice como si entendiera lo que está diciendo, como si yo conociera al detalle todos los cotilleos que ella va recopilando durante el día. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para intentar siquiera adivinar de quién está hablando. Ella está todo el día aquí metida, así que podría ser cualquiera. Y precisamente porque no sale de esta raquítica portería, cualquier persona le resultaría interesante.

—El señorito Altarriba.

Me río, sin ni siquiera intentar disimular la carcajada. Emilia debe de estar perdiendo visión; Víctor nunca me buscaría de forma tan descarada ni insistente.

—¿De dónde ha sacado semejante tontería?

—Niña, nadie pasa por este portal sin que yo lo vea. —Dibuja una sonrisa con aires maquiavélicos y señala un pequeño espejo de mano que tiene sobre la mesa—. El mejor amigo que tengo dentro de esta pecera. No sabes lo útil que resulta en el lugar y el ángulo adecuados.

—Señora Emilia, Víctor vive en el piso principal. Bien tendrá que subir un piso para

entrar en su casa.

—Ha salido por la puerta de servicio y se ha escabullido hacia arriba vigilando que nadie lo viera. No sabe que nadie escapa al ojo de la vieja Emilia.

No puedo encontrar una explicación lógica a ese comportamiento. Aun así, le resto importancia con un movimiento desenfadado de cabeza. Tratándose de Víctor, podría deberse a cualquier cosa.

—No me chupo el dedo, muchacha. Tengo cincuenta y siete años y hace más de treinta que estoy aquí metida. Por esa casa han pasado más de cinco familias. Sé cuándo algo no va bien, conozco a esa clase de personas mejor que a mis propios hijos. Y el señorito Altarriba no es de esos que se deja tutear por cualquiera. —Emilia suelta una carcajada que me golpea en el pecho. Su voz suena acusadora, como la de un detective que intenta descubrir al culpable de un crimen—. No nací ayer.

—No sé de qué habla, señora Emilia —digo, y aunque no soy totalmente sincera, tampoco siento que esté mintiendo.

—Más vale que así sea, hija mía. —Suspira—. Ten cuidado.

Asiento con la cabeza antes de dar media vuelta y, arrastrando el canasto vacío detrás de mí, huyo de la portera y sus chismes.

Cuando cruzo el umbral de casa, me pregunto si no estaría mejor en la portería soportando la metralla de la señora Emilia. Padre está sentado a la mesa, sorbiendo un bol de sopa humeante, y madre lava los platos. Están en silencio, pero sé que la calma es sólo aparente; en cada rincón se nota la ausencia de Cisco. Ya han pasado tres días, y cada vez que se pone el sol me pregunto cuánto tardará madre en volver a derrumbarse. Desde que volvieron de comisaría, no ha derramado ni una sola lágrima. Sé que quiere ser fuerte delante de María y Carme, pero el dolor que oculta está consumiéndola. Ya ni siquiera habla, ni me pregunta cómo me ha ido el día.

Cierro la puerta y paso por delante de padre sin decirle nada. El día de trabajo me ha dejado tan agotada que decido saltarme la cena. Me encierro en la habitación, donde las niñas ya duermen, y rezo para que esta noche, por primera vez desde el lunes, no haya gritos en casa.

No sé qué hora es cuando salgo de casa de puntillas. Llevaba demasiado tiempo dando vueltas en la cama sin poder dormir. Necesito tomar un poco el aire, así que bajo hacia el portal.

Emilia aún está en la portería, así que me siento en uno de los fríos escalones de mármol del último tramo de escaleras, cuidando bien que la portera no me vea, y me apoyo contra la barandilla. Cierro los ojos y suspiro, inhalando el fresco aire de la noche. Se está bien aquí. A lo lejos se oye al sereno haciendo la ronda y a las pocas personas que aún

transitan por las calles. Me gustaría salir, pero no puedo arriesgarme a que la señora Emilia me vea ni a que, cuando vuelva, la puerta principal ya esté cerrada. De modo que me quedo aquí, observando el portal desde mi posición privilegiada. Recuerdo lo que me ha dicho la señora Emilia hace unas horas y no puedo reprimir una risa muda. Aunque Emilia crea que conoce a Víctor como la palma de su mano, está muy equivocada.

Víctor no permitiría que nadie lo viera subiendo a los pisos superiores, donde vivimos personas mucho menos afortunadas que él. En el segundo y en el tercero, menestrales con mayor o menor fortuna; en el cuarto, el último piso, los más humildes del edificio: mi familia y una pareja ya entrada en años con un hijo que, por lo que he oído, es medio alcohólico.

No. Víctor nunca abandonaría su mundo de mármol.

O sí. No puedo estar segura de nada después de las confesiones tan íntimas de las que me hizo partícipe. No le importó que lo vieran hablando conmigo por la calle, ni siquiera rebajarse al nivel de pedirme a mí, una vulgar empleada, ayuda y consejo.

No puedo apartar los ojos de la puerta de servicio de la casa de los Altarriba, ni evitar sobresaltarme a cada mínimo ruido. El sereno y la señora Emilia están abajo, charlando y riendo, despotricando de vete a saber quién. A los pocos minutos, la gran puerta de madera se cierra y sume el portal en una negra oscuridad. La señora Emilia desaparece dentro del piso de la portería. Suspiro, rendida, y golpeo la cabeza contra la barandilla. Aun en la oscuridad, tengo los ojos fijos en el punto en que sé que está la puerta tras la cual está Víctor. Como si fuera a abrirse de repente. Como si las chifladuras de la señora Emilia fueran algo más que eso, chifladuras.

Cuando me despierto, tengo la sábana enrollada a mi cuerpo de forma que casi no puedo ni moverme. Me deshago de ella y de las legañas que impiden que abra los ojos y me siento sobre el colchón. Estoy empapada en sudor. Pienso en darme un baño, pero no me apetece zambullirme en agua helada, y calentarla sólo para mí sería un desperdicio. Y ahora más que nunca no estamos para despilfarros.

Me arrastro hacia la cocina entre bostezos. Hace días que no puedo dormir bien. Cuando cierro los ojos, me asaltan todo tipo de pesadillas, y cuando vuelvo a abrirlos, me encuentro desorientada y con la imagen de Cisco grabada en la cabeza con fuego. Por suerte, siempre hay cosas que hacer con las que puedo entretenerme y arrinconar durante un rato el recuerdo de mi hermano. Hoy, sin embargo, no tengo ganas de hacer nada, así que me permito el lujo de sentarme un rato en el escaño de la cocina, tapada con una manta y con una galleta dura como una piedra en la mano.

Entre mordisco y mordisco, me parece oír un crujido en las escaleras del rellano. Retengo la respiración y agudizo mis sentidos, pero, por más que espero, no oigo nada. Aun así, me cubro con la manta y me acerco descalza a la puerta.

—¿Marina?

Si no estoy loca y realmente me he despertado, alguien ha pronunciado mi nombre al otro lado del panel de madera. No logro reconocer la voz, así que espero a que vuelva a decir algo. En lugar de eso, oigo cómo quienquiera que esté fuera empieza a bajar las escaleras con paso lento. Entreabro la puerta despacio, intentando no hacer ruido, y observo una figura bien vestida, con traje y bombín, desapareciendo escaleras abajo.

—¿Víctor? —No soy capaz de reprimir la sorpresa.

—¡Por fin! —Suspira al mismo tiempo que se gira y vuelve a subir—. ¿Estás sola?

Asiento con la cabeza, escondida aún tras la puerta.

—¿Puedo pasar? —me pregunta. Debo de hacer una mueca, porque se ríe y exclama—: ¡Vamos, no seas remilgada! Nadie me ha visto subir.

—Eso es lo que tú te crees —digo, recordando de súbito a la señora Emilia, su espejo y la charla que tuvimos ayer—. La portera tiene más ojos de lo que parece.

—Por favor. Necesito hablar con alguien —susurra. Se ha quitado el sombrero y me mira con ojos de cordero degollado—. Contigo.

No puedo negarme. Abro la puerta de par en par y lo invito a entrar.

—Eulalia está en la ciudad —deja caer, sin preámbulos que ayuden a tragar la noticia, que por un momento consigue aturdirme. Me quedo en silencio, observando cómo camina de forma nerviosa por la cocina. Sé que espera que diga algo, pero no sé qué responder a eso—. No sé qué hacer.

—¿Y yo qué quieres que haga, Víctor?

Soy consciente de que mis palabras han sonado duras, pero no he podido evitarlo. Por más que lo intento, no logro comprender a Víctor. No entiendo su insistencia en hablar conmigo, sobre todo a estas horas de la mañana, para no decirme nada nuevo. Cuando recuerdo nuestra última conversación sobre el tema, me entran retortijones en la barriga. No he sido capaz de olvidar la forma en que me miró mientras le decía que no era capaz de entenderlo. El recuerdo de sus palabras me quema porque, aunque sé que son ciertas, desearía que no lo fueran.

—¿Me permites?

No sé qué me está pidiendo y, aun así, todo cuanto soy capaz de hacer es asentir con la cabeza.

Víctor deja el bombín sobre la mesa con un gesto elegante y se acerca a mí. No sé qué pretende; sólo sé que quiero descubrirlo. No puedo apartar mis ojos de él, que cada vez está más cerca. Se detiene cuando apenas nos separa medio metro. Me dedica una sonrisa

temblorosa y, de pronto, me veo envuelta en sus brazos. Por un momento, mi cuerpo se tensa y él hace ademán de separarse. No se lo permito. Lo rodeo con los brazos y lo atraigo hacia mí. Puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío, sus latidos contra mi pecho. Quiero hablar, pero no soy capaz de despegar los labios, así que me concentro en sentir las cálidas manos de Víctor acariciando mi cabello, mi cuello, mi espalda... Me dejo fundir por este abrazo sin sentido, sin importar que esté fuera de lugar, olvidando quién es Víctor Altarriba y quién soy yo.

Cuando nos separamos, Víctor ha mudado su expresión. Su sonrisa ha dejado paso a una impenetrable máscara de seriedad.

—Cuéntamelo. Cuéntame lo que te pasa —me dice con un tono a caballo entre la orden y la súplica—. Por favor.

No debo. Mi familia y sus secretos y vergüenzas están por encima de todo. No debo, pero no puedo olvidar que Víctor se sinceró conmigo y me contó secretos tan oscuros como el de Cisco. Al fin y al cabo, no es algo tan extraño. No es motivo de deshonor.

—Cisco. —Suspiro, vencida por mi parte irracional.

Me siento en el escaño de la cocina y me cruzo de piernas bajo la manta. Sé que no es una pose demasiado propia de una dama, pero no creo que Víctor se escandalice por mis malos modales. Se sienta a mi lado y me invita a hablar con su silencio.

—Es mi hermano mayor. Está detenido. Hace unos días, al salir de la fábrica, oyó a un hombre quejándose de los sindicatos y de sus demandas. A Cisco se le calentó la sangre, se encaró a él...

—Y se pasó de las palabras a los golpes —sentencia Víctor, que tiene la vista fija en el armario de los platos—. ¿Pegó al hijo del jefe? —pregunta, y yo asiento—. He oído rumores de esa pelea.

—Eso es lo que dicen. Pero en la discusión se metió mucha más gente. ¿Cómo pueden saber quién golpeó a quién? El señorito Duch también repartió leña, según tengo entendido, y está en su casa tan ricamente.

Víctor se encoge de hombros.

—A alguien tienen que señalar como culpable, supongo. No te preocupes, Marina. Estas cosas se resuelven por sí solas. Cuando todo se aclare, lo soltarán y todo el mundo olvidará el incidente.

—Estas cosas no se olvidan, Víctor. A la gente como tú no le gustan los sindicatos, y mi hermano no sólo se ha metido en uno de ellos, sino que ha peleado por sus ideales. Si tú habías oído rumores, significa que mucha más gente lo sabe. Ningún empresario querrá contratarlo, y Cisco nunca ha aprendido un oficio. ¿De qué va a vivir?

—Exageras —se limita a decir. Y, sin mirarme, se levanta, coge su sombrero y se lo coloca en la cabeza con gesto señorial—. Debo irme.

Y sin más explicaciones, se va tal como ha llegado.

Durante toda la mañana se había perdido entre las imágenes del sueño de aquella última noche, recorriendo los lugares que había visto y recreando una y otra vez las escenas que había vivido Marina. Aquellos sueños estaban absorbiéndola. Las brumas de la fantasía estaban apoderándose de ella y no le importaba. Se había rendido a ellos.

—¡Sabía que habías ido! —gritó Héctor, triunfante, sin importarle que estuvieran en medio del bar de la facultad.

Abril salió de su ensimismamiento y parpadeó. Tenía la sensación de que había dicho algo hacía unos segundos, sin ser consciente de ello. Fijó sus ojos en los de Mario, tratando de comprender a qué venía el grito triunfal de Héctor.

—A la cita con el Chico Sartén —intervino Mario antes de llevarse a la boca una hoja de lechuga.

—Lo sabía —repitió Héctor.

—Déjala en paz. No te pongas en plan padre. Ella sabrá lo que hace con su vida. Ya es mayorcita, ¿verdad, Abril?

Ella asintió sin decir nada. Era mayor, sí, pero no estaba segura de poder decir que sabía qué estaba haciendo.

—Sólo digo que debería dejarse de tonterías.

—Tus consejos no le han servido de mucho, así que deja que sea ella quien decida.

Una de las grandes cualidades de Mario era lo directo y sincero que era, y Abril lo respetaba por ello. Héctor siempre quería controlarlo todo, asegurarse de que las cosas les fueran bien a todas las personas que quería, y en demasiadas ocasiones no se daba cuenta de que podían cuidarse solas. Mario era de las pocas personas que se atrevía a decírselo, y probablemente la única a quien Héctor se lo permitía sin que le molestase.

—Pero ¿es que no la ves? Habla y ni siquiera sabe lo que dice. Vive en otro mundo.

—Estoy preocupada por el tema de mi padre —se defendió. Se dirigió a Mario para explicarle—: Ayer lo vi saliendo de nuestro edificio cuando mi madre nos había dicho que estaba trabajando. Intenté hablar con ella, pero no quiso escucharme.

—No creo que sea eso lo que te preocupa —dijo Héctor sin ningún miramiento.

—Por una vez, tengo que darle la razón al Señor Sabelotodo. Y no te preocupes por lo de tu padre. Seguramente lo confundirías.

Abril resopló y miró a su alrededor. No había nadie que pudiera oírlos, de modo que se armó de valor y les explicó con pelos y señales los últimos sueños, hasta llegar al desconcertante abrazo de Víctor. Se estremeció con sólo recordarlo.

—Vaya unos culebrones que se monta tu cabecita. ¿No has pensado en escribir un libro o rodar una película o...? —intentó bromear Mario.

—Lo que debería hacer es dejarse de tonterías y olvidarse de todo esto.

—¿Por qué? —preguntó Abril repentinamente. Héctor la miró, expectante, y Mario sonrió de forma cómplice—. ¿Por qué tengo que olvidarme? Héctor, me metiste en la cabeza que no me acercara a Leo, que fuera a hablar con el psicólogo, que luchara contra esto...

—¡Para entenderlo!

—Para acabar con esos sueños. Empiezo a pensar que todo esto... No lo sé, pero tiene que tener algún significado. No quiero que desaparezcan sin más. Echaría de menos a...

—¿Al Chico Sartén? —se rió Mario—. Vamos, no me miréis así. Héctor, tienes que haber visto cómo se le iluminaban los ojos al hablar de él. Si parecía una colegiala. ¿Cuándo vas a volver a ver a Leo?

—El sábado.

—¿Dónde?

Tragó saliva y murmuró, arrastrando las palabras como si fueran rocas:

—En el paseo de Gràcia, justo en la esquina con la calle València. Justo donde hablam... Donde hablaron Marina y Víctor.

—Vaya, a eso se le llama una buena táctica —metió baza Héctor, harto de estar callado—. ¿Intentas saber si él...?

Abril lo cortó moviendo con vehemencia la cabeza. Terminó de masticar lo que tenía en la boca y dijo:

—No soy tan rebuscada. Escribí el lugar sin pensar, antes de soñar nada de eso.

—¡Me encanta tu subconsciente! —exclamó Mario—. De verdad, es genial. Seguro

que nunca te aburres. Es algo muy útil en una ciudad grande, piénsalo bien. En los trayectos en metro debes de estar bien entretenida. ¿Vas a ir?

—Sí.

—Mejor me guardo lo que pienso, ¿verdad? —masculló Héctor.

—Sí —volvió a decir ella, dibujando una media sonrisa.

—Oye, Héctor, ¿me traes un café con leche, por favor? —le pidió Mario con voz dulce—. Con azúcar.

El chico asintió, lo besó y desapareció hacia la barra llevándose consigo los platos vacíos. Mario se volvió para comprobar que estaba lejos y se inclinó hacia Abril.

—Aún te pones rojo cuando te besa en público —se rió ella.

Mario se encogió de hombros y le hizo un gesto a la chica para que se acercara a él. Bajó la voz para decir:

—Los psicólogos son unos estirados. Sólo repiten lo que han estudiado en sus manuales. Si no hay un libro que hable sobre algo, es como si no existiera. Lo que te pasa no es un sueño recurrente que puedan consultar en algún diccionario de sueños, si es que creen en su interpretación. Aunque Héctor sólo crea en la gente con carrera y bata blanca, en mi opinión deberías alejarte de ellos. A mi hermana le interesa mucho el rollo esotérico. Ya sabes, el tarot, las runas, los sueños, el horóscopo... Ella podrá decirte algo más interesante que un simple «no te preocupes; los sueños, sueños son». ¿Quieres que hable con ella?

Abril esperó unos segundos antes de responder.

—No quiero acabar con los sueños, Mario.

—Ya lo sé. Él es un cabeza cuadrada —dijo, haciendo un movimiento hacia atrás para señalar a Héctor—, pero yo te entiendo. Más o menos. Por eso lo digo: si la ciencia académica no puede ayudarte a comprender lo que te sucede, recurre a las ciencias ocultas. ¿No te parece gracioso el nombre? Como si fueran a invocar al mismísimo diablo. Ciencias ocultas.

Ella se rió y, tras un largo sorbo de agua, asintió.

—Supongo que no tengo nada que perder.

—¿Hablo con ella entonces?

—Prefiero hacerlo yo, si no te importa. Y se lo cuentas tú al metomentodo de tu

novio.

Mario asintió y ella se llevó disimuladamente el dedo índice a los labios para que guardara silencio. Héctor se acercaba con una taza, que colocó cuidadosamente delante de Mario.

—¿Sabes qué? He estado pensando. ¿Cuánto hace que no sales con alguien?
—preguntó Héctor mientras se sentaba.

—Eso no se le pregunta a una señorita —respondió Abril dignamente. Sintió un retortijón en el estómago. Por un segundo, su voz había sonado exactamente como la de Marina.

—Hablo en serio. Necesitas conocer a alguien y olvidarte de chicos que en sus ratos libres se dedican a leer libros para niños.

—¡Es un clásico!

—Lo que sea. Tú necesitas salir con alguien normal. Que te dé su teléfono en lugar de pasarte cartas como un niño de primaria.

Abril puso los ojos en blanco y desvió el tema de conversación. Lo que necesitaba en aquellos momentos, lo único que quería, era cerrar los ojos y dejarse arrastrar por la corriente envolvente de sus sueños.

Once

No me quito de la cabeza el recuerdo de ese abrazo, ni tampoco la fría despedida de Víctor. Han pasado cuatro días y no he vuelto a verlo, a pesar de que durante las últimas jornadas he pasado más tiempo en casa de los Altarriba que en la mía. La llegada a la ciudad de Eulalia tiene entretenida a toda la familia, sobre todo a su prometido. O, al menos, eso es lo que me asegura Elvira, que parece haber encontrado en mí a la confidente perfecta, que siempre escucha y nunca habla.

Intento no pensar en Víctor y en sus cambios de humor, pero la alternativa es mucho peor. Cisco sigue en comisaría y, por lo que tengo entendido, seguirá ahí hasta que alguien pague su fianza. O hasta que el señorito Duch decida retirar los cargos, algo más que improbable. Si pienso en mi hermano, las lágrimas acuden rápidas a mis ojos, y la rabia se hace con cada milímetro de mi ser. No quiero pensar en Cisco. Padre dice que se está encargando de ello y, aunque quisiera, yo no puedo hacer nada para ayudarlo. Sólo intentar que la situación en casa no empeore.

Esta noche, sin embargo, presiento que no va a ser tranquila. Desde las escaleras puedo oír los gritos de mis padres. Me armo de valor para entrar en casa, aunque en estos momentos me gustaría echar a correr hacia la calle, y me meto de lleno en el infierno.

—¡Ya tiene edad!

Padre se vuelve hacia mí cuando me ve aparecer y sigue gritando, señalándome con un dedo.

—Marina empezó a trabajar con siete años. ¿Tú le ves alguna carencia?

Quiero responder a eso afirmativamente, pero no creo que se dirija a mí ni que sea esa la respuesta que busca.

—Marina —me llama madre. Está sentada en el escaño, tejiendo una bufanda de colores—. Dile a tu padre que María no puede dejar la escuela.

—Ya sabe leer, escribir y contar, ¿qué más quieres? Yo a su edad ya hacía tiempo que trabajaba en la panadería de mi padre.

—Por Dios, ¡eran otros tiempos, Francisco! No hay necesidad. Podemos estrecharnos los cinturones.

Padre se ríe y yo aprovecho para preguntar qué está pasando.

—Cisco está despedido, obviamente, y a saber cuándo encontrará trabajo otra vez. Siendo como es... No podemos vivir con tres salarios, Rosa.

—Padre, no lo necesitamos. Yo puedo lavar más ropa, ir más veces a la semana a la lavandería si es necesario —digo. No voy a permitir que María deje el colegio. La educación es lo más valioso que recibirá en su vida.

—Y yo puedo coser más —asegura madre.

Ahora debería ser el momento en el que padre intentara aportar su granito de arena a la causa. En lugar de eso, farfulla algo incomprensible y acaba diciendo:

—Si Cisco no encuentra trabajo en las próximas semanas, ya puede buscarse otro lugar en el que vivir. Te lo juro, Rosa, te juro que lo echo de una patada.

Coge el abrigo y el gorro y sale de casa dando un portazo. Yo suspiro y miro a madre, expectante.

—Si no fuera al bar tan a menudo, no iríamos tan justos —refunfuña ella bajando la mirada hacia la bufanda.

Tiene el rostro contraído en una mueca que afea sus arrugadas facciones. Lleva el cabello recogido en un moño ya deshecho y viste un delantal lleno de manchas, sobre el que se va acumulando la bufanda que está tejiendo de forma compulsiva. Su boca dibuja una mueca temblorosa que la delata. Debería estar gritando y maldiciendo a mi padre y a su egoísmo; debería soltar toda la carga que lleva sobre los hombros y que cada día la encorva un poco más. La educaron como ha intentado educarme a mí, es decir, anteponiéndolo todo y a todos. La voluntad de padre es algo que no se atreve a cuestionar, al menos en voz alta. A veces se desfoga conmigo o con cualquiera de mis hermanos, pero eso no es suficiente para aliviar su carga. Envejece a pasos agigantados y, a cada día que pasa, se vuelve más irascible y retraída.

Siento la necesidad de decirle que debe plantarse y gritar alto y claro su opinión, pero, como ella, no soy capaz de encararme a padre, ni siquiera cuando no está presente. Así pues, decido desviar la conversación.

—Madre, ¿qué se sabe de Cisco?

—Mañana lo sueltan, o al menos eso ha dicho tu padre.

Con esas tres primeras palabras, mi cuerpo se libera de la tensión que lleva acumulando estos días. Me siento más ligera e incluso el aire parece menos cargado.

—Quería decírtelo en cuanto lo supe, pero no estabas en casa y cuando llegaste... Ya sabes. —Se disculpa rápidamente, sin apartar los ojos de la bufanda. Aun así, intuye mis intenciones y se apresura a aclarar—: No me preguntes qué ha pasado porque no lo sé. Ya

sabes que yo de estas cosas no entiendo. Todo cuanto sé es lo que tu padre me ha dicho: que el señorito Duch ha retirado la denuncia.

—¿Por qué?

Madre se encoge de hombros y levanta un momento la cabeza para mirarme fijamente:

—Nunca preguntes por qué si no necesitas saber la respuesta —sentencia—. Límitate a aceptar las buenas noticias.

Tras asegurarle que así lo haré, me retiro a mi habitación. Mientras me cambio de ropa, me pregunto cuánto de verdad tendrán las palabras de padre. No imagino qué razones podría tener el señorito Duch para retirar la denuncia, pero, en este caso, madre tiene razón: mientras sea así, no importa por qué haya decidido hacerlo, sino que no cambie de opinión.

Clara y Gabriel están jugando en su habitación mientras yo me esfuerzo por ignorar los gritos que llegan de la planta superior. Desde que llegó la señorita Eulalia, las aguas parecían calmadas, pero supongo que la tranquilidad era sólo aparente. Como todo en esta casa, al parecer.

Por primera vez desde hace días, cuento los minutos que quedan para irme a casa. No puedo dejar de preguntarme si padre decía la verdad ayer y si Cisco estará libre a estas horas. Además, trabajar aquí me quita todas las energías. Adoro a Clara y Gabriel, pero cada día soporto menos los gritos de su familia. Además, temo encontrarme con Víctor. No sé cómo mirarlo, ni tampoco a Eulalia, que ya me intimida sin haberla conocido siquiera.

A las cinco de la tarde, Eduardo me indica que puedo retirarme y me recuerda que utilice la puerta de servicio. Aunque siempre intento hacerlo, muchas veces se me olvida que la puerta principal está reservada a las visitas. De todos modos, a ningún miembro de la familia suele importarle que salga por ahí, siempre y cuando no tengan invitados o estén al llegar. Encontrarse en el rellano con una vulgar sirvienta, sucia y sudada, no sería demasiado elegante. Así que me despido de los niños besándolos en la frente y corro hacia mi casa.

—¡Marina!

Como siempre, ahí está la señora Emilia, sonriéndome desde la portería, invitándome a acercarme a ella y a compartir las últimas informaciones que ha conseguido. Arrastro los pies hasta la pequeña pecera.

—¡Qué belleza, niña, qué belleza!

Alzo las cejas, interrogante.

—La prometida del señorito Altarriba. Vamos, no te hagas la tonta. Dime, ¿ya la has

conocido? —pregunta, ávida de más información—. ¡Qué belleza! Es la muchacha más atractiva que he visto, y llevo en esta portería toda mi vida. Ahí —señala con la cabeza hacia la puerta que da al piso de los Altarriba— se han celebrado mil y una fiestas, y te digo, te juro, que jamás ha pasado por aquí ninguna joven tan hermosa. Qué belleza. No es que el señorito Víctor no sea atractivo, pero tiene un no sé qué, un algo distante y frío que... Es afortunado, ¿no crees?

Sus ojos pequeños, enmarcados por unas bolsas violáceas, se mueven inquietos. En la comisura de los labios esconde un deje de provocación que decido pasar por alto.

—Adiós, señora Emilia.

La dejo farfullando maldiciones entre dientes. Que hay que ver lo maleducada que es la juventud de hoy en día, que no se deja a nadie con la palabra en la boca. Que no se puede ser amable, que nadie quiere escuchar a una pobre vieja. Que adónde iremos a parar, ya no hay respeto por nada...

—¡Marina!

Al entrar en casa, la voz de Cisco rompe mi mal humor en mil pedazos. Cierro la puerta a mis espaldas y corro hacia él, feliz y tranquila por fin. Cisco me abraza y se ríe.

—¡Qué recibimiento! Ni que hubiera vuelto de la guerra.

—¡Estaba muy preocupada por ti! —lo regaño. Me separo de él para examinarlo minuciosamente. No veo ningún cambio en él, excepto esa fea cicatriz que le parte la mejilla derecha.

—No es nada —le quita importancia él. Clava sus ojos en los míos y suspira—. Te he echado de menos. Ven, siéntate.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo está papá? —me pregunta en un susurro, como si las paredes pudieran oírnos.

—Enfadado. —Suspiro—. Muy enfadado.

—Eso me lo figuro.

Le explico cómo han ido las cosas por aquí en su ausencia. No parece sorprendido por la reacción de padre, ni siquiera cuando le hago saber los planes que tiene para María. O para él, que tiene los días contados en esta casa si padre cumple la promesa que hizo.

—No te preocupes por eso.

—¡Que no me preocupe! Cisco, ¿sabes lo que has hecho? ¿Es que no puedes estar tranquilo, dejarnos vivir tranquilos? —Temo que malinterprete mis palabras. Le cojo las manos, conciliadora, y cierro los ojos para inspirar profundamente—. No sabes lo preocupadas que estábamos madre y yo. Y Carme y María preguntando todo el día por ti, que cuándo ibas a volver, que si ya no las querías. ¿Es que no ves que no es el momento de heroicidades?

—Marina, tranquila. Estoy aquí.

—Hasta que vuelvan a detenerte.

Le suelto las manos y fijo la mirada en sus botas, gastadas y sucias de barro.

—No me habrían detenido si ese burgués de mierda no se hubiera entrometido. No fui yo quien asestó el primer golpe. Además, ¿cómo iba a saber yo que ese *pimpín* era un Duch?

—Cisco, a estas alturas, tú más que nadie deberías saber cómo funciona esto.

—¡Lo sé, hostia, claro que lo sé! Y por eso lucho, por eso luchamos muchos, para que las cosas no sigan funcionando como hasta ahora. Marina, estamos en el siglo XX, ¡despierta! Es hora de que seamos iguales, es hora de que si el imbécil de Duch se mete en una pelea, lo arresten a él también. —Cisco se ha levantado de golpe y ahora pasea nerviosamente por la habitación. Tiene el rostro rojo y las venas del cuello se marcan fuertemente en su piel.

—No vas a arreglar el mundo.

—Lo sé. Pero tú tampoco, haciéndoles la cama a esos malditos burgueses —escupe.

—No les hago la cama, cuido de sus niños. ¿Es que no tienen derecho a que alguien los cuide y los quiera? ¿Es que no son iguales a nosotros, Cisco?

Mi hermano niega con la cabeza, clava sus ojos azules en mí y parpadea.

—Sólo quiero justicia.

Su cuerpo se relaja y se deja caer junto a mí.

—Lo sé.

Me mira y sonrío. Aunque seamos diferentes, aunque a veces no nos entendamos, continúa siendo mi hermano mayor y yo, su hermana pequeña. Esa unión será siempre más fuerte que nuestras diferencias. O al menos eso es lo que me dice su mirada, que ha perdido la rabia electrizante de hace unos minutos. En ese momento es dulce, tranquila. Es su mirada, la del Cisco soñador, no la del sindicalista revolucionario.

—Madre me ha dicho que Duch ha retirado la denuncia contra ti.

Cisco se encoge de hombros.

—No puedo decirte más de lo que sabes tú. Supongo que a los ricos les dan arrebatos. Hablando de eso...

—¿De arrebatos?

—De ricos —dice, cortante. Vuelve a estar serio. Entrecierra los ojos y me escruta—. Vi al hijo de los Altarriba en comisaría.

—¿Víctor?

—El mayor, el que siempre va repeinado.

—Víctor —certifico—. ¿Cuándo? ¿Y qué estaba haciendo ahí?

—El lunes o el martes, no lo sé. Marina —susurra mi nombre con tono serio—, ¿el chico Altarriba estaba enterado de todo esto?

Reconozco ese tono entre acusador e interrogatorio, ese mismo que utiliza la señora Emilia para sonsacarme las miserias y virtudes de la familia Altarriba. Interrogatorio al que, dicho sea de paso, no he sucumbido y espero no sucumbir nunca.

Tras cavilar la respuesta unos largos segundos, me decido por la menos delatora.

—Había oído algo.

—¿De ti?

Suspiro y asiento. A Cisco no puedo mentirle.

—Lo siento. Estaba preocupada por ti, me preguntó, insistió y... Lo siento. Sé que no te gusta que nadie se meta en tus asuntos, pero...

—Estabas preocupada. —Aunque su voz es seria, su gesto es amable—. ¿Le pediste ayuda?

Me apresuro a negar con la cabeza. Si hay algo que Cisco odie más que la compasión, es la caridad.

—Me pareció verlo hablando con Duch en la comisaría horas antes de que retirara la denuncia —dice, arrastrando cada sílaba unos segundos que parecen eternos. Los dos nos quedamos callados, absorbiendo esas últimas palabras y las elucubraciones que surgen de ellas. Recuerdo la reacción de Víctor, sus labios aseguándome que esas cosas se resuelven

por sí solas. Recuerdo nuestro único y último abrazo y me estremezco. Me alejo de los recuerdos y de la necesidad de hablar con Víctor—. Marina, la señora Emilia...

—La señora Emilia es una vieja cotilla.

—Y una gata vieja. No hay quien engañe a esa mujer. Ha vivido y visto más que nosotros dos juntos. Sabe lo que dice y lo que hace, y aunque escuche y diga más de lo que debe, nunca miente. Ni se equivoca.

—Contigo se equivocaba —le digo para intentar defenderme. No me gusta el rumbo que está tomando la conversación—. Estaba segura de que había una chica de por medio.

—Marina, no juegues con aquello que no controlas.

—Cisco, no te metas en aquello de lo que no sabes nada —gruño, molesta, imitando su tono condescendiente.

—Los Altarriba...

—No sabes nada de ellos, Cisco. Crees que sí, igual que la señora Emilia, igual que madre, igual que padre. Pero no sabéis nada. ¡Ni siquiera sabes cómo se llaman!

—Sé que el mayor está comprometido.

—Lo sé.

—Y sé que va a casarse pronto.

Intento mantener la calma, pero resulta inútil. Las manos me tiemblan y mi respiración se entrecorta. Aun así, logro titubear con la voz rota:

—Me lo figuro.

Me quedo observando a Cisco, esperando su próximo movimiento, tratando de adivinar adónde quiere ir a parar. Porque, si buscaba herirme, me temo que ya lo ha conseguido. Centro todas mis energías en mantener mis ojos secos y mi corazón cerrado a cal y canto.

—Va a casarse —murmura. No es una pregunta ni una suposición. Es una realidad y seguirá siéndolo aunque intente escapar de ella, aunque Víctor intente escapar también.

Una realidad a la que no consigo enfrentarme. Me dejo caer dentro de los brazos protectores de Cisco y lloro en silencio, escondida tras las palabras de consuelo de mi hermano, que me acaricia el pelo con cariño y trata de tranquilizarme.

No hace más preguntas, al menos por el momento, y yo lo agradezco. No puedo

responderlas si antes no encuentro mis respuestas.

Reconocía aquel lugar. Había pasado por ahí muchas veces durante su vida, pero ahora lo veía y lo percibía de una forma completamente nueva. Había paseado por aquellas mismas calles, sólo que casi cien años atrás, en sus sueños. Si torcía a la derecha y seguía andando una o dos manzanas, terminaría por encontrar el portal donde vivían los personajes de sus fantasías. O quizás no. Lo cierto es que no lo sabía y tampoco sentía ningún deseo de averiguarlo. Existe una palabra para definir el momento en que fantasía y realidad se mezclan: locura. Abril prefería seguir cuerda, aunque fuera en la ignorancia.

Se apoyó contra la fachada que había justo delante del banco donde había citado a Leo, preguntándose si no sería demasiado tarde para agarrarse a la sensatez.

Lo único que tenía claro era que no iba a acercarse a él. No se sentía capaz. Quizás alguien lo llamase cobardía. Para ella era la garantía de seguir cuerda aunque fuera durante unos días más. Como Marina, ella también debía encontrar sus respuestas antes de poder enfrentarse a esa situación.

Miró el reloj. No era la hora y, aun así, no podía evitar sentirse nerviosa. ¿Y si Leo no iba? Quizás nunca había llegado a coger la nota que le dejó en la plaza el fin de semana anterior, o lo había hecho y no quería seguir con aquel sinsentido. O aún peor, ¿y si se equivocaba de acera y no llegaban a verse? El paseo de Gràcia es una avenida muy amplia y no estaba segura de poder verlo, entre los coches y la gente, si la esperaba en la esquina del otro lado de la calle.

El corazón le golpeó el pecho cuando lo vio aparecer. Aunque llevaba unas oscuras gafas de sol, estaba segura de que tenía los ojos fijos en ella mientras cruzaba el paso de peatones. Leo se dirigió directamente al banco. Encajó el papel entre la estructura de hierro forjado y se volvió hacia la chica para cerciorarse de que lo había visto. Cuando apenas se había alejado veinte metros, Abril echó a correr hacia el banco-farola para coger la carta antes de que lo hiciera cualquier transeúnte curioso. La desdobló cuidadosamente y empezó a leer.

Abril. Bonito nombre. Y difícil de rimar, lo que es una suerte. Quizás no lo valores, pero lo entenderías si te llamaras como yo. ¿Adivinas qué rima perfectamente con Leo? Exacto: feo. Qué infancia me dio mi nombre. Habría preferido cualquier otro: Sergio, Víctor, Jesús, Julio... Julio habría sido un buen nombre. Habríamos hecho buena pareja, si me llamara así: Abril y Julio, la primavera y el verano.

Has elegido un sitio curioso. Si querías algo más íntimo que la plaza de Catalunya, creo que vas desencaminada. Mucha gente (incluido yo hasta hace poco) cree que estas farolas con banco son un diseño de Gaudí, cuando lo cierto es que son

de Pere Falqués. Dicen que, cuando las construyeron, los burgueses las aborrecían tanto que, después de un fuerte vendaval que tumbó muchos árboles del paseo de Gràcia, un diario llegó a publicar estos versos: «Qué lástima que con el viento / no se llevara también / las farolas de Falqués». ¿A ti te parecen tan horrendas? Yo las veo mucho más bonitas que las actuales. Al menos son arte.

¿Sabes? No sabía si venir. Quiero decir, míranos... Parecemos tontos, tú ahí, yo aquí, los dos comunicándonos con cartas cuando podríamos hacerlo cara a cara. Y sin embargo, curiosamente, no me siento para nada estúpido. Supongo que tú tampoco, si sigues aquí. El otro día, en la plaza, creí de veras que ibas a acercarte. Juro que quería que lo hicieras. No sé qué me pasó. Fue una reacción... Da igual. Tú tendrás tus razones para mantener las distancias, como yo tengo las mías. No es el momento ni el lugar para hablar de eso.

Ahora, la gran pregunta: ¿para qué es el momento? ¿Por qué sigo escribiéndote? Buena pregunta, Leo. Si la respuesta fuera fácil, ni siquiera habría pregunta. Nada es sencillo. Desde el primer momento, aquel día en la biblioteca, me llamaste la atención. Quiero saber más de ti, conocerte... Ya sabes, lo que hacen las personas normales, aunque el método pueda parecer extraño. Así es más divertido, ¿no? Voy a interpretar tu presencia como curiosidad y seguiré con mi presentación.

Repasemos: Leo, edad inconfesable, estudiante de traducción. ¿Qué más podrías querer saber? Tengo hermanos: dos hermanas, para ser más exactos. Lucía y Mónica, gemelas. Son como dos gotas de agua. Ahora están en esa edad de pretender ser más maduras y mayores que nadie. Los terribles doce años. Una pesadilla, pero son dos ángeles cuando se lo proponen. Mis padres son como todos los padres, supongo. Mi madre tiene una tienda de ropa y mi padre es funcionario. Una familia apasionante, como ves.

Por lo demás... Me gusta el cine, la música, la literatura... El arte en general, supongo. No tengo ni idea de nada prácticamente, pero me gusta. Otra cosa que me interesa (chist, es secreto, no se lo digas a nadie) es la historia, sobre todo la reciente. Me atrae la década de 1910 de España. Esos años me parecen los grandes olvidados, ¿a ti no? Qué bonita debía de ser Barcelona por aquellos tiempos. Me gustaría verla. Seguro que había mucha menos gente que ahora. Qué delicia de ciudad debía de ser.

Creo que ya te he hecho leer suficiente. ¿A la misma hora, el sábado que viene, en la Ciutadella? Tienes muchos árboles tras los que esconderte. ¿Delante de la fuente de la cascada? Ahí nos vemos.

Leo

Levantó los ojos de la carta y se volvió de forma instintiva hacia su izquierda. Leo se había quedado junto a un portal, observando cómo leía desde la distancia. Una sonrisa desafiante le cruzaba el rostro. Volvió a mirar la carta para releerla una y otra vez. El estómago se le estaba encogiendo por segundos. Estaban ahí, escritos en tinta negra, como un presagio funesto. El nombre de Víctor, la anécdota sobre las farolas de Falqués, su declarada curiosidad por la Barcelona de la década de 1910.

Se sintió aturdida. Respiró hondo, intentando serenarse. El nombre era de lo más común, y el interés por la historia y por la arquitectura de la ciudad no era algo tan extraño. Es más, podía decir que todo aquello era incluso vulgar. Los turistas acudían a Barcelona para visitar los edificios y ver los recuerdos arquitectónicos que había dejado el modernismo en la Cataluña de principios del siglo XX. Esos conocimientos estaban al alcance de cualquiera.

Aun así, la inquietaba. Miró una última vez al chico, sin ser consciente de la expresión asustada de su propio rostro, y echó a andar en la dirección opuesta, arrastrando con ella el peso de las palabras de Leo.

Doce

Oigo su risa en el piso superior. He intentado imaginarla mil veces, basándome en las descripciones de la señora Emilia y Elvira, pero me resulta imposible. No puedo ponerle cara a la futura esposa de Víctor. La cocinera de los Altarriba habla de ella con tal pasión que sé que cualquier imagen que me haga de Eulalia será prácticamente un insulto para su belleza. Incluso su risa, que se filtra por las rendijas de las puertas, suena elegante y delicada.

—Vamos, poneos los gorros, por favor —insisto por enésima vez.

Clara se coloca su pequeño gorro rosa en la cabeza y me sonrío, traviesa.

—Mira, Marina —me dice, enseñándome sus manitas—, ¿a que son bonitos mis guantes nuevos? Me los ha regalado Eulalia.

Yo intento sonreír a la vez que asiento. No me gusta oír ese nombre, y menos sabiendo que su propietaria se encuentra en la misma casa.

—Eres una presumida —la chincha Gabriel, sacándole la lengua.

—Y tú un envidioso —le responde su hermana, altiva—. Vamos a decirles adiós a Víctor y a Eulalia.

No puedo decirle que no, y tampoco puedo dejar que vaya sola. No tengo por qué esconderme de Eulalia; no es de buena educación. Aún no la he conocido y tarde o temprano tendrá que llegar ese momento. Puede que ahora no esté preparada, pero quién sabe si algún día lo estaré, de modo que empujo a los niños hacia fuera de la habitación e inspiro profundamente, intentando insuflarme algo de entereza.

Desde lejos, veo cómo Clara abre la puerta del salón e irrumpe sin ningún reparo. Gabriel la sigue.

—Nos vamos a pasear con Marina —oigo cómo dice Clara—. Ven, tienes que conocerla.

Una sombra se refleja en los cristales coloridos que conforman parte de la puerta de madera. La voz jovial de Eulalia suena alegre al otro lado. No oigo a Víctor, pero sé que está ahí, tomando de la mano a su futura esposa, haciendo un esfuerzo para simular un afecto que jamás ha traspasado la barrera del cariño.

Eulalia aparece acompañada por Víctor, que me dirige una mirada fugaz. La chica

me sonrío y me saluda con un gesto amable que no soy capaz de devolver. Es tal como la describía Emilia: preciosa. Sus rasgos son finos y su figura, exquisita. Lleva un vestido claro que realza el rubor de sus mejillas y el color azul de sus ojos, que contrasta con el tono oscuro del pelo. Le sonrío, turbada, y no puedo resistir la tentación de mirar a Víctor, que no aparta la vista de la mano izquierda de su prometida, adornada con una alianza brillante y delicada. Víctor sale de su ensoñación y nuestras miradas se cruzan durante un instante eterno.

—Perdonadme —se disculpa abruptamente y desaparece dentro del salón.

—Vamos, niños.

Clara le da un beso a Eulalia y le dice adiós con la mano mientras sonrío.

—¿A que es guapa? —me dice cuando estamos en la calle—. Cuando se casen, Víctor tendrá la esposa más guapa del mundo.

El viento de finales de diciembre es frío, pero, aun así, los señores Altarriba han decidido ir al Liceo. Según he visto en el periódico, la obra se llama *Tannhäuser*, de un tal Wagner. Parece que cuanto más difícil sea de pronunciar algo, mejor es para los burgueses.

La casa está en silencio. Los señores ya se han marchado y tanto Elvira como Eduardo se han retirado. Cierro la puerta de la habitación de los niños y suspiro, aliviada. Xavier hace rato que duerme; parece que esta noche va a ser tranquila. Mis esperanzas, sin embargo, se desvanecen al percatarme de que hay luz en el salón. Intento respirar con calma mientras rezo para que dentro no me encuentre con Eulalia y Víctor.

Mis súplicas son escuchadas, pero únicamente a medias.

Víctor está sentado en el sillón de siempre. Tiene un libro entre las manos, que cierra en el mismo instante en que me ve. Aprieto la mandíbula y hago ademán de retirarme.

—Espera.

Me detengo. Víctor se pone de pie y deja caer el libro sobre el sillón, pero no dice nada.

—¿Qué?

Resopla llevándose las manos a la cara.

—No sé qué decir.

—¿Acaso tienes algo que decirme? —pregunto. Después de la última vez en que estuvimos juntos, lo dudo mucho. Tras ese abrazo, tan corto y largo al mismo tiempo, ha

desaparecido de la faz de la tierra. No habla, de modo que lo hago yo—. ¿Qué te traes entre manos con Duch?

—¿Perdona? —Parece sorprendido por mi pregunta.

—Mi hermano Cisco me dijo que te vio en comisaría con él.

Víctor se muerde el labio inferior, pensativo. Alarga los segundos antes de responder:

—No es nada.

—Víctor. —Mi voz suena tajante. Quiero respuestas; es lo único que puedo obtener de él y no voy a irme sin ellas.

—Salvador es impulsivo, no tiene cabeza, no ve los límites y las consecuencias de lo que hace.

Supongo que Salvador es el señorito Duch. Poco me importa cómo sea mientras deje en paz a Cisco.

—¿Y qué?

—Lo conozco desde hace años. Nuestros padres son viejos amigos. Cuando me dijiste lo de tu hermano... Sabía que podía hacerle entrar en razón. Es cabezota, pero no es mal muchacho.

—Fuiste a hablar con él —resuelvo, sorprendida. No hace falta que Víctor asienta para saber que estoy en lo cierto—. ¿Por qué?

—Tú me has ayudado, Marina. Era justo que yo intentara hacer lo mismo por ti.

—No he hecho nada, Víctor. No me debes nada —murmuro. No me gustan las deudas. Me doy cuenta de que aún tengo el pomo de la puerta entre los dedos. Víctor me hace un gesto para que me siente en uno de los sillones libres. Él se sienta en el suyo sin dejar de observarme—. No tenías por qué hacerlo.

Nunca me ha gustado que nadie se inmiscuya en mi vida o en la de mi familia. Sin embargo, en esta ocasión no consigo enfadarme con Víctor. Me odio por ello. Aprieto los puños con rabia, maldiciéndome a mí misma.

—Marina... Yo antes... Ahora... —Parece que las palabras se encallan en la garganta de Víctor, siempre tan elocuente—. No quiero hacerle daño a Eulalia. Sé que ella me quiere, lo noto. No quiero darle una vida de infelicidad, igual que hizo mi padre con mi madre. Se casó con ella por el dinero de su familia y le ha salido el tiro por la culata. No les queda nada. Cuando se casaron, mi madre era la heredera; creían que se quedaría con todas

las tierras, pero mis abuelos tuvieron un niño sin que nadie lo esperara y ahora... Ahora no les queda nada. Ni siquiera amor. Mi padre lo busca fuera de casa, mientras mi madre concentra todas sus fuerzas en aparentar ser la pareja perfecta.

—Lo siento.

—Qué más da. Es su vida, ellos la han elegido —resopla—. Pero no pueden obligarme a ser como ellos. A mí antes no me importaba... Era lo correcto, ¿no? ¿Qué más puedo pedir que una esposa amable y preciosa? —Se ríe sin traza de alegría—. Es todo a lo que puedo aspirar: ser la moneda de cambio para pagar los errores de mis padres. ¿Pues sabes qué? Soy más que eso.

Sonrío de forma inconsciente sin mirarlo.

—Lo sé.

Oigo cómo Víctor se levanta. Veo sus zapatos, negros e impecables, acercándose lentamente a mí.

—¿Recuerdas el día en que nos conocimos, en julio?

Ahora soy yo la que se ríe. Asiento en silencio. Hace casi seis meses de eso y aún puedo oír la voz de Víctor escupiendo ese «impertinente».

—No me gustaste en absoluto —admite, dibujando una media sonrisa—. Y cuando empezaste a trabajar en casa, pensé que algo malo debía haber hecho en otra vida para tener que soportarte tanto tiempo.

—Algo parecido pensé yo.

—Pero luego...

—¿Hay un pero? Me siento aliviada.

—Luego pensé que te mandaba el mismo demonio para arruinarme la vida.

Abro los ojos, entre sorprendida y curiosa. No es esa la frase que suele seguir a un pero, y mucho menos la que esperaba oír. Víctor da un paso más hacia mí. Se pone de puntillas y se apoya en los reposabrazos del sofá. Aparto mi mano de forma instintiva.

—Cuando vi cómo sostenías el libro de *Peter Pan* —dice, volviéndose hacia la estantería—, me di cuenta de que tenías algo que nunca había visto en nadie. Ingenuidad, inocencia, no lo sé. El modo en que acariciaste su lomo y el brillo en tus ojos... Me cautivaste.

Me pongo de pie de un salto. Víctor se aparta ante mi reacción, pero no dice nada.

Me llevo las manos a la cara, abrumada, y echo a andar hacia la puerta.

—Espera, Marina.

Mi nombre se clava en mi pecho como un puñal. Su voz suena dulce; me siento incapaz de resistir a su petición. Aun así, saco las fuerzas necesarias para tragar saliva y decir:

—No.

—No te vayas, por favor.

—No me pidas que me quede, Víctor.

No me deja terminar. Rápidamente, se interpone entre la puerta y yo, impidiéndome el paso. Decidida, intento apartarlo con toda la fuerza que me permiten usar mis enclenques brazos, pero, una vez más, se anticipa a mis movimientos agarrándome por las muñecas. Forcejeo, desesperada, sin lograr resultado alguno. No puedo quedarme ahí. No quiero escuchar lo que tenga que decirme, porque, sea lo que sea, sé que me dolerá. Derrotada, dejo caer los brazos y apoyo mi cabeza en el pecho de Víctor, que se mueve de forma agitada. Oigo el latir de su corazón. Por un momento, no percibo nada más. Cierro los ojos e imagino que estamos solos, que estamos lejos, que él no es quien es ni yo soy quien soy.

—Quédate.

Nuestras miradas se quedan trabadas cuando me separo de él. Unos centímetros por encima de mí, sus pupilas se mueven nerviosas de un lado a otro. Un rizo travieso le cae encima de la frente, confiriéndole un aspecto desenfadado que lo hace especialmente atractivo. Alarga una mano y me acaricia la mejilla. Podría apartarme, debería hacerlo, pero no lo hago. Siento la calidez de su piel en la mía, su pulso trémulo sobre mi mejilla.

—Lo he intentado, Marina, y tú lo sabes mejor que nadie. He procurado evitarlo, no cruzarme en tu camino, pero mis padres no me han ayudado demasiado. —Su boca se tuerce en una sonrisa forzada pero sincera.

—Víctor...

—Dime que quieres que me vaya y me iré.

—Vete —susurro con gran esfuerzo, apartando mis ojos de él.

—Dime que quieres que me vaya.

No soy capaz. Él suspira y apoya su cabeza en mi frente. Siento su aliento recorriendo mi rostro, su aroma colándose por mis fosas nasales, embriagando todo mi cuerpo. Los labios de Víctor se posan sobre mi cabello en un beso sutil e imperceptible y

empiezan a deslizarse por mi frente.

—Eulalia lleva el anillo de compromiso —digo de repente, empujada por mi lado racional. Tengo que salir de aquí, apartarme de Víctor, olvidarme de él, de sus ojos, de su sonrisa escurridiza.

Sin embargo, antes de que pueda moverme, Víctor despega los labios de mi frente y susurra:

—Te quiero.

Le echó una ojeada al reloj de la cocina antes de marcar el número. Eran las ocho de la mañana de un domingo, pero no le importaba. Lo necesitaba y los amigos debían estar disponibles las veinticuatro horas del día. Al otro lado del auricular sonó un gruñido adormecido.

—Te necesito —fue directa.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos vernos? Por favor. He soñado algo que...

Alejada del teléfono, Abril oyó otra voz, tan conocida como inesperada.

—¿Ese es Héctor?

—Sí, estoy en su casa. Espera un segundo —dijo Mario. Se oyó cómo tapaba el auricular con la mano y las voces de los dos chicos se volvieron difusas—. Dice que si es algo relacionado con el Chico Sartén.

—Mario, quiero hablar contigo, no con él. —Abril fue tajante. Si lo había llamado a él era porque conocía demasiado bien a Héctor. No iba a ayudarla. Simplemente asentiría, le diría que se dejara de estupideces y la invitaría a tomar un café, siempre y cuando llevara dinero—. En serio, estoy despierta desde las cinco de la mañana y necesito hablar con alguien. ¿Puedes venir?

Se volvieron a escuchar las voces, esta vez un poco más nítidas. Aunque oyó lo que había dicho Héctor, Mario le transmitió el mensaje.

—Dice que no me deja salir de casa a menos que venga conmigo, que alguien tiene que representar la voz de la cordura. O algo así.

Abril bufó.

—Está bien. No tardéis, por favor.

Cuando Mario le hubo asegurado que estarían allí en cuestión de diez o quince minutos, Abril colgó el teléfono y se dejó caer de nuevo sobre la cama, la misma que había acompañado su sufrimiento durante las tres largas horas que había estado en vela. Se levantó y se dirigió al cuarto de baño arrastrando los pies. Se miró al espejo durante unos

segundos sin poder evitar preguntarse quién era. Ya no lo tenía claro. Se recogió el pelo en una coleta desgarbada y fue hacia la cocina.

Se había despertado con el corazón a cien, empapada de sudor e inquieta como no lo había estado nunca. Sentía ganas de llorar, de golpear la almohada hasta desfallecer, de poder tener un mínimo de control sobre sus sueños. Había tenido a Víctor tan cerca que aún le parecía sentir su olor. Aún lo sentía. Pero eso era imposible. No se pueden recordar las sensaciones vividas en una fantasía, se repetía una y otra vez.

Y sin embargo, allí estaba ella, aún azorada por el beso que una fantasía había depositado en la frente de alguien que nunca había existido. Alguien con su misma apariencia. Marina. Ella. Ahora entendía lo que sentían las personas con trastorno de personalidad. Ya no sabía dónde terminaba ella y dónde empezaba la joven obrera. Sus sentimientos cada vez eran más fuertes. Podía sentirlo mientras soñaba, pero también cuando se despertaba. Entre ellas se había creado un vínculo, una suerte de unión por la que cruzaban todo tipo de pensamientos y sensaciones. Las fronteras estaban empezando a desdibujarse y, con ellas, la sensación de estar cuerda.

Lo peor era que lo único que la preocupaba era que ese puente desapareciera. Que los sueños se desvanecieran y sus fantasías volvieran al mundo onírico de donde procedían. No quería quedarse sola. Necesitaba seguir viéndolo ahí, entre las brumas de la Barcelona de principios de siglo.

Trece

—Di algo.

Víctor me mira expectante. Estamos separados por unos centímetros que se hacen tan interminables como dolorosos. Aun así, una fuerza invisible me empuja a apartarme más de él.

—Deja que me vaya —le ruego con la voz rota.

—Marina, por favor...

Sus ojos se mueven fugaces de un lado para otro, pero el resto de su cuerpo no se mueve ni un centímetro.

—No me hagas esto.

—¿Que no haga qué? ¿Ser sincero por una maldita vez en mi vida? ¿Ser valiente?

Trago saliva. Quiero decirle que el mundo no está hecho para los valientes, sino para los afortunados, y que ser sincero sirve de poco si la suerte no está de tu lado. Me muerdo el labio inferior, nerviosa, e intento encontrar las palabras adecuadas.

—Víctor, estás prometido. Vas a casarte, ¿recuerdas? Eulalia, esa chica a la que toda tu familia adora. Y que te adora a ti.

—Pero yo a ella no. Y tú...

Lo interrumpo antes de que pueda seguir hablando. Me doy la vuelta para no tener que enfrentarme a su mirada intimidatoria.

—Y yo soy la niñera de tus hermanos, la misma que vive con cinco personas más en un piso no mucho más grande que este salón.

—La misma que se atreve a hablarme como a un igual, que se ha sentado a escucharme sin pedir nada a cambio. La única que ha conseguido que sienta algo entre tanta reverencia y tanta formalidad.

—Eulalia es una gran chica —susurro. Las palabras trepan por mi garganta como lenguas de fuego. Reúno las fuerzas suficientes para seguir hablando y digo con voz trémula—: Te hará feliz.

—Nadie puede hacerte feliz. La felicidad es un sentimiento propio que nace de uno mismo, Marina. Si yo no me siento bien con ella, ella jamás me hará feliz.

Me río ante esa frase lapidaria. La capacidad de exageración de Víctor cada día me sorprende más. Doy unos pasos hacia delante, y cuando estoy lo suficientemente alejada de él, me doy la vuelta.

—No seas melodramático. La felicidad está sobrevalorada. Para mí, ser feliz significa tener a mi familia conmigo, comida y abrigo. No necesito nada más.

Víctor no dice nada y yo deseo decir tantas cosas y tan inapropiadas que me obligo a morderme la lengua y a clavar la vista en el suelo. Me repito una y otra vez que somos diferentes, que no hay nada que nos una. No hay más puentes entre nuestros mundos que sus hermanos pequeños.

—Aun así...

La voz de Víctor suena dubitativa por primera vez desde que lo conozco.

—Aun así —lo interrumpo—, aunque sueñes con imposibles, la realidad no cambiará. Seguirás siendo el mismo y seguirás estando en el mismo lugar. Hay que saber elegir las batallas, Víctor. No hay que luchar contra lo que no depende de nosotros.

—Pero ¡sí depende de nosotros! Depende de mí, de ti... De lo que queramos.

Víctor habla con una emoción sobreactuada, tratando de convencerme de unas palabras que no puedo tomarme en serio. Madre tiene razón: cada uno tiene un lugar en el mundo y lo más sensato es asumirlo. Cisco ha querido rebelarse, intentar cambiar de sitio, ¿y para qué le ha servido?

No. No puedo acarrearle más problemas a mi familia de los que ya ha sufrido.

—¿Qué quiero yo?

Mi pregunta lo pilla desprevenido. Arruga las cejas en un gesto de incomprensión y ladea la cabeza ligeramente. Su pose de completa ignorancia me habría hecho gracia de no ser porque estoy a punto de pronunciar las palabras más difíciles de mi vida.

—¿Qué quiero yo? —repito—. No me lo has preguntado.

—¿Qué quieres? —murmura, compungido.

—Una vida tranquila, Víctor. Quiero cobrar mi salario, llevar comida a casa y estar con mis hermanas. Quiero ir al cine por primera vez, poder ir a bailar con mis amigas. Quiero encontrar un hombre, un buen hombre, alguien que no dé problemas, que tenga una sonrisa para mí cada mañana y que sepa tratar a los niños.

Víctor avanza hacia mí, pero se detiene al ver que yo retrocedo.

—Yo puedo darte eso.

—No puedes, Víctor. Y no quiero que lo hagas. —Respiro profundamente, intentando digerir lo que voy a decir. Los segundos se alargan, tensos e irrespirables. Finalmente, consigo reunir la fuerza para susurrar—: Que te quiera no significa que quiera estar a tu lado.

Siento una punzada en el estómago, que se agudiza al ver la expresión rota de Víctor. Me mira sin comprender, buscando una explicación que no voy a brindarle.

Tengo que hacer un esfuerzo para no lanzarme a los brazos de Víctor cuando paso por su lado para salir de la habitación. Me observa con ojos vidriosos, en silencio, sin moverse. Me siento culpable, pero me digo que aunque no lo entienda, aunque a ambos nos cueste aceptar lo que acabo de decir, sé que es lo correcto.

Sea como sea, al menos yo tengo el consuelo de conocer la falsedad de mis últimas palabras.

Cisco sabe que está pasando algo. Dice que ha encontrado trabajo en la pastelería de un conocido. No es que sepa demasiado del oficio, pero aprende rápido. Padre no parecía muy dispuesto a creer que hubiera tenido tan buena suerte. Estaba convencido de que mentía y de que cuando salía de casa Cisco se iba a dar vueltas por la ciudad. Sin embargo, cuando trajo su primer salario a casa tuvo que aceptar que no podría echarlo, al menos por el momento.

En casa, de vez en cuando, pillo a Cisco observándome con la boca medio abierta, como si quisiera decirme algo. Pero no lo hace y yo tampoco le pregunto. No tengo ganas ni fuerzas para hablar demasiado. He de reservar la entereza para los días en que debo bajar a cuidar de los niños, es decir, todos. Desde que dejé a Víctor con la palabra en la boca, hace ya una semana, los señores Altarriba salen más que de costumbre, acompañados casi siempre por su hijo y su futura nuera. Claro que son épocas navideñas y eso es algo sagrado para esta gente. Las reuniones y los compromisos sociales se multiplican y no quieren perderse ni uno solo.

Me alivia saber que no voy a tener que cruzarme con Víctor, pero es un consuelo baldío. Cada rincón de esta casa me recuerda a él y me trae a la mente la seguridad de que está junto a Eulalia, tal vez cogiéndola de la mano o intentando desesperadamente sentir algo.

Me aterra pensar que pueda conseguirlo.

—¡Niña!

El grito de la señora Emilia se clava en mis sienes y me empuja lejos de mis

cavilaciones. Me acerco a la portería con paso cauto.

—¿Cómo está tu hermano?

—Bien —respondo, tranquila. Por suerte, estoy diciéndole la verdad. Desde su paso por el calabozo, pasa más tiempo en casa. Lo conozco, y sé que no se ha deshecho de sus ideas revolucionarias, pero para mí es un consuelo saber que se toma las cosas con más calma.

La portera me dedica una sonrisa sincera antes de lanzar su ataque.

—Cuéntame, niña. ¿Cómo van las cosas ahí dentro?

Señala con la cabeza la puerta de servicio de los Altarriba. Suspiro y concentro mi desesperación en las manos, que se cierran formando dos puños furiosos.

—Bien, los niños son buenos conmigo. Nada de patadas ni de lloros. No puedo quejarme.

—Vamos, no me digas que eso es lo más interesante que tienes para mí.

—Señora Emilia, ¿qué quiere que le cuente? —atajo. No estoy de humor para adivinar las intenciones de esta buena señora.

Ella echa la cabeza hacia atrás, mostrando una carcajada sonora y desdentada.

—La señorita Eulalia —musita Emilia—. Me ha dicho Elvira, la cocinera, que el señorito ya le ha dado el anillo de compromiso.

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia. Me irá bien practicar.

—¿No me cuentas nada, niña?

—No sé nada, Emilia. Yo cuido de los niños pequeños, no de Víctor. Y mucho menos de la señorita Eulalia.

La portera levanta las cejas y su sonrisa se tuerce de forma insinuante. Parpadea lentamente y se pone de pie.

—Se comenta que el señorito tiene a otra.

Se me hiela la sangre. Hago un esfuerzo titánico para sobreponerme. Desde que vio a Víctor subiendo hacia mi casa, la señora Emilia me mira con recelo, intuyendo que le escondo algo, imaginando seguramente más de lo que hay en realidad. Fuerzo una sonrisa y pongo los ojos en blanco.

—También se comentan cosas sobre usted, señora Emilia. Y sobre mí. A la gente le gusta hablar, usted debería saberlo más que nadie. No sé qué tiene o deja de tener el señorito Altarriba, pero le aseguro que la señorita Eulalia le tiene el corazón robado.

Siento una opresión en el pecho al pronunciar esas últimas palabras, pero vale la pena. La señora Emilia traga saliva y asiente con la cabeza antes de entregarme el mensaje por el que me ha llamado. Víctor se ha llevado a los niños a la Ciutadella. En media hora tengo que estar allí, y más me vale no llegar tarde. Aun así, me doy unos minutos de margen para despotricar con la portera acerca de los Altarriba y sus cambiantes y caprichosas órdenes. En realidad, prefiero salir a la calle, pero necesito que la señora Emilia se deshaga de las ideas absurdas que le rondan por la cabeza.

Sus ojos desconfiados me siguen mientras salgo del portal. Cuando desaparezco de su campo de visión, suspiro profundamente, liberando toda la tensión acumulada. Camino deprisa, centrando mi mente en mis pasos. La presión de mi pecho trepa por mi garganta hasta llegar a los ojos, que se humedecen. El viento hace correr mis lágrimas mejillas abajo. No me reprimo. Me da igual quién pueda verme. Necesito vaciar todo lo que siento antes de encontrarme con Víctor.

Llego a la Ciutadella sintiendo cómo el corazón me golpea el pecho de forma frenética. Me obligo a hacer un último esfuerzo hasta la fuente de la cascada, donde espero encontrar a Víctor y a los niños. No puedo reprimir un grito desesperado al comprobar que no están ahí. Sigo corriendo sin rumbo fijo hasta que veo a Gabriel persiguiendo a su hermana.

Freno mi carrera de forma brusca. Víctor observa a sus hermanos sentado en un banco bajo un frondoso árbol. Cierro los ojos unos segundos, intentando sobreponerme al esfuerzo.

—Llegas tarde.

Al abrir los párpados, me recibe la figura de Víctor a contraluz.

—No vengo de la manzana de al lado, precisamente. —Jadeo. Aún no he recuperado el aliento.

—¿Has venido corriendo?

—No, en coche de caballos. —Resoplo, hastiada—. Siento no poder correr más rápido.

Clara aparece de la nada y salta encima de mí para darme un beso en la mejilla.

—Estás sudada. —Se ríe.

Le revuelvo el pelo, sonriente, antes de que Víctor la inste a ir a jugar con Gabriel,

que persigue un pequeño balón. Víctor me agarra del brazo y me arrastra hacia el banco. Los músculos de mis piernas se relajan por fin. El chico se sienta a mi lado, ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

—¿Por qué no has venido en tranvía?

—No es que me sobre el dinero, precisamente.

—Le dejé unas monedas a Emilia.

Mi mal humor se esfuma con la carcajada que escapa de mi boca. Víctor enarca las cejas.

—La señora Emilia habla mucho, pero sabe cuándo callar.

—¿No te ha dado nada?

—No me ha dicho nada —certifico, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Siento que hayas tenido que venir andando.

—Corriendo —lo corrijo—. No te preocupes.

—Necesitaba verte.

Aparto mi mirada de él para dirigirla a los niños, que ahora juegan con un pequeño perro. Quiero escuchar a Víctor, pero sé que no seré capaz de mirarlo mientras lo hace y resistir las ansias de besarlo. Tengo que mantenerme fuerte. Alguien debe hacerlo.

—Te echo de menos —susurra, como si alguien pudiera oírnos—. No he podido quitarme de la cabeza nuestra conversación del otro día. He llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Que mentiste.

—¿Mentí?

Víctor se ríe por lo bajo.

—Y que, cuando no sabes qué decir, te limitas a repetir lo que te han dicho.

—Eres un engreído.

—Dijiste que me querías —dice con voz monocorde y pausada.

—No es cierto.

—«Que te quiera no significa que quiera estar a tu lado». Esas fueron tus palabras exactas. Créeme, han estado resonando una y otra vez en mi cabeza durante estos últimos siete días.

No me atrevo a decir nada. No puedo negar que lo dije ni reafirmarlo. No tengo fuerzas para mentir de nuevo.

—Llámame romántico, pero no creo que se pueda querer sin desear estar junto a la persona amada. De modo que o bien mentiste al decirme que me quieres o bien al decir que no quieres estar a mi lado.

Me doy la vuelta para mirarlo. Está observándome entre desafiante y desenfadado, esperando una respuesta como quien espera oír la hora. Sonríe de forma forzada antes de coger un pequeño paquete que tiene junto a él y que yo no había visto antes.

—Te he traído esto.

—No...

—Marina —me interrumpe, repentinamente serio. Adopta el tono severo con el que se dirigía a mí cuando nos conocimos y me insta a cogerlo—. Ábrelo.

A lo lejos, los niños siguen jugando entre ellos. Son incombustibles.

Deposito cuidadosamente el paquete encima de mis piernas. Me restriego las manos contra la falda para limpiarlas y me detengo un segundo a mirar el fardo. Está toscamente envuelto con una fina tela de flores. Trago saliva antes de empezar a desenvolverlo bajo la atenta mirada de Víctor.

Poco a poco, de entre las coloridas flores va surgiendo un lomo verde y dorado. Se me corta la respiración. No puede ser. Miro a Víctor, al paquete aún a medio abrir y otra vez a Víctor. Me dedica una sonrisa encandilada y feliz.

Termino de abrir el paquete, segura de lo que encontraré dentro. Las manos me tiemblan, pero no me importa. En estos momentos, nada me importa. Las yemas de mis dedos acarician las letras doradas estampadas sobre la cubierta verde de tela.

—¿Qué...?

No soy capaz de articular más palabra que esa.

—Quiero que lo tengas tú.

—No puedo... Yo no... Ni siquiera lo entiendo.

Mis ojos no se despegan de las letras del libro. *Peter and Wendy*. La mano de Víctor aparece de la nada y se posa sobre la mía. La acaricia suavemente durante una milésima de segundo antes de apartarla con delicadeza. Levanta el libro para descubrir debajo de él un pliego de hojas blancas encuadradas con hilo.

—Pensé que te gustaría poder leerlo por ti misma.

Tomo esa suerte de libro rudimentario y lo hojeo. Reconozco la letra de Víctor de la nota que escribió cuando estuve enferma recordándome qué medicamentos debía tomar y cuándo exactamente.

—¿Lo has traducido?

—He hecho lo que he podido. Mi nivel de inglés es muy básico.

Ni siquiera intento expresar con palabras lo que siento. Me llevo ambos libros al pecho y cierro los ojos, abrumada. Víctor me acaricia la mejilla de forma insegura. Quizás espera que me separe, pero no lo hago. No puedo. Estoy cansada de luchar contra él y contra mí misma. Sonrío. No digo nada, no hace falta. Dejo caer los brazos sobre mis piernas y me apoyo contra el respaldo del banco. Me siento relajada por fin, como si al deshacerme de todos mis escudos hubiera aligerado el peso que llevaba encima. Víctor recorre mi brazo derecho con sus dedos hasta llegar a mi mano, que dejo caer sobre la madera del banco. En silencio, posa su mano sobre la mía. Siento su calor, su protección, y en ese momento sé que eso es lo correcto.

—¿Qué sabes de mi hermano?

—¿Gabriel o Xavier? —digo, sin entender el sentido de esa pregunta.

Víctor se ríe.

—De mi hermano mayor, Joaquín.

Recuerdo vagamente que madre nombró a un quinto hijo Altarriba que no se había mudado con el resto de la familia y que escuché ese nombre en boca de Víctor durante una discusión con sus padres, aunque entonces no supe a quién se refería.

—Sólo que existe.

—Ya es más de lo que recuerdan mis padres —bromea él—. Joaquín se llevaba muy bien con nuestro tío Ramiro. Solía pasar largas temporadas en Barcelona con él cuando nosotros vivíamos en Tarragona y de vez en cuando lo acompañaba en sus viajes, como alguna vez hice yo también. Cuando volvía a casa, mis padres lo mostraban orgullosos a sus amigos, hablando de lo viajado que era su hijo. Pero un día no volvió de uno de esos viajes con el tío Ramiro. —Se ríe, como si aquello fuera lo más divertido del mundo—. O, mejor dicho, volvió, pero dos meses después que el tío Ramiro y con una alianza en el

dedo.

—¿Se casó en secreto?

Me vuelvo de golpe al oír esa confesión. Víctor sonrío, quizás contento por haber sido capaz de sorprenderme, y prosigue su relato.

—Joaquín no es tonto. Sabía que nuestros padres nunca aceptarían a Alicia como su prometida, que harían todo lo posible por evitar el enlace. Es una buena chica, pero no lo suficientemente buena para mi hermano, según mis padres. Ya me entiendes. Así que se casó con ella en París, donde se conocieron. Sin embargo, sobrevaloró a nuestros padres. Esperaba que se enfadaran, pero no hasta el punto de desheredarlo.

—¿Lo desheredaron?

—Hace cuatro años que no se hablan. Yo apenas sé nada de él. A veces nos enviamos cartas, pero pocas.

—¿Siguen juntos?

—Felices y con hijos. —Víctor está sonriendo de un modo extraño—. Al principio, como es normal, se lo tomó mal. Se había acostumbrado a cierto nivel de vida y no se veía capaz de empezar desde cero. Los primeros tiempos fueron duros para él, pero nunca se ha arrepentido de la decisión que tomó. Hasta su muerte, nuestro tío Ramiro lo apoyó, aunque a espaldas de nuestros padres. Estuvieron viviendo en París hasta unos meses antes de que estallara la guerra europea, cuando se mudaron a Madrid. Lo último que he sabido es que...

Clara viene corriendo, seguida de cerca por Gabriel. Víctor y yo apartamos las manos instintivamente.

—¡Tenemos hambre! —se queja la niña.

—Vamos a casa —le pide Gabriel a Víctor poniendo morros.

Víctor me mira, como pidiéndome permiso, y yo asiento. Envuelvo de nuevo los dos libros con la tela de flores y echamos a andar en silencio.

Las familias pasean sin prisa por el parque, disfrutando del último domingo de diciembre. Me entretengo observándolos para evitar mirar a Víctor, que camina a escasos centímetros de mí.

—No puedo aceptar el libro —le susurro mientras paseamos con la vista puesta en los niños.

—Sé que tengo mala caligrafía, pero no es ininteligible.

—No seas tonto. Ya sabes a qué me refiero. Es tuyo y es especial para ti.

—Podemos compartirlo.

—Claro. —Me río—. Los domingos y días de guardar para mí y el resto del año para ti.

—No bromeo. —Víctor camina con la vista fija al frente, sin mirarme—. Podemos compartirlo todo, Marina.

—Víctor...

La voz me tiembla. No puedo tener esta conversación otra vez. No ahora, no teniendo entre mis manos una de sus posesiones más valiosas. Se detiene tras comprobar que los niños están lo suficientemente lejos para no oírlos.

—Déjame hablar, por favor —me pide—. Después de casarse con Alicia, Joaquín tuvo dudas. No estaba seguro de haber hecho lo correcto. Y, aun así, es feliz. Yo nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida, Marina. Si ellos son felices habiendo tenido esas dudas, imagina lo que podríamos ser tú y yo.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Vayámonos —dice sin preámbulos—. Vayámonos juntos. Lejos, cerca, donde sea. Pero juntos.

Se había quedado dormida encima de la mesa de la cocina. Si hubiera sabido que lo único que necesitaba para volver a caer rendida era salir de la cama, lo habría hecho antes. Miró el reloj de la cocina. Apenas habían pasado diez minutos, los suficientes para vivir dos confesiones que ahora la mantenían completamente fuera de juego. Necesitaba un café que le despejara las ideas. Cogió la cafetera, que aún contenía algo del café del día anterior, y lo vertió en una taza. Justo cuando estaba echándole un poco de leche, oyó unos golpes secos en la puerta.

—Abril, ¿estás ahí?

Cogió la taza humeante y se dirigió al recibidor. Al otro lado de la puerta aparecieron Mario y Héctor, ambos sin afeitarse y con cara de sueño. Héctor se encogió de hombros y señaló a Mario:

—Decía que sonabas desesperada.

—Pasad —susurró. No quería despertar a su madre ni a su hermano—. ¿Queréis un café?

Los dos negaron con la cabeza, de modo que señaló la terraza que había al otro lado del comedor. Mientras Héctor abría la puerta, Abril se echó una manta por encima y siguió a sus amigos.

—¿Qué te pasa que sea tan urgente? —inquirió Héctor en cuanto la chica hubo cerrado la puerta tras de sí. Aunque había una mesa, los dos se sentaron en el suelo, apoyados en la pared. Abril se dejó caer delante de ellos.

—Si quieres estar aquí, vas a ser un espectador mudo, ¿de acuerdo? Deselecciono la opción de la película de comentarios de Héctor, así que a callar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mario, casi en un susurro.

—Se ha declarado.

—¿Quién?

—Víctor.

—¿A Eulalia?

—¡A mí... a Marina! Joder, ya no sé ni lo que digo.

Héctor soltó una risita que le valió un codazo de Mario.

—¿Y qué? —preguntó—. Quiero decir, ¿qué pasa?

Abril tragó saliva e intentó ordenar sus ideas antes de exponerlas. Con un hilo de voz, le explicó a Mario la extraña sensación que día a día, sueño tras sueño, iba apoderándose de ella, uniéndola cada vez más a la Marina de sus fantasías. Le habló de la necesidad creciente de seguir soñando, de cómo la historia de la joven obrera la había absorbido por completo, y le relató con todo detalle la confesión de Víctor.

—Parece que alguien se ha enamorado.

—Yo no lo creo. Esos señoritos sólo...

—Me refería a Marina —dijo Mario, dibujando una sonrisa ladina y alzando las cejas de forma desmesurada.

—No digas tonterías.

—A mí también me lo parece —señaló Héctor cautelosamente—. ¿Y por eso tanta urgencia? ¿Porque el Chico Sartén se le ha declarado a la protagonista de tus sueños de telenovela?

—¿Qué he dicho de los comentarios? —resopló Abril antes de volverse hacia Mario—. Necesitaba hablar con alguien, y el cabeza de alcornoque que tienes como novio es más insensible que un zapato. Al menos tú me escuchas y finges que no piensas que estoy loca.

Héctor quiso quejarse, pero Mario fue más rápido y le tapó la boca con una mano.

—No estás loca, sólo absorbida por un mundo y unas vidas que no son las tuyas. Te están creando una adicción que no es sana. He hablado con mi hermana y le he contado muy superficialmente lo que te pasa. Me ha dicho que estaría encantada de hablar contigo, pero que no cree que te sea de mucha ayuda. Es sólo una aficionada, al fin y al cabo. Quiero decir... Le interesan los temas esotéricos, pero nada más. De todos modos, me ha dicho que conoce a alguien con quien quizás te interese hablar.

—¿Alguien? —preguntó Abril.

—Una amiga suya. Es tarotista. Suele venir a casa para echarle las cartas a mi hermana.

—¿Tu hermana cree en esas estupideces? —Héctor ni siquiera se molestó en reprimir una sonora carcajada.

—¿Una vidente? ¿Quieres que vaya a una vidente? ¿Hablas en serio? —exclamó Abril casi al mismo tiempo.

Mario los miró a los dos y su expresión se congeló.

—Sí, mi hermana cree en esas cosas. ¿Algún problema, Héctor? —masculló. El chico negó con la cabeza, repentinamente intimidado por la seriedad del tono de Mario, que se dirigió entonces a Abril—: Y sí, digo que vayas a ver a una vidente, una adivina, una tarotista, una tiradora de cartas... Llámala como te apetezca. Si quieres escuchar lo que tenga que decir, se lo diré a mi hermana. Son amigas y podría pedirle el favor. Lo haría gratis. Ahora bien, si prefieres quedarte con tu psicólogo, que todo cuanto sabe decirte es que no te preocupes, adelante. Es tu decisión. Yo sólo digo que por probar no pierdes nada.

Abril asintió, tiritando.

—Tienes razón, lo siento. Habla con tu hermana. Cualquier cosa que... Cualquier cosa es mejor que nada, supongo. Gracias, Mario.

—De nada —aceptó él, recuperando su gesto amable.

—Sea como sea —intervino Héctor, cansado de su voto de silencio—, yo continué pensando que deberías conocer a alguien. Salir un poco. Con gente normal, ya sabes, no con tíos que se comunican contigo por carta.

—Eso es original —opinó Mario.

—Y escalofriante.

—También. —Rió—. ¿Sabes qué estoy pensando? ¿Recuerdas a aquel chico que conocimos...?

—¡En aquella excursión el verano pasado! ¡Claro! ¡Es perfecto! —exclamó Héctor, haciendo chasquear los dedos.

Abril los miraba sin comprender nada, expectante. Cuando se ponían así, hablando sin decir nada, entendiéndose sin palabras, la ponían de los nervios. Con el tiempo había aprendido que era mejor esperar a que ellos mismos se explicaran, y eso es lo que hizo.

—Es perfecto para ella. Lo es. Te va a encantar. Es alto, moreno... No sé si será muy inteligente, pero es simpático. Y divertido, ¿verdad, Héctor?

—Decidme que no pretendéis organizar una cita a ciegas con uno de vuestros amigos.

—Yo no lo llamaría amigo. Conocido, simplemente —dijo Mario—. Pero muy simpático. Alto y...

—Moreno, ya lo sé. No pienso ir, Mario. Estoy bien como estoy.

—¿Cómo? ¿Con la cabeza en 1914?

—En realidad, ya es 1915 —musitó, lo que le valió una mirada enfadada de Héctor.

—Vamos, Abril, tienes que olvidarte del Chico Sartén. Lo necesitas.

—Este es el trato: le das una oportunidad a nuestro chico y yo te consigo la cita con la tarotista. Y gratis —propuso Mario.

La chica suspiró bajo la atenta mirada de sus dos amigos, que esperaban un movimiento afirmativo que llegó al cabo de pocos segundos. Estaba cansada y no tenía ganas de discutir. Por el momento, lo importante era asegurar la cita con la vidente. En cuanto a la cita a ciegas... Quizás no era tan mala idea.

Tal vez Héctor tuviera razón y lo mejor que podía hacer era olvidarse de él.

Catorce

Noto los ojos de Víctor clavados en mi espalda mientras me alejo hacia el portal. Llevo el paquete con los libros apretados contra el pecho; ni siquiera intento esconderlos cuando la señora Emilia me saluda desde el portal. Mira un segundo el paquete, pero no parece interesarle lo suficiente para dejar de preguntar por el señorito Víctor con una sonrisa maliciosa. Me encojo de hombros, fingiendo despreocupación.

—Yo sólo cuido de los pequeños, señora Emilia.

La portera asiente y vuelve a concentrarse en barrer el trozo de acera que hay delante del portal. Supongo que entiende que no es un tema para hablar delante de los niños.

—¿Qué es eso? —Clara da unos graciosos saltitos para intentar agarrar el paquete que llevo entre los brazos—. ¿Te lo ha dado Víctor?

Le doy un suave empujón hacia delante para que suba las escaleras. Trago saliva y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza. Algo vago, que quizás invite a más preguntas, pero que me excusa de dar una respuesta.

—Es una sorpresa.

—¿Para nosotros? —pregunta Gabriel, que sube las escaleras saltando y dando tumbos de un lado a otro.

—Compórtate, Gabriel —lo riño. Al momento se pone firme—. Sí, es una sorpresa para vosotros.

Los niños se miran y se ríen. No preguntan nada más, por suerte. Clara golpea la puerta principal con sus menudos nudillos. Sin embargo, por una vez no es Eduardo quien abre, ni tampoco Elvira.

Eulalia nos ofrece una amplia sonrisa al vernos. Clara se lanza a sus brazos y le da un húmedo beso en la mejilla. De forma instintiva, estrujo el paquete contra mi pecho. Me obligo a devolverle la sonrisa y a saludarla con una ligera inclinación de cabeza. Noto una opresión en el pecho cuando paso por su lado. No soy capaz de mirarla a los ojos. Los dedos que abrazan el regalo de Víctor arden bajo mis ajados guantes.

—¿Dónde está Víctor? —pregunta Eulalia cuando cierra la puerta. No puedo reprimir un sobresalto, pero, por suerte, nadie me ha visto.

Clara pone los brazos en jarras y frunce el entrecejo.

—Dijo que tenía que ir a algún sitio.

Eulalia me mira, expectante. Me limito a encogerme de hombros, como si la cosa no fuera conmigo.

—A lo mejor ha ido a buscar algo de nuestra sorpresa —conjetura Gabriel. Eulalia se vuelve hacia él, que se apresura a explicarle, emocionado—: Marina nos ha dicho que tiene una sorpresa para nosotros.

—Por eso os habéis pasado todo el rato cuchicheando, ¿verdad? —interviene Clara.

—Exacto —me apresuro a asegurar, revolviéndole el pelo a la niña y evitando la mirada inquisitiva de Eulalia—. Vamos, niños. Es la hora del baño.

Bastan esas palabras para que echen a correr hacia su habitación. Aún con el paquete bien pegado a mi pecho, me despido rápidamente de Eulalia y persigo a los niños. El momento del baño suele ser el peor del día, pero por una vez me alegro de que llegue.

Los señores Altarriba llegan a casa antes de lo previsto. Mientras me da el sobre con mi salario, Elvira me cuenta que esa noche vienen a cenar los padres de Eulalia y que los señores quieren que todo esté perfecto. Por un momento temo que me pidan que me quede a cuidar de los pequeños, pero la cocinera me insta a desaparecer cuanto antes, de modo que me deslizo silenciosamente hacia la habitación de los niños, donde me he dejado la chaqueta y el paquete con los libros de Víctor. Clara me saluda con la mano al verme aparecer. Le sonrío y le saco la lengua mientras cojo la chaqueta, tirada de cualquier manera encima de la cama de la niña. Se me hiela la sangre al darme cuenta de que no hay nada debajo. Miro a Clara, que me mira sin pestañear, y busco a Gabriel con la mirada, pero no está en la habitación.

—¿Y el paquete?

Clara se muerde el labio superior y se encoge de hombros, abriendo mucho los ojos. Le lanzo una mirada cargada de escepticismo, a lo que ella responde con una mueca triste. Sin decir nada, señala una de las estanterías, donde se amontonan sus muñecas. Ahí está, junto a un oso de peluche de felpa.

—Yo no lo he tocado, te lo prometo —se apresura a asegurar. Al ver que no digo nada, añade—: Ha sido Eulalia. Lo ha dejado ahí para que no lo cojamos.

Suspiro, aliviada. Aún tendré que darle las gracias. Me pongo la chaqueta bajo la atenta mirada de Clara y cojo el paquete.

—Dile a Víctor que no me gusta la sorpresa, que la cambie —me susurra al oído tras darme un beso.

—¿Clara! ¿Qué te he dicho de cotillear?

—No he sido yo —se defiende, cruzando los brazos con pose ofendida—. Pero a Eulalia no le ha gustado, y si a Eulalia no le gusta, a mí tampoco.

Se me corta la respiración.

—¿Eulalia lo ha visto?

—Claro. Ella puede saber cuál es la sorpresa porque no es para ella —la justifica la niña con voz preocupada—. Pero no le ha gustado. Ha puesto mala cara, lo ha dejado en la estantería y se ha ido enfadada. Tiene que ser algo muy feo.

Le prometo que le diré a Víctor que cambie el regalo y me apresuro a salir de esa casa, que de repente se ha quedado sin oxígeno.

La voz de Cisco resuena desde el otro lado de la puerta mientras forcejeo con la cerradura, que cada día va más dura.

—¿Marina?

Saludo a mi hermano con un quedo beso en la mejilla antes de arrastrarme hacia mi cuarto, que encuentro vacío.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Se han ido a pasear.

Dejo caer mi cuerpo cansado sobre la cama. Dirijo mi mirada a la puerta, desde donde Cisco me observa con curiosidad.

—¿Un día duro?

—Eso es quedarse corto —gruño.

—¿Qué llevas ahí?

No me he dado cuenta de que sigo agarrando con fuerza el paquete de tela floreada de Víctor. Me pregunto si no habría sido mejor dejar el libro en su sitio y quedarme tan sólo con la traducción casera de Víctor. Exhalo profundamente. Ya es tarde para eso. Dudo unos segundos hasta que finalmente le alargo el paquete a Cisco. Espero con los ojos cerrados a que diga algo. Los segundos se arrastran lentamente, silenciosos. Casi me parece oír el cerebro de Cisco conectando toda la información, entendiéndolo todo. Sin embargo, parece que he sobrevalorado las capacidades deductivas de mi hermano, porque me pregunta:

—¿Los has cogido de casa de los señoritos?

—¡Cisco! —Me reincorporo de golpe para echarle una mirada furibunda—. ¿Me crees capaz de eso? No soy una ladrona.

Mi hermano se encoge de hombros, riéndose por lo bajo.

—Habría estado bien.

—Me los ha dado Víctor.

—¿El mayor de los Altarriba? —Cisco parece sorprendido. Me mira, esperando alguna explicación por mi parte, pero no sé qué puedo decirle. Se sienta a mi lado con el paquete desenvuelto entre las manos y me acaricia el hombro con torpeza. Cuando habla, su voz suena a reprimenda—. Marina...

—Lo sé —lo interrumpo. Y es verdad. Sé todo lo que va a decirme, porque es lo mismo que está oprimiéndome el corazón desde hace días.

—¿Qué está pasando?

Dejo caer la cabeza entre mis manos. Un molesto picor me recorre la nariz hasta llegar a los ojos, que de repente arden. Intento no pestañear. No quiero llorar. Cisco se queda en silencio, esperando a que me sobreponga.

—Me ha pedido que me vaya con él.

—¿Adónde? —inquire Cisco de forma automática. Cuando comprende el significado de mis palabras, no es capaz de disimular su sorpresa—. ¿Te ha pedido que os fuguéis?

Asiento con la cabeza. Dicho en alto suena aún peor. O mejor. No puedo decidirlo.

—¿No estaba prometido?

—Y lo está.

No puedo añadir nada más. La habitación se sume en el silencio. Las emociones retenidas durante todo el día me golpean el pecho, que empieza a moverse a un ritmo frenético.

—Así que la señora Emilia tenía razón.

—Como dijiste, es gata vieja —digo, con la voz rota.

—Marina. —Cisco suena serio—. Esa clase de gente... A veces, no quiero decir que tú seas... Pero a veces se dejan llevar por impulsos. Por caprichos, ¿entiendes?

—La familia de Víctor está arruinada —suelto con un tono demasiado dramático. Ante el mohín escéptico de Cisco, matizo—: Prácticamente. Ya sabes, lo que para ellos puede significar arruinados. Sus padres necesitan el dinero de la dote, pero él no quiere casarse.

—Aun así...

—Su hermano mayor —continúo, haciendo caso omiso de sus palabras—, Joaquín, hace años que no se habla con sus padres por casarse en secreto con una chica a la que no aprobaron. Si Víctor desobedece a sus padres, renunciará a todo.

A todo. Estas últimas palabras se clavan en mi garganta como pequeños alfileres. Hasta este momento no he sido plenamente consciente de lo que implica la petición que me ha hecho Víctor esta tarde. Y es en este instante, en este preciso instante, cuando todas mis dudas desaparecen. Me siento estúpida por no haber sido capaz de responderle nada a Víctor, cuando él sería capaz de renunciar a cuanto ha conocido por estar a mi lado.

Cisco parece participar de mi revelación personal, porque murmura:

—Si eso es verdad...

—Es verdad.

—¿Lo quieres?

Me froto los ojos para hacer desaparecer las lágrimas que se amontonaban en los párpados.

—Entonces vete —sentencia mi hermano.

—No es tan fácil.

—Sí lo es. Haz la maleta y vete.

—Pero ¿y María y Carme? ¿Quién cuidará de ellas? —La voz me tiembla—. No puedo dejaros sin mi sueldo.

—Nos las apañaremos. Además, si te vas habrá un plato menos en la mesa. En la panadería gano un salario decente.

—Pero...

—Marina, ya eres mayor. Es hora de que tomes tus decisiones, de que te comprometas. No puedes limitarte a ver la vida pasar, conformándote con lo establecido. Tú también tienes derecho a elegir.

Disimulo una risa. Ahí está mi hermano el revolucionario, siempre al acecho. Aunque me ría, sé que tiene razón: tengo derecho a elegir.

Lo que no sé es si tengo el valor suficiente.

Hacía días que no pensaba en su padre. No porque no se acordara, sino porque cada vez que la última imagen que tenía de él le venía a la cabeza, se afanaba en concentrarse en cualquier otro tema. Aunque a veces sentía que cuidar de su hermano era una carga, en días como aquellos lo agradecía. Excepto cuando el niño le preguntaba por papá. Entonces Abril se quedaba en blanco, sin saber qué responder. La única que tenía respuestas era su madre, y no parecía muy dispuesta a hablar con ellos del tema. Al menos hasta aquel miércoles.

Aquel día, su madre se había ofrecido a acompañar a Miguel al psicólogo. Para Abril, había sido una sorpresa y un alivio. Sin embargo, cuando llegaron a casa, más tarde de lo esperado, Abril no pudo evitar preguntarse si había sido realmente una buena idea. Miguel entró corriendo, tan animado como siempre, mientras que su madre lo hizo con expresión perdida.

—¿Has preparado la cena? —le preguntó a Abril con voz cansada. Ella asintió lentamente desde el sofá—. Ve sirviendo mientras voy a desmaquillarme, ¿quieres? ¡Miguel! ¡Dúchate y ponte el pijama!

No se atrevió a preguntar cómo había ido la sesión hasta que Miguel estuvo en su habitación terminando de hacer los deberes. Abril tenía la sensación de que aquella vez sería su madre la que la buscaría para hablar, y no le apetecía en absoluto. No estaba preparada para nada de lo que pudiera decirle con esa expresión de gravedad que no la había abandonado durante toda la cena.

—Espera —le pidió justo cuando iba a refugiarse en su cuarto—. Tengo que hablar contigo. Vayamos al comedor.

Abril asintió y siguió a su madre hasta el sofá. Ambas se sentaron sin decir nada, cara a cara, esperando que la otra empezara a hablar primero. Al ver que su hija no tenía intención de hacerle aquella situación un poco más fácil, la mujer se atusó el pelo y dijo:

—Creo que te debo una disculpa.

Aquello era nuevo. Abril no pudo disimular su sorpresa y dibujó una sonrisa irónica.

—¿Y esa repentina iluminación?

—Ya lo sé, no hace falta que metas el dedo en la llaga. Ya sé que me lo has dicho muchas veces y que yo no te he escuchado —dijo ella con un hilo de voz—. Las cosas no son tan sencillas, hija. Sabía que tenías razón, pero supongo que debía escucharlo de alguien ajeno a nuestra familia para ser consciente de ello. Miguel es un buen niño. Un

poco movido, le cuesta concentrarse y aprender más que a los otros niños, pero eso es todo. Sólo necesita que lo ayudemos.

—¿Eso te ha dicho el psicólogo? —preguntó Abril, jugando con un cojín entre las manos.

—Entre otras cosas.

—¿De qué más habéis hablado?

—De sinceridad —respondió la mujer de forma seca—. Si quiero que Miguel esté bien, que tú estés bien, tengo que confiar en vosotros y ser sincera. Al menos eso me ha dicho.

Abril se preguntó si el hombre le había dicho algo acerca de la conversación sobre sus sueños que habían tenido la semana anterior. Decidió no preguntar y dejar que siguiera hablando. Por una vez que lo hacía, no iba a ser ella quien definiera el rumbo de la conversación. Miró a su madre a los ojos, que suspiró de forma casi teatral.

—Hace unos días creíste ver a tu padre y yo no te escuché.

—Como siempre.

—Os mentí —admitió ella, pasando por alto el comentario de la chica—. Sabía que vuestro padre no estaba en Washington. Mejor dicho, lo sospechaba.

—¿Qué...?

—Déjame hablar, por favor. Esto no es fácil —dijo, haciendo un gran esfuerzo por calmar el temblor de su voz—. Tu padre y yo no estamos bien desde hace tiempo. Los dos hemos trabajado mucho y... La distancia es algo que termina por romper una pareja, sobre todo si no es sólida. Me temo que tu padre y yo nunca hemos sido de este tipo de matrimonios.

—Mamá, ¿me estás diciendo que os estáis separando? ¿Por eso viene tan poco a casa?

—Ya llevábamos mucho tiempo separados, hija, aunque no nos diéramos cuenta. Nunca te he contado esto... Tampoco tenía por qué, supongo, pero quiero que lo sepas. Quiero que entiendas el porqué de todo esto. Conocí a tu padre cuando yo tenía veinte años y él veinticuatro. Por aquel entonces, él estaba saliendo con una compañera de trabajo, una azafata de vuelo. Pilar. Nada serio ni formal. Se estaban conociendo cuando unos amigos me presentaron a tu padre, o eso me dijeron. Nos gustamos y empezamos a vernos más a menudo. Yo sabía de la existencia de Pilar y no me importaba. ¡Yo también salía con otros chicos! Sólo éramos dos personas conociéndonos mejor. Yo estaba soltera y él también. Al final, llegó ese momento de las relaciones en el que uno debe tomar una decisión. No puede

haber más de una persona en tu vida, no a ese nivel. Pasamos por un mal momento. Tu padre me aseguró que me quería, pero tenía dudas. Aunque nunca hablamos de ello abiertamente, los dos sabíamos que era por Pilar. Entonces yo me quedé embarazada de ti y todas las dudas que tu padre pudiera haber tenido se desvanecieron. Nos casamos en cuestión de dos meses. Lo único que le pedí es que dejara de ver a Pilar, de cualquier forma. Sabía que nuestro matrimonio nunca funcionaría si seguía cerca de ella. Él aceptó. Encontró trabajo en otra aerolínea y durante los primeros años nos fue bien. Nos queríamos, y estabas tú, y más tarde Miguel.

—Pero... —intentó acelerar Abril. Empezaba a intuir adónde quería llegar su madre y no soportaba el suplicio de la espera.

—No puedes escapar del pasado, hija. No sé si lo buscó o si fue casualidad. El caso es que, hace algo más de un año y medio, Pilar empezó a trabajar en la misma aerolínea que tu padre. Me lo dijo como si no fuera con él, como si no le importara, pero yo no soy tonta. Yo sabía que la historia entre ellos había sido mucho más importante de lo que él me había hecho creer. Se querían antes de que yo apareciera, y también después de que lo hicieras tú. Sin embargo, tu padre nos eligió a nosotras, cariño. Eso es algo que siempre debes tener en cuenta.

—¿Estás diciendo que papá tiene una aventura?

La mujer rió delicadamente e hizo un movimiento desenfadado con la cabeza.

—Si quieres llamarlo así... Yo no lo hago. Aunque sigamos casados, hemos terminado. Terminamos hace mucho, de hecho. Antes de que nos sentáramos a hablar de ello en serio.

—¿Cuándo fue eso? —Abril sintió que se le removía el estómago. Una angustiada opresión empezó a treparle por el pecho hasta instalarse en sus ojos. Tenía ganas de llorar. Por su madre, por su familia, por Miguel... Por todo. Y sin embargo, ni una lágrima escapaba de sus ojos.

—Hace siete meses.

Siete meses. Desde entonces, su padre se había dejado caer por casa menos de dos veces al mes. Debería haber intuido que algo no iba bien, y aunque no fuera demasiado comunicativa, debería haber notado que su madre no estaba pasando un buen momento. Abril se acercó un poco a ella y le puso una mano en el hombro de forma protectora.

—¿Estás bien?

Su madre abrió los ojos y parpadeó lentamente, como si aquella fuera la última pregunta que hubiese esperado oír.

—¡Claro que estoy bien! Cariño, ya te lo he dicho: no es algo nuevo. Hace años que

los dos veíamos que íbamos a la deriva. Estoy bien. Lo que me preocupa sois vosotros, tú y tu hermano. Tú eres mayor, pero Miguel... Si decidimos no decir nada fue por él. Pensamos que era lo mejor. Cuando lo llevamos al psicólogo por primera vez, le contamos nuestra situación. Nos recomendó que fuéramos sinceros con vosotros, pero decidimos no hacerlo hasta que viéramos una evolución clara, o al menos un diagnóstico. No sabíamos si una separación terminaría de desequilibrar a tu hermano. Necesita estabilidad.

—Lo que necesita es sentir que sus padres se preocupan por él, mamá. Piensa que papá no nos quiere.

—Ya lo sé. Por eso he ido a hablar hoy con el psicólogo. Supongo que necesitaba que alguien me hiciera abrir los ojos. La comunicación es la base de una familia, al fin y al cabo.

Abril se dejó caer hacia atrás, desesperada. Era demasiada información para asimilarla de golpe y, sin embargo, sentía que una parte de ella había asumido aquella realidad incluso antes de conocerla. Recordó el día en el que vio a su padre salir de casa con la maleta y no pudo contenerse:

—¿Está con ella? ¿Estuvo con ella durante los días que debería haber venido a casa?

Su madre se encogió de hombros y vio en su gesto que de verdad no le dolía pensar que fuera así. Probablemente ya había buscado a alguien que aliviara su dolor. Ella era así: si algo la dañaba, se alejaba corriendo en busca de un remedio.

—Supongo. El fin de semana que viene vendrá papá y hablaremos con Miguel.

Abril asintió y le aseguró a su madre que ayudaría a su hermano a sobrellevar la situación de la mejor forma posible.

Cuando por fin se tumbó en la cama, media hora de conversación más tarde, las palabras de la confesión de su madre seguían reverberando en su mente. Por encima de ellas, sin embargo, se imponía una frase lapidaria de la que no lograba zafarse. «No puedes escapar del pasado».

Con ese último pensamiento en la cabeza, Abril se quedó dormida.

Quince

Escuchar la melodía del piano sería relajante si no supiese que es Eulalia quien toca. No sabría definir la sensación que me invade cuando la veo; quizás una mezcla de culpabilidad y celos. Me cuesta estar en la misma habitación que ella, algo inevitable estando con Clara, que no se despega de ella. Ahora, Eulalia está haciéndole una demostración a la niña de lo que será capaz de hacer algún día. Al parecer, uno de los requisitos para ser una dama culta y educada es saber cantar y tocar algún instrumento. Mientras tanto, Gabriel se entretiene con unos coloridos juguetes de hojalata. Así que yo me limito a observar a los niños desde la butaca, preguntándome por qué me pagarán.

Llevamos lo que parece una eternidad en el salón cuando Gabriel aparta sus juguetes y me pide la merienda. Antes de que pueda responder, Eulalia ha dejado de tocar y se ha vuelto hacia nosotros.

—Ve a decirle a Elvira que te prepare algo —le dice a Gabriel. Se vuelve hacia Clara, con la que comparte la banqueta del piano, y le pide que vaya con él. La niña, diligente, se pone de pie de un salto, coge a Gabriel de la mano, y los dos desaparecen.

—Parece que nos hemos quedado solas.

Eulalia aprovecha mi momento de estupor para ocupar la butaca contigua a la mía. Cruza las piernas y se alisa el vestido elegantemente.

—Creo que debería ir con los niños —farfulto. Hago ademán de levantarme, pero Eulalia me hace un gesto con la mano para que me quede donde estoy.

—No voy a andarme por las ramas, no es mi estilo —dice en voz baja—. Vi el paquete.

Intento parecer serena, aunque mi interior es un hervidero de emociones. Sé que es un movimiento arriesgado, pero murmuro con gesto apenado:

—Clara me dijo que no le gustó. Debería hablar con Víctor para que...

—Marina —pronuncia mi nombre con un dejo de desprecio que no paso por alto—. Esa cita en el manuscrito de Víctor...

Deja la frase sin concluir. No tengo que esforzarme en disimular, porque no sé de qué me habla.

—Era una sorpresa de Víctor para los niños.

—¿Y por qué la tienes tú?

Por más que me estrujo el cerebro, no doy con una respuesta acertada para esa pregunta.

—Tengo que irme. Los niños...

—No. —La voz de Eulalia se ha vuelto repentinamente autoritaria—. No nací ayer.

—No sé de qué me está hablando.

—A partir de ahora, no quiero que te acerques a él.

Se me escapa una risa burlona, de la que me arrepiento al instante.

—No se ofenda, señorita Eulalia, pero no trabajo para usted. No puede darme órdenes.

—Trabajas para mi prometido, y eso es suficiente. No quiero verte en la misma habitación que él, ¿queda claro?

—Le repito que eso no depende de usted.

Eulalia fija sus ojos azules en mí. El temblor de sus pupilas la delata: está nerviosa, quizás tanto como yo. Eso nos pone al mismo nivel, lo que me insufla algo de valor para levantarme y dar unos pasos hacia la puerta.

—No soy estúpida. He visto cómo reacciona Víctor cuando apareces o cómo te mira de reojo. —Habla con la voz quebrada, como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro. Me detengo—. Sé lo que pretendes y entiendo lo que puede buscar Víctor, pero tienes que comprender una cosa: no hay nada que puedas conseguir de él. No eres más que un entretenimiento, una distracción. No puedes darle nada que no pueda darle yo.

—Por supuesto, señorita.

Y tiene razón. No puedo ofrecerle nada de lo que no disponga Eulalia, pero ahora sé que eso no importa. Ahora sé que no puedo ceder a las amenazas de una chica desesperada. Cuantas más armas saca a relucir, más evidencia sus flaquezas.

—Marina, no olvides dónde está tu lugar. Puedes volver allí sin escándalos o puedo mandarte de vuelta de una patada. Tú eliges.

—Disculpe, señorita Eulalia, pero creo que a los señores Altarriba no les gustaría saber que amenaza a sus sirvientas.

—No les gustaría saber —matiza la joven inclinando la cabeza— que una obrera que

no tiene donde caerse muerta amenaza su futuro y el de su hijo. Estoy dispuesta a perdonar, pero no a soportar un escándalo así. ¡Una criada y...!

—Si me disculpa, me retiraré antes de que uno de mis puños de pobretona se estampe contra su cara —gruño, incapaz de contenerme. Abro la puerta, pero, antes de salir, la voz encendida y quebrada de Eulalia me detiene.

—Me quiere. Como siempre.

Me doy la vuelta hacia ella y le dedico la mejor de mis sonrisas falsas.

—Entonces no creo que tenga nada que temer.

—No quiero que te acerques a él.

—Como le he dicho, señorita Eulalia, no trabajo para usted. Pero no se preocupe, no me gusta estar en lugares donde no soy bien recibida. —Inclino la cabeza levemente a modo de despedida y salgo de la habitación, no sin antes añadir—: Felicidades por su compromiso.

No tardo ni cinco minutos en romper la voluntad de Eulalia. Estoy en la cocina, ayudando a Elvira a fregar mientras los niños terminan de merendar, cuando oigo el característico chirrido de la puerta de servicio. Víctor, resguardado bajo un bombín, mete la cabeza en la cocina y me llama con el mismo tono que usaría para dirigirse a Eduardo o Elvira. Me disculpo ante la cocinera y salgo, secándome las manos con la falda.

El chico me agarra de la mano y me arrastra hacia el fondo del pasillo.

—Eulalia sospecha —murmuro, antes de que pueda decir nada.

—¿Te ha dicho algo?

—Al parecer, tengo prohibido estar en la misma habitación que tú.

Víctor responde con una sonora carcajada que hace saltar todas mis alarmas. Le doy un golpe en el brazo para que baje el volumen, pero parece no importarle. Al menos, no hasta que se oye la voz de Eulalia desde el piso superior. Calla en seco y me coge la mano rápidamente. Deposita un pequeño papel en mi palma aún húmeda y la cierra con delicadeza.

—¿Qué es?

—Hoy, a las seis.

—¿Dónde?

—El Ideal —susurra mientras se aleja hacia la escalera. La voz de Eulalia suena más cercana y Víctor acelera el paso.

Abro la mano para observar el trozo de papel arrugado. Parece un trozo de periódico normal y corriente. Sin embargo, cuando lo despliego se me corta la respiración. No puedo creer lo que tengo entre las manos, lo que significa. Me guardo el papel en uno de los bolsillos de la falda antes de volver a deslizarme hacia la cocina. El corazón me late tan fuerte que creo imposible que Elvira no se dé cuenta, pero por una vez no me importa.

—¿Qué quería el señorito? —me pregunta la cocinera mientras me lanza un trapo.

—Lo de siempre. Que trabaje más horas.

El Cine Ideal está cerca de casa, quizás demasiado, por lo que cuando llego aún quedan quince minutos para las seis. Me esfuerzo en mezclarme con la gente que se agolpa delante de las puertas charlando de forma animada. No deslumbro precisamente entre tantos vestidos y joyas. Cuando alguien me mira, lo hace con una mueca de extrañeza en el rostro. Incluso me ha parecido percibir el amago de algún que otro caballero meditando si tirarme una moneda o no. Y eso que me he puesto mi vestido de los domingos. Aquí, sin embargo, parece que eso no es suficiente. Va a ser verdad la frase del periódico sobre el Cine Ideal: «el predilecto de la alta sociedad».

He pasado muchas veces por delante de este cine, siempre intentando no mirar los carteles que anuncian las películas que se proyectan en su interior. Y hoy que puedo hacerlo, no soy capaz. Hago bailar el recorte de periódico entre mis dedos, que se han ennegrecido por la tinta. No puedo leer las películas que se proyectan hoy, pero no hace falta. Las he memorizado. *La malquerida*, *El secreto del preso num. 555*, *Carta de amor*, *En poder de los bandidos*, *El tesoro de Pendajha*, *El vínculo e Impresiones del Rhin*. Si Víctor pretende que elija una, lo lleva claro. Hoy ya he tomado una decisión importante: atreverme a venir aquí. No puedo elegir también cuál será la primera película que veré en mi vida.

Víctor aparece vestido de punta en blanco, abrigado con una bufanda oscura y un sombrero de copa no demasiado alto. Se abre paso entre la multitud, buscándome por encima de los hombros de la gente. Sonríe al verme y me hace un gesto para que me acerque.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto, a modo de saludo—. No deberíamos...

El chico me arrastra hacia el pórtico para escondernos detrás de una columna. Me acaricia el costado del cuello y deja caer su mano por mi brazo, que tiembla al contacto.

—Me dijiste que nunca habías ido al cine.

Para ser sincera, me sorprende que se acuerde de esa conversación, aunque a estas alturas probablemente las sorpresas estén de más. Así pues, asiento con la cabeza en

silencio. Estoy demasiado aturdida como para decir algo coherente. Sin decir nada, Víctor me agarra suavemente de la cintura y me empuja hacia las taquillas. Se agacha hasta colocarse a la altura de mi oreja y me pregunta en un susurro qué quiero ver. Trago saliva y señalo el cartel de la primera que veo. *La malquerida*.

Antes de que me dé cuenta, Víctor ya le está entregando al taquillero las cuatro pesetas de las entradas.

—Sala 1 —nos informa el hombre, que aprovecha para darle una calada al puro que tiene entre los labios.

La sala está en silencio cuando entramos. La gente prefiere esperar fuera, de modo que Víctor y yo estamos prácticamente solos.

—¿Esto no es... demasiado público? —le susurro.

Como única respuesta, Víctor sonrío y me coge de la mano al tiempo que clava la mirada en la lona blanca que sirve de pantalla. Me fascina pensar en la cantidad de películas que han visto estas paredes. Y todo gracias a una cámara y una tela en blanco. Me parece tan mágico que no entiendo cómo la gente puede entrar aquí sin hacer por lo menos una reverencia. Un cine es poco menos que un templo, o debería serlo.

Sin que sea apenas consciente, la sala se va llenando. Víctor aprieta suavemente mi mano cuando las luces empiezan a apagarse, como diciéndome que vuelva al mundo real. La función está a punto de comenzar.

Se oye un extraño ruido metálico y el proyector se enciende, iluminando las partículas de polvo que flotan en el cine. La película empieza.

Las personas se mueven en la pantalla, yendo de un lado a otro, gesticulando pomposamente. Las intrigas familiares me tienen absorbida durante toda la película.

Cuando el proyector se apaga y la luz vuelve a iluminar la sala, el público estalla en un apasionado aplauso. Lo único que deseo hacer yo es ponerme en pie y pedir que vuelvan a proyectarla. En lugar de eso, miro a Víctor y le doy las gracias en silencio.

Padre siempre ha querido hacerme creer que hay que mantener los pies en la tierra. Los milagros no existen, ha dicho durante toda su vida.

Hoy, sentada junto a Víctor en este templo cinematográfico, sé que estaba equivocado. La magia existe y se llama cine. Que una caja sea capaz de capturar la realidad es fascinante, aunque los presentes estén inmunizados ante tal espectáculo. El ser humano es maravilloso. Es un mago. Y yo formo parte de esa especie. Este pensamiento me hace sentir tan inmensamente dichosa que salgo del cine sonriendo.

Víctor camina a mi lado, observándome por el rabillo del ojo.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta cuando llegamos a la plaza de Catalunya.

Tardo unos segundos en responder. Es una pregunta difícil; no puedo calificar un milagro como el que acabo de vivir de cualquier forma.

—Magia.

Miro a Víctor de reojo para estudiar su reacción. Espero una risa burlona o un comentario compadeciendo mi ingenuidad; en lugar de eso, asiente con semblante serio.

—La magia del celuloide.

No sé qué significa la última palabra, pero no se lo pregunto. Mientras caminamos sin rumbo fijo, acariciados por el viento de enero, me embarga una opresiva sensación de culpa.

—Eulalia...

—No te preocupes por eso ahora.

Deseo poder obedecerlo más que nada en el mundo, pero no soy capaz.

—Me prohibió que me acercara a ti, que estuviera en la misma habitación siquiera.

—Eulalia no es quién para darte órdenes.

—Eso le dije yo.

—¿Entonces?

—Eulalia cree que está pasando algo y...

—¿Y no es así? —Víctor, al ver que no respondo, me coge del brazo para detenerme y darme la vuelta. Acaricia un segundo mi barbilla y me obliga a levantar la mirada hacia él. Clava sus ojos castaños en los míos, atrapándome en una espiral que me absorbe sin remedio—. ¿No es así?

Quiero responder, lo deseo. Por Víctor, pero también por mí. Y, aun así, ni siquiera puedo balbucear. No puedo sino repetirme que estamos en el centro de la plaza y que cualquiera puede ser testigo de nuestra conversación.

—Yo... Yo no...

—Cada vez que me dices que no me quieres, un hada muere —dice en un tono medio jocoso que hace que me relaje un poco—. Marina, necesito una respuesta. No puedo esperarte siempre. Necesito oírlo de tus labios, no sólo leerlo en tus ojos.

—Estás prometido.

—Sólo a los ojos del mundo —susurra, sin liberarme de su mirada—. Pero tú y yo sabemos...

—¿Y cuando te cases? ¿Te casarás sólo a ojos del mundo? ¿Le mentirás a Eulalia sobre tus sentimientos, romperás la promesa de amor eterno? ¿Lo harás, Víctor? —siseo.

—No voy a casarme con ella. No sabiendo que hay esperanza para nosotros.

—No la hay.

Víctor deja caer los brazos de forma violenta y lanza un grito exasperado.

—¡Joder, Marina! —Se quita el sombrero para revolverse el pelo con gesto nervioso—. ¿Por qué lo haces todo tan difícil?

—La vida no es precisamente un camino de pétalos de rosas, Víctor.

—Nadie ha dicho que lo sea. Pero nada irá mejor si nos quedamos parados por miedo a pisar una espina. ¿Es que no lo ves? Nada irá mejor.

—Ni peor.

—Eres una egoísta —farfulla el chico, hastiado.

—No es cierto.

—Sí lo es. Te ofrezco todo lo que tengo y no recibo ni siquiera una respuesta. Ni siquiera una negativa compasiva. Nada. Te quedas plantada, esperando quién sabe qué, callada.

Tiene razón. Sé que la tiene. Pero, si le doy la respuesta que ambos queremos escuchar, ¿no estaremos siendo si cabe aún más egoístas? Su familia lo necesita, y la mía a mí, aunque Cisco esté convencido de que pueden arreglárselas solos. También está seguro de que las mujeres podremos votar algún día, lo que no parece precisamente algo cercano. Víctor suspira y, como adivinando mis pensamientos, murmura:

—Piensa en ti por una vez.

Los latidos de mi corazón golpean mi pecho y retumban en mis oídos. Soy incapaz de oír más que la voz de Víctor. El rumor de la ciudad ha quedado fuera de la burbuja que se ha creado a nuestro alrededor. Víctor se acerca lentamente a mí arrastrando los pies.

—¿Por qué te cuesta tanto decirme que me quieres?

Algunos transeúntes se vuelven ante el grito de Víctor, pero a este no parece importarle que la gente nos observe. Su indiferencia debe de ser contagiosa, porque me sorprende a mí misma alzando la voz incluso por encima de la suya.

—¡Porque, si lo hago, no habrá vuelta atrás!

Víctor me aparta el cabello de la cara y sigue el contorno de mi oreja antes de besarme. Sus labios acarician los míos con avidez, como si ese fuera el último contacto entre los dos. Y es en ese momento cuando soy consciente de que diga lo que diga, haga lo que haga, ya no hay vuelta atrás. Así que me dejo arrastrar por ese beso inesperado, sumergiéndome en los brazos de Víctor, que me rodean para atraerme hacia él.

Sólo un grito agudo y punzante es capaz de quebrar la burbuja que nos protege. Abro los ojos y, sin zafarme del abrazo de Víctor, me doy la vuelta.

Eulalia nos observa desde lejos, escondiendo su gesto de asombro tras un abanico rosáceo que deja caer en el mismo instante en el que nuestros ojos se encuentran.

—¿Quién es Víctor?

Abril abrió los ojos, confundida. Le costó unos largos segundos darse cuenta de que estaba en su cama y de que era Miguel quien estaba hablándole con una sonrisa pícaro.

—¿Quién es Víctor? —volvió a preguntar el niño—. ¿Es tu novio?

Ella se incorporó y se frotó los ojos, bostezando, antes de negar con la cabeza.

—Sólo estaba soñando.

—¿Con tu novio? —se rió Miguel.

—No seas pesado —gruñó ella, aún aturdida por las imágenes del sueño. Miró el despertador y vio que aún quedaban veinte minutos para la hora de levantarse—. ¿Qué haces despierto?

—Mamá me ha despertado cuando se ha ido y no he podido volver a dormirme. ¿Me haces el desayuno?

La chica asintió con la cabeza y empujó hacia la cocina a su hermano, que no paraba de preguntar quién era Víctor. Sólo cuando le colocó su taza de leche con galletas delante, decidió cambiar de tema.

—Mamá me ha dicho que papá vendrá este fin de semana, pero yo no me lo creo.

—¿Por qué no?

El niño se encogió de hombros y le dio un sorbo a la leche.

—Ya nunca viene, porque no nos quiere.

—No digas tonterías, Miguel. Claro que nos quiere. Va a venir este fin de semana.

Miguel levantó la vista y abrió sus grandes ojos de forma casi intimidatoria.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes?

Ella asintió lentamente, rezando para que no tuviera que arrepentirse de haber hecho

esa promesa.

Por más que lo había intentado, no había encontrado la forma de evitar aquella situación. Era la tarde del viernes y estaba sentada en la terraza de una cafetería, esperando que ese chico alto, moreno y simpático del que le habían hablado Héctor y Mario hiciera acto de presencia. Si no recordaba mal, se llamaba Arturo, aunque tampoco podría jurarlo. Estaba allí prácticamente por obligación. Acudir a esa cita a ciegas era la condición de Mario para ponerla en contacto con la tarotista de su hermana. No era un precio tan alto a pagar, al fin y al cabo. Además, así conseguiría tranquilizar a los dos chicos, especialmente a Héctor, que cada día estaba más preocupado por ella.

Sabía que les había dado motivos. Era consciente de ello, pero, aun así, no tenía intención de cambiar. Simplemente no podía. Aquella última noche la había pasado por completo en blanco, y al despertarse no pudo sino llevarse una mano al pecho, como si le faltara algo, asustada por la posibilidad de que Víctor hubiera desaparecido para siempre. La desazón que había sentido entonces la inundó de nuevo. Una voz masculina la devolvió a la realidad cuando estaba reuniendo fuerzas para levantarse y desaparecer.

—¿Abril?

Junto a ella estaba el chico que tan fielmente habían descrito Héctor y Mario. Alto, moreno y con una sonrisa de extremo a extremo de la cara. Demasiado exagerada, se dijo Abril mientras asentía. Y demasiado alto.

—¿Puedo sentarme? —preguntó, sin dejar de sonreír—. Soy Arturo, por cierto.

Se acercó a ella y le dio dos besos antes de dejarse caer en la silla. Abril sonrió; al menos se había acordado del nombre. No estaba tan abstraída como sus amigos pretendían hacerle creer.

Pidieron dos refrescos y la conversación fluyó prácticamente sola. Por suerte, Arturo era un gran conversador. Quizás hablaba demasiado, pero en aquellos momentos Abril lo agradeció. Durante media hora se limitó a asentir, sonreír cuando su instinto se lo decía y a hacer algún breve comentario de vez en cuando. Intentó concentrarse en lo que le contaba Arturo, pero, antes de que se diera cuenta, su mente había volado junto a Víctor. O junto a Leo.

Revivió por enésima vez el beso en el centro de la plaza de Catalunya, aquel dulce beso que tan amargo se tornaba al recordarlo. Cuando se zambullía dentro de sus fantasías, dentro de Marina, el mundo se expandía y las cuerdas que la ataban se desataban. Allí, de algún modo, era quien quería ser. El dolor de Marina era el suyo, y el amor que había empezado a inflamar el corazón de la joven era también parte de ella.

Necesitaba volver a verlo. A Víctor en sus sueños y a Leo en la realidad. Intentó calmar sus deseos diciéndose que al día siguiente había quedado con él, pero en esos instantes, sentada delante de aquel chico parlanchín, el lapso de tiempo que los separaba se

le antojaba eterno.

—¿Y tú qué? —dijo de pronto Arturo, bebiéndose el último trago de refresco que quedaba en su vaso.

—¿Perdón?

—¿De qué conoces a Héctor y a Mario?

—Héctor ha sido mi vecino prácticamente desde siempre. Conocimos a Mario en un concierto del grupo favorito de Héctor hará un par de años. Creo que lo suyo fue amor a primera vista, pero deben de ser miopes, porque no se dieron cuenta hasta un año después.

—Están hechos el uno para el otro.

—Y que lo digas.

Se quedaron en silencio unos segundos, hasta que Arturo se rascó la nuca e hizo una mueca divertida.

—Todo esto ha sido idea suya, ¿verdad? —preguntó, y sin esperar a que Abril respondiera, dijo—: Me dijeron que querías conocerme. No quería, pero...

—Insistieron hasta que tuviste que aceptar. Me lo imagino.

—Sea quien sea, no merece la pena —sentenció Arturo. Abril enarcó las cejas y él carraspeó antes de explicarse—. ¿Me equivoco si digo que esos dos te han empujado a quedar conmigo para olvidar a alguien?

—Más o menos —admitió Abril con una débil sonrisa.

—Pero tú no quieres olvidarlo.

Abril se echó hacia atrás y miró al infinito, evitando responder.

—Vamos, sé cuándo alguien está pensando en otra persona. La chica con la que salía era una experta en hacer eso. Siempre pensando en otro, incluso cuando estaba conmigo —dijo con cierto tono lacónico que abandonó al instante, negando con la cabeza y recuperando la sonrisa—. Mira, me gustas y todo eso, pero creo que Héctor y Mario se han equivocado esta vez.

La chica se ruborizó, avergonzada.

—Lo siento.

Arturo movió la cabeza de forma despreocupada.

—¿Por qué? Las citas románticas están sobrevaloradas. Ya verás. —Se levantó, colocó la silla en su sitio y se alejó apenas diez pasos antes de dar media vuelta y volver a la mesa con una sonrisa. Le tendió la mano a Abril y esperó a que ella se la chocara para decir—: Hola. Me llamo Arturo y no quiero nada contigo, te lo juro. Vaya, sin haberlo buscado he hecho un pareado. Soy un poeta. ¿Quieres ser mi amiga?

Abril se echó a reír tan fuerte que la gente que ocupaba las mesas contiguas se volvió hacia ellos.

—Ahora entiendo por qué a Mario le caes tan bien. Anda, siéntate.

Dieciséis

Es increíble lo rápido que soy capaz de correr cuando me lo propongo. La voz enfurecida de Eulalia se difumina con los ruidos de la ciudad con cada nuevo paso que doy. Corro con todas mis fuerzas, porque, aunque sé que no es capaz de ir detrás de mí, necesito perderla de vista, dejar atrás esa mirada asesina, ese rostro desencajado por la rabia que me ha hecho estremecer.

Por una vez, no me detengo cuando la señora Emilia intenta interceptarme. Subo las escaleras de dos en dos y entro en casa dando un portazo. Necesito un poco de tranquilidad para deshacerme de estas sensaciones incómodas que trepan por mi interior. No me siento capaz de dar ni un paso más, por lo que me dejo caer sobre el escaño de la cocina, completamente derrotada. Cuando cierro los ojos, miles de estrellitas y luces inundan esa oscuridad silenciosa, sólo alterada por mi desacompasada respiración. Me quedo ahí quieta durante no sé cuánto tiempo, intentando borrar la imagen de Eulalia de mi mente. Pero, aunque su rostro se vaya desvaneciendo, aún puedo oír su voz. Grita mi nombre una y otra vez. Entre grito y grito, oigo unos golpes que me hacen abrir los ojos. La voz de Eulalia procede del otro lado de la puerta, lo que me lleva a una horrorosa y lógica conclusión: Eulalia está en el rellano.

—¿Quién es? —me atrevo a susurrar, acercándome a la entrada.

—Lo sabes de sobra. Abre.

No me arrepiento de haber salido corriendo despavorida al verla, pero sé que no voy a poder huir cada vez que la vea. Al fin y al cabo, trabajo para la familia de su prometido. Así pues, hago de tripas corazón y me acerco a la entrada con paso tembloroso. Las bisagras chirrían cuando abro la puerta.

Algo me golpea la mejilla a traición. Me llevo una mano a la cara, que me arde por el bofetón, y veo el rostro enrojecido de Eulalia, cubierto por una fina capa de sudor. Respira agitadamente, con los ojos clavados en mí. No parpadea, no dice nada. Sólo me observa, como si quisiera fundirme con su mirada penetrante.

—Te dije que no te acercaras a él.

No sé qué responder. Si fuéramos las protagonistas de una novela, sé que yo sería la mala, la que se interpone entre dos prometidos. Sería la antagonista de mi propia historia. Probablemente no tenga defensa moral alguna.

Eulalia entra en el piso sin pedir permiso y se queda de pie en el centro de la cocina. Cierro la puerta, aún aturdida por el bofetón, y me siento en el escaño. Podría invitar a

Eulalia a sentarse, pero no lo hago.

—No soy tonta, Marina. Sé cómo son los hombres y, sobre todo, cómo son las chicas como tú.

—¿Disculpe?

—No te hagas la inocente. Viste a un hombre soltero con dinero y quisiste echarle el lazo. Creerás que lo has enamorado, pero ¿sabes qué? Los chicos como Víctor no se enamoran de chicas como tú.

Eulalia me mira de arriba abajo con una expresión condescendiente que me enerva. No puedo reprimir un resoplido burlón.

—Es cierto. Los chicos como Víctor se enamoran de chicas como usted. Les piden la mano en matrimonio al atardecer, les ruegan que se casen con ellos y cuentan los días para desposarse. Les colman de flores, regalos y alabanzas, ¿no es cierto? Será usted la chica más afortunada del mundo, señorita Eulalia.

Espero otro bofetón, o al menos un grito. Sin embargo, todo cuanto hace Eulalia es soltar una risita aguda y taladrante.

—Serás ingenua... ¿De verdad crees que está enamorado de ti?

—No lo creo —susurro.

—¿Perdona?

—No lo creo —repito, alzando la voz—. Lo sé.

—No eres nadie.

—Víctor no opina lo mismo. Ha podido verlo hace un momento —digo, arrastrando las palabras. Sé que es una jugada arriesgada, que probablemente no debería desafiar a Eulalia de este modo, pero no puedo contenerme. Estoy cansada de tener que tragar sus impertinencias—. Si la quisiera, se habría casado con usted. No la quiere.

La habitación se queda en silencio. Sólo se oye la agitada respiración de la joven señorita, que cada vez parece más fuera de sí. Temo que olvide toda norma de cortesía y se abalance sobre mí. Le tiemblan los labios y sus ojos se han tornado vidriosos. Por un momento, temo que se eche a llorar. Cuando consigue hablar, lo hace con la voz entrecortada.

—¿Crees que estaba allí por casualidad? Víctor me citó.

—Miente.

—En absoluto —sisea.

Saca un pequeño trozo de papel del bolso de mano y se acerca para dejarlo caer sobre mi regazo. Lo desdoblo cuidadosamente. Palidezco al reconocer la elegante caligrafía de Víctor. «A las siete y media de la tarde en el centro de la plaza de Catalunya».

—Veo que reconoces su letra.

—No es de hoy.

Estoy desesperada por encontrar alguna explicación que desmienta la acusación de Eulalia. Es ilógico, incomprensible. ¿Por qué querría que nos viera?

—Víctor y yo nos conocemos desde que tenemos dientes de leche. Créeme, lo conozco. Sé que puede ser dulce y atento, pero también es vengativo. No le gusta que nadie lo humille. Cuando Víctor y su familia se mudaron a Barcelona, mis padres quisieron romper nuestro compromiso. Víctor habló con ellos y logró convencerlos para mantenerlo. Mis padres accedieron con la condición de que nos casáramos cuando los Altarriba se hubieran establecido en Barcelona de forma definitiva y estable. La boda sólo se retrasó por la guerra europea. Tuvimos que irnos a Estados Unidos. Ahora que estoy aquí, los planes siguen adelante.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque quiero que entiendas que Víctor ha luchado por nuestro compromiso, que siempre me ha querido. Pero sabe que durante el tiempo que estuvimos separados tuve una aventura y quiere vengarse. Quiere hacerme sufrir antes de casarse conmigo; quiere darme una lección, y tú eres el juguete que tenía más a mano.

—Miente.

—No eres más que una excusa para castigarme.

—Miente. —Soy consciente de que no hago más que repetir la misma palabra, pero no soy capaz de decir nada más.

—No eres más que una cazafortunas y una ramera.

Me pongo de pie de un salto.

—No consiento que me hable así en mi propia casa.

—¿Y qué vas a hacerme?

Mi mano golpea con fuerza su mejilla, que noto ardiente y húmeda. Un hilo brillante recorre el borde de su nariz hasta perderse en sus labios. Ha llorado. Se me revuelven las

tripas al notar sus lágrimas en la palma de mi mano. Nuestros ojos se cruzan y, en un instante, comprendo la desesperación de Eulalia. Sus lágrimas penetran en mi piel, llenándome de culpa y remordimientos.

Eulalia abre la boca, pero el sonido de una llave en la cerradura la detiene. La chica se sobresalta al ver aparecer a Cisco, que no luce su mejor imagen después de un día intenso de trabajo. La mirada de mi hermano salta de la una a la otra hasta que Eulalia tose, rompiendo la tensión del momento.

—Recuerda lo que te he dicho.

Y desaparece, dejando tras ella una estela de tristeza y dudas.

Cisco cierra la puerta, que había quedado abierta, y me busca con la mirada. Niego con la cabeza. No tengo ganas de hablar. Me tambaleo hasta mi habitación y me dejo caer en la cama, intentando digerir las palabras de Eulalia, que me retumban en la sien como un eco siniestro. Aprieto con fuerza el puño derecho, donde aún escondo la nota que Víctor le ha dado a Eulalia. No puedo creer que se citara con ella una hora y media después de quedar conmigo en el Ideal. Ha sido él quien ha sugerido ir a pasear antes de volver a casa, quien ha guiado nuestros pasos hasta el centro de la plaza de Catalunya. No logro comprender por qué querría que Eulalia nos viera juntos, no tiene sentido. Aun así, la nota que tengo entre los dedos no deja lugar a dudas. Y aunque no la tuviera, no puedo ser tan ingenua para pensar que Eulalia estaba allí por casualidad. Víctor me ha besado al verla tras de mí. Eulalia tiene razón: no soy más que un juguete.

Me doy la vuelta para hundir mi cara en la almohada, que absorbe mis lágrimas y amortigua mis sollozos entrecortados.

—¿Marina?

Sin volverme, le hago un gesto a Cisco para que se vaya. Susurrando, me avisa de que acaban de llegar madre y las niñas. Me incorporo de un salto y me seco las lágrimas con la manga del vestido. No quiero que madre me vea llorar. Cisco, que sigue de pie en el umbral de la puerta, se hace a un lado para dejar pasar a Carme, que viene corriendo y se lanza encima de mí.

—¡Mamá nos ha comprado caramelos! ¿Quieres uno?

La niña ni siquiera se percata de mis ojos hinchados. Le doy un beso en la frente y asiento.

—Ve con mamá —le dice Cisco a la pequeña, que me devuelve el beso y se va tal como ha llegado. Cierra la puerta cuidadosamente y se sienta en el borde de mi cama—. ¿Quién era esa?

Me cuesta pronunciar su nombre y cada palabra que lo sigue. Hago un esfuerzo por

responder a todas las preguntas de mi hermano con sinceridad y sosiego. Me duele oír en voz alta todos mis pensamientos, pero sé que si los encierro en mi interior conseguirán envenenarme.

Hace tres días que no sé nada de Víctor, ni de ningún Altarriba. La señora Emilia no viene a avisarme para que baje a cuidar de los niños y los vecinos tienen poca ropa para lavar, de modo que paso la mayor parte de los días encerrada en casa, sumergida en mis turbios pensamientos. Lo único que me hace mantener la calma es lo poco que me cuenta madre, que aún baja unas cuantas veces al día para darle el pecho a Xavier. No me atrevo a preguntarle directamente por Víctor y Eulalia, así que lo único que sé es que Eulalia insiste en pasar más tiempo con los niños. Padre está seguro de que la he fastidiado y que van a echarme, pero por suerte, y sin que sirva de precedente, madre me defiende. Según ella, Eulalia utiliza a los niños para pasar más tiempo con Víctor lejos de sus padres. Eso tranquiliza a padre, pero no a mí.

Cada minuto que pasa, la desconfianza y las dudas se hacen con una nueva parte de mi pensamiento, que a estas alturas ya está sumido en una casi completa oscuridad. Que Víctor no se haya preocupado por hablar conmigo después de la escena de la plaza de Catalunya no es una buena señal. Siento la necesidad de leer la traducción de *Peter Pan* y *Wendy* que Víctor realizó para mí. Quizás consiguiera darme algo de calma. Sin embargo, no puedo arriesgarme a sacar los regalos de Víctor de su escondite en mi habitación delante de madre.

Exhalo un suspiro. Madre está terminando un vestido que le han encargado mientras las niñas juegan en la habitación, así que me toca ir a abrir la puerta cuando llaman.

La señora Emilia me ofrece una sonrisa forzada desde el rellano.

—El señorito Altarriba quiere que bajes —dice, sin disimular su buen humor. Levanta la mirada por encima de mi hombro para dirigirse a mi madre—. ¿Cómo estamos, señora Rosa?

—Aquí andamos, terminando de arreglar el vestido de la señora Leitón. Su hija, la Nuri, se casa dentro de dos semanas, ¿lo sabía?

La portera me aparta bruscamente, empujándome hacia las escaleras.

—No hagas esperar al señorito. Parece alterado.

Por una vez, decido llamar a la puerta principal. Necesito saber si Eulalia se encuentra en casa antes de entrar. Sé que tendré que hacerlo de todos modos, pero al menos lo haré mentalizada.

Eduardo ni siquiera me regaña al verme en el rellano de la puerta principal. Suspira y me indica que entre con un ligero movimiento de cabeza. Unos gritos poco disimulados me reciben a medida que avanzo por el amplio pasillo.

—El señorito ha dado órdenes precisas de que nadie lo moleste. Espera fuera a que te llame.

Las puertas cerradas del salón no impiden que oiga parte de la discusión que se está produciendo tras ellas. Aun así, sólo puedo oír algunas palabras sueltas. Lo único que logro deducir es que Eulalia está al otro lado de la pared y que no está precisamente de buen humor. Sin pensarlo, me deslizo hacia la puerta y acerco la oreja de forma disimulada. Aunque no es la primera vez que lo hago, no puedo evitar que el corazón me lata desbocado. La voz de Víctor es la primera que oigo.

—Nunca te he mentado.

—Me rogaste que te esperara, ¿y así es como me lo pagas?

Víctor se ríe.

—No seas dramática, Eulalia. Ambos sabemos lo que pasó en Tarragona cuando me vine aquí. Y a saber en Nueva York.

—¡Fue un error! Te he perdido perdón mil y una veces. No tienes por qué seguir torturándome... —Eulalia arrastra las sílabas como si le pesaran.

—¿Torturándote?

—¿Por qué has mandado llamar a la sirvienta?

—Quiero verla —responde sin más.

—¿Por qué? —Eulalia suena desesperada y no hace ningún esfuerzo por ocultarlo. Está al borde del llanto.

Me acerco más a la puerta, como si así pudiera acelerar la conversación. Como si hubieran captado mi presencia, ambos se quedan en silencio. No oigo más que mi respiración y, finalmente, un suspiro exasperado de Víctor.

—No volvamos otra vez a lo mismo. Hemos hablado de esto miles de...

—¡Es sólo una criada!

—¡Y tú sólo una chica! —El grito de Víctor hace temblar los cristales de la puerta. Por un momento, temo que se acerque alguien. Ya deben de estar acostumbrados, porque fuera del salón las cosas están en calma.

—Sólo te quiere por el dinero que cree que tienes. Cuando sepa que no tienes ni la mitad de lo que aparentas, te dejará tirado.

—No hables así de ella.

—Sabes que tengo razón, Víctor. Todas las de su clase son igual. A mí no me importa lo que tengas. Yo te quiero... —susurra Eulalia con voz dulce. Se queda unos segundos en silencio, tal vez esperando que Víctor diga algo, hasta que al final gruñe—. No es más que una cualquiera. Es una ramera.

Sin ser consciente de lo que hago, abro la puerta de par en par, empujada por una furia irracional. Eulalia, sentada en el sillón de Víctor, desencaja la mandíbula al verme. Su cabello despeinado cae sobre su cara enrojecida, que al mismo tiempo parece más pálida que de costumbre. Se yergue delicadamente y me mira de arriba abajo. Intenta aparentar entereza, pero sus ojos hinchados la delatan. Me vuelvo hacia Víctor, que no disimula su sorpresa.

—¿Quería que bajara, señorito? —pregunto, con el tono más formal que soy capaz de utilizar.

Víctor parpadea repetidas veces, como intentando comprender el porqué de mi actitud, antes de acercarse a mí. Trata de rodearme con un brazo, pero lo aparto. Aunque me haya defendido, no he olvidado su jugarreta en la plaza de Catalunya. Como si Eulalia no estuviera ahí, me coge de los brazos y se coloca de espaldas a su prometida. Se agacha levemente para preguntarme, casi en un susurro:

—¿Qué te pasa?

Sin decir nada, saco de uno de los bolsillos de mi falda el trozo de papel que me dio Eulalia el domingo anterior y lo estampo contra el pecho de Víctor. Lo coge rápidamente antes de que se caiga al suelo y lo desdobra. Me aparta casi con brusquedad y avanza hacia Eulalia, que no se atreve ni a pestañear.

—¿Puedes explicarme qué es esto?

—No es ella quien debe una explicación —digo, antes de que Eulalia pueda abrir la boca.

Víctor se vuelve hacia mí, turbado.

—No es lo que parece.

—Dime que esa nota no es tuya, o que no es de hace cuatro días —le ruego. Señalo a Eulalia con la cabeza y susurro—. Dime que miente.

El chico se lleva las manos a la cara y exhala un hondo suspiro.

—Tiene una explicación.

—Te lo dije —murmura Eulalia, esbozando una mueca triunfante.

—¡Tú cállate! —brama Víctor, que está fuera de sí. Golpea el suelo con furia—. ¡Joder!

—Víctor...

Eulalia intenta calmarlo, sin darse cuenta de que es ella quien provoca su rabia. No la culpo por su ceguera. Así son los asuntos del corazón. O al menos eso dicen en las pocas novelas que he leído. Víctor trata de calmarse antes de dirigirse a mí.

—Lo siento. De verdad que lo siento.

—No lo entiendo. ¿Por qué...?

—Quería que nos viera juntos.

—Por eso me besaste.

—Sólo en parte —admite él. Mueve la cabeza y toma aire para decir, lo suficientemente bajo como para que Eulalia no le oiga—: He intentado convencerla para que rompamos nuestro compromiso. Le he dicho que no la quiero, pero no me hace caso. Está segura de que quiero...

—Vengarte —lo corto—. Lo sé, me lo contó.

—Marina, me conoces. Sabes que yo no soy así... Siento no habértelo dicho. Pensé que si Eulalia nos veía juntos, comprendería que no quiero...

—Estoy aquí, Víctor —masculla ella de pronto.

—Créeme que lo sé —responde el chico, hastiado—. Haznos un favor a los dos y vete.

Eulalia se lleva una mano al pecho, contrariada.

—No tengo por qué aguantar tus desaires.

—Vete —insiste él al tiempo que me coge la mano. Casi puedo oír la sangre de Eulalia helándose en sus venas—. Vete y no tendrás que aguantar nada.

Eulalia clava sus ojos azules en Víctor y pronuncia su nombre con una cadencia lastimosa. Golpeo suavemente a Víctor; está siendo demasiado desconsiderado. Sea lo que sea lo que haya pasado entre ellos, Eulalia no merece que le hable en ese tono. La chica suelta una especie de hipido y sale de la habitación con pose digna, no sin antes clavar la vista en mí para sisear:

—Esto no termina así.

Víctor intenta abrazarme, y aunque una parte de mí ansía ese contacto más que nada, no puedo evitar apartarlo.

—Está enamorada de ti.

—Lo sé —murmura, como si no fuera con él—. ¿Qué te dijo?

A medida que le explico punto por punto nuestra conversación, el rostro de Víctor se va contrayendo en una mueca indescifrable. Cuando finalmente habla, lo hace con lentitud, arrastrando las sílabas. Parece incrédulo.

—¿Te pegó?

—Qué más da. Sinceramente, es lo que menos me dolió ese día.

Víctor se pasa una mano por el pelo, nervioso, y exhala un largo suspiro.

—Cuando llegó de Nueva York, intenté hablar con ella y hacerle ver que nuestro matrimonio no era una buena idea, pero no me escuchó. Estaba convencida, y sigue estándolo, de que la quiero y de que esto no es más que un bache en el camino, algo pasajero.

—¿Le has dicho algo sobre...?

—Lo intuyó. Supongo que no hay que ser muy listo para sacar conclusiones al ver la cita del libro que te di.

Había olvidado completamente la cita que días atrás había mencionado Eulalia y que luego había caído en el olvido, antes incluso de que llegara a buscarla.

—Me preguntó y preferí no mentirle —prosigue él—. Pensé que si sabía la verdad, entendería que... Querría romper nuestro compromiso. Olvidaba lo orgullosa y egocéntrica que puede llegar a ser. Creyó que estaba vengándome por su aventura. He intentado por todos los medios hacerle comprender que no la quiero y que no quiero casarme con ella. Te lo juro, Marina, es como hablar con una pared. No escucha, o no quiere escuchar. Por eso pensé que si nos veía juntos sería consciente de que mis sentimientos por ti son reales y sinceros.

—No deberías haberme mentido. Me has utilizado, Víctor —le susurro al chico, que baja la cabeza en silencio. Parece un soldado vencido en el campo de batalla. No soy capaz de mantener mis escudos alzados, no viéndolo así de vulnerable—. ¿Funcionó por lo menos?

Víctor levanta la cabeza para sonreír de forma desafiante.

—Ni lo más mínimo. Aunque creo que estoy empezando a sacarla de sus casillas.

—Lo dices como si fuera algo bueno.

—No es algo malo. —Víctor se acerca a mí lentamente, sin apartar los ojos de la puerta, que queda a mis espaldas—. Estoy cansado de intentar aclarar las cosas. No quiero hacerle daño porque no se lo merece, pero me está poniendo las cosas demasiado difíciles.

—¿Por qué tanta molestia?

—¿Perdón?

—¿Por qué tanta molestia? —repito—. Si no quieres casarte con ella, simplemente no lo hagas.

—No es tan fácil. A los padres de Eulalia no les haría ninguna gracia que rompiera el compromiso y destrozara el corazón de su hija.

—¿Y qué?

—Son muy amigos de mis padres. Y ya sabes que para nosotros —hace un gesto esperpéntico con las manos con el que intenta englobar a todos los de su clase— las relaciones sociales son vitales. Si mis padres no logran salir adelante sin la dote de Eulalia, necesitarán a sus amigos y conocidos.

—¿Y si Eulalia no entra en razón?

—Lo hará, tarde o temprano. Yo me encargo de eso —susurra Víctor, que se acerca a mí arrastrando los pies para detenerse a pocos centímetros—. Aunque primero tenemos algo que resolver.

Trago saliva. No soy capaz de ver más allá de la expresión serena y misteriosa de Víctor, que me observa sin pestañear.

—¿Qué?

—Dejamos algo a medias. —Se aproxima provocativamente a mis labios, acariciándolos con su aliento. Me acerco instintivamente a ellos, pero él se separa al instante—. ¿No tienes nada que decirme?

Espero unos segundos antes de susurrar:

—Me iré contigo.

No se molesta en disimular su sorpresa. Contiene el aliento unos instantes eternos hasta que dibuja una amplia sonrisa que marca en sus mejillas unos casi imperceptibles

hoyuelos. Me aprisiona entre sus brazos, atrayéndome hacia él, y niega con la cabeza.

—No es eso.

Me pongo de puntillas y me apoyo en su pecho. Puedo sentir nuestros corazones latiendo casi al unísono, creando un ritmo tan inquietante como hipnótico. Levanto la barbilla para buscar la suya con mis labios, que pronto se deslizan por la curva de su mandíbula hasta llegar a su oreja, medio escondida entre su pelo despeinado. Tomo aire y susurro:

—Te quiero.

Me separo de él lentamente para ver su reacción, que no se hace esperar. Se lanza contra mí sin dudarlo y me besa de una forma completamente nueva. Sus labios se funden con los míos con dulzura y pasión, saboreando ese momento. Beso cada rincón de su rostro, cruzado por una sonrisa contagiosa. Por primera vez en mi vida, me siento libre. No siento nada más que el sabor de Víctor en mi paladar y su aroma impregnando mi ser.

—No llegué a ver la dedicatoria del libro. ¿Qué decía? —le pregunto, separándome unos centímetros de él.

—No es algo original. Es de Barrie —susurra. Le sonrío, alentándolo a decirla en voz alta. Él suspira y dice—: «Si tienes amor, no necesitas nada más; y si no lo tienes, no importa demasiado qué más tengas».

—Aún no entiendo por qué te has empeñado en venir conmigo —refunfuñó Abril mientras miraba su reloj por doceava vez en apenas diez minutos—. Pareces mi padre. O, peor, mi hermano mayor.

—Y yo no entiendo cómo puedes rechazar a alguien como Arturo para pasarte cartitas como una adolescente con un tío al que ni siquiera conoces.

Abril no se molestó en intentar explicarle que, a pesar de que sólo se habían carteadado, conocía mucho mejor a Leo de lo que podría llegar a conocer a Arturo, o a cualquier otro, en veinte citas. Había intentado explicárselo mil veces, pero siempre había naufragado, ya fuera por la intransigencia de Héctor o por su propia incapacidad para expresar en palabras todo lo que sentía.

—En serio, Héctor, puedes irte. Es más, vete. Eres muy lento y muy pesado.

—Ni de coña. A mí ese chico no me transmite buenas vibraciones. ¿Y si es un perturbado?

La chica soltó una risa burlona.

—Claro que sí, va a abusar de mí a cincuenta metros de distancia, y por carta.

—Mira que eres testaruda.

—Si lo fuera, no hubiera aceptado la puñetera cita que me organizasteis con Arturo —dijo ella, acelerando el paso. Aunque quedaba un cuarto de hora largo para las siete, prefería no llegar tarde. Suspiró e intentó calmar sus ánimos—. Sé que lo haces con buena intención y que estás preocupado por mí, pero soy mayorcita. Os dije que no quería salir con nadie y me organizasteis una cita de todos modos, aunque yo no quisiera. Puede que no sepa lo que estoy haciendo, pero sé que estas estúpidas cartas me alegran la semana. Y antes de que lo preguntes, sí, voy a ir a la tarotista.

La noche anterior, tras la cita con Arturo, casi le había faltado tiempo para llamar a Mario y decirle que le concertara una cita lo más pronto posible con la amiga de su hermana. Mientras que a Mario le entusiasmó la voluntad de Abril, Héctor seguía viendo todo aquel asunto como una completa pérdida de tiempo. Había tratado de hacer entrar en razón a Abril, sin éxito. Quizás fuera una pérdida de tiempo, había dicho ella, pero si eso era todo cuanto ponía en peligro con esa visita, valía la pena intentarlo.

—Sólo me preocupo por ti —se excusó el chico, algo molesto.

—Ya lo sé, y no hace falta. Sé cuidarme sola —repuso ella, hastiada por aquella interminable conversación. Se detuvo delante de un paso de peatones, señaló una de las grandes puertas de entrada al parque y dijo—: Vayamos por esa entrada.

Esperaron a que el semáforo se pusiera verde y sólo entonces Héctor se atrevió a decir:

—No quiero que te hagan daño, Abril.

Aunque tenía mucho más que añadir, se detuvo ahí. No se atrevía a decir todo lo que pensaba, porque con el carácter de Abril, sobre todo cuando estaba nerviosa, temía terminar con el cuerpo magullado. Pero, aunque no lo dijera en alto, la realidad seguía ahí, preocupantemente presente. Observó de reojo a su amiga, que avanzaba con la mirada perdida. Reconocía esa expresión, la misma que día tras día se había ido adueñando de su rostro. Cada día estaba más encerrada en sí misma y en sus pensamientos. Incluso él podía ver que los sueños estaban absorbiéndola. Se habían convertido en una obsesión, al igual que aquellas extrañas citas con Leo. Él era su nuevo centro de gravedad y no estaba dispuesta a que dejara de serlo. Se estaba escondiendo de la situación que se vivía en su casa en el único refugio que había encontrado.

—Es él —dijo ella de pronto, señalando a un chico solitario apoyado contra una de las dos grandes escalinatas que rodeaban la cascada.

Abril se detuvo al lado de Héctor y lo agarró del brazo con tanta fuerza que parecía que iba a detener su flujo sanguíneo.

Ahí estaba Leo, la viva imagen de Víctor, esperándola sólo a ella. Cuando se volvió hacia ellos, Abril sintió cómo se le removía el estómago. Ese rostro no hacía sino recordarle una y otra vez todas las escenas que había vivido aquella noche pasada. Aquel último beso, aquel instante efímero de felicidad, se repetía una y otra vez en su mente. Unas inconmensurables ganas de correr hacia él se apoderaron de Abril, a la vez que el miedo la paralizaba. Necesitaba estar cerca de Leo, observar la profundidad de sus ojos y encontrar en ellos la sombra del chico con el que soñaba cada noche. Lo deseaba, pero no tenía el valor suficiente para hacerlo. Aún no, no mientras siguiese sin comprender el origen de aquel universo que había creado su mente.

Había empezado a temblar y ni siquiera se había dado cuenta. Héctor la atrajo hacia él sin despegar sus ojos de Leo. Los miraba casi sin parpadear, sin moverse, como si fuera una estatua viviente. Tenía la vista fija en Abril con una sonrisa ladeada en los labios. Sus miradas estaban trabadas por alguna suerte de fuerza tan invisible como evidente.

—Dale la carta —le susurró Héctor—. Dásela y vayámonos.

Aunque por lo general no creía en esas cosas, no podía negar que entre Leo y Abril había algo, una atracción que parecía ir más allá de lo físico. Química, tal vez. No sabía qué era, pero le inquietaba la expresión embobada y los temblores, cada vez más débiles, de

Abril. Le arrancó la carta que la chica había sacado del bolso instantes antes y, enseñándosela antes a Leo, la lanzó al suelo y empujó a Abril hacia la salida.

—¿Qué haces? —gritó ella, zafándose de forma violenta del brazo de Héctor, que la rodeaba por la espalda. Se dio la vuelta para mirar a Leo, que no se había movido ni un centímetro. Le hizo un leve gesto con la mano, como diciéndole que no le importaba que se fuera. Aun así, Abril le gruñó a Héctor—: ¿Por qué has hecho eso?

Él negó con la cabeza. No quería volver a discutir con ella, y mucho menos en aquella situación, de modo que decidió mentir:

—He quedado y llego tarde.

—Seguro —masculló Abril para sí misma, antes de echar a andar por el camino que los había llevado hasta allí.

Evitó girarse, por mucho que lo deseara. Volvería a verlo aquella misma noche o, si la cosa iba mal, en apenas tres días. No quería dejar pasar toda una semana para volver a verlo. Esta vez, además, había decidido tomar el control y elegir un lugar significativo. Gran Via, número 605-607. Allí se verían de nuevo.

Para entonces, quizás, ya habría hablado con la tarotista y sería capaz de acercarse a él sin que le flaquearan las piernas.

Diecisiete

Es imposible conseguir que Rosalía se calle. No para de parlotear acerca de su inminente boda con Pere, mientras Anna y yo la miramos y sonreímos. Puede que a Anna le interese el tipo de vestido que va a llevar. A mí no, al menos después de escucharla diez minutos seguidos describiendo cada detalle del traje. Estoy deseando interrumpirla cuando ella misma detiene su monólogo para preguntar, sorprendida: —¿Ese no es el hijo de los Altarriba?

Me doy la vuelta y veo a Víctor avanzando hacia nosotras. Va vestido con un traje marrón y un bombín. No me sorprende que Rosalía lo reconozca. Conoce a todo el mundo, aunque sólo sea de vista, y, por supuesto, sus respectivas historias. Rosalía abre la boca como si quisiera empezar a ponernos al día sobre el joven Altarriba. Vuelve a cerrarla al instante, al comprobar que Víctor no desvía el rumbo. Anna me lanza una mirada fugaz que no paso por alto.

—¿Lo conocéis? —susurra Rosalía cuando Víctor está a apenas unos veinte metros de nosotras.

—Marina trabaja para su familia —se afana en responder Anna, bajando la voz.

Las tres nos miramos durante unos segundos antes de volvernos hacia Víctor, que dibuja una media sonrisa. Se quita el bombín para saludar.

—Te he estado buscando.

Me levanto del banco en el que estamos sentadas con la intención de apartar a Víctor de Rosalía y Anna, que nos observan con atención. Sin embargo, él tiene otros planes, porque, antes de que pueda reaccionar, me da un beso en la sien. Doy un paso hacia atrás de forma instintiva. Siento la mirada penetrante de mis dos amigas sobre mí. No me atrevo a girarme hacia ellas. Tampoco puedo. No soy capaz de apartar mis ojos de Víctor, debatiéndome entre golpearlo o abrazarlo.

—¿Qué haces? —me atrevo a preguntar.

—¿Qué? —Se encoge de hombros con fingida inocencia. Mira a Rosalía y a Anna y ríe de forma despreocupada—. Lo siento, qué descortesía. ¿Cómo están, señoritas?

Anna y Rosalía se miran antes de intentar balbucear una respuesta, sin éxito. No las culpo. En su lugar, yo también estaría sorprendida. Víctor se vuelve hacia mí.

—¿Es un mal momento?

—¿Es urgente?

—No, en realidad no —admite con un hilo de voz.

Quiero irme con él para saber qué quiere y sé que a Anna y a Rosalía no les importaría. Aun así, hacía mucho tiempo que no las veía y no quiero desperdiciar este momento, aunque eso signifique seguir escuchando a Rosalía parlotear sobre su boda o su prometido.

—Nos vemos luego, ¿de acuerdo?

Víctor asiente, cabizbajo, y se aleja tras despedirse de mis dos amigas, que no cierran la boca. Parpadean lentamente, casi acompasadas, y se miran entre ellas, como si decidieran quién tiene que empezar a hablar. Tras unos segundos de patéticos balbuceos, es Rosalía quien se atreve a decir lo que está pensando.

—Así que es cierto. —Se me queda mirando durante unos segundos antes de añadir—: Que el señorito Altarriba tenía a otra.

Esa última palabra me sienta como una patada en el estómago.

—Yo no soy la otra.

Rosalía me mira con escepticismo y Anna, aunque baja la cabeza, no consigue disimular lo que piensa. Lo que todo el mundo pensaría y pensará: que soy la otra, una pobre desgraciada que ha engañado al hombre de otra mujer para hacerse con su fortuna. Pero Víctor apenas tiene fortuna, al menos no si huye conmigo, y tampoco tiene a nadie más.

—Pensaba que estaba prometido —interviene Anna.

Asiento con la cabeza de forma despreocupada. Eulalia es sólo un peón del juego que han orquestado los señores Altarriba. No es nadie para Víctor, aunque mis dos amigas no tienen por qué saber eso. Aun así, tengo la sensación de que, diga lo que diga, Rosalía no dejará de mirarme con esa expresión de envidioso desprecio.

—¿Entonces...? —me invita a hablar Rosalía.

Una parte de mí ansía justificarse y deshacerse de la culpabilidad que me atormenta, pero mi parte racional la frena. Sé que voy a ser el cotilleo del mes, al menos para Rosalía, y no puedo arriesgarme a que la gente sepa más de lo que pronto sabrá. De modo que les ruego a mis dos amigas que guarden el secreto, y cuando consigo un juramento en firme de ambas, me excuso abruptamente y me pongo a andar por la calle que ha tomado Víctor. Si me doy prisa, tal vez consiga atraparlo.

—¡Espera! —grito, casi sin aliento, cuando acierto a verlo subiendo tranquilamente

por la rambla de Catalunya. No se da la vuelta—. ¡Víctor!

Mira a su alrededor hasta darse la vuelta sobre sí mismo. Cuando me ve, no disimula una generosa carcajada.

—¿No estabas ocupada? —me pregunta cuando lo alcanzo.

—Lo estaba hasta que llegaste —farfullo—. Rosalía es una chismosa metomentodo. No podía aguantar mucho sus pamplinas.

—Bienvenida a mi mundo.

—Y al de todos, niño rico. Pensaba que estabas en el teatro con Eulalia.

Dibuja una sonrisa pícaro y me hace un gesto con el dedo para que me acerque a él.

—Me he escapado.

—¡Víctor! Eso... eso no es propio de un caballero. —Intento que mi voz suene enfadada, pero no lo consigo. Dejo que la risa estalle en mi boca—. ¿No te echará de menos?

—Es probable.

Víctor rompe a reír. Sé que no debería resultarme gracioso pensar en Eulalia buscando a Víctor por todas partes, pero no puedo evitarlo. Mi risa suena hilarante, nerviosa. Creo que aún no he asimilado que los sentimientos de Víctor son sinceros, aunque en las dos últimas semanas él haya aprovechado hasta las más mínimas ocasiones para que lo haga. A pesar de los besos a escondidas y las sonrisas fugaces, esta es la primera vez que podemos estar a solas.

—¿Tienes trabajo? Tengo algo que proponerte.

—Debería ir a lavar la ropa.

—¿No puede esperar? Seguro que aún queda alguna prenda limpia por tu casa.

—No nuestra ropa, Víctor, la de mis vecinos. Así me gano otro salario —le explico—. Aunque quizás podría hacerlo mañana. Si tu propuesta lo vale, por supuesto.

—¿Qué te parece ir a un parque?

—Vulgar —respondo, intentando imitar la forma de hablar de Eulalia—. Tus hermanos me arrastran a un parque al menos tres veces por semana.

—Pues así ya estarás acostumbrada.

Lo dice de forma tan seria que no me molesto en replicarle. Por la sonrisa que intenta ocultar, sé que tiene algo en mente, de modo que me encojo de hombros y me dejo guiar.

—¿La Ciutadella? —pregunto, enarcando una ceja, cuando nos subimos al tranvía. Recuerdo que cogimos esta misma línea cuando volvimos de ese parque en septiembre. No es que tenga una gran memoria, pero una se acuerda de estas cosas cuando sólo ha subido tres veces en su vida al tranvía.

Víctor le da unas monedas al conductor y me empuja sin decir nada hacia los dos únicos asientos libres que hay. Su silencio confirma mis sospechas. El traqueteo del vagón me adormece, de modo que me recuesto en Víctor y espero a que el tranvía nos deje a donde sea que nos lleve.

—¿Has estado en el Saturno Parque alguna vez? —me pregunta cuando atravesamos la entrada de la Ciutadella.

Niego con la cabeza. He estado muchas veces en la Ciutadella, pero nunca he tenido en la mano los diez céntimos que cuesta la entrada del parque de atracciones. He tenido que contentarme con observar la montaña rusa y oír los gritos lejanos de los afortunados que ocupan sus vagones.

—Pues vamos.

Así de fácil. Me detengo de repente, como si delante de mí hubiese surgido un muro invisible. Víctor sigue andando hasta que se da cuenta de que me he quedado atrás. Se da la vuelta y hace un mohín.

—¿Qué pasa?

Intento ser sincera, pero me cuesta expresarme. Sé que Víctor no lo hace a propósito y, aun así, no puedo evitar sentir rabia contra él.

—No quiero ir.

—¿Por qué?

—Porque no quiero tener que deberte nada.

—No te entiendo —dice, acercándose a mí.

—Ya sabes. El libro, el cine... y ahora esto. No puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

La gente pasa a nuestro alrededor, observándonos de forma descarada. Víctor se ve

tan elegante enfundado en su traje oscuro que aún evidencia más lo tosco de mi vestido.

—Porque no quiero ser esa clase de chica. No quiero que la gente piense que... —susurro quedamente—. No quiero tu dinero.

—Ya lo sé.

—Pero los demás no, y la gente es mala y entrometida y pronto empezarán las habladurías y... y... —La voz se me rompe.

—¿Qué más da lo que la gente piense? Vamos, Marina —intenta animarme—. Aprovechemos que aún estamos aquí. Invita mi padre. Piensa que es algo así como una paga extra.

—Pero...

—Por favor. Me apetece tener una tarde normal contigo.

Aunque sigue sin convencerme la idea, termino por aceptar. Hace mucho tiempo que quiero ver cómo es el Saturno Parque desde dentro y sé que es ahora o nunca. Me agarro a desgana del brazo que me ofrece Víctor y andamos sin decir nada hasta la entrada del parque de atracciones. Estoy demasiado concentrada en ignorar las miradas de la gente como para iniciar una conversación.

Víctor deja caer unas monedas sobre el tablero de la caseta del taquillero, que nos desea una buena tarde. Clavo los ojos en los suyos, en busca de cualquier signo de reprobación. Sin embargo, todo cuanto encuentro es una sonrisa amable bajo un diminuto y cuidado bigote. Suspiro e intento sonreírle a Víctor, que me pregunta adónde quiero ir. No respondo, porque no lo sé.

Entrar en el parque ha sido como aterrizar en un mundo mágico. Ha bastado un segundo para que me olvide de todas mis preocupaciones. Aislada de la cotidianidad de la urbe, la gente pasea entre atracciones fabulosas. Delante de nosotros se extiende una plataforma alargada de madera sobre la que se deslizan unos pequeños carros con volante. La atracción está delimitada por unas estilizadas columnas, unidas entre ellas por unos arcos decorados con motivos rocosos. Algunas personas hacen cola en la entrada de la atracción, cubierta por una masa deforme de estalactitas.

Un ruido atronador me saca de mi ensimismamiento. Sobresaltada, presiono con fuerza el brazo de Víctor. Si no fuera imposible, habría jurado que acaba de pasarnos un tranvía por encima.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Víctor se ríe y señala hacia el cielo, justo encima de nuestras cabezas. Cuando veo la vía de madera, no puedo sino echarme a reír. Embobada como estaba, no me he fijado en

que la montaña rusa que rodea prácticamente todo el parque pasa justamente por encima de nosotros.

—Los Urales.

—¿Qué?

—Así se llama la montaña rusa: los Urales.

Asiento con la cabeza, fingiendo que no me importa lo más mínimo. En realidad, todo cuanto deseo ahora es descubrir qué esconde el Saturno Parque.

—Vamos —digo, tirando a Víctor del brazo.

—¿Adónde?

—A todas partes.

Aunque al principio sigue dándome reparo que Víctor pague mis entradas para las atracciones, no puedo resistir su insistencia ni la tentación que son muchas de las paradas. La primera atracción en la que entramos es la de carros con volante. Cuando nos acercamos a ella, me doy cuenta de que la plataforma sobre la que se deslizan está ondulada.

—Por eso se llama *Witching waves* —me explica Víctor, cuando señalo la extraña superficie de la pista.

—¿*Güichin* qué?

—*Witching waves*. Olas embrujadas. La pista tiene forma de olas.

—Lo he visto, gracias —mascullo mientras empujo a Víctor hacia delante. La cola está avanzando—. *Güichin güeis*. Vaya nombre más estúpido. Será que no hay palabras en nuestro idioma. *Güichin güeis*...

A pesar de que se me da bien conducir el extraño carro de esa atracción de nombre casi impronunciable, prefiero no repetir cuando Víctor lo propone. Hay demasiado por ver y tengo miedo de que anochezca antes de que hayamos dado la vuelta a todo el parque. No es que sea muy grande, pero yo soy algo contemplativa. Así pues, continuamos con nuestro paseo, admirando las casetas de feria y las atracciones más modernas. Pasamos de largo el Tubo de la Risa —un enorme tubo en el que te dan vueltas hasta que caes al suelo de puro mareo, lo cual, a mi parecer, no tiene nada de gracioso—, de los aeroplanos deportivos y de los columpios.

De repente, una caseta de tiro al plato aparece de la nada y Víctor prácticamente me arrastra hasta ella. Le da una moneda al feriante y me ofrece la escopeta. Doy un paso hacia atrás de forma instintiva. No me gustan las armas de fuego. Demasiado incontrolables y

poco honestas.

Víctor, por supuesto, no está de acuerdo.

—Pegarle un tiro a alguien es demasiado fácil. ¿Dónde quedó el honor de las espadas, el enfrentamiento cara a cara? —le digo.

—¿Quieres que me bata en un duelo con espadas con un plato? —se ríe Víctor delante del feriante, que nos observa sin disimular la risa.

—¡Vamos, muchacho! ¡Pim Pam Pum! —grita el hombre, haciendo como que dispara con ambas manos—. ¡Pim Pam Pum!

Debo de mirar a Víctor con extrañeza, porque, mientras coge la escopeta que le alarga el hombre, me susurra:

—Así se llama la atracción.

—¿Pim Pam Pum? —murmuro antes de dar un paso atrás. Hay que ver qué gusto tienen estos señoritos para la arquitectura y la moda y lo poco elegantes que resultan bautizando atracciones.

Víctor asiente, coloca la escopeta en posición y dispara. Falla.

—Tendrás que esforzarte más, muchacho —sisea el feriante, apoyado en una de las paredes. Me mira de hito en hito y dibuja una mueca provocativa bajo su poblado bigote—. A las mujeres no les gustan los perdedores.

Un ruido sordo le hace apartar la mirada de mí. Víctor ha vuelto a disparar y esta vez ha derribado un plato, cuyos restos se han esparcido por el suelo. Apoya la boca de la escopeta contra el suelo y se gira hacia el hombre. Aunque no puedo ver su expresión, pues está de espaldas a mí, sí puedo imaginarla, porque el hombre carraspea y desvía la vista.

—¿Quieres probar? —me ofrece Víctor, alargándome el arma.

No me hace demasiada gracia, pero todo sea por ir en contra del feriante, que, a juzgar por la mueca de escepticismo que cruza su rostro, no parece muy dispuesto a creer que una mujer pueda disparar.

Disparo tres veces, las suficientes para conseguir tirar uno de los platos de las estanterías. Víctor me ofrece el resto de los tiros que quedan, pero los rechazo. Temo que si sigo con la escopeta en las manos le pegue un tiro en la pierna al feriante, que continúa mirándome como si fuera un objeto incapaz de hacer nada por sí mismo.

Víctor derriba cuatro platos más y le devuelve la escopeta a su dueño, al que oímos gritar mientras nos alejamos:

—Eh, muchacha, ¿qué escondes debajo de ese vestido?

Cometo el error de girarme. Acierto a ver al hombre pasándose la lengua por el labio superior de forma grotesca.

—Vamos, no pongas esa cara. Es lo único que quiere tu galán. Quitarte ese vestido. Estoy seguro de que sin él estarías mucho más...

Víctor me agarra de los hombros y me obliga a seguir avanzando, alejándonos de la caseta.

—No le hagas caso.

Lo intento, pero la fuerza con la que aprieto los puños debe de delatarme, porque Víctor trata de restarle importancia al asunto, lo que hace que mi furia aumente.

—Tú no lo entiendes —lo corto.

—Claro que...

—Eso es lo que pensará la gente. Que soy una...

—Calla. —Víctor intenta impedir que diga esa palabra que a ambos nos llena la boca.

—Una prostituta. Una meretriz, una ramera, una cualquiera, una cortesana, una mujer pública, una golfa. Una puta —enumero, recurriendo a todas las palabras que me vienen a la mente.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es.

—¿Alguien te ha llamado algo de eso?

—Ese hombre acaba de insinuarlo y tu prometida me lo dijo sin ningún tapujo. Ramera, creo que esa fue la palabra que utilizó.

—Está dolida. No permitas que te hiera, ni ella ni nadie.

—Ya lo sé. Pero cuando la gente sepa...

—¿Qué importa la gente? Cuando lo sepan, nosotros ya no estaremos aquí.

—No creo que tarden mucho en empezar a hablar si seguimos saliendo juntos o me besas en plena calle —refunfuño.

—No hablemos de eso ahora, por favor. ¿Quieres que nos montemos en los Urales? ¿O prefieres el Carrousel Parisien?

—Los Urales —respondo sin dudar. Aunque los tióvivos siempre me han gustado, no pueden compararse con una verdadera montaña rusa.

La he observado demasiadas veces desde lejos como para resistirme a ella. Por una vez, ni siquiera me importa que Víctor pague mi entrada. No puedo apartar la mirada de las vías, alzadas por una compleja estructura de madera. Los vagones que se deslizan por ella van llenos de gente que grita en cada leve desnivel. Junto las manos, emocionada, y clavo la mirada en el extraño túnel en forma de gusano que esconde las vías durante unos metros. O quizás es un dragón. La verdad es que siempre me lo he preguntado, pero nunca me he acercado lo suficiente para descubrir qué es exactamente. No puedo creer que en unos minutos vaya a ver incluso su interior.

Mario la había llamado cuando aún estaba durmiendo. Aun así, a Abril le había bastado media hora para llegar a su casa. No había avisado a Héctor, no porque se hubiera olvidado, sino porque después de la escena del día anterior no tenía el más mínimo deseo de verlo. No había contado con que Mario lo hubiera llamado o que hubieran pasado la noche juntos, de modo que, cuando Héctor la recibió en una casa que no era la suya, no pudo evitar una mueca de disgusto.

—Yo también me alegro de verte —dijo Héctor mientras Abril entraba en el piso.

—¿Qué haces aquí?

—Se ha quedado a dormir esta noche —intervino Mario, saliendo del comedor. Sonrió e invitó a Abril a seguirlo—. No te preocupes, le he hecho prometer que va a estar callado.

Mario había sido conciso por teléfono, como siempre. Sólo le había dicho que, si quería, su hermana había quedado con su amiga la tarotista aquella misma mañana y que había aceptado echarle una mano a Abril. En aquel momento esperaba en el salón, charlando despreocupadamente con la hermana de Mario.

—Abril, esta es mi hermana, Irene, y ella Cristina, su amiga —las presentó Mario, señalando a las dos chicas que estaban sentadas en el sofá.

Abril les dio dos besos a cada una a modo de saludo, evitando cualquier gesto o mueca de sorpresa. Irene era tal como la había imaginado: menuda, con el pelo corto y un hoyuelo en la barbilla. Era la versión femenina de Mario. La vidente, sin embargo, distaba mucho de ser lo que Abril había dibujado en su imaginación. Era una chica de unos veinticinco años, quizás alguno más, de cabello rubio y rizado. Sus ojos estaban sombreados por un suave color azul, a juego con su iris. Nada de turbantes, ni grandes joyas brillantes. Ni siquiera una mísera bola transparente entre sus manos. Era una joven de lo más normal, vestida con unos vaqueros y una camiseta holgada. No pudo evitar sentir una punzada de decepción. Había esperado una vidente como las de las películas o los dibujos animados, alguien aparentemente distinto de los demás, capaz de ver aquello que las personas corrientes no podían percibir.

Y sin embargo, Cristina parecía tan... vulgar.

—Ven, siéntate a mi lado —le indicó ella al tiempo que sacaba un pequeño paquete rectangular del bolso que tenía al lado—. ¿Abril, verdad? Puedes llamarme Cris.

Abril sonrió sin decir nada. Mario aprovechó para empujar a Héctor hasta el otro sofá y echarle una mirada de hielo para que mantuviera las formas.

—Irene me ha contado lo de tus sueños.

—Son... —empezó a decir Abril, pero calló al instante al ver que Cris hacía aspavientos con las manos.

Sacó una baraja de cartas alargadas del paquete y se la tendió a Abril.

—No me digas nada. Esto no va así. Mézclalas. —Esperó a que Abril hubiera terminado de hacerlo antes de proseguir. Señaló la mesa que tenían delante y dijo—: Ahora déjalas encima de la mesa y divide el montoncito en dos. ¡Con la mano izquierda! ¿Has pensado qué quieres preguntar exactamente?

Abril asintió de forma lenta.

—¿Eso es todo? ¿Sin velas ni bolas del futuro ni oraciones? —oyó que le susurraba Héctor a Mario, que lo hizo callar de un codazo.

Cris empezó a repartir las cartas encima de la mesa. Abril observaba los nombres que iban apareciendo. El Loco, el Colgado, los Enamorados... No entendía cómo aquellos trozos de cartón podían solucionar sus problemas. Cuando Cris hubo repartido once cartas, divididas en tres líneas de cinco, tres y tres cartas, se quedó mirándolas un buen rato antes de empezar a hablar.

—Las dos primeras cartas, ¿las ves? El Loco y el Colgado. Hay algo en tu pasado que te está impidiendo avanzar y que te hace sufrir. Los Enamorados... Un intento de contacto entre algo que está separado. Y la Luna —dijo, señalando la cuarta carta de la primera línea— significa que te estás adentrando en lo más profundo y turbio de tu alma. Está junto al Ermitaño, lo que significa que necesitas coraje y reflexión para cruzar el umbral de lo desconocido. Tienes que escuchar tu voz interior. —La chica siguió repasando las cartas con los dedos—. La Rueda de la Fortuna, la Fuerza, la Muerte... Se está produciendo una transformación en ti, algo se está renovando. No puedes verlo, porque estás estancada en el pasado, pero está ahí —dijo, haciendo un gesto para señalar las dos primeras cartas—. Pero mira las cartas de la última línea... El Juicio representa la claridad de ideas, la verdad. La Estrella simboliza el destino, el conseguir lo deseado después de muchas dificultades y luchas. Lo solucionarás. Encontrarás el camino.

—Y el Mundo —intervino Irene, mencionando la última carta que había sobre la mesa—. El Mundo cierra el círculo que abre el Loco.

Cris asintió lentamente.

—Y todo vuelve a su origen.

—¿Y eso... qué quiere decir? —se atrevió a murmurar Abril con un hilo de voz.

—Hay algo de tu pasado que no te deja avanzar —intervino Irene, mientras su amiga asentía con la cabeza—. Algo que perdiste. ¿Quizás un antiguo amor?

Abril negó con vehemencia. Aunque había tenido algunas relaciones, unas más largas que otras, ninguna había sido lo suficientemente importante como para crear esa situación. Aquello no tenía nada que ver con sus antiguos novios, que tampoco eran demasiados. Tenía que ver con ella y con Leo, con Víctor y con Marina. Con nadie más.

—Tal vez... —musitó Cris, mirando al techo con expresión perdida—. Tal vez sea algo anterior. Cuéntame esos sueños.

Abril tomó aire y empezó a relatar la historia que noche tras noche se iba sucediendo en su cabeza. Le habló de los Altarriba, de Marina y su familia, de la señora Emilia y de Elvira, de Anna, del Cine Ideal y de las calles de la Barcelona de mediados de la década de 1910.

—¿Cómo sabes las fechas? —preguntó de pronto Cris.

—Las vi... Marina las vio en un par de periódicos.

—Pero hablas como si el tiempo hubiera seguido pasando. En el último sueño, ¿en qué mes estás?

—23 de enero. Un sábado —respondió ella sin dudar.

La vidente hizo un mohín.

—¿Cómo lo sabes?

—No... no lo sé. ¿Intuición?

Cris se volvió hacia Irene y se quedó mirándola unos instantes, como si intentara comunicarse con ella sin palabras. Luego se volvió hacia Héctor y Mario y les pidió que las dejaran solas. Abril observó cómo salían del comedor y cerraban la puerta a sus espaldas.

—¿Cuándo empezaron esos sueños?

—Después de conocer a Leo. Esa misma noche. Pero no siempre es entonces... A veces me quedo dormida en el metro, o en clase, y aunque sean diez minutos, allí están. Y hay noches que están completamente en blanco.

Cris asintió y la invitó a continuar:

—¿Qué sientes cuando te despiertas? ¿Cómo te encuentras?

—Mal —admitió Abril automáticamente—. Necesito saber lo que va a pasar. No puedo quitármelo de la cabeza... Me siento bien ahí, como si Marina y yo nos hubiéramos fundido en una misma persona, y sólo deseo volver a dormir para seguir soñando.

—Quizás así sea —intervino Irene con un hilo de voz.

—¿Perdón?

—Se ha estudiado mucho acerca de esto —dijo ella, para luego dirigirse a su amiga—: Probablemente el caso más conocido sea el de Cameron Macaulay, un niño de Glasgow.

La vidente asintió y se volvió hacia Abril, que las miraba de forma expectante.

—Desde que era pequeño, Cameron le hablaba a su madre acerca de su otra familia. Decía que la echaba de menos y que su otra madre debía de estar preocupada por él. Le explicó que él antes vivía en la isla de Barra, en una pequeña casa blanca junto a la playa, y que tenían un perro blanco y negro, un coche oscuro... Eran tantos los detalles que le había dado que su madre decidió contactar con un psicólogo experto en el tema. Dada la facilidad para comprobar la veracidad de lo que contaba Cameron, cogieron un avión y se fueron los tres a la isla de Barra, acompañados por un equipo de televisión. Creo que incluso han hecho un documental —divagó Cris, que al momento sacudió la cabeza, como si así quisiera poner en orden sus ideas—. El caso es que cuando llegaron ahí, preguntaron en el Centro Histórico por la familia Robertson, como había dicho Cameron que se llamaba su antigua familia. Les dijeron que no constaba, de modo que recorrieron la costa en busca de la casa blanca. No tuvieron éxito, pero entonces los llamaron del Centro y les dijeron que, efectivamente, había vivido una familia con ese apellido en una casa en la bahía. Cuando Cameron vio la casa, se emocionó mucho. Era el lugar que él recordaba, sólo que allí ya no vivía su familia. Sin embargo, recordaba cada lugar, cada escondrijo, adónde daban las ventanas... En las antiguas fotografías aparecían el perro negro y blanco del que hablaba, y el coche negro, y los otros dos hijos de la familia... Lo único que no acertó fue el nombre del padre, Shane Robertson, que habría muerto «por no mirar a los dos lados». Al menos, la pariente lejana con la que hablaron les dijo no recordarlo, ni tampoco que hubiera habido en la familia ningún atropello mortal. Por lo demás, todo coincidía. La isla de Barra está a más 260 kilómetros de Glasgow y el niño jamás había estado allí antes.

Abril se quedó en silencio, asimilando lo que acababa de escuchar, incapaz de reaccionar. Miró a Cris y luego a Irene, para volver a fijar sus ojos en la vidente, que la observaba sin pestañear.

—No es algo habitual, y la mayoría de las personas que lo experimentan lo hacen cuando son muy pequeñas, como Cameron. A medida que crecen, van olvidando esos recuerdos.

—¿Re... recuerdos? —fue lo único que pudo balbucear Abril.

—El chico de tus sueños, Víctor, es igual que Leo, y Marina, según me has dicho, es clavada a ti. Recuerdas todos los detalles, incluidas las fechas, y has creado lazos emocionales con todos los personajes que aparecen. Y curiosamente son los mismos que los de Marina, ¿me equivoco? —preguntó. Esperó a que Abril negara con la cabeza para continuar—: ¿Recuerdas dónde vive Marina?

—En la calle València, casi en la esquina con la rambla de Catalunya —susurró Abril.

—¿Se te ha ocurrido ir ahí a echar un vistazo?

Aunque fuera una estupidez, y así se lo decía su lógica, tenía que admitir que lo había hecho. En más de una ocasión se le había pasado por la cabeza ir a esa calle y buscar el portal donde vivían los protagonistas de sus sueños. Si no lo había hecho era por miedo a lo que pudiera encontrar allí. Tragó saliva y asintió.

—¿Y mirar en las hemerotecas de los diarios? Estoy segura de que recuerdas las portadas. —Volvió a esperar una respuesta, pero esta vez Abril no se molestó en decir nada—. Compruébalo y, sobre todo, abre tu mente. Debes estar dispuesta a aceptar la verdad, aunque eche abajo los cimientos de tu vida. Lo dicen las cartas: tu pasado ha vuelto y es ahora tu presente. No son sueños. Son recuerdos.

Dieciocho

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Víctor cuando el revisor coge nuestras entradas y comprueba que la barra de seguridad esté bloqueada.

—En el buen sentido. No puedo esperar a que este cacharro arranque de una vez.

Como si me hubiera escuchado, el vagón se pone en marcha y empieza a traquetear. Algunas mujeres gritan y ríen a medida que el tren empieza a coger velocidad. Yo me aferro a la barra de seguridad, temiendo que vaya a salir volando. Intento mantener los ojos bien abiertos. No dejo de gritar en lo que dura el trayecto, sobre todo cuando atravesamos el gigantesco gusano.

Adoro esta sensación de libertad, de estar en la cima del mundo. Cuando el vagón ralentiza su marcha, respiro por fin tranquila. Miro hacia el frente, pero no puedo ver dónde termina la vía. Sólo acierto a percibir cómo se tuerce hacia la izquierda. Tiene que haber una pendiente justo ahí, a unos metros de nosotros, pero abajo sólo hay una especie de piscina ancha y rectangular. A medida que nos acercamos a la curva, me doy cuenta de que, efectivamente, la vía se inclina hacia el agua hasta zambullirse completamente en ella. Observo a Víctor, que mira al frente sin ninguna preocupación. Abro la boca, pero, antes de que pueda decir nada, el vagón se inclina y cae por la pendiente. La sorpresa y el susto me hacen lanzar un chillido casi histérico.

—¡No soy una sirena!

Espero que el agua nos engulla. Cierro los ojos y tomo aire, preparada para el fatídico final. Pero todo cuanto noto son algunas gotas sobre mi cara. Abro los ojos al tiempo que los otros ocupantes del vagón aplauden sonrientes. El vagón se ha transformado en una barca improvisada y surca la piscina con naturalidad. Víctor está doblado sobre sí mismo. Aunque por un momento temo que se haya hecho daño, al instante me doy cuenta de que se está riendo a carcajadas.

—¿Una sirena? —logra decir, casi sin aliento.

Las gotas de agua que corren por mis mejillas deben de evaporarse, porque la piel empieza a bullirme de pura vergüenza.

—Si dices algo, te vas al agua —le advierto a Víctor, que levanta las palmas de las manos y aprieta los labios. Parece que no le apetece un remojón.

Cuando nos bajamos de la atracción, casi le falta tiempo para burlarse de mí.

—¿Quieres que alquilemos una barca?

—Prefiero quedarme en tierra, grumete. Ya he tenido suficiente agua por hoy.

Seguimos dando vueltas por el parque, abriéndonos paso entre los visitantes. Antes de que nos demos cuenta, volvemos a estar junto a las *Güichin güeis*. Desde la entrada no me había fijado en la gran terraza que se extiende a uno de los lados de la atracción. Elegimos una mesa alejada del tumulto de los visitantes y apenas cinco minutos después tenemos delante dos refrescos.

—Te habría recomendado la horchata valenciana. Es su especialidad. Lástima que no sea temporada —dice Víctor despreocupadamente después de darle un sorbo a su bebida—. Aunque esto tampoco está mal.

No digo nada. Ambos sabemos que hay algo sobre lo que debemos hablar y no es precisamente sobre la temporada de la chufa.

—¿Qué pasa? —pregunto sin molestarme en mirarlo. Prefiero observar cómo algunos despreocupados visitantes recorren una y otra vez la pista ondulada de las *Güichin güeis*.

—Hace unas semanas le escribí a Joaquín. Ayer por la mañana recibí su respuesta.

—¿Y?

Soy consciente de que mi contestación suena un tanto indiferente, aunque no ha sido esa mi intención. Son tantas las cosas que quiero preguntarle que sólo me ha salido esa pobre y solitaria palabra. Víctor se toma unos segundos antes de seguir hablando.

—¿Quieres que siga?

Me vuelvo hacia él y veo sus ojos clavados en mí. Asiento lentamente, sin terminar de entender a qué viene la pregunta.

—Me dijiste que vendrías... Que te irías conmigo.

Vuelvo a asentir.

—¿Has cambiado de opinión?

—No. —Me obligo a que mi tono suene firme. Sé que Víctor capta la sutil duda de mi voz, así que añado—: Iré.

—¿Estás segura?

¿Estará él seguro? ¿Habrá cambiado de parecer? No me permito pensar en eso;

inspiro profundamente.

—Sí.

—Aquí está tu familia.

Si lo que espera es que mande a la porra a mi familia sin dudar, no voy a hacerlo. Tomar la decisión de irme no ha sido fácil, pero no son mis padres los que me preocupan. Mi familia está aquí, es cierto, pero Víctor tiene razón: yo no soy mi familia y no tengo por qué imitar sus vidas. Aparte de ellos, Barcelona no tiene nada que ofrecerme. Mi cumpleaños se está acercando y, con él, las amenazas de mi padre. Diecinueve años son demasiados. Padre tiene razón: es hora de que me case y me vaya de casa. Aunque sé que le romperé el corazón a mi madre si me fugo con Víctor fuera del matrimonio, esto es lo que más se acerca a sus deseos.

Echaré de menos a mis hermanos, tanto que me duele el pecho al pensarlo. Sin embargo, no tengo dudas. Mi futuro no está aquí. Víctor me está ofreciendo una nueva vida y yo no quiero rechazarla.

—No se irán a ninguna parte. Vendré a visitarlos.

—Aun así...

—Si no me voy yo, mi padre me echará. Está esperando una excusa. Cisco y yo tenemos los días contados en esa casa.

Víctor echa el cuerpo hacia atrás. Juguetea con su sombrero, que reposa sobre la mesa, con la mirada clavada en mí. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Qué te parece Madrid? Mi hermano puede ayudarnos. Me ha dicho que está trabajando en un periódico de la ciudad. Se gana bien la vida y tiene muchos contactos. Me ha dicho que podemos vivir con ellos un tiempo.

—¿Y su mujer?

—¿Alicia? Está encantada. Apoya todo lo que implique fastidiar a mis padres.

Nos quedamos en silencio y por un momento parece que el Saturno Parque se une a nuestro mutismo. Cuando Víctor me coge de la mano, todo vuelve a girar. Aun así, no puedo hablar. Sólo puedo pensar en Joaquín y en la reacción de sus padres cuando se enteraron de su matrimonio. El desaire que está planeando Víctor es incluso más grave, así que las consecuencias...

No quiero ni pensarlo.

—¿Y tú... estás seguro? Es una decisión que...

—Que ya está tomada —me corta.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurro. Víctor asiente—. Si yo no hubiera aparecido... o si no quisiera irme contigo... ¿te marcharías igual?

—Sí —responde sin vacilar. Me aprieta la mano con fuerza antes de seguir hablando—. He pensado mucho en ello y no podría seguir con Eulalia. He visto demasiadas cosas de ella que no me gustan. Preferiría alistarme en el ejército antes que casarme con ella. Cuando rompamos nuestro compromiso, aquí ya no me quedará nada. A no ser que tú te quedases. Pero si lo hicieras... no podría quedarme. Necesito irme. Lo siento.

Víctor me mira como si acabara de ofenderme profundamente, sin entender que ha dicho exactamente lo que quería oír.

—Iré contigo —le aseguro. Parece que aún no termina de creérselo—. Sólo necesitaba saber que no te marchas únicamente por mí.

El chico dibuja una sonrisa torcida.

—No soy esa clase de chico —dice, cogiendo el vaso de refresco y alzándolo un poco.

—Ni yo esa clase de chica —respondo, imitando su gesto.

—¿Por nosotros?

—Por nosotros. En Madrid.

Oigo a mi padre incluso antes de terminar de abrir la puerta de casa.

—¿Dónde te habías metido?

Está enfadado y por una vez me temo que tiene razón. No sé qué hora es, pero debe de ser tarde, porque el sol se ha puesto hace ya rato. Cierro la puerta y arrastro los pies hasta el escaño de la cocina, donde madre teje bajo el abrigo de una manta. Miro a mi padre sin decir nada. Estoy demasiado cansada para inventarme una mentira.

—¿Estás sorda? ¿Dónde te has metido? Esta tarde tenías que cuidar de tus hermanas —gruñe padre desde la mesa. Cisco está leyendo un periódico a su lado.

Esquivo sus ojos rabiosos buscando los de mi madre.

—He salido. ¿Queda algo de cena?

Antes de que ella pueda responder, padre me contesta de forma cortante.

—Sí, pero no para ti. Si tanto te gusta salir, vete.

—¿Perdón?

—Vete —repite él, mirándome con dureza—. Si no puedes estar aquí cuando tu familia te necesita, vete.

Si supiera que hoy sus palabras adquieren otro significado, se lo habría pensado dos veces antes de escupirlas. Cisco ha levantado la cabeza y ahora escudriña mi expresión.

—Madre...

—Sal —ruge padre—. Vuelve a entrar cuando hayas entendido que no puedes hacer siempre lo que te dé la gana.

—Por supuesto, padre. Espero que algún día logre ser tan considerada como usted. Lo siento de veras. Siento que no haya podido pasar la tarde en el bar, puliéndose la mitad de su salario en bebida.

Antes de que tenga tiempo de reaccionar, ya estoy corriendo escaleras abajo. Cuando voy por el segundo piso, el sonido de un portazo me hace acelerar el ritmo. Si padre me atrapa, voy a terminar llena de moratones. No es una buena idea hacerlo enfadar, y mucho menos cuando no ha podido tener su ración diaria de alcohol.

—¡Marina! ¡Espérame, por favor!

Entre el caos que es ahora mi cabeza se cuela la voz de la razón. Me detengo en seco. Padre no me pediría por favor que le esperara.

—¿Cisco?

—¿Quién quieres que sea? —pregunta mi hermano desde el tercer piso.

—Padre. Pensaba que venía detrás de mí.

—Madre lo ha parado. Estás loca, ¿lo sabes? —me dice, sin tono de reproche. Sus pasos se acercan y yo sigo bajando.

Paso de largo el primer piso, aunque todo cuanto me gustaría en ese momento es llamar a la puerta y exigirle a Víctor una fuga inmediata. Me dejo caer en las primeras escaleras del portal. La señora Emilia pronto cerrará la puerta y no quiero arriesgarme a quedarme fuera. Unos segundos después, Cisco se sienta a mi lado.

—¿Cómo se te ocurre soltarle eso a padre? Sobre todo después de...

—Ya lo sé, esta tarde me tocaba cuidar de María y Carme —refunfuño—. Lo siento,

¿de acuerdo? Se me ha olvidado. No es tan grave. Padre puede cuidar de ellas de vez en cuando, en lugar de estar con sus amigos en la tasca. Son sus hijas, no desconocidas.

—Ya sabes cómo es —se limita a responder. A veces no entiendo cómo puede indignarse por causas como el salario de sus compañeros y quedarse impassible ante el comportamiento de padre—. ¿Has estado con el señorito ese?

Le echo un vistazo a la portería, completamente desierta, antes de responder.

—Víctor —lo corrijo—. Sí. Voy... voy a irme, Cisco.

—¡Por fin!

Echo a reír. No era esa precisamente la reacción que esperaba de mi hermano.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?

—Tengo ganas de que hagas algo con tu vida. Seamos sinceros: padre ya no nos quiere en casa, para él somos una molestia. Si no nos ha echado es porque madre se lo impide. Tienes la oportunidad de empezar una nueva vida. Serías tonta si la desaprovecharas. ¿Adónde iréis?

—A Madrid. Ha hablado con su hermano y él y su esposa están dispuestos a ayudarlo. Bueno, a ayudarnos.

—¿Y qué pasa con su prometida? ¿Ha roto ya el compromiso?

Es una pregunta complicada, así que me tomo mi tiempo para responder. Después de mucho hablarlo, hemos decidido que Víctor hablará mañana con Eulalia, y que si no entra en razón en el plazo de una semana hablará con sus padres, los señores Rubio. Es un movimiento arriesgado, pero es lo único que se nos ha ocurrido. Seguramente no les haga mucha gracia saber lo que su adorable hija hizo con un muchacho tarraconense cuando ya estaba prometida a Víctor. La deshonra sería total y, conociendo a esa gente, no querrán arriesgarse a que tal asunto salga a la luz. Aunque el plan no es demasiado noble, Cisco lo ve más que respetable. Es más, pretende que obviemos la primera parte y que vayamos a hablar ya con los señores Rubio.

—Entonces... es definitivo —murmura Cisco.

—Sí.

Mi hermano pasa un brazo por encima de mi hombro y me estrecha contra su pecho.

—Te echaré de menos, enana.

—Y yo a ti —digo. Me quedo en silencio, porque me ha parecido oír un ruido en el

portal. Le hago un gesto a Cisco con la mano para que guarde silencio. A los pocos segundos, aparece la señora Emilia. Sin mirar en nuestra dirección, se dirige a la puerta principal. La cierra lentamente, con gesto cansado, y desaparece—. Vámonos. Esta mujer tiene demasiado buen oído.

Cisco me da un beso en la mejilla y se levanta.

—Deja que entre yo primero. Veré si los ánimos están lo suficientemente calmados.

Asiento despacio, haciéndole un gesto para que vaya subiendo. Fuera, el sereno hace la ronda, y algún gato callejero maúlla de forma lastimera. Dejo que la nada me envuelva. Necesito estos momentos de soledad. Me pregunto qué ha sido de la chica que hace apenas unos meses se sentaba en esta misma escalera y era consciente de lo separados que estaban su mundo y el piso principal. Me pregunto en qué momento desapareció y cuándo decidí que no me importaba.

Me pongo de pie pesadamente y empiezo a arrastrarme hacia casa, acariciando la ornamentada barandilla como si fuera la última vez. Al pasar por el piso principal, me parece oír gritos. Me detengo y me acerco a la puerta de madera. No oigo nada.

Aun así, un escalofrío me lame la espina dorsal. Algo no va bien.

Recuerdos.

Abril hacía bailar el ratón por la pantalla, desesperada. Al llegar a casa, se había tumbado en el sofá para descansar la mente, pero Víctor y Marina habían aparecido con sus planes de fuga y se había despertado apenas veinte minutos más tarde, empapada en sudor y con el corazón latiéndole a mil por hora.

Descolocada, había decidido seguir el consejo de la vidente y consultar la hemeroteca del diario.

Recuerdos.

¿Reencarnación?

Se mareaba sólo de pensarlo. Era una total y completa idiotez. Y sin embargo, allí estaba, sentada frente al ordenador comprobando que los diarios que ella había visto en sueños se hubieran editado en realidad. Buscó en su memoria y retrocedió hasta uno de los primeros sueños, pero todo cuanto se formó en su mente fue una portada con esquelas. Era lo normal por aquellos tiempos, de modo que no le servía de nada si no recordaba nombres exactos. Entonces tuvo una idea. Recordaba la película que habían ido a ver al cine y, más importante, qué día. Seleccionó la fecha en el buscador de la hemeroteca y, cuando apareció la imagen del diario, fue pasando páginas hasta llegar a la plana de los espectáculos. La recorrió con el dedo índice hasta dar con el nombre que buscaba: Cine Ideal.

Ahí estaba, en la página 11, sección de espectáculos.

La malquerida. Era esa, no tenía dudas. Recordaba cada fotograma. Era real. Aquella película se había rodado en 1914 y se había proyectado en enero de 1915. Incluso los nombres de los actores correspondían con los que había visto en la pantalla del cine. Respiró hondo, conteniendo las emociones, y abrió una nueva pestaña en el navegador. La búsqueda fue menos efectiva esta vez. Tuvo que rebuscar entre las direcciones que le sugirió el buscador para dar con lo que quería.

De nuevo, era real. El Saturno Parque había existido. El gran olvidado parque de atracciones, desaparecido prematuramente por escándalos de corrupción y cuya memoria pereció bajo el fuego de la Guerra Civil, había existido. Incluso las atracciones eran reales. Pocas fotografías oficiales habían sobrevivido a la guerra, pero, aun así, era capaz de reconocer todas las atracciones. Ahí estaban las *Witching waves –Güichin güeis* para Marina–, los Urales... e incluso el Pim Pam Pum, la caseta de tiro. Hasta el feriante se

parecía al maleducado de sus sueños. El mismo rostro anguloso, el mismo bigote, la misma ropa. Ahí estaba, mostrando su sonrisa desdentada a la cámara y exhibiendo su atracción.

Era él.

O quizás no.

¿Estaba volviéndose loca? Probablemente hacía mucho que había dejado atrás la cordura.

Respiró hondo de nuevo y tragó saliva. De acuerdo, estaba dispuesta a aceptar que la película se había proyectado y que el Cine Ideal, así como el Saturno Parque, había existido. Pero de ahí a aceptar que Víctor o Marina hubiesen sido reales alguna vez... De ahí a aceptar que Marina había sido *ella* había un trecho, y no estaba dispuesta a recorrerlo sin razón. Si lo hacía, no habría vuelta atrás. Tenía que comprobarlo, y sólo se le ocurría un modo de hacerlo. Marina era insignificante, al menos socialmente hablando. Pero Víctor, y sobre todo su familia, tenía un nombre. Un apellido. Volvió a dirigirse a la hemeroteca del diario y tecleó la palabra clave: Altarriba. Salieron dos resultados, ambos de mayo de 1915.

—Abril, ¿puedes venir un momento, por favor? —la sobresaltó su madre, que había aparecido sin hacer ruido.

—¡Mamá! ¡Llama a la puerta antes de entrar! —se quejó ella, llevándose una mano al corazón.

—Lo he hecho, hija, pero estás en tu mundo. Ha llegado papá.

La conversación no fue agradable. Miguel se echó a llorar en el mismo instante en el que oyó la palabra «divorcio», y aún no había dejado de hacerlo. Sus padres habían dejado claro que no era culpa de nadie, y mucho menos de ellos, pero a Miguel no le había servido eso, ni tampoco escuchar que su padre iba a seguir visitándolos. Más a menudo, de hecho. Si apenas había ido a casa durante esos últimos meses era por la situación que vivían él y su madre. Sin embargo, el pequeño no le creía y seguía empeñado en que no los quería y que nunca iban a volver a verlo. Después de casi una hora de promesas, habían conseguido tranquilizarlo lo suficiente para que aceptara despegarse de su padre.

Se encerró en su habitación y se negó a salir. No se movió de encima de su cama, ni siquiera para cenar, y no quiso tocar el plato de macarrones que Abril le llevó a la habitación. Por suerte, se dijo Abril, sus padres habían tenido la delicadeza de guardarse para ellos el tema de Pilar. Era lo que le faltaba a Miguel: saber que su padre había reemplazado a su madre por un antiguo amor.

«No siempre puedes escapar del pasado». Abril sintió un escalofrío al recordar lo que le había dicho su madre hacía apenas una semana, cuando le había confesado la situación familiar. Entonces, aquella frase la había intranquilizado. Ahora la aterraba. Arrojó a Miguel, que aún tenía el rostro húmedo, y salió de la habitación para ir directa a

su cuarto. A ella tampoco le apetecía estar con su madre en esos momentos. Por suerte, su padre se había ido hacía un buen rato.

Lo último que necesitaba entonces era una nueva charla. Aquella tarde ya había oído demasiadas veces las palabras «separación», «divorcio», «culpa» o «definitivo». Los papeles aún no estaban firmados, lo que la hacía sentirse como al borde de un abismo. En cualquier momento de los próximos días, su familia quedaría rota. Legalmente rota. Era un formalismo estúpido, pero sabía que a menudo son esas tonterías las que más hacen sufrir.

Su familia ya no existía, al menos como la había conocido hasta ese momento, y no estaba segura de seguir sabiendo quién era ella. Las palabras que la vidente le había dicho esa mañana reverberaban en su cabeza.

Recuerdos.

Se metió en la cama y se tapó con la sábana hasta la nariz. Se quedó a oscuras, envuelta en un silencio asfixiante.

Recuerdos. Divorcio. Culpa. Reencarnación. Víctor.

Demasiadas palabras y demasiada noche por delante.

Diecinueve

Definitivamente, las cosas no van bien. En casa, cuando padre está de mal humor, no se oye más que silencio. Todos contenemos la respiración hasta que se desata la temida tormenta. Hoy, la casa de los Altarriba está impregnada de esa falsa calma. Los niños juegan en su habitación mientras yo los vigilo con un libro en la mano.

La señora Emilia me ha llamado a primera hora de la mañana. Al parecer, a los señores Altarriba les ha surgido un compromiso de último momento. Esperaba poder hablar con Víctor, o al menos verlo, pero, al llegar, Eduardo me ha escoltado prácticamente hasta la puerta de la habitación de los niños. Al preguntarle por los señores, me ha dicho que estaban reunidos en el salón y que no querían que nadie los molestara.

De modo que aquí estoy, sentada en el sillón con un libro encima de las piernas y los ojos clavados en la pared que tengo enfrente.

—¡Marina! —la voz de Clara me golpea. La niña está sentada a mis pies, tirándome del vestido y haciendo pucheros—. Tenemos hambre. ¿Nos traes la merienda?

—Voy a ver qué tiene Elvira.

Le revuelvo el pelo a la pequeña y le pido que vigile a su hermano. Se cruza de brazos y sonrío. Le gusta sentirse importante. Cuando me levanto, se lanza sobre el sillón y clava sus ojos en Gabriel.

—¿Adónde vas?

El corazón me da un vuelco al toparme con Eduardo, que está de pie en el pasillo, cuadrado como si se tratara de un soldado. Lo miro de arriba abajo, desconcertada.

—A... a la cocina —logro balbucear. Algo en su forma de observarme me hace sentir la necesidad de justificarme—. Los niños tienen hambre.

Eduardo asiente una vez, como autorizándome a bajar a la cocina. Echo a andar hacia el piso inferior sin girarme. No me hace falta para saber que el mayordomo está siguiéndome con paso sigiloso. Por suerte, se detiene en lo alto de la escalera. Bajo peldaño a peldaño con una mano agarrada a la barandilla, dejando atrás las voces difusas que vienen del salón.

Entro en la cocina casi temblando, deseando que Elvira sepa calmarme.

Por la mirada que me echa al entrar, sé que hoy no es mi día de suerte.

—¿La merienda? —pregunta la mujer, dándome la espalda. Ni siquiera espera a que le responda. En menos de diez segundos tengo en la mano un plato con dos rebanadas de pan y unas onzas de chocolate.

Aturdida por la taciturnidad de la mujer, me dispongo a salir de la cocina. Antes de traspasar el umbral de la puerta, sin embargo, me vuelvo hacia Elvira y susurro:

—¿Pasa algo?

—Niégalo todo, niña. Todo.

Prefiero no preguntar. Salgo de la cocina y subo al piso superior lentamente. Eduardo está en lo alto de las escaleras, esperándome para volver a llevarme hasta la misma puerta de la habitación de los niños. Sin embargo, al llegar a su lado me coge el plato y me señala la puerta del salón.

—Los señores quieren verte —dice secamente. Nunca ha sido un hombre expresivo, pero hoy su apático tono de voz consigue inquietarme.

—No... Los... Tengo que... La merienda... Clara, Gabriel, los niños esperan... —baluceo tontamente. Prefiero atravesar a nado el Mediterráneo antes que entrar ahí.

—Yo se la doy. —Y desaparece.

No tengo elección. Me desembarazo de todo recelo y avanzo con paso decidido hacia el salón. Intento respirar hondo para calmarme. Los señores Altarriba me han mandado llamar más de una vez. No es nada extraño: al fin y al cabo, son mis jefes. Golpeo la puerta suavemente. Una voz femenina me invita a pasar desde el otro lado.

El cuadro que me recibe es aterrador. El señor Altarriba está sentado en uno de los sillones, fumando un puro de forma casi ansiosa. De pie y a su lado está su mujer, que por una vez no parece tan elegante ni tan altiva, aunque su pose bien lo pretenda. Víctor está sentado en la banqueta del piano, mirando las teclas sin pestañear. Que no se atreva siquiera a mirarme por el rabillo del ojo cuando entro sólo puede significar una cosa. Me vuelvo hacia mi izquierda. Ahí, algo separada de los señores de la casa, está Eulalia. A pesar del sencillo vestido que lleva, hoy está más radiante que nunca. Triunfal, tal vez. Reprimo las ganas de echar a correr.

—¿Me han mandado llamar los señores? —pregunto, inclinando levemente la cabeza a modo de saludo.

—Estás despedida.

Esas dos únicas palabras son suficientes para dejarme sin respiración. Esconden mucho más de lo que parece. Los niños me adoran y soy la puntualidad y la diligencia hechas persona. Que quieran despedirme sólo puede significar lo evidente: Eulalia ha

decidido arrastrarse a los niveles más bajos para conservar a Víctor.

Miro a Eulalia y después a Víctor, que sigue con la vista clavada en el piano. ¿Qué se dice en esas ocasiones? Aunque tengo todas las respuestas que ellos quieren oír en un momento así, decido que de perdidos al río.

—¿Tienen alguna queja?

Es con seguridad la última pregunta que espera cualquiera de los presentes, porque de pronto tres pares de ojos están clavados en mí, incluyendo los de Víctor. La señora Altarriba mira a su hijo y luego a su marido, que le hace un gesto con la mano para que lo deje hablar a él.

—¿Intentas burlarte de nosotros?

—En absoluto —respondo, fingiendo estar consternada por su acusación—. Pero pensaba que estaban contentos con mi trabajo. Clara y Gabriel se portan bien conmigo, no dan problemas, y trabajo cuando lo necesitan. No veo el problema.

Miro a Víctor, temiendo estar empeorando las cosas con mi arrebató. Sin embargo, el joven Altarriba me mira ahora con interés y una mal disimulada sonrisa.

—¿Lo ve, Elionor? Es una descarada y una insolente. A mí...

—Chist. Calla, Eulalia —la interrumpe la mujer con tono dulce.

—Sabes de sobra cuál es el problema, Marina —sisea el señor Altarriba.

—Lo sé, señor.

—¿Lo admites entonces? —pregunta él.

—¿Qué exactamente?

—Lo sabes de sobra —repite el caballero.

—¿Qué sé? —insisto. Las caras del matrimonio Altarriba están empezando a tensarse. Esto comienza a ser divertido.

Eulalia no puede contenerse y grita:

—¡Que eres una ramera!

Y dale con la palabreja. La reacción de Víctor no se hace esperar. Se pone de pie y golpea con violencia el teclado. El salón se llena de una inquietante mezcla de notas disonantes. Con todo, en estos momentos se me antoja el sonido más armonioso del mundo.

—¡Eres una impertinente! —vocifera Víctor.

Tenía que decir esa palabra, justo la única capaz de trasladarme a esa tarde de julio en que nos conocimos. Me echo a reír, sin que me importe dónde o con quién estoy.

—Es una desvergonzada —musita Eulalia mirando a Elionor, que intenta calmarla con la mirada. «No vale la pena», parece decirle en silencio. «Tú eres una señorita, no como ella, que no es más que una vulgar sirvienta».

—Vámonos. —Víctor no duda ni un segundo. Agarra mi brazo para arrastrarme fuera del salón.

—Ni se te ocurra salir de aquí con ella —vocifera el señor Altarriba. Su hijo se detiene—. Ni un paso más.

—¿Hay algo más que quieran decirme? ¿Algo que no sea un insulto u otras lindezas? —inquiero.

Víctor recorre mi brazo hasta llegar a mi mano y la aprieta para insuflarme fuerza.

—Tiene razón, padre. No tiene por qué escuchar...

—¡Escuchará lo que a mí me dé la gana! —lo interrumpe él, poniéndose de pie—. ¿Qué te crees, que puedes venir a mi casa, insultar mi inteligencia y la de mi esposa e irte tan tranquilamente?

—Yo no... no he insultado a nadie.

—Sabías que nuestro hijo estaba... ¡está! —se corrige el hombre— comprometido.

—En contra de mi voluntad —interviene Víctor.

La señora Altarriba lanza un gritito consternado.

—¡Hijo!

—¡Madre!

Víctor imita tan perfectamente a su madre que se merece un sonoro bofetón del señor Altarriba. Ni siquiera se inmuta por el golpe, ni me suelta la mano. Es más, la aprieta con más fuerza y me acerca a él.

—Vámonos, Marina. No tienes por qué aguantar esto.

—Tú no te mueves de aquí —gruñe el señor Altarriba al tiempo que nos separa con un tirón. Me mira a mí, procurando seguir pareciendo el caballero que pretende ser—. Y tú,

tú vete y no vuelvas.

—Agradécenos que no hayamos despedido a tu madre. No queremos ni tenemos intención de hacerlo, pero...

La señora Altarriba deja la frase inconclusa, sabiendo que lo que ha dicho es suficiente para achantarme. Yo puedo perder mi empleo. No lo necesito allá donde iré. Pero madre... necesita ese salario. Agacho la cabeza, vencida.

—Exijo una disculpa —reclama Eulalia altivamente. Clava sus ojos en mí y matiza—: De la sirvienta.

La sirvienta. No se molesta siquiera en pronunciar mi nombre, aunque sé que lo lleva grabado a fuego en su cabeza. Miro a Víctor, separado de mí por la gran mole que es su padre. Escondido tras la barrera que forma su brazo, mueve la cabeza de lado a lado. «No te disculpes, no le des ese placer», parece decir.

Sin embargo, una imagen más fuerte nubla mis ojos: mi madre en esta misma sala, siendo despedida por mi descaro.

—Lo siento, señorita.

«Siento que su orgullo sea más fuerte que su sentido común». Por supuesto, me guardo esa segunda frase de la disculpa para mí misma. Aunque es poco el consuelo, me reconforta saber que mi mente no se está doblegando a ella, independientemente de lo que haga mi voz.

—¿Qué sientes?

Dios santísimo, el ego de estas familias no tiene límite. ¿Acaso se alimentan de mis palabras de humillación? ¿Por qué esa necesidad de rebajarme, de hacerme enumerar mis pecados uno a uno? No lo entiendo. Y como no lo entiendo, no respondo. Me limito a observarla en silencio.

—¿Qué sientes?! —repite Eulalia, esta vez gritando.

La señora Altarriba se acerca a ella y la rodea protectoramente con el brazo.

—No pierdas tus modales, querida. Dios la castigará, puedes estar segura.

No creo que Dios esté tan poco ocupado como para seguir esta historia de folletín, pero me guardo mi opinión.

—Quiero oírse lo decir —sisea la joven.

—Eulalia. —Víctor habla con voz dura, impenetrable. Mira a su prometida con ojos

de acero, tan fríos que me duelen incluso a mí—. Déjala en paz.

Es evidente el efecto que ejerce el chico sobre Eulalia, porque esta alza levemente el mentón y hace un gesto desenfadado con la mano para que me retire. Busco los ojos de los señores de la casa, esperando las mismas órdenes. No puedo retirarme sin que me lo indiquen.

—Por la puerta de servicio, por supuesto —puntualiza la señora Altarriba.

—¿Puedo despedirme de los niños? —ruego, intentando mantenerme entera sin éxito. Las manos me tiemblan casi tanto como la voz.

—Por supuesto —accede la mujer. Llama a Eduardo, que se persona en la sala en menos de diez segundos—. Eduardo, por favor, acompañe a la señorita hasta la salida. Tiene dos minutos para despedirse de Clara y Gabriel.

Le agradezco el gesto con una sonrisa rota antes de salir del salón sin mirar a Víctor. No me atrevo.

En la habitación, los niños intuyen que algo va mal. Están sentados junto a la puerta, apoyados en la pared y guardando un silencio sepulcral. Al verlos así, tan inocentes, no puedo evitar lanzarme sobre ellos y llenarlos de besos, que se mezclan con mis lágrimas.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Clara, secándose la humedad del rostro con sus pequeñas manitas.

—Tengo que irme.

A pesar de lo pequeños que son, entienden que me estoy despidiendo. No salgo un momento, ni voy a por su merienda. Me voy para no volver. Sólo de pensarlo se me revuelven las tripas. Echaré tanto de menos a estos niños...

—¿Hemos hecho algo malo? —pregunta Gabriel, preocupado.

—No, vosotros sois dos ángeles. Dos ángeles —les digo, revolviéndoles el pelo—. Os quiero mucho, mucho, mucho.

—Y nosotros a ti —susurra Clara. Gabriel no dice nada, lo que se merece un codazo de su hermana—. ¿Verdad, Gabriel?

El niño asiente.

—Mucho.

Los abrazo por última vez y me pongo de pie. Observo la cara pecosa de Clara, que por una vez no está cruzada por una sonrisa, y los ojos almendrados de Gabriel. Me

emociono al ser consciente de lo mucho que han cambiado en estos siete meses. Sólo me consuela saber que dentro de unos días su hermano y yo estaremos lejos y todo el dolor que siento ahora habrá valido la pena. Y tal vez, dentro de un tiempo, cuando las cosas estén calmadas, podamos volver a ver a los niños. Espero que no me olviden.

—Portaos bien —les digo antes de salir.

Cierro la puerta a mis espaldas, sintiendo que estoy cerrando un capítulo de mi vida, y sigo a Eduardo, que me escolta hasta la puerta de la planta inferior.

—Lo siento —se limita a decir. Por la forma en que me mira, sé que lo sabe todo. ¿Pensará de mí lo mismo que Eulalia o que el feriante del Saturno Parque? No tengo tiempo de descubrirlo, porque el hombre ya ha abierto la puerta, invitándome de forma sutil a salir de la casa.

—¡Espera, niña! —El chirrido de las bisagras ha alertado a Elvira, que me llama enarbolando un trapo de cocina. Eduardo le lanza una mala mirada y la cocinera lo golpea sin ningún reparo con el trapo—. Vamos, no seas gruñón. Deja que me despida de la niña.

—Yo me desentiendo —dice. Inclina la cabeza a modo de despedida y desaparece.

Aprovecho el momento para intentar escabullirme. No tengo fuerzas para más despedidas. Sin embargo, parece que Elvira no piensa lo mismo, porque ajusta la puerta a sus espaldas y me llama con tanta insistencia que no puedo sino parar y darme la vuelta.

—Niña. Ven, ven aquí. ¿Están muy enfadados?

—Imagina —respondo secamente. Estoy harta de que todos me hagan decir en alto lo que ya saben.

—Así de mal, ¿eh?

—Así de mal. Me han despedido.

Me paso las manos por la cara para deshacerme de los restos de las lágrimas que aún impregnan mis ojos y mis mejillas.

—¿Y qué esperabas, alma de cántaro?

La señora Emilia aparece de la nada, como siempre, y en el momento más inoportuno. No es casualidad, desde luego.

—Vamos, señora Emilia, no sea dura con la niña.

—Se lo dije, sí, se lo dije. —Menea la cabeza—. ¿Te lo dije o no te lo dije? Que no te juntaras con esa gente, que sólo traen problemas... No hay que liarse con un hombre

casado, muchacha, y menos si...

—El señorito no está casado —me defiende Elvira.

—Comprometido, qué más dará —refunfuña la portera, haciendo bailar las manos por encima de su cabeza—. Es hombre de otra mujer y no hay que jugar con eso, muchacha. ¿Y tu madre?

—¿Qué... qué pasa con ella?

—¿Lo sabe? ¿La han despedido a ella también? No me extrañaría, no me extrañaría nada en absoluto. Esa gente es vengativa, te lo digo yo, vengativa y rencorosa. Dime, ¿la han despedido? Más te vale que no, más te vale. Tu pobre madre, con su pierna... Tu padre se va a enfadar, ya lo creo. Se van a enterar de esto. Yo no les diré nada, claro, pero estas cosas se acaban sabiendo. Todo acaba sabiéndose. Ay, muchacha, te lo dije, te lo dije... No te mezcles con ellos, no busques problemas... Pero ¿quién hace caso a la pobre y vieja Emilia? Vosotros los jóvenes os creéis que lo sabéis todo y no. No...

—Señora Emilia, por favor. —No soy capaz de resistir ni una palabra más de su monólogo—. No van a despedir a mi madre, ¿de acuerdo? Quédese tranquila.

—Y deje tranquila a la chiquilla. No la torture más, por el amor de Dios, que bastante la han hecho sufrir.

—Si no le estoy diciendo nada a la muchacha. Sólo me preocupo por ti, ¿lo sabes, verdad?

—Sí, señora Emilia.

—No quiero que te engañen ni que te hagan daño. Eres como una hija para mí.

—Lo sé, señora Emilia.

—Eres una niña lista. No dejes que nadie te engañe con promesas vacías.

—No, señora Emilia. Si me disculpan...

Me retiro sin darles tiempo a detenerme. Ya he soportado suficientes sandeces por hoy.

No podía acabar así. No podían despedirla.

Abril respiró profundamente y giró la cabeza hacia el reloj de la mesilla de noche. Eran casi las siete menos cuarto de la mañana, lo que significaba que en apenas quince minutos la alarma iba a empezar a sonar.

Se levantó mientras se frotaba los ojos, cansados y legañosos, y se dirigió directamente a la habitación de su madre. Aún estaba en la cama, pero Abril la despertó y le pidió que se encargara de Miguel esa mañana. Ella se encontraba mal. No iría a la universidad ni saldría de casa, al menos hasta que hubiera dormido un poco más.

La angustia era demasiado intensa. Aquel despido podía cambiarlo todo. Sentía el corazón encogido y sabía que sólo lograría calmarse cuando volviera a ver a Víctor, así que arrastró los pies hasta su habitación y se dejó caer en la cama.

Se durmió con una media sonrisa en los labios, preparada para expandirse en cualquier momento.

O para desaparecer.

Veinte

—Lo siento.

Lo cojo de la camisa bruscamente y lo arrastro dentro de casa. Víctor me abraza, estrechándome con fuerza contra su pecho.

—Lo siento —repite—. No pensé...

—No es culpa tuya.

En realidad lo es. Suya y mía. O quizás no es de nadie porque simplemente no la hay. Madre siempre dice que no hay culpa sin pecado. ¿Hemos hecho algo malo? Quiero pensar que no.

—No creí que llegaría tan lejos. Lo que te ha dicho Eulalia esta mañana...

—¿Y qué esperabas? —pregunto al tiempo que me separo de él—. Es una mujer orgullosa. Lo suyo es suyo y de nadie más.

—Yo no soy...

—Mandamiento número uno de la mujer orgullosa: nunca reconozcas que algo o alguien no te pertenece. Nunca —sentencio—. No fue una buena idea dejarla plantada en el teatro.

—Estaba colérica. Nunca la había visto así. Ni siquiera se molestó en hablar conmigo: fue directamente a ver a mis padres, como una chiquilla.

—¿Fue horrible?

—Horrible es poco. Gritó tanto que Eduardo hizo que Elvira saliera a pasear con los niños. Dijo que era un desagradecido y un resentido, que sólo la torturaba para vengarme por su aventura. «Sinvergüenza», creo que esa fue la palabra que utilizó. Que yo no era nadie para abandonarla delante de todas sus amistades, que no tenía derecho a tratarla de ese modo. Casi le faltó tiempo para contárselo todo a mis padres. Tiempo e insultos para ti. Puso en marcha su faceta más creativa sólo para ti. Deberías sentirte halagada.

—Muy halagada. ¿Y tus padres?

Se encoge de hombros.

—Digamos que la caballerosidad de mi padre es transitoria.

Lo miro con extrañeza. Él deja su chaqueta sobre la silla de la cocina y se desabrocha la camisa lentamente. Se baja una de las mangas, dejando al descubierto su hombro y su brazo.

—Ven —me dice, señalando su brazo con los ojos.

Su piel está llena de marcas moradas, azules y amarillas, que se combinan sin orden ni concierto. No puedo reprimir una exclamación sobrecogida. Él se sube la camisa y vuelve a abrocharla poco a poco.

—Mi padre es un hombre... irascible. Llamémoslo así.

—Víctor... Lo siento... —es todo cuanto logro murmurar.

—Fui yo quien te regaló el libro, te dije lo que sentía, te llevó al cine, te besó delante de su prometida y la dejó plantada para pasar una buena tarde contigo. ¿Puedes decirme, por favor, qué es lo que sientes? ¿Qué has hecho tú?

—Haberlo permitido.

El silencio llena el espacio entre nosotros, que de pronto siento insalvable. No quería insinuar lo que he dicho, pero lo he hecho y ahora los ojos de Víctor están llenos de dudas. Sus labios se han tensado en una línea inexpresiva. Alargo una mano hacia él.

—Lo último que quería era causarte problemas.

—Marina, tú no eres el problema —se limita a responder, cogiéndome de la mano y acariciando mi piel—. No quiero casarme con Eulalia. ¡El problema soy yo!

—¿Aún quiere mantener el compromiso?

—Sí. Dice que es tarde para anularlo. Cree que es mejor obligar a alguien a contraer matrimonio en contra de su voluntad que enfrentarse a las habladurías de la gente. Sería un gran escándalo para ella, dice. ¡Abandonada por su marido incluso antes de casarse! ¡Qué vergüenza, qué deshonor! —grita, fingiendo indignación.

Me dan ganas de reír, pero la culpa me detiene.

—Está enamorada —susurro. Quizás la empuje el orgullo, es cierto, pero sé que lo que la hace actuar es al fin y al cabo lo mismo que mueve a Víctor.

—Yo también. La diferencia es que yo no busco hacerle daño. Desde el primer momento he sido sincero con ella —responde él. Se pasa una mano por el pelo, nervioso, inquieto—. ¿Aún quieres irte?

—Más que nunca.

—Cuanto antes mejor. Mis padres aún están pensando qué hacer conmigo. Creo que si pudieran me mandarían a luchar a Rusia.

—No te sentaría bien el uniforme —intento bromear. Después de ver los moratones que recorren su brazo, podría creer cualquier cosa del señor Altarriba. Aunque no tantos como Cisco, he recibido más de un golpe de mi padre, pero nunca me ha salido un moratón por su culpa.

—¿Qué haces el viernes?

—¿Acompañarte a comprar un uniforme del ejército ruso?

—Estaba pensando en coger un tren hacia Madrid.

—¿El viernes?

Sólo faltan cuatro días.

—El viernes.

—El viernes... —repito, consciente de la importancia de nuestra conversación. Víctor está mirándome, esperando una respuesta, con los labios preparados para dibujar una sonrisa triunfal. Asiento—. El viernes.

Víctor se lanza sobre mí para abrazarme.

—Escribiré a mi hermano. ¡Y compraré los billetes! ¡Sí, mañana mismo!

Disfruto del momento, apoyada en el pecho de Víctor, hasta que el ruido de las llaves en la cerradura me hace apartarme de un salto. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, padre aparece. Al vernos, su cara empieza a perder color hasta quedarse tan pálida como la tiza.

—Así que es cierto.

Se quita la boina y la tira al suelo con furia.

—Señor, no...

—Vete, chico. Vete a casa.

Víctor me mira, como diciéndome que basta una palabra para hacer que se quede. Sin embargo, y a pesar de lo mucho que deseo que lo haga, me fuerzo a asentir con la cabeza. Hacer que se quede sólo retrasaría la tormenta, y padre no soporta tener que

esperar. Víctor se pone la chaqueta bajo la atenta mirada de mi padre y sale de la casa sin atreverse a despedirse.

Aún me duele la garganta de tanto gritar y la mejilla de soportar los bofetones que me regaló padre. Me doy la vuelta en el colchón para apoyar la parte de la cara que no tengo dolorida. Las imágenes de la tarde anterior sacuden mi memoria. Los gritos de padre, los insultos, los golpes... Nunca lo había visto tan enfadado. Incluso quiso echarme de casa, pero no como otras veces. Quiso echarme de verdad, empujándome al rellano. Por suerte, madre me encontró llorando en las escaleras y convenció a padre para que me dejara volver a entrar. No sé por cuánto tiempo. Supongo que tampoco importa. El viernes me iré de aquí por voluntad propia.

Debe de ser tarde ya. La noche se me ha hecho eterna. Entre el insomnio y las magulladuras no he podido pegar ojo.

—¿Madre? —pretendo gritar, pero todo cuanto sale de mi boca es un patético hilo de voz. Nadie responde, así que vuelvo a llamarla. Nada.

Respiro aliviada. Después de nuestra discusión, padre quiso poner al corriente a madre de lo ocurrido. Llegaba tarde, por supuesto. Como a él, la señora Emilia la había interceptado en el portal y la había puesto al día. Escuché toda su charla apoyada en la puerta de mi habitación, y tengo que decir que fue de lo más aburrida. En cinco minutos habían decidido que estaría prácticamente bajo arresto domiciliario. Al parecer, sólo podré salir para ir al mercado o hacer la colada, y Emilia va a fichar todas mis entradas y salidas del edificio. Están decididos a no dejarme ver a Víctor.

Me acurruco bajo la manta y me dispongo a dormir. Ya que no puedo salir de casa, al menos aprovecharé para descansar.

Los siguientes días habrían sido una verdadera tortura de no ser por Cisco. Únicamente he podido salir el miércoles y el jueves para ir a hacer la colada. Por supuesto, en ninguna de mis fugaces salidas he conseguido ver a Víctor. Cuando salgo, la señora Emilia sigue todos mis movimientos, y cuando vuelvo, se empeña en acompañarme hasta la mismísima puerta de mi casa con la excusa de contarme cualquier chifladura. Madre está en casa de los Altarriba, dándole el pecho a Xavier. Desde mi despido, pasa más tiempo de lo habitual ahí abajo.

Por el momento, los señores no han contratado a nadie y están cubriendo el vacío que he dejado con mi madre. Cisco y yo creemos que tienen miedo de contratar a otra desconocida, no sea que les salga rana como yo. Sea como sea, me consuela saber que mi salario sigue entrando en casa, aunque sea por otras manos. El consuelo podría ser casi total si madre se dignara a decirme qué pasa ahí abajo, pero se niega en rotundo. Después de la discusión del domingo, ni siquiera me atrevo a preguntarle. No le ha hecho mucha gracia saber que su hija, su querida e inocente hija, ha «seducido», según sus propias palabras, a un «hombre respetable y prometido».

Así que Cisco es mi único contacto con el mundo de los Altarriba. Ha conseguido hablar un par de veces con Elvira, aunque la mujer sabe más bien poco de lo que se está cociendo. Mi hermano sólo consigue decirme que Víctor pasa poco tiempo en casa y que parece nervioso. Yo también lo estoy, sobre todo porque no ha subido ni una sola vez en estos tres días. Sé que dadas las circunstancias es lo más inteligente, y aun así no puedo evitar sentir la necesidad de verlo, de que me diga que ha comprado los billetes y que el viernes nos iremos lejos de aquí.

La espera termina la mañana del viernes. Cisco entra en casa corriendo. Saluda al aire y al ver que soy la única que responde, dado que estoy sola en casa, desaparece. Vuelve a entrar medio minuto más tarde, esta vez acompañado.

—¡Víctor!

Tiene mala cara. Muy mala cara, de hecho. Está despeinado y el contorno de sus ojos tiene un nada saludable tono violeta. Aun así, sonrío al verme y su expresión adquiere un tono mucho más cálido. Se vuelve hacia mi hermano y le dice:

—¿Puedes...?

Cisco asiente y desaparece, cerrando la puerta detrás de él.

—Siento no haber podido venir hasta ahora. Le pedí a tu hermano que me avisara cuando te quedaras sola, y aunque ha cumplido, no he podido escaparme sin que me vieran hasta hoy. Un buen hombre, tu hermano. Un poco revolucionario, pero un buen hombre.

Está parlotando demasiado. Cuando Víctor habla más de la cuenta es que algo lo inquieta.

—¿Qué ocurre?

Víctor se pasa una mano por el pelo, resoplando, y se deja caer en el escaño. Me siento junto a él, preparada para lo que sea que tenga que decir.

—No he podido comprar los billetes.

Algo tenía que salir mal, por supuesto. Intento sonreír. No pasa nada, es sólo una dificultad. Nos iremos más tarde. ¿Qué importa? Puedo esperar un día, o dos, o cinco más. Y si Víctor no logra deshacerse de sus padres y de Eulalia, puedo ir yo a comprar los billetes. Aunque también me vigilan, cuento con la ayuda de mi hermano. Sí, él nos ayudará. Víctor habla antes de que pueda decirle nada de todo lo que está hirviendo ahora en mi cabeza. Le tiembla la voz.

—Lo solucionaré.

—Yo puedo...

—Hay complicaciones —me corta—. Pero lo solucionaré, te lo prometo. Te lo prometo, Marina.

Me atrae hacia él. Estamos un buen rato en silencio, abrazados. Cisco nos avisará si viene alguien.

—Te quiero —dice de pronto.

Aún me estremezco al oír esas palabras. Es como si las hubiera robado, como si no estuvieran dirigidas a mí y yo intentara hacerlas mías a la fuerza. Pero Víctor me las dice a mí y sólo a mí.

—Y yo a ti.

—A veces pienso que te he complicado la vida. Debías de vivir feliz antes de que apareciera, ¿verdad? Chocando con la gente, sacando tu vena más impertinente... —intenta bromear—. Inventándote finales para *Peter Pan*.

—Víctor —lo reprendo con tono duro—. Deja de decir tonterías.

—Lo digo en serio —asegura él, separándose de mí y adoptando su posición más solemne. Conozco esa mirada: va a soltar uno de sus discursos—: Te he complicado la vida. A veces me da miedo que te des cuenta de lo que te estoy haciendo y decidas dejarme atrás. Olvidarme. No lo sé. Quizás esto es demasiado para ti. Eulalia, mis padres, Madrid... Tú tenías una vida tranquila. Y sólo porque yo no he sido capaz de hacer lo correcto...

Creo que ni él mismo sabe adónde quiere ir a parar. Simplemente habla, soltando todas las frases que le vienen a la cabeza sin orden ni concierto. Tengo que detenerlo.

—¿De lo que me estás haciendo? ¿Lo correcto? —bufa—. ¿Tú te estás oyendo? Como si esto fuera sólo cosa tuya. Creo que yo también pinto algo en todo esto, ¿no? Si yo no hubiera querido, no estaríamos ahora aquí. De acuerdo, mi vida se ha complicado. ¿Y qué? Nosotros lo hemos elegido así. Yo lo prefiero así. Prefiero una vida complicada a tu lado, sea donde sea y sea cuando sea, que renunciar a ti. Para mí, esto es lo correcto. Estar juntos.

—¿Y si dentro de un tiempo te das cuenta de que no soy lo que querías?

—¿Y si dentro de un tiempo la luna se descuelga y nos cae sobre la cabeza?

—Hablo en serio.

—Y yo. Víctor, estoy segura de esto. Tengo miedo, pero ninguna duda. Te quiero y seguiré siendo así mientras la luna continúe ahí arriba.

Lo beso, como sellando el trato. Un beso largo, intenso, perfumado por el aroma de

Víctor, que me atrae hacia él. Recorre mi mandíbula con los labios hasta esconder su rostro en mi cuello. Siento su aliento cálido trepar por mi piel, erizándola a su paso.

—¿Es una promesa?

No tengo que responder. Ambos sabemos la respuesta.

Tras aquel último sueño, se había despertado de repente, como si un resorte invisible hubiera empujado su inconsciencia hacia la realidad. Había vuelto a dormirse, pero los minutos y las horas habían transcurrido en la más absoluta negrura. Aquella noche no había soñado nada, ni tampoco la siguiente. No era la primera vez que le pasaba, pero, en aquella ocasión, la incertidumbre de no saber si al irse a dormir vería o no a Víctor era más fuerte que su lógica. Por eso, cuando aquel miércoles se despertó con la mente completamente en blanco, la tranquilizó acordarse de que aquella misma tarde vería a Leo.

No había elegido el lugar de la cita al azar. Incluso había comprobado la dirección concreta en Internet. Había pasado por allí miles de veces y nunca se había parado a observar aquel hotel, uno más de los muchos que llenaban las calles de Barcelona. Pero no era uno cualquiera: aunque el tiempo hubiera cambiado el aspecto de las calles y los edificios, Abril podía reconocer perfectamente aquel lugar. La cuestión era si Leo también lo haría.

Pasase lo que pasara, aquella tarde obtendría una respuesta a los quebraderos de cabeza que la acosaban desde el fin de semana. Ni siquiera se había atrevido a buscar el nombre de Víctor en la hemeroteca del periódico. Si de verdad Marina y Víctor habían sido reales, no quería que se lo confirmara una máquina. Quería verlo en la mirada de Leo.

Cuando torció la esquina y vio a lo lejos el hotel, desaceleró el paso e intentó localizar al chico, pero no lo vio por ninguna parte. Se acercó más a la puerta principal, abriéndose paso entre los huéspedes que entraban y salían, y se quedó de pie junto a uno de los dos pequeños árboles plantados en dos tiestos que flanqueaban la entrada. Lo observó con detenimiento. La copa era completamente redonda y el tronco estaba formado por lo que parecían media docena de finos troncos independientes que habían sido forzados a cruzarse y unirse en una única estructura, creando una suerte de reja natural cilíndrica.

Se fijó en que entre los huecos había alojado un papel, doblado de forma cuidadosa. No había caído ahí por casualidad.

Volvió a mirar a su alrededor. No había más que turistas y personas de negocios demasiado estresadas como para fijarse en ella. Ni rastro de Leo. Alargó una mano de forma vacilante y sacó el papel del extraño tronco. Lo desdobló y reconoció en el folio la impecable letra de Leo.

Cada vez escoges sitios más extraños, chica primaveral, y sólo se me ocurren dos motivos por los que hayas decidido citarme justo delante de este hotel. Tres en realidad, pero, dado que ni siquiera te atreves a acercarte a mí, no creo que tu intención sea coger una habitación para tener algo más de intimidad, ¿cierto?

Así que me dejas con dos opciones:

Eres fan incondicional de los Beatles. Si lo eres, sabrás que en este hotel se hospedaron la única vez que estuvieron en Barcelona, en 1965. Aún conservan la que llaman «The Beatles Suite», lo que no deja de ser un poco raro y morboso, ¿no crees? Está llena de fotografías de la banda y creo que hasta hay un bajo que perteneció a McCartney.

Una opción más rebuscada, quizás, pero tengo el presentimiento de que es la acertada. Dime si me equivoco. Es un lugar especial. O lo fue, mejor dicho. Hasta 1953, este edificio estuvo ocupado por el Cine Ideal. No tiene nada que ver con el hotel, sino con los cines, ¿me equivoco? Dime que no, porque estoy al borde de la locura.

No me malinterpretes, pero no puedo más con esto. Podría decir que no es por ti... Mentiría. Sí es por ti, y por mí. Es por todo. La próxima vez que te vea, Abril, quiero que sea real. Sin mediadores, sin cartas.

En la calle València, esquina con rambla de Catalunya. Dos portales hacia la derecha. Nos vemos ahí a las siete de la tarde.

I saw a girl in my dreams

And so it seems

That I will love her^[1]

Leo

Leyó la carta una, dos y tres veces, e incluso se detuvo a releer los versos del final hasta que le pareció asociarlos a una canción de los Beatles. Asintió lentamente, sin apartar los ojos del papel, segura de que Leo estaba observándola desde el abrigo de algún portal. Se guardó la carta en el bolsillo trasero del pantalón y se alejó de la entrada del hotel, demasiado concurrida, mientras repetía una y otra vez los versos en su cabeza, como un mantra.

I saw a girl in my dreams, I saw a girl in my dreams...

A veces la ignorancia es el mejor escudo contra aquello que la gente desconoce. Negar la realidad se convierte en el modo de mantener el equilibrio sobre la fina línea que separa la cordura y la locura. Avanzar por esa cuerda es tortuoso, y son muchos los que temen caer hacia el lado incorrecto. Abril había andado por encima de esa frontera con los ojos vendados, guiada por el eco de unos sueños con sabor a nostalgia, sin darse cuenta de que bajo sus pies siempre había habido suelo firme y que el temor a la demencia no era más que el miedo a aceptar la realidad.

... And so it seems that I will love her.

Respiró profundamente y le echó un último vistazo al lugar donde años atrás había estado el Cine Ideal. Pensar que había estado allí tanto tiempo atrás, aunque fuera bajo otro nombre y otra vida, la hacía estremecer.

Por primera vez en mucho tiempo, sentía que caminaba sobre algo sólido. Antes de entregarse completamente, sin embargo, había algo que debía hacer. Sacó el móvil del bolso y le dio a uno de los botones de marcación rápida. Cuando oyó la voz adormilada al otro lado, se limitó a decir:

—Necesito tu ayuda.

Veintiuno

Mi ropa aún huele a él.

Cuando Víctor se ha ido, Cisco ha tardado en volver, y al hacerlo lucía una expresión demasiado parecida a la de Víctor. Decaída. Intento averiguar qué sucede sin ningún resultado. Cisco pone alguna excusa y se las apaña para desaparecer de casa hasta que el sol ya ha caído del todo. Cuando vuelve, el resto de la familia está aquí, así que no puedo preguntarle nada.

Apenas consigo cenar. Tengo un nudo ardiente en el estómago. Con la excusa de llevar a las niñas a la cama, me encierro en mi habitación, que durante los últimos días se ha convertido en mi refugio. Les cuento un cuento —*Peter Pan*, siempre con mi final feliz— y me tumbo en la cama. Arropada bajo las mantas, cuento los segundos hasta quedarme dormida.

Al día siguiente, mientras estoy vistiéndome para ir al mercado con Cisco y las niñas, mi hermano entra en el cuarto de baño sin llamar.

Me vuelvo hacia él, con el peine en la mano. Me tiende una carta. Lo miro sin entender nada y él hace un gesto para que la coja. Parece impaciente por dejar de tocarla. La cojo, dubitativa. Está sellada, pero no lleva ninguna firma. Siento un pinchazo en el pecho. Un mal presentimiento. Recibir una carta de alguien que vive apenas unos metros debajo de ti no es una buena señal y estoy convencida de que es suya.

—Me la dio anoche —murmura Cisco. Vuelvo a levantar la vista hacia él, que evita mirarme—. ¿Quieres que...?

Aunque no sé qué va a decir, lo interrumpo, negando con la cabeza.

—Cúbreme —le digo simplemente, mientras me dirijo hacia la puerta. Necesito salir de casa, pero sobre todo necesito unos cuantos minutos para reunir valor para leer la carta.

—Voy contigo.

—Prefiero leerla sola.

—Ya sabes que la señora Emilia no se aparta de su portería y si ve que sales sola... Padre se pondrá furioso.

Suspiro.

—Sólo hasta la esquina —accedo.

—De acuerdo.

Me pongo mi chaqueta y escondo debajo la carta. La señora Emilia tiene demasiada buena vista y prefiero evitar cualquier pregunta.

Cisco cumple su promesa. Me quedo de pie, observando cómo mi hermano baja por rambla de Catalunya mientras pienso adónde puedo ir. Tengo quince minutos antes de que deba reunirme con Cisco en el portal de nuevo. Aún tenemos que ir al mercado y las niñas se han quedado solas en casa. Decido echar a andar en línea recta, hacia el paseo de Gràcia.

Tres minutos más tarde estoy sentada en uno de los bancos-farola de Falqués. Acaricio la carta, como si así pudiera suavizar el mensaje que esconde. Suspiro y rompo el sello, empujada por el recuerdo de la conversación que tuve con Víctor en este mismo lugar en diciembre. ¿A qué viene tanto miedo? Me vienen a la mente las imágenes y las palabras del día anterior. Me desembarazo de todo temor, inundada de repente por una confianza ciega, y empiezo a leer la carta.

La leo varias veces. Mi mente no puede procesar lo que estoy leyendo. Salta de una palabra a otra, intentando buscar un sentido a lo que Víctor ha querido decirme. Pero no puede. No puedo.

El corazón me bombea con tanta fuerza que me duele el pecho. Temo que mis costillas se rompan de un momento a otro. Siento mil impulsos: llorar, gritar, blasfemar y maldecir. Es tanto lo que siento que ningún sentimiento logra imponerse sobre los demás. Estoy quieta, muy quieta, mirando al infinito sin ver nada. No puede ser verdad. No puede haberlo hecho... Estoy enfadada, sí. Muy enfadada. Me gustaría llegar hasta dondequiera que esté y golpearlo hasta quedarme exhausta. Hasta dormirme.

Dormir. ¿No será un sueño? Me golpeo la mano contra el hierro de la farola. A juzgar por el dolor intenso que recorre mi brazo, estoy despierta. Desafortunadamente despierta. ¿Será una broma? Quizás alguien ha escrito la carta y...

No. Es su letra, estoy segura.

Debe de ser verdad, pues.

Vuelvo a leer la carta, una y otra vez. En silencio, conteniendo la respiración. El mundo gira demasiado rápido a mi alrededor. Tanto que siento que voy a desmayarme de un momento a otro.

No lloro.

No grito.

No blasfemo.

No maldigo.

Me limito a dejar que el tiempo pase.

—No entiendo cómo me has convencido para hacer esto —refunfuñó Héctor mientras se colocaba correctamente la corbata.

Mario se detuvo a su lado y dejó la pesada caja de cartón junto a la puerta. Se volvió hacia Abril para preguntarle si aquel era el portal. Por su expresión temblorosa, supo que habían llegado al lugar.

Abril dio un paso hacia el interior mientras sentía que su corazón se iba encogiendo. Era tal como lo recordaba. Un ascensor mucho más actual ocupaba el lugar donde antaño se había situado el ascensor modernista, y las baldosas del suelo habían sido sustituidas por un pavimento de color oscuro. A pesar de los cambios, y de que la puerta de servicio de los Altarriba había desaparecido, sabía que aquel era el lugar. Había pasado mucho tiempo allí como para no reconocer el portal. La escalera y la portería seguían prácticamente igual, aunque era evidente que se habían hecho reformas para modernizar el portal, mejorando los materiales y haciendo un hueco para las nuevas tecnologías.

Cuando lo había llamado, Héctor se había negado en redondo. Le había parecido una idea estúpida e inútil, así que Abril recurrió al plan alternativo: Mario. Él había convencido a Héctor y había perfeccionado la rudimentaria idea que se le había ocurrido a Abril.

No podía creer que estuviera allí, el lugar donde cien años atrás habían vivido Víctor y Marina. Les hizo un gesto nervioso a sus amigos para que la siguieran.

—Si no te importa, prefiero coger el ascensor —se excusó Mario, señalando la caja que tenía junto a él, cuando vio que Abril se dirigía hacia la escalera—. ¿Qué piso es?

—Vayamos al primero —respondió ella secamente antes de empezar a subir por las escaleras lentamente, recordando cuántas conversaciones había tenido allí con Cisco, ocultos en las sombras de la noche.

Había interiorizado tanto aquel camino que tuvo que retroceder al ser consciente de que estaba yendo hasta el último piso. Se quedó quieta delante de la única puerta que había en el rellano del primer piso e intentó dejar la mente en blanco. En apenas unos minutos iba a entrar en la que había sido la casa de los Altarriba.

Héctor fue el primero en salir del ascensor, con pose resignada.

—¿Has llamado? —preguntó Mario al tiempo que salía del ascensor con la caja. Tras la negativa de Abril, pulsó el timbre blanco.

Aquello también era nuevo, se dijo la chica mientras intentaba calmarse. No sería Eduardo quien le abriría la puerta. Esperaron cerca de un minuto hasta que Héctor decidió volver a llamar, de forma mucho más insistente esta vez. Tampoco obtuvieron respuesta alguna.

—Es una señal —masculló Héctor—. Esto es una tontería y yo tengo un trabajo de la universidad que hacer.

—Es este edificio, ¿verdad? —quiso asegurarse Mario.

Abril movió la cabeza de forma afirmativa, sin dejar de mirar la puerta de madera envejecida que la separaba del piso donde una vez había trabajado. Casi le parecía sentir el perfume de la señora Altarriba y oír el eco de las risas de Clara y Gabriel.

—Entonces vayamos al piso de Marina. ¿Cuál es?

—Última planta. Os espero arriba.

Héctor soltó un bufido exasperado y volvió a llamar al ascensor, completamente resignado. La puerta se abrió al momento.

—No seas tan gruñón —lo regañó Mario al tiempo que volvía a meter la caja en el ascensor. Esperó a que Héctor entrara y pulsó el botón—. Abril debería haber hecho esto hace mucho tiempo. Además, será divertido.

—Hablas tú —dijo como toda respuesta.

—Será un placer. —Rió, golpeando cariñosamente la caja.

En esta ocasión, encontraron a Abril completamente embobada siguiendo todos los detalles de la puerta que quedaba a la derecha del rellano, junto a la escalera. Para sacarla del trance, Mario se acercó y golpeó el timbre casi con violencia. Abril reaccionó, asustada, y dio un paso hacia atrás para alejarse de la entrada. Al otro lado de la puerta se oyeron unos ruidos y una voz lejana que los instaba a esperar.

—¡A vuestras posiciones! —les urgió Mario, colocándose delante de la puerta. Arrastró a Héctor a su lado y se alisó el traje. No estaban perfectos, pero darían el pego. Si no hubiera sido de un día para otro, podría haberse dejado crecer la barba para parecer algo mayor de lo que realmente era.

Por suerte, abrió la puerta una anciana de pelo blanco y gafas de culo de botella. No iba a darse cuenta de que no encajaban en el perfil, de modo que apoyó las manos sobre la caja, carraspeó y empezó a hablar con tono ceremonioso.

—Señora, ¿no está cansada de barrer y que la pelusa se quede enganchada en la escoba? ¿O de intentar recoger toda la porquería con un recogedor que nunca merece tal

nombre? ¡Pues dígale adiós a su vieja escoba y entre de lleno en el siglo XXI! ¡Ya ni las brujas utilizan una escoba! Ahora lo que se lleva es el nuevo aspirador... —Mario dudó unos segundos antes de exclamar—: ¡Nimbus 2000!

Abril, a pesar de los nervios, logró contener la risa que le provocaba la capacidad de improvisación del chico.

—No necesito nada, gracias —dijo la anciana, titubeante.

—¡Eso es lo que usted cree! —prosiguió Mario, totalmente absorbido por su personaje—. Pero cuando conozca esta maravilla... ¡Señor! Dígame, ¿no es usted una señora moderna?

La mujer lo miró por encima de sus gafas y se encogió de hombros.

—¡Claro que lo es! Y seguro que quiere que sus nietos lo sepan y para eso necesita nuestro novedoso Nimbus 2000! Sin ningún compromiso, sin pagar nada, vamos a hacerle una propuesta... ¡sólo por ser usted! Vamos a hacerle una demostración del funcionamiento del Nimbus 2000, el mejor aspirador del mercado. Verá cómo brilla su suelo. ¿Cómo se llama, señora?

—Olga.

—Muy bien, señora Olga —dijo él con la mejor de sus sonrisas—. Si nos permite realizar la demostración, la obsequiaremos con un regalo sorpresa. Si es que no la sorprende lo suficiente nuestro aspirador, claro está.

La mujer levantó la vista y miró a los tres jóvenes, como buscando alguna señal que le permitiera descartar que fueran ladrones. Debió de pensar que eran inofensivos, porque enseguida abrió la puerta de par en par e hizo un gesto para que entraran en el piso.

—Muy amable. Yo soy Mario y él es Héctor, del departamento de ventas. Estamos en prácticas. Y Abril, del departamento de supervisión técnica para la venta de electrodomésticos *muggles* —sonrió Mario. Aquello estaba siendo divertido. La anciana asintió como si entendiese lo que le estaba diciendo el chico, que ahora cogía la caja con el aspirador.

Habían cambiado prácticamente toda la distribución. El recibidor era ahora algo más pequeño y tenía sólo dos puertas. La mujer señaló la corredera que tenían delante, algo entreabierta.

—Vayamos al salón.

Seguramente no sabía que aquel lugar, muchos años atrás, había sido una cocina. No parecía el mismo sitio. Estaba decorado al más puro estilo de los cincuenta, aunque algunos detalles, como el teléfono o el televisor de plasma, revelaban el año en el que se

encontraban. Lo único que no había cambiado era la poca luz. La anciana encendió la lámpara de araña que colgaba del techo y el salón se llenó de reflejos tintineantes.

Mario sacó el aspirador de la caja, dando gracias de que su madre fuera una mujer tradicional, de las que prefería una escoba a aquellos cacharros modernos, como decía ella. Se lo había regalado su marido, el padre de Mario, en unas Navidades poco imaginativas, y apenas lo había utilizado, así que el chico había podido sacarlo de casa sin que nadie lo echara en falta.

—Como ve, tiene un acabado plateado precioso. Aspira cualquier cosa y sobre cualquier superficie. Ya verá, permítame que se lo muestre. Héctor, por favor, tire unas migas de pan sobre la alfombra. ¡No se preocupe, señora Olga! Quedará incluso más limpio de lo que estaba. Nuestro aspirador Nimbus 2000 tiene una succión sorprendente que...

Siguió parlotando mientras Héctor sacaba diligentemente una bolsita llena de migas de pan y las extendía por la alfombra. Mario enchufó el aspirador y empezó a tocar botones al azar.

—Héctor, por favor, ¿podría ayudarme? Me he dejado las gafas de cerca. —Se volvió para sonreírle a la señora y movió el dedo índice de forma amenazante—. Eso es de ver tanto la televisión. Deberíamos acostumbrarnos a salir más a la calle, ¿no cree, señora Olga?

Antes de que respondiera, Abril carraspeó para atraer la atención de la mujer. Era ahora o nunca.

—¿Me permite ir al baño?

—Por supuesto, hija. Al otro lado de esa puerta —dijo, señalando la segunda puerta del recibidor— hay un pasillo. Es la segunda a la derecha.

Abril sonrió y salió del salón con el corazón en un puño. La casa no era la misma, pero seguía impregnada por todos los recuerdos de lo que allí había acontecido un día. A medida que avanzaba por el pasillo, una sonrisa inocente iba adueñándose del rostro de Abril.

Se quedó quieta en medio de pasillo y cerró los ojos para intentar situar el lugar donde debía encontrarse su antigua habitación. Seguramente no seguiría escondida allí. Era imposible que hubiera permanecido oculta durante tantos años... Pero sabía que allí la había dejado Marina. No lo había visto en sus sueños, simplemente lo sentía. Lo sabía.

Tenía que ser la última puerta a la izquierda, de modo que se dirigió a ella sin dudar. Al entrar en el despacho, no pudo sino dejarse caer contra la pared, desolada. La pared tras la que Marina tenía su escondrijo secreto, el lugar donde había esperado encontrar el libro de *Peter Pan*, estaba completamente cubierta por una librería. Era imposible moverla.

Iba a salir de la habitación cuando algo le llamó la atención. Una caja de latón brillaba entre los cachivaches que la señora Olga había acumulado en la estantería durante los años. Se subió a una silla y cogió la caja con manos temblorosas. La giró sobre sí misma hasta dar con el pequeño candado que recordaba. Estaba cerrado, tal como esperaba. Recordaba haber visto aquella caja en manos de su madre, de la madre de Marina. La utilizaba para guardar todos sus enseres de costura, hasta que Marina se la había pedido para guardar sus cosas. Tenía el tamaño perfecto para albergar un libro.

Y, de hecho, pesaba tanto como un libro.

Abril se mordió las uñas, dubitativa, y salió del despacho con la caja pegada al pecho. Se encerró en el lavabo y se dejó caer sobre las baldosas amarillentas. ¿Habría abierto alguien aquella caja? ¿Seguía conteniendo lo que Marina había ocultado en ella? Suspiró, debatiéndose entre intentar abrir la caja, llevársela sin permiso o intentar descubrir qué había en su interior a través de la propietaria de la casa.

Se decantó por la última opción. Era la correcta, aunque fuera la que menos la convenciese, de modo que se puso de pie antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión. Tiró de la cadena para fingir que realmente había usado el baño y volvió a la sala de estar, donde Mario seguía enumerándole las mil y una virtudes del aspirador a la señora Olga.

Abril carraspeó para llamar la atención de la anciana, que la miró a los ojos antes de dejar caer la vista hasta la caja que llevaba entre las manos.

—Perdone, señora Olga, he visto esta caja y quería preguntarle dónde, cómo... —empezó a decir ella de forma atropellada. Respiró hondo e improvisó—: Mi abuela tenía una igual y me preguntaba dónde la había comprado. Murió hace unos meses y yo... quería regalarle una a mi madre para que guardara en ella las fotografías de mi abuela.

Era consciente de las miradas que le lanzaban sus amigos, entre perplejas y divertidas. Tanto su abuela materna como la paterna estaban vivas. No había sido la mejor mentira del mundo, pero no se le había ocurrido nada más para descubrir si aquella caja había podido pertenecer realmente a Marina y si seguía conteniendo el libro de *Peter Pan*.

—La encontré, hija. Me mudé aquí en el 53, después de casarme. La casa había estado vacía desde el inicio de la guerra, así que tuvimos que hacer reformas. No teníamos mucho dinero, ya sabes, la época de la posguerra... Pero la pusimos bonita. Encontramos algunas cosas escondidas u olvidadas en el piso, supongo que de los antiguos propietarios.

—¿Esta caja? —preguntó Abril, impaciente.

—No, no. Esta caja la encontró mi hijo mayor, Javier, hace dos... no, cuatro años. Cuatro, sí. La encontró haciendo reformas. Creo que estaba escondida tras una pared. No lo recuerdo. No se puede abrir, pero es bonita, ¿verdad?

Así que no la habían abierto.

—¿Le importaría vendérmela? Para mi madre sería el mejor regalo que podría hacerle. Estaba tan unida a su madre, mi abuela... —rogó. Ni siquiera tenía que fingir tristeza; su voz ya salía quebrada de su garganta—. La haría tan feliz...

—Jefa —intervino Mario—, podemos hacerle un descuento en el precio del aspirador. ¿Qué tal un 15%? Es una ganga —le dijo a la señora Olga, que se mostraba dubitativa. Si aquella mujer de aspecto casi adolescente deseaba tanto la caja, quizás tuviera algún valor.

—Por favor. Tiene un gran valor sentimental —susurró Abril, desesperada.

—Está bien —accedió finalmente la mujer. Era un buen trato. Aquella caja no valía absolutamente nada.

Abril respiró por fin. El corazón le latía a cien por hora. Sonrió y se apresuró a decir:

—Entonces, si le interesa, pasará uno de nuestros vendedores a traerle su nueva Nimbus 2000. Y el obsequio sorpresa que le hemos prometido.

—¿No puede darme esa?

—Lo siento, señora Olga, pero esta es de prueba. La necesitamos para las demostraciones —se excusó Mario, antes de volverse hacia Abril, que se había quedado quieta en la puerta de entrada, con el rostro pálido y las manos encima del estómago—. Ahora, si nos disculpa, creo que a mi compañera la han invadido los rojos. Ya me entiende, el periodo. Cosas de mujeres. Entonces, si le interesa el producto volveremos a pasar a lo largo de esta semana.

Se despidieron amablemente y salieron del piso sin decir nada. El ascensor empezó a descender con los tres amigos en su interior.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Héctor.

—Tengo que abrir esta caja como sea.

—¿Por qué?

—Tengo que abrirla —repitió Abril. Cuando había hablado con ellos, sólo les había dicho que quería entrar en los pisos de Víctor y Marina para comprobar que eran reales. No había mencionado la caja ni el libro que había escondido dentro.

Mario miró la caja de latón y el ascensor se detuvo.

—Héctor, encárgate del aspirador —le ordenó mientras salía al portal—. Y tú, Abril, dame la caja y dos pendientes.

Salieron a la calle y Mario empezó a trastear con la cerradura de la cajita.

—Es fácil abrir estas cosas si sabes cómo y tienes la herramienta adecuada —dijo, señalando con la cabeza los pendientes de la chica, de los que se servía para pulsar los mecanismos interiores del cerrojo. Le costó más de cinco minutos y una decena de improperios, pero lo consiguió—. ¡Listo!

Héctor y Abril se acercaron a él, ansiosos. Mario abrió la tapa lentamente.

—No puede ser —murmuró.

—¿Eso es...? —balbuceó Héctor—. ¡Eso vale una pasta, Abril!

—Una primera edición de *Peter and Wendy*. 1911. La que Víctor le regaló a Marina —dijo Abril, sorprendentemente calmada. Cogió el libro con cuidado, siendo consciente de que cien años atrás había estado en manos de Víctor. Y en las suyas. Lo abrió y buscó la primera página—. Tiene su nombre: Víctor Altarriba Anglada. Y la cita de James Matthew Barrie: «Si tienes amor, no necesitas nada más; y si no lo tienes, no importa demasiado qué más tengas».

—No puede ser.

—¿Y esto? —inquirió Mario, sacando un pliego de papeles amarillentos de dentro de la caja.

—La traducción que hizo Víctor del libro.

—No puede ser —repitió Héctor, abrumado.

—Aún es peor —murmuró Abril. Deslizó los dedos por los contornos del libro hasta dar con una leve protuberancia. La parte superior de la tela que cubría la portada había sido rasgada y luego cosida de nuevo con hilo verde.

—¿Cómo sabes...?

—Lo pensé cuando recibí la carta. Creí que tenía que esconderla en algún lugar próximo a Víctor y se me ocurrió guardarla dentro del libro para que nunca se perdiera. No sé si llegué a hacerlo —dijo, más hablando consigo misma que con los dos chicos.

Héctor y Mario se miraron, conscientes de que había empezado a hablar en primera persona. Fue Mario el que se atrevió a preguntar:

—¿Qué carta?

Abril suspiró profundamente. No estaba preparada para volver a leerla y, aun así, necesitaba hacerlo. Rompió el hilo con cuidado e introdujo una mano entre la tela y el lomo

del libro hasta dar con un trozo de papel.

Desdobló la carta con dedicadeza y se encontró con la siempre impecable letra de Víctor. Comenzó a leer, sin importarle que por encima de su hombro estuvieran haciéndolo también Héctor y Mario.

28 de enero de 1915

Querida Marina:

~~Tengo que i~~

Perdónam

Soy un cobarde. Esta tarde he subido con la intención de contártelo, te lo juro. No he sido capaz. Perdóname. Soy un cobarde.

Hace cuatro días, mi padre interceptó una carta de Joaquín y se ha enterado de todo. Montó en cólera. Jamás lo había visto tan enfadado. No puedes hacerte una idea... Me extraña que no hayas oído sus gritos y sus blasfemias desde tu casa. Dijo que no iba a permitir que un segundo hijo lo avergonzara tanto como el primero. Pensó en denunciarte. ¿Bajo qué acusación? No lo sé. Supongo que por eso desechó la idea. Creyó más oportuno intimidarte para que te echaras atrás. Habló de despedir a tu madre y mover algunos hilos para conseguir que echaran a tu padre y a Cisco, trabaje donde trabaje. Te aseguro que si lo hiciera no volverían a trabajar en ninguna fábrica de la ciudad. Os condenaría.

No podía permitirlo. Le prometí que dejaría de verte y que intentaría darle una oportunidad a mi compromiso, pero para él no era suficiente. Aunque lo hiciera, seguirías demasiado cerca. Incluso si volviera a Tarragona con Eulalia, dijo, seguiría demasiado cerca de ti. Y de Joaquín. Dice que es una mala influencia, está convencido de que ha sido él el que me ha llenado la cabeza de tonterías. Intenté explicárselo. Ni caso, por supuesto.

Quiere Va a mandarme a Estados Unidos. América. El Nuevo Mundo. Fue Eulalia quien lo sugirió. Dijo que había pensado volver de todos modos después de nuestra boda. Al parecer, uno de los hermanos de su madre ha hecho fortuna allí y quiere ayudarnos. Eulalia se puso en contacto con él incluso antes de que mi padre descubriera la carta. Lo arregló todo: ya tenemos los pasajes de barco. Salimos mañana por la tarde. U hoy, dependiendo de cuándo leas la carta.

Lo siento. Sé que no es manera de decírtelo. Pero ¿qué puedo hacer? No podría vivir en paz sabiendo que nuestra fuga lleva a la desgracia a toda tu familia. No puedo permitirlo. Tengo que irme. Sé que lo entiendes. Debo irme.

No te preocupes por Eulalia: aunque me arrastre al fin del mundo con sus amenazas nunca conseguirá que le dé el sí quiero. Ni en Barcelona, ni en el Atlántico, ni en Nueva York. Nuestro compromiso sigue en pie, por supuesto. Esa era la condición de mis padres.

A ti no puedo mentirte: a ti te quiero. A Eulalia no, y por eso puedo mentirle. Le he pedido perdón. Le he pedido otra oportunidad. Esa era su condición. Pronto entrará en razón, te lo aseguro, y se dará cuenta de que en realidad no quiere casarse conmigo. Eulalia necesita adoración. No querrá casarse con alguien que ni siquiera la respeta.

Me iré. Sí, me iré, pero regresaré. O quizás puedas venir tú. Sería maravilloso, ¿verdad? Los dos juntos en Nueva York.

Me pregunto si no sería mejor que te dijera que, tarde o temprano, me olvidaré de ti, y que te pidiera que hicieras lo mismo. ¿Sería más noble? Probablemente sí. Y, aun así, soy incapaz. La única petición que tengo para ti es que no me olvides. Y que sepas perdonarme. No podía despedirme de ti.

Cuando pienses en mí, lee el libro que te regalé y será como si yo mismo te lo contara. Me llevo conmigo el recuerdo de todos tus besos —o dedales, como diría tu querido Peter Pan— y la esperanza de devolvértelos cuando volvamos a vernos. Si aún los quieres.

Pronto volveremos a vernos, te lo prometo. Aquí, allá, donde sea. Pronto volveremos a estar juntos. Confía en mí.

Te escribiré. ~~¿Me escribirás?~~

Aunque pase una eternidad, seguiré pensando en ti. El tiempo no tiene suficientes días para separarnos.

Hasta entonces, cada suspiro que lance llevará tu nombre.

Te quiero, en este y en los cinco continentes.

Siempre impertinente tuyo,

Víctor

Abril no pudo evitar llorar, gritar, blasfemar, maldecir. Se encogió sobre ella misma y, resguardada en los brazos de Héctor, dejó que todo el dolor fluyera. Los recuerdos agarrotaron su cuerpo y su voluntad. El dolor era tan fuerte que le costaba incluso respirar. Aquella carta la había hecho viajar un siglo atrás, donde el dolor aún era parte del presente. Empezaba a comprender aquello de que el tiempo es relativo. Marina había vivido hacía cien años y sus sensaciones y emociones habían muerto con ella mucho tiempo atrás. Sin embargo, para Abril eran tan reales como si estuviera viviéndolo ahora. Y en cierto modo, estaba haciéndolo.

Veintidós

Se ha ido.

Si mi corazón albergaba alguna esperanza, la mirada de compasión que me echa la señora Emilia es suficiente para destruirla.

—Espera, niña. ¡Espera! —grita la portera cuando me ve pasar por delante del portal, donde se suponía que debía esperarme Cisco. Sale corriendo detrás de mí, taconeando, y me agarra del brazo para evitar que me escape. Me vuelvo para mirarla cara a cara. No estoy llorando, pero tengo los ojos anegados. Basta un suave golpecito para que se desborden—. Tu hermano me ha dicho que subas a buscar a las niñas mientras él hace no sé qué encargo. Ahora vuelve. —Espera unos segundos eternos y finalmente dice—: Lo siento, mi niña.

—Perdóneme, señora Emilia, si le digo que no la creo.

—Hija, yo te advertí —dice, apretándome el brazo con sus dedos huesudos—, pero no por eso me alegro. Lo único que he querido todo este tiempo es evitar esto. Dirás que no te lo advertí. Te lo dije, te lo repetí una y otra vez. El señorito es como todos los demás: caprichoso. Experto en zalamerías y en promesas vacías, pero a la hora de la verdad... Ya lo ves, niña. Rumbo a América. Y te deja aquí, con el corazón roto. Ni un adiós, ¿verdad? No respondas, ya me lo ha dicho la señora Elvira. Nada. Se ha ido con la otra y tú... al cajón de los recuerdos. Y eso con suerte, niña. Si ya te lo decía yo. Sólo traen desgracias.

Hay una razón por la que no me molesto en cortar a la portera: todo atisbo de enfado que podía sentir hacia Víctor desaparece con cada nueva palabra que escupe. Veo con claridad que tengo que cumplir la petición que me ha hecho. Confío en él y en su sinceridad, a pesar de todo. Un acto de cobardía no puede deshacer todas nuestras promesas. Ninguno de los dos lo merecemos.

—Tiene razón, señora Emilia —digo, únicamente para que deje que me marche.

—Pues claro, Marina. Haz caso a esta pobre vieja, que sabe de lo que habla. Eso de escaparos... ¡Pamplinas!

Por primera vez, consigue descolocarme.

—¿Cómo... cómo sabe usted...?

—Niña, nadie habla en este portal sin que la vieja Emilia lo oiga. Deberías saberlo —dice, sonriendo. Su rostro se contrae en una extraña mueca pícara. Recuerdo aquella

noche y en cómo me aseguré, o creí hacerlo, de que nadie me escuchaba cuando le contaba a Cisco nuestros planes—. No te fustigues, niña. Incluso yo me lo creí. Puse una velita en la parroquia, pidiendo que fuera verdad, que te lo diga la señora Elvira, que fui con ella. Por eso no dije nada, claro. ¡Una portera bien sabe cuándo hablar y cuándo callar! Al final, claro, no era más que una mentira. Mi niña, debes de estar destrozada. Si se te ve en la carita, pobre criatura.

La mujer sigue parlotando acerca de lo mal que debo de estar. Decido no huir: que me diga todo lo que tenga que decirme ahora. En estos momentos, quizás por lo reciente de la noticia, me siento entera, capaz de hacer frente a cualquier ataque hacia mí o hacia Víctor. Tengo claras mis ideas y mis sentimientos. Prefiero soportar esta charla ahora que dentro de unos días, cuando la ausencia de Víctor empiece a hacer mella en mí.

Después de unos largos diez minutos, la portera decide liberarme bajo la promesa de que estaré bien y de que me olvidaré de Víctor. Asiento despreocupadamente, apretando la carta, escondida de nuevo bajo la chaqueta, contra mi pecho. La seguridad de mis pasos va disminuyendo a medida que me acerco al piso principal. Al ver la puerta, un torrente de imágenes me sacude y resquebraja mi entereza.

Inspiro profundamente, intentando recomponerme. Tengo que acostumbrarme. Esta puerta va a seguir aquí, escondiendo todos los recuerdos.

Los días pasan lentos, agónicos. Sobre todo al principio. Con la marcha de Víctor, las cosas vuelvan a la normalidad. A mis padres los alegra y los calma, por supuesto. A mí me deprime. Volver a la vida que tenía antes de que los Altarriba llegaran al edificio me hace sentir que estos últimos siete meses no han existido. El único lazo que me queda con Víctor son todos mis recuerdos, que cada noche repaso cuidadosamente. En las dos semanas que han pasado desde que Víctor se fuera con Eulalia, el padre de esta y el suyo —según me ha dicho madre, más para hurgar en la llaga que para informarme—, he visto a Clara y Gabriel paseando con Elvira alguna que otra vez. Por lo que me ha contado madre, ella los cuida dentro de casa y Elvira los lleva a pasear. La señora Altarriba lo decidió así, alegando que la cojera de mi madre no le permitiría seguir el ritmo de los pequeños y que Elvira no tenía tanto trabajo ahora que los dos hombres de la casa estaban fuera. Tiene razón, por supuesto, aunque yo sospecho que si no quiere contratar a una nueva niñera es porque, mientras su hijo no les asegure la dote de Eulalia, tienen que ser cuidadosos con el dinero. Sin que se note, por supuesto. Antes la muerte que la exclusión social.

Pero, si no fuera por esos pequeños detalles, creería que todo ha sido un sueño. Tanto padre como madre tratan de no hablar de la familia del piso principal, aunque a veces es inevitable, como cuando la señora Emilia viene a llamar a madre de parte de la señora Altarriba. En esas ocasiones, la portera me echa una mirada entre triste y compasiva. «Te lo advertí, niña», parece que diga. «Si me hubieras hecho caso, yo seguiría buscándote a ti y no a tu madre».

Los días transcurren entre la monotonía de tiempos pasados: cuidando de mis hermanas y yendo a hacer la colada de los vecinos. Y, a pesar de todo, nada es igual. O

quizás yo no lo veo igual. He cambiado. Antes no tenía objetivos más allá de soportar una vida que no me gusta. Ahora, ruego cada día al cielo para que reciba una carta de Víctor diciendo que ha conseguido deshacerse de Eulalia y empiece con él una vida que pueda llamar realmente mía. Mientras tanto, y sólo por si acaso, voy ahorrando todo cuanto puedo. Pase lo que pase, voy a necesitar una cantidad mínima para poder reunirme con Víctor. Meto las propinas dentro de un sobre, que va engordando poco a poco, y lo escondo junto a los libros de *Peter Pan* que me regaló Víctor, en una caja de latón que oculto detrás del baldosín hueco de la pared de mi habitación. Son lo único que me queda de él, así que no puedo arriesgarme a que padre los encuentre. No creo que le haga mucha gracia encontrar un recordatorio físico de la relación que me ha costado el trabajo y, según madre, el honor.

Decidí esconderlos la misma tarde que Cisco me dio la carta de Víctor. Lo tomé como un ritual: proteger una parte de aquello que todo el mundo intentaba destruir. Era mi forma de decirle a Víctor, aunque no me oyera, que cumpliría mi promesa. Guardaré aquí todas las cartas que me envíe desde Nueva York.

Un martes de finales de marzo, Víctor cumple una de las muchas promesas que me hizo: me escribe. La carta me la trae la señora Emilia. Por lo que me dice, Cisco le hizo prometer que si el cartero traía alguna carta para mí, se encargaría de guardarla. Sin leerla, claro. No sé qué le ha dicho mi hermano, pero funciona, porque la portera me trae la carta diligentemente. No está abierta, y aunque no lleva remitente, no hace ninguna pregunta. Ni siquiera una advertencia.

Leo la carta, demasiado larga para lo poco que tiene que decir y demasiado corta para saciar mi sed de noticias de él. Está fechada el 22 de febrero. Ya se han instalado en Nueva York y, aunque no entiende del todo el idioma –según él, tienen mal acento–, está empezando a espabilarse. Los primeros días, el tío de Eulalia los llevó de fiesta en fiesta y reunión en reunión para introducirlos en la alta sociedad neoyorquina. Sin embargo, en los últimos días pasa más tiempo a solas que con su prometida. Su padre y el señor Rubio están demasiado ocupados con sus negocios para hacer caso a sus hijos. Al parecer, ahora que están convencidos de que van a ser familia («pobres inocentes», dice Víctor), han decidido estrechar lazos financieramente hablando. Por eso, el señor Altarriba ha querido acompañar a su hijo a Nueva York, aunque la versión oficial sea que quiere cuidar de él en esta nueva etapa. Ha pasado casi un mes desde que dejaron Barcelona y Eulalia ya empieza a estar distante. Víctor lo celebra, así que intento tomármelo como una buena noticia.

Creo que no lo consigo. Durante todo el día siento como si me persiguiera un nubarrón negro. Estoy de mal humor, irascible. Mando a freír espárragos a Rosalía cuando la encuentro a la salida de la lavandería. La dejo plantada con la boca abierta antes de que diga nada. Por la sonrisa escurridiza de su boca, sé que lo único que quiere es regodearse en mi desgracia. No tengo ganas de escucharla. ¿Para qué? Ya sé lo que piensa. Pobre Marina, ilusionada y engañada por un señorito de clase alta. Pobre Marina, inocente e ingenua, de verdad se creyó digna de todas las promesas que le hizo. Encima de fresca, tonta.

No es la única. Con el paso de los días, la historia se ha ido extendiendo. Aunque no

lo digan, lo noto por la forma en que me miran.

Esta noche, cuando toda mi familia está durmiendo, me escabullo al portal. Me siento en uno de los últimos escalones, rodeada de oscuridad. El portal está cerrado, lo que significa que la señora Emilia ya se ha retirado. Apoyo la cabeza en la barandilla y cierro los ojos. Me gusta estar aquí. En el último mes he venido a menudo, sobre todo cuando la melancolía me invade. Alguien podría pensar que es masoquismo: en absoluto. Sentada aquí, tan cerca de la puerta de los Altarriba, esos sentimientos de desazón crecen y crecen hasta llenar por completo mi ser. Es doloroso, sí, pero llega un punto en que no puedo contener tantas emociones y estas se desbordan, dejando mi cuerpo vacío. Es un proceso liberador.

—Hola. —Cisco aparece de la nada, como siempre—. Sabía que te encontraría aquí.

Levanto la cabeza para mirarlo, sin molestarme en secarme las lágrimas.

—De acuerdo, es mentira —admite él en un intento de animarme—. Me ha parecido oír la puerta, y como todos estaban en sus camas menos tú, creía que... Bueno, no lo sé. Me he limitado a seguirte. ¿Estás bien?

Se sienta dos escalones por debajo de mí.

—Lo echo de menos.

—Me ha dicho la señora Emilia que has recibido una carta. ¿Era suya?

—Están en Nueva York. ¿Cómo has conseguido que esa mujer me dé la carta sin fisgonear?

—Uno tiene sus recursos —dice él misteriosamente—. ¿Se han casado ya?

Niego con la cabeza y me arrepiento de no haberle explicado el contenido de la carta que él mismo me entregó. Me habría ahorrado trabajo ahora.

—No, y no va a hacerlo. Va a volver.

—Marina... —dice en un tono de voz demasiado condescendiente. Las habladurías de la gente parecen haberlo contagiado—. ¿Crees que...?

—Cisco —lo corto. Él también no, por favor.

—Déjame terminar. ¿Crees que vale la pena?

—¿Qué?

—Esperarlo, mantenerte aferrada a lo que pasó. No puedes basar toda tu vida en una

persona.

—Me prometió que volvería. Sé que para ti o para cualquier otra persona eso no significa nada. Sé lo que piensan madre, la señora Emilia y todos los demás. Pero no soy tonta ni ingenua. Confío en él, ¿de acuerdo? Lo mínimo que podrías hacer es confiar un poco en mí. Quiero salir de aquí, aspirar a algo mejor, y quiero que sea con él.

—¿Cómo sabes que no va a casarse con esa... esa...? No sé cómo se llama.

—Ya te lo he dicho. Confío en él.

—Marina, sabes que estoy de vuestra parte. Es un buen chico. Te pagó el médico y me sacó de la cárcel. Estoy en deuda con él. Pero con todo... La distancia y el tiempo son grandes enemigos. Puede olvidarte...

—No.

—...O puedes olvidarlo —sentencia.

—No. Hay cosas que no se olvidan y lo que siento por él es una de ellas. Estas cosas no desaparecen de un día para otro.

Es cierto. Llevamos un mes separados y mis recuerdos siguen tan vívidos como el primer día. Cisco sonrío en la oscuridad.

—Sólo quiero que seas fe...

—Era... soy feliz con él. —Termino su frase por él, recordando lo que dijo Víctor hace un tiempo. Que la felicidad nace de uno mismo y que nadie puede hacerte feliz si tú no te sientes así con esa persona. Víctor conseguía hacerme feliz, incluso cuando parecía que no había nada alegre dentro de mí. Me hacía sentir querida, pero, sobre todo, afortunada. Todos esos sentimientos siguen aquí, a flor de piel, y no voy a permitir que se marchiten. Sería como dejar que un árbol muera durante el invierno sólo porque es una época difícil.

Leer la carta de despedida de Víctor había resultado ser un golpe tan fuerte que ni siquiera se había planteado la posibilidad de que el libro fuera el escondrijo de más cartas. Mientras corría, hizo un nuevo esfuerzo para recordar lo que había leído en aquella última carta, pero era inútil. El recuerdo era demasiado tenue.

Había salido de casa con el pijama y un moño desgarrado recogándole el pelo. No era su mejor aspecto, pero, en una ciudad tan grande como aquella, tampoco era nada excepcional. El sol aún estaba saliendo cuando llamó al timbre de la casa de Héctor. No tardó en responder una voz adormilada.

—Soy Abril. Necesito el libro.

El día anterior, después de salir del edificio de la calle València, Héctor se había empeñado en guardar tanto el libro original como la traducción. Aunque le había dicho a Abril que sólo tenía curiosidad por echarle un vistazo a la novela con la que había empezado todo aquello, lo cierto era que temía que la chica se obsesionara con aquella antigüedad. Debía descansar la mente y no sería capaz de hacerlo mientras tuviera cerca un recuerdo de Víctor.

Al verla aparecer en el rellano, supo que el plan había sido completamente inútil. No se había molestado ni en vestirse para ir a verlo.

—Pasa —la invitó a entrar—. Habla bajo. Mi hermano aún está durmiendo. ¿Quieres un café?

Abril asintió y siguió a su amigo hasta la cocina. Le indicó que se sirviera mientras él iba a por la novela.

—Podrías pagarte lo que te queda de carrera si vendieras esto —le dijo Héctor cuando volvió—. Aunque no sé si sería muy ético. La señora Olga...

—Es mío. Víctor me lo dio a mí.

—Pero...

—El 27 de diciembre de 1914 —matiza con dureza—. Es mío.

La chica le arrebató el libro de las manos y, nerviosa, introdujo los dedos en la abertura de la tapa. De nuevo, la primera carta pertenecía a la despedida. La dejó encima de la mesa, lejos de su café con leche, y estiró todo cuanto pudo los dedos dentro de la tela. De

pronto, palpó algo. El corazón dio un bote en su pecho. Seguían ahí.

Las sacó una a una, bajo la atenta mirada de Héctor, que no se atrevía a decir nada. Un total de cuatro cartas, todas del puño y letra de Víctor. Las ordenó por fecha y empezó a leerlas en voz baja para luego resumirle el contenido a su amigo, que se mantenía apartado, como si leer las misivas fuera una invasión de la intimidad forjada entre Abril y Víctor.

Las tres primeras no eran más que una puesta al día de las novedades de la vida de Nueva York. Demasiados compromisos sociales y demasiada nostalgia.

Por fin llegó la última, aquella que probablemente la tranquilizaría o la hundiría en la más cruel de las miserias. Si Marina era feliz, ella también lo sería. Al menos, eso se dijo.

—¿Has soñado con ellas? —preguntó Héctor con un hilo de voz.

Abril sonrió y negó con la cabeza.

—No con esta última. Aún.

Tomó aire y comenzó a leerla en voz alta.

15 de abril de 1915

Querida Marina:

¡Vuelvo a Barcelona! No sé cuándo te llegará esta carta, pero supongo que será antes de mi regreso. Mi padre ha anulado nuestro compromiso de forma definitiva. Eso dice él, claro. En realidad, Eulalia lo ha hecho esta mañana sin ningún testigo.

Como te dije, no podría soportar un marido que no la adore. No sé si era un intento desesperado de hacerme reaccionar, si buscaba herirme o si simplemente estaba informándome de la situación. Sea como sea, el caso es que Eulalia ha decidido que no va a casarse conmigo (una decisión unilateral, por supuesto). Me ha contado que ha conocido a alguien (previsible). Alguien rico, con buena planta y que besa el suelo que ella pisa, según Eulalia (aún más previsible). Ya le ha anunciado a su padre su voluntad de casarse con él y está encantado. ¡Un yerno norteamericano! Eso es mucho mejor que un pobre desgraciado con una fortuna que hace aguas.

A mi padre no le ha sentado muy bien. Una vergüenza, dice, es una vergüenza que hayamos venido hasta aquí para que humillen a su pobre hijo de esa manera. Pero no te preocupes por su salud: ha recobrado su buen humor cuando el señor Rubio le ha prometido que sus negocios en Nueva York siguen adelante. Al fin y al cabo, son amigos y supongo que se siente en deuda con él. No sé exactamente qué se

traen entre manos (y la verdad es que me importa ~~un pimiento~~ más bien poco), pero al parecer mi padre aún no quiere dejar Nueva York. Lo que haga yo parece que ya no le importa. Sin la dote de Eulalia, creo que he perdido todo interés para él. Me esfuerzo por parecer desolado. ¡Por una vez soy yo el pobre desgraciado al que hay que compadecer! ¿No es maravilloso?

Soy libre. ¡Libre! He hablado con mi padre; está de acuerdo en que me vaya, aunque él se queda aquí tres o cuatro meses más. De todos modos, yo aquí soy sólo un estorbo y un gasto innecesario. Voy a coger un barco el 1 de mayo. Creo que se llama Lusitania. Me gusta el nombre, ¿a ti no? Claro que no soy demasiado objetivo: me gustaría aunque llevara el nombre del mismísimo Satán, siempre y cuando me devolviera a tu lado.

Tengo muchas ganas de volver a verte. Echo de menos tu sonrisa, tus ojos e incluso tus insultos y tus golpes.

No he recibido ninguna carta tuya, pero sé que no me has olvidado. Puedo sentirlo.

¿Piensas en mí tanto como yo en ti? Aunque fuera la mitad me sentiría el hombre más afortunado del mundo.

Nos vemos pronto. Llevaré tus dedos conmigo.

Te quiero, allende los mares.

Siempre tuyo,

Víctor

Abril se secó las lágrimas que lamían sus mejillas. No había sido consciente de que a mitad de la carta había empezado a llorar. La felicidad de Marina era siempre la suya, pero de algún modo no podía evitar sentirse apartada, como si ella no tuviera papel alguno en su historia. Sus sentimientos eran tardíos e inútiles. No había lugar para ella en 1915.

Debía ver a Leo. Necesitaba verlo, encontrar de nuevo en sus ojos lo que una vez habían vivido. Necesitaba a Víctor, fuera cual fuera su nombre.

Recordó los tres versos que Leo había escrito en su última carta.

—*I saw a girl in my dreams, and so it seems, that I will love her...* —murmuró.

—¿Recitando a los Beatles? —preguntó Héctor, extrañado.

—¿La conoces?

—Por favor. Estás hablando con el hermano de un obsesionado de los Beatles. Me he pasado toda la vida escuchando su música desde la habitación de al lado. —Rió, y para demostrarlo le puso melodía a esa primera estrofa que Abril había cantado.

—¿Cómo sigue?

—*You, you are the girl in my dreams, and so it seems that I will love you... And I, I, I waited for your kiss, waited for the bliss, like dreamers do. And I, I, I... Oh, I'll be there waiting for you. You came just one dream ago, and now I know that I will love you...*^[2]

—Lo pilló —lo detuvo Abril, mareada. Tomó aliento para preguntar—: ¿Qué... qué opinas?

Héctor se encogió de hombros.

—Es una buena canción. Aunque, por lo que dicen, Paul McCartney llegó a asegurar que era pura basura.

Abril movió la cabeza de un lado hacia otro, contrariada.

—Leo escribió los tres primeros versos en la última carta. E insinuó que el lugar de la cita, delante del antiguo Cine Ideal, no era casualidad.

—¿Y lo era?

Abril logró esbozar una media sonrisa y le dio un largo sorbo a su taza de café.

—Claro que no. Quería saber si... No lo sé, si le estaba sucediendo lo mismo que a mí. Él había hecho algo parecido, creo. Yo quería aprovechar mi oportunidad también. Entonces... ¿Qué opinas de la canción?

—Que es toda una declaración de intenciones.

Veintitrés

Me despierto sobresaltada, empapada en sudor y con el corazón bombeando frenéticamente. Estoy sumida en la oscuridad de la noche. Creo que estaba teniendo una pesadilla, pero no logro recordar absolutamente nada. Intento desesperadamente volver a dormirme. Es en vano. Me quedo quieta en la cama, esperando la llegada del alba con la esperanza de que el malestar que me ha dejado la pesadilla se difumine.

Cuando el primer rayo de sol empieza a derramarse por la habitación, sé que hoy no será un buen día. La luz que va deshaciendo la oscuridad es pálida, demasiado débil para un amanecer de primavera. Me levanto de la cama únicamente para arrastrar los pies hasta el escaño de la cocina, donde me acurruco para dejar pasar el tiempo. Al menos aquí hay más luz, lo que me hace sentir menos vulnerable. Cojo el diario de ayer, dispuesta a leer hasta que sea una hora decente para despertar a las niñas, pero no paso de las tres primeras páginas. El texto está demasiado pegado, sin aire. Las letras se agolpan unas con otras creando una masa ininteligible. Los anuncios son seguramente lo más interesante del periódico. Lástima que no pueda comprar ninguno de esos productos. Cierro el periódico y clavo mi mirada en la fecha: 7 de mayo.

Hace ya tres semanas que recibí la última carta de Víctor. Aún no puedo creer que sea verdad. Cada mañana me levanto preguntándome si será hoy el día en que lo vea aparecer como si nada en el portal, y cada noche me acuesto deseando que el día siguiente sea distinto.

Poco a poco, la casa empieza a ponerse en marcha. Madre se levanta la primera. La obligo a sentarse mientras yo preparo el desayuno para el resto de la familia. No entiendo cómo padre puede permitirle que esté tanto rato de pie, sobre todo sabiendo cómo está su pierna. Ella asegura que apenas le duele, pero las muecas de dolor que pone de vez en cuando dicen todo lo contrario.

Al levantarse, Cisco despierta a las niñas, que aparecen en la cocina con caras de sueño. Como cada mañana, les hago compañía mientras desayunan y luego las ayudo a vestirse. Parece que durante este tiempo hemos establecido sin quererlo unos horarios bien definidos: padre aprovecha que estoy ocupada en la habitación para salir de su cuarto, engullir su desayuno y marcharse. A pesar del tiempo transcurrido desde que se fue Víctor, casi tres meses, su actitud sigue tan fría y distante como el primer día.

Tardo más de media hora en conseguir que las niñas estén listas. Como es habitual, soy la última en salir de casa. Cisco y padre se han ido a trabajar hace un rato y madre acaba de bajar a casa de los Altarriba.

Fuera, la turbiedad matutina que se colaba entre las rendijas de mi ventana se ha

transformado en una llovizna primaveral. Amenaza con convertirse en un feroz chaparrón de un momento a otro, así que me doy prisa en llegar a la escuela, dejar a las niñas y volver a casa, tan solitaria como cada mañana. El tiempo me obliga a retrasar la colada hasta que deje de llover. Ahora mismo lo único que deseo es tumbarme en la cama y recuperar el sueño que he perdido esta noche. En lugar de eso, me dedico a hacer limpieza general: limpiar armarios y colchones, quitar el polvo y fregar el suelo. Hago las camas, quito las telarañas de las esquinas y dejo el lavabo reluciente. Cuando ya no sé qué hacer, preparo la comida. Es pronto, pero llega un momento en que la casa se me queda pequeña —lo que tampoco resulta demasiado difícil— y ya no sé qué hacer. Necesito moverme para mantener la mente ocupada.

Madre llega a la hora de comer con las niñas.

—¿Sigue lloviendo? —le pregunto, preocupada. Madre se ha empeñado en ir a buscar a las niñas a la escuela todos los días. Dice que tiene que andar un poco cada día, y esa es la excusa perfecta. Supongo que tiene razón, por lo que no le pongo ninguna pega. Sin embargo, en días como hoy temo que la lluvia le juegue una mala pasada. Las aceras pueden ser resbaladizas.

—No —responde, mientras reparte la comida en cuatro platos llanos.

—¿Cómo van las cosas por ahí abajo? —pregunto, en un intento por conversar.

Me mira de forma extraña. No es enfado, ni desprecio, ni ninguno de los sentimientos que he identificado en sus miradas hacia mí durante estos últimos tres meses. Es algo distinto, algo que no logro identificar.

—Bien.

Parece que hoy no tiene ganas de hablar, de modo que no la fuerzo. Después de comer, friego los platos y cojo el gran canasto de la colada. Vacío, por supuesto. Ahora toca hacer la ronda, recogiendo las prendas de los vecinos. Bajo por las escaleras haciendo equilibrios con el canasto. Es un juego que he ido desarrollando durante los últimos años. Coloco el canasto encima de mi cabeza y bajo las escaleras que van de mi casa a la portería intentando que no caiga. Sin tocarlo con las manos, por supuesto. Mi marca personal está en dos pisos enteros. Hoy, sin embargo, no puedo bajar más de cinco escalones sin que pierda el equilibrio.

Me detengo cuando estoy casi en el portal porque oigo voces. Cojo el canasto, lo coloco junto a mi cadera de forma digna y bajo los últimos peldaños. Al percibir mis pasos, las voces callan. La señora Emilia está hablando con el farmacéutico de la farmacia de la esquina. Los dos están girados hacia mí, observándome como lo hacía mi madre. Siento un escalofrío.

Algo no va bien. Me acerco a la portería. Al otro lado del cristal, la mujer me sonrío de forma inquietante. El labio superior le tiembla.

—¿Qué pasa, señora Emilia?

No es una buena idea hacerle una pregunta así a la portera. Corres el riesgo de recibir una respuesta de media hora explicándote las glorias y penas del vecino del tercero del portal 277.

—Nada. Estamos charlando.

¿Tres palabras? ¿Le formulo una pregunta que haría las delicias de cualquier portera y me responde con tres escuetas palabras? No me creo nada. La miro con recelo y veo que tiene las manos cruzadas sobre un diario. Eso es si cabe más extraño que su actitud. La señora Emilia nunca ha leído un diario como ese. Como mucho le echa una ojeada a los semanarios humorísticos, pero nada más. Nunca ha sido mujer de muchas lecturas. De hecho, incluso tengo mis dudas sobre que sepa leer. Al darse cuenta de que tengo los ojos clavados en el periódico, lo cierra apresuradamente y lo dobla. *La Vanguardia*. Es el tipo de diario que lee alguien como los Altarriba, no una portera chismosa.

Me vuelvo hacia el farmacéutico, que aparta la vista. Aunque no tengamos mucho trato, hemos hablado alguna que otra vez y me duele que se una al silencio de la señora Emilia.

—¿Qué pasa? —insisto. Estoy empezando a ponerme nerviosa. La señora Emilia nunca pierde la oportunidad de compartir un cotilleo.

Se limita a mirarme con una angustia poco contenida que segundo a segundo va penetrando en mi interior. No aguanto ni un instante más. Al ver que ninguno de los dos responde, le arrebato el periódico sin darle opción a reaccionar.

—Marina...

Creo que habla, pero yo no la oigo. Paso una página tras otra, deslizando los ojos por las cuatro columnas que forma cada página.

En la onceava página, leo algo que detiene mi corazón.

El «Lusitania» á pique^[3]

La primera noticia

Londres, 7—Se ha recibido aquí un radio-telegrama que dice: «Se ha ido á pique el *Lusitania* á ocho millas hacia el sudoeste de Kinsale».

Por su parte, la «Compañía Cunard», á la que pertenece dicho buque, ha recibido el siguiente telegrama:

«El *Lusitania* se ha ido á pique á las 2 y 33 minutos de esta tarde, cerca de Kinsale, en las

costas de Irlanda. No se tiene hasta ahora la menor noticia ni de los pasajeros ni de la tripulación ni del transatlántico. El *Lusitania* llevaba á bordo 1.998 personas, que se descomponen como sigue: 290 pasajeros de primera clase, 662 de segunda, 361 de tercera y 665 tripulantes».

Más tarde se ha dicho que el *Lusitania* ha permanecido 20 minutos á flote y que en torno del transatlántico se han reunido hasta una veintena de embarcaciones, pero hasta ahora –once de la noche– no se ha recibido aquí ningún nuevo detalle de la catástrofe.– *Havas*.

París, 7.–Comunican de Queenstown que el transatlántico *Lusitania* ha sido torpedeado y echado á pique delante de la costa irlandesa.–*Havas*.

Levanto la vista lentamente. Las manos me tiemblan, mi boca se ha secado y en mi mente sólo cabe una palabra: *Lusitania*. No puede ser. Suelto el diario y el canasto, que caen al suelo sin hacer apenas ruido. O al menos yo no lo oigo.

La señora Emilia me mira sin decir nada. Creo que por primera vez en su vida se ha quedado sin palabras. Y yo también, porque al abrir la boca no sale más que un estúpido balbuceo.

Quiero resistirme a creerlo, pero de repente siento como si dos piezas encajaran. O como si se separaran, de forma permanente e inalterable. El sentimiento de desasosiego que me ha asaltado durante toda la noche y parte del día por fin se calma, como si entender su razón de ser fuera suficiente para desaparecer.

En su lugar, aparece un fuerte dolor que me agarrota el pecho y me nubla la mente.

Teclaba sin ser consciente de lo que escribía, dejando que la parte racional de su cerebro redactara el trabajo mientras ella vagaba entre unos recuerdos etéreos y asfixiantes.

La desesperanza no la había abandonado en toda la mañana. La desaparición de Víctor era lo más parecido a la muerte que había vivido en sus veinte años de vida y no podía imaginar un dolor más grande, si olvidaba la sensación desgarradora que la había atravesado cuando había leído aquella breve noticia en el periódico, algo que, por otra parte, no desaparecía ni un segundo de su mente.

Aunque no hubiera confirmación, sabía que Marina estaba en lo cierto. Hay cosas que simplemente se sienten.

Bajó la tapa del portátil, rendida, y hundió la cabeza entre sus brazos. Estaba agotada, a pesar de que en todo el día sólo había asistido a una clase. Por suerte, el profesor de la otra asignatura no se había presentado y había podido irse antes a casa, preparar la comida e ir a buscar a su hermano a la salida del colegio por la tarde. Hasta entonces, había logrado contener sus emociones.

Ahora, en la soledad de su habitación, esos sentimientos le oprimían el pecho.

Y sin embargo, había encontrado algo entre los pedazos de dolor y tristeza que estaban consumiéndola, algo que sobresalía incluso por encima del sufrimiento: serenidad. Por primera vez en muchas semanas tenía la sensación de que las aguas habían vuelto a su cauce, que todas las piezas de ese rompecabezas en el que se había convertido su vida encajaban por fin.

Víctor, de forma totalmente inconsciente, lo había comprendido antes que ella: el tiempo no tenía días suficientes para separarlos. Se dice que cuando la gente muere antes de tiempo y deja algo atrás, su espíritu no puede avanzar. Abril se había dado cuenta de que a veces lo que dejas atrás es tan fuerte que sólo con esperar no es suficiente. A veces el destino te debe una segunda oportunidad.

Aquella era la suya.

De algún modo, siempre lo había sabido, pero el miedo había enmascarado la verdad. A veces, escapar de lo desconocido es el camino más fácil, aunque termine siendo el más largo y sinuoso. Sabía que ella misma había elegido aquel aparente atajo y no quería seguir avanzando por él.

Quería volver a ver a Víctor, volver a escuchar su voz, a sentir sus murmullos y sus

caricias rozando su piel.

Pero, al mismo tiempo, la aterraba hacerlo. Al fin y al cabo, habían pasado cien años desde la última vez. ¿Y si no eran los mismos? O quizás simplemente lo que hubo un día entre ellos se había extinguido y no era más que la ilusión creada por sus sueños.

Tal vez se estaban alimentando de un amor irreal. Como dijo Bob Dylan, el pasado es sólo un recuerdo; mañana nunca es lo que se supone que es. Pero no iba a saberlo si no se atrevía a zafarse de sus miedos e ir a por el futuro que la fortuna les había arrebatado.

—¡Abril! —gritó de repente Miguel desde el otro lado de la puerta mientras golpeaba la madera impetuosamente—. ¡Abril! ¡Ya he terminado los deberes! ¿Puedo jugar ya a la consola? Por favor, por favor, di que sí.

—Pregúntaselo a mamá —respondió ella cuando abrió la puerta y encontró a su hermano pequeño haciendo pucheros.

—Si tú le dices que puedo, me dejará —dijo él. Observó a su hermana durante unos segundos y le preguntó—: ¿Estás triste?

—Sólo cansada. —Intentó sonreír.

—¿Quieres jugar conmigo? —le propuso el niño—. Cuando yo estoy triste, juego a la consola. Es divertido, pero con dos mucho más. ¿Juegas conmigo? Por favor.

—Vamos a repasar tus deberes y luego jugamos. ¿Trato hecho?

—Vale. Pero no voy a dejarte ganar porque seas una chica, ¿eh? Mamá dice que eso está mal. Lo siento, pero tendré que ganarte.

Abril rió y cogió a Miguel en brazos para llevarlo hasta su habitación. Pasase lo que pasara, sabía que siempre tendría a ese pequeñajo junto a ella y esa certeza la hacía sentirse más real que nunca.

Durante semanas se había refugiado en la vida de Marina Segarra, bebiendo de recuerdos, alimentándose de unos sentimientos vaporosos. No se había atrevido a escuchar los latidos de su propio corazón, que la reclamaban de vuelta a su vida. No había querido aceptar que el sonido que oía en su pecho no reclamaba a Víctor, sino a Leo.

Reclamaba un presente y un futuro propios, sin miedos, dudas ni vacilaciones.

Veinticuatro

Lusitania.

Echo a correr hacia casa. Tengo que buscar la carta. Paso corriendo por la cocina, donde mi madre teje, y me encierro en la habitación. Saco mi tesoro de su escondite y lo dejo caer sobre la cama. Abro la caja con la llave que tengo guardada en la almohada y vacío su contenido sobre la cama. El libro original de *Peter Pan* se abre al rebotar en el colchón, pero las cartas no salen de su escondrijo. Meto la mano bajo la tela verde de la portada y tiro de las cartas cuidadosamente hacia fuera. Las saco de los sobres, las desdoble, miro las fechas. Marzo, febrero, abril. Cojo la última, cierro los ojos, inspiro, espiro.

Hago de tripas corazón y empiezo a leer la carta. No palabra por palabra, sino que voy saltando de línea en línea hasta que doy con lo que estaba buscando.

Ahí está.

Lusitania.

«Voy a coger un barco el 1 de mayo. Creo que se llama *Lusitania*. Me gusta el nombre, ¿a ti no?»

No puedo respirar. Mi corazón late embravecido y el mundo da vueltas a mi alrededor. Intento inspirar profundamente, pero todo cuanto consigo es empezar a hipar frenéticamente. Me muerdo el puño en un intento desesperado por contener mi llanto, que logra traspasar todas las murallas. Algo se está rompiendo dentro de mí, algo afilado que consigue arañarme las entrañas a medida que cae. El dolor es tan intenso que me siento incapaz de soportarlo.

La puerta de la habitación se abre de repente y madre entra sin decir nada. Levanto la cabeza y me enjugo los ojos para deshacerme de las lágrimas que me entelan la vista. Por la forma de mirarme, entiendo que lo sabe. Una nueva ola de dolor me golpea. Si madre está enterada, es prácticamente seguro que Víctor iba en ese buque.

Aunque mi corazón sabe la verdad, quiero agarrarme a la esperanza. Madre se sienta a mi lado y susurra, acariciándome el cabello:

—Aún no saben nada. La señora Altarriba está intentando ponerse en contacto con su marido y con las embajadas españolas en Nueva York y en Irlanda. No se sabe nada de los pasajeros.

—Ya lo sé —digo, entre hipido e hipido. No puedo controlarme.

—Puede haber sobrevivido.

Niego con la cabeza en silencio. Esta noche estaba dormida cuando me ha sobrevenido un sobresalto. Desde entonces, no he podido volver a pegar ojo ni a sentirme en calma. Ahora entiendo que he sentido el preciso momento en que...

Ni siquiera puedo pensarlo. Es irracional, pero sé que tengo razón. Hay cosas que simplemente se saben. Se sienten.

La vida de Víctor se ha hundido en las profundidades del océano, como ahora se está hundiendo la mía.

Los días siguientes se suceden en un sinfín de imágenes confusas. La certeza de haber perdido a Víctor de la forma más cruel imaginable nubla todos mis sentidos. La vigilia y el sueño se entremezclan: la sonrisa de Víctor, su aroma, sus besos... Todo ha desaparecido para siempre, pero mi mente sigue reproduciéndolo para mí una y otra vez. La crueldad de mi inconsciente es infinita.

La noticia de la confirmación de su muerte llega una semana después de la catástrofe. Nadie tenía esperanzas de encontrarlo con vida, no a estas alturas. Por lo que escucho escondida tras la puerta de la cocina, la señora Altarriba está destrozada. Su marido ha cogido un barco y ya está rumbo a Barcelona, lo que no hace más que agravar la ansiedad de la mujer. Deseo preguntar por Clara y Gabriel, pero ni siquiera lo intento. Mi familia ha hecho un pacto de silencio. Creen que no hablar de Víctor hará que lo olvide más pronto. Incluso Cisco se ha sumado a ese silencio colectivo.

No entienden que jamás voy a olvidarlo, por muchos días, meses o años que pasen. No olvidaré la forma en que me miró después de que Carme chocara con él en el portal, o la vez que me ofreció la primera sonrisa. Me cuesta asimilar que jamás volveré a sentir sus labios acariciando mi piel, ni a escuchar su voz regalándome las palabras más dulces que he oído nunca. Sé que aunque no quiera voy a cumplir la promesa que le hice la última vez que nos vimos: lo querré mientras la luna siga colgada ahí arriba.

Él tenía razón, y ahora lo veo más claro que nunca. El tiempo no tiene suficientes días para separarnos.

Sé que algún día volveremos a estar juntos. En el cielo, en el infierno, en la tierra o en las profundidades del océano. El lugar es lo de menos.

Ahí estaba ella. Se había sentado justo en el portal, con el libro de tapas verdes entre las manos. El sol se rompía en mil pedazos al chocar contra los árboles que decoraban las aceras de la ciudad y le robaba al cabello de Abril un sutil reflejo rojizo que lo transportó a una época demasiado lejana. La chica levantó la vista hacia el cielo, sin saber que él la observaba desde la puerta de la farmacia de la esquina. Aunque se hubiera modernizado y cambiado de nombre, seguía siendo la misma en la que había comprado las medicinas para Marina en agosto de 1914.

Un cosquilleo recorrió la palma de su mano al acariciar el libro sobre el niño que no quería crecer; por un momento, se vio a sí misma en aquel punto exacto, con el rostro surcado de lágrimas. Aquel había sido su refugio durante mucho tiempo, hasta que el dolor se había mitigado y había vuelto a reunir el valor para alejarse de aquella ciudad que no tenía nada que ofrecerle. Fue en otra vida, pero el recuerdo del dolor que había sentido entonces seguía tan vivo en ella que logró arrancarle una lágrima, que cayó libre sobre el libro abierto.

—¿Por qué lloras? —susurró él, que había corrido a su lado al darse cuenta de su sufrimiento. Por primera vez no había dudado. Ella lo necesitaba a su lado, y el hecho de que estuviera ahí, leyendo ese libro, significaba que quería que se acercara.

Abril levantó la vista. Allí estaban esos ojos tranquilos y esos labios finos que tanto habían dicho y tanto habían callado. El mundo se detuvo entre ellos. La gente ya no hablaba y las palomas ya no buscaban migas entre las ranuras de las baldosas. Se puso de pie. Su cabello ondeaba al viento y su boca escondía una sonrisa que luchaba por escaparse. Sostenía el libro contra su pecho, como si fuera el más valioso de los tesoros.

Nunca la había visto tan hermosa. Sus recuerdos no le hacían justicia. Llevaba el pelo más corto y su piel tenía un tono más rosado, pero, por lo demás, era la misma que había conocido cien años atrás y que había recordado en sus sueños.

Leo dio un paso al frente, aún vacilante, sin conseguir apartar la mirada del camino que había trazado la lágrima en la mejilla de Abril antes de precipitarse sobre la novela. Esbozó una sonrisa escurridiza. Había tanto por decir que no sabía por dónde empezar. Quería decirle que la había echado de menos cada segundo en que había sido consciente de su existencia, que sentía haberse ido sin despedirse y haber roto las promesas que un día le había hecho, aunque no hubiera sido culpa suya. Deseaba decirle que estaba ahí para renovarlas, si estaba dispuesta a perdonarlo.

—No debiste marcharte —dijo ella.

No había en su voz tinte alguno de resentimiento ni de rencor. Era sólo el deseo de lo que debería haber sido. Él escondió un mohín de dolor y dio un nuevo paso adelante.

—No debiste dejarme marchar.

Abril se dejó atrapar por esos ojos que se iban acercando. Sentía el aroma de Víctor cada vez más cerca, embriagándola con su fragancia añeja. Leo la observaba sin pestañear, sin atreverse a recorrer los escasos centímetros que los separaban. Abril separó los labios para susurrar:

—¿Mientras la luna siga colgada ahí arriba?

Leo sonrió, inclinando levemente la cabeza para sentir el cálido aliento de Abril sobre su piel. Llevaba esperando ese momento, sin ser consciente de ello, desde que un torpedo alemán lo hundiera en las profundidades del Atlántico.

—Nunca te devolví tu dedal.

Agradecimientos

Hay muchas personas sin las que estas páginas seguirían siendo sólo un sueño.

Cristina G. Leitón, mi *Andvari*, sabes que sin ti esta novela no sería lo que es. Gracias por responder a todas mis preguntas con paciencia, por enamorarte de esta historia y hacer que yo me enamorara de ella. Gracias infinitas por tus consejos y por soñar conmigo con el cielo de Islandia. Y por descubrirme la magia del celuloide, por supuesto.

Gracias a mi familia, mis padres y mi hermana Laura, por ser mi pilar y enseñarme el valor de luchar por mis sueños. A Carme y a Xavi.

A Mike, por supuesto. No puedo enumerar todo lo que tengo que agradecerte, así que simplemente: gracias.

A Miqui, por creer siempre en mí y ser mi luz.

Núria, gracias por esa maravillosa frase que me ha guiado durante todos estos años: «lucha por tu felicidad luchando por tus sueños».

A Xenia, Fernando, Jesús y Guille, por demostrarme que las distancias no importan. A Jordi, gracias por ser mi compañero de fatigas periodísticas.

Gracias a mis queridos bloggers: Anna, Matt, Cris, Sue y todos los que me dejo. Gracias por esas tardes maravillosas entre libros, por nuestros disfraces literarios, vuestras risas y vuestra amistad. A vosotros y a los que aún estáis tras la pantalla: gracias por compartir vuestra pasión.

A Miriam Malagrida, por su ilusión y su sonrisa permanente.

Y por supuesto, gracias a Francesc Miralles y Jordi Nadal por creer en esta historia y ver en ella algo especial.

Gracias a todos los que han pasado por mi lado, los que ya no están, los que siguen aquí y los que se quedan en el tintero. Y gracias a ti, que estás leyendo hasta la última de estas líneas.



LAIA SOLER, nació en Lleida en 1991. Empezó a escribir a los 8 años y finalizó su primera obra con 17 para presentarse en el Premio Jordi Sierra i Fabra para Jóvenes, destinado a escritores menores de 18 años. A pesar de que *Los días que nos separan* será su primera obra publicada, la joven autora ya ha concluido otras cuatro novelas. En la actualidad estudia Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona y administra un blog de literatura, *Alas de papel*.

Notas

^[1] «Vi a una chica en mis sueños/y parece/que la amaré», [*Like dreamers do*, The Beatles]. <<

^[2] «Tú eres la chica de mis sueños y parece que te amaré... Y he esperado tu beso, he esperado la bendición, como hacen los soñadores. Y yo... ¡Oh! Yo estaré ahí esperándote. Viniste hace tan sólo un sueño y ahora sé que te amaré...», [*Like dreamers do*, The Beatles]. <<

^[3] Extracto de *La Vanguardia*, 8 de mayo de 1915. <<